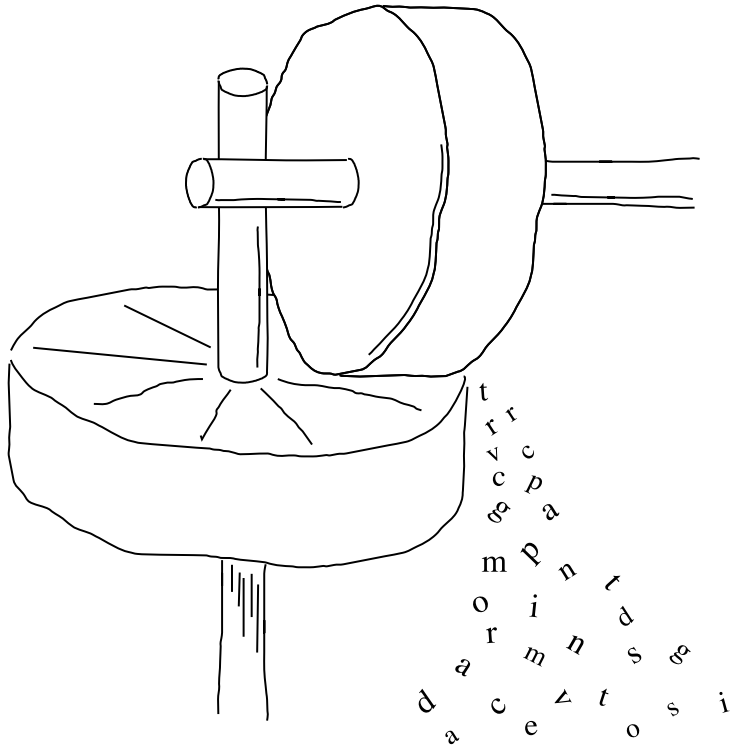
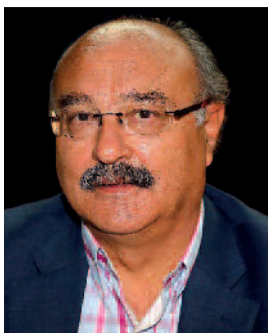


prosas de pan



Aniano Gago



Aniano Gago

Aniano Gago (1953) estudió el Bachillerato en Zamora, ciudad que siempre tiene como referente de los tiempos de su niñez y juventud. A los once años salió de su localidad natal, Cañizo, de la Tierra de Campos zamorana, la que siempre le ha servido de estímulo para escribir buena parte de sus trabajos. Aniano Gago es gran conocedor y defensor del mundo rural, el que describe con profundidad en *Prosas de pan*. Sus artículos y sus relatos tienen a Cañizo y al mundo del campo, hombres y paisajes, como inspiración permanente.

Antes de traer estas *Prosas de pan*, Aniano Gago ha realizado un largo camino. Primero en Barcelona, donde estudió periodismo y dio los primeros pasos en el oficio. Al principio en dos periódicos deportivos y, posteriormente, en Radio Nacional de España. Más tarde ingresó en TVE donde ocupó la Jefatura de los Servicios Informativos del Centro Territorial en Castilla y León, con sede en Valladolid. En esta ciudad ha desarrollado buena parte de su trayectoria profesional, habiendo sido uno de los primeros rostros conocidos de televisión en esta comunidad autónoma al presentar los espacios informativos. Posteriormente ocupó diversas responsabilidades en los servicios centrales de TVE en Torrespaña, Madrid, especializándose en el periodismo de información política.

Aniano Gago ha colaborado en numerosos medios escritos, de donde ha extraído una selección de ciento cuarenta trabajos de los más de dos mil doscientos que ha escrito en su intensa trayectoria. Ha publicado contenidos en *El Norte de Castilla*, *El Mundo de Castilla y León*, *El Adelanto de Salamanca*, *La Opinión-El Correo de Zamora*, *Salamancartvaldia* y la revista *Turismo* entre otros medios. Las prosas de Aniano Gago se completan con diez relatos expresamente escritos para *Prosas de pan*.

El autor ha colaborado en varios libros colectivos y fue coordinador de *Cincuenta miradas al progreso de Valladolid*, publicado por la Cámara de Comercio, Industria y Servicios. También fue profesor asociado de Periodismo en la Universidad de Valladolid.



Foto: Aniano Martín construyendo la casa del Cañizo.



**A mis padres y a mis hermanos.
A mi mujer y a mis hijos.
A mi pueblo y a mis amigos.**

***Leña seca para quemar,
libros antiguos para leer,
caballo viejo para cabalgar,
vino añejo para beber
y amigos ancianos para conversar.***

(Gaspar de la Cruz, Siglo XVII)

Edita: **Ediciones La Meseta S.L.**
(Castilla y León Económica)
@ De los textos: **Su autor**

Imprime: **Imprenta Maas**
Depósito Legal: **DL VA597-2015**

Prólogo

Dice una bellísima zamba, que cantaba Mercedes Sosa: “De tanto cantar tonadas/ya soy pariente del aire”. Este hermoso parentesco es el que parece tener Aniano Gago con el paisaje, algo así como una fraternidad que Ortega y Gasset enunció con sumo rigor: “El ser se compone de individuo y paisaje, y cuando falta el paisaje sólo queda medio ser”. En efecto, como un *compadre* del aire, Aniano recupera el paisaje en sus textos y nos lo hace evidente y familiar, constitutivo de nuestro ser que añora los paraísos perdidos.

Las urdimbres primigenias de Aniano, allá en Cañizo, Tierra de Campos, propiciaron un hombre memorioso que recuerda un consejo paterno como una divisa: *Ser bueno es rentable*. En ese paisaje genitor, Aniano no sólo reencontra las palabras señeras de los mayores, sino también la sabiduría de la naturaleza, es decir su logos silencioso que se manifiesta a quien sabe verlo u oírlo. Él lo aprendió desde niño, lo ve y lo oye, y en su prosa rica de adulto lo transmite al lector.

En esta sociedad estupefacta, que padece la peste de la penuria lingüística, el bien decir resulta paliativo. Aniano describe así, con maestría, el aroma del pan, de la tierra mojada, del lechazo a la brasa, el fresco de la bodega, el color de la primavera, etcétera, formando un todo mayor que la suma de las partes, es decir un paisaje, pero no sólo bucólico y estético, sino ético también.

No hay solamente una *geometría sentimental*, como diría Ortega, en estos textos, hecha de una lengua heredada, sino un riguroso pensamiento crítico propio del buen columnista de opinión, es decir una crítica emancipadora de la quietud del lactante que padece la sociedad castellanoleonesa. En este volumen, titulado *Prosas de pan*, hay artículos taxativos, rigurosos, veraces, de un gran coraje civil, donde se pone en cuestión inclusive a los guardianes de las tradiciones bárbaras. Hay que ser valiente para escribir así, a riesgo de sufrir la revancha reaccionaria, tan propia de un país cainita donde la verdad es una desviación del orden.

En esta tesitura, Aniano se refiere al maltrato animal, a la matanza de pájaros, a la barbarie, a la despoblación, a la perversión del discurso político, al abuso de poder, a las creencias históricas, a las luces y sombras de la vida actual organizada en torno al consumo, es decir guiada por la seducción.

Verá el lector que la prosa de Aniano Gago es directa, sin remilgos, donde huelga lo superfluo tanto en el columnismo como en los relatos, deudora, la prosa, de la concisión de Delibes y Pla, cronistas magistrales de la vida cotidiana. Y en este estilo, exento de ostentación, asoma el periodista erudito, lector inagotable, excelente orador y cronista, cultor de la amistad, que llegó a dirigir informativos y un canal de televisión, entre otras responsabilidades, en su amplia carrera.

Dijo Heidegger que el lenguaje es la morada del Ser, y el hombre su pastor, y he aquí a Aniano Gago pastoreando el lenguaje y ofreciendo su morada a modo de generoso anfitrión. Aunque breve, es comfortable hallar cobijo en estos textos, la visión hermenéutica, la naturaleza purificadora, el afecto que crece como un brote verde en las tierras exentas de ternura.

Es alto el coeficiente de adversidad de las cosas en los tiempos que corren, y tarea dura dejar testimonio de ello, sin embargo, si después de todo los afectos priman sobre los conceptos, como afirmó Bobbio, en este libro se lee el rigor analítico filosófico, sociológico y político, pero también la esperanzada vigencia del amor. Así empieza el artículo *Lazarillo de mi perro*: “Todos los días saco a pasear a mi perro, un momento dulce del día”; y sobre Hilario Tundidor: “...un eternizador de ternuras...”; y en *Primavera en Cañizo*: “...y con la vida la esperanza...”, “...un águila, en lo alto del cielo inmenso, vuela majestuosa, imperturbable al paso del tiempo”.

De la sequía a la inundación, del pan blanco a la miseria, de la prudencia al arrojo, de la paciencia a la indignación, del desván a la llanura. Dijo Nietzsche: “No hay hechos, hay interpretaciones”, y precisiones, añado yo, para tantos hechos que van forjando la universalidad de la historia del pueblo, como advirtió Cervantes y hace Gago en este libro.

Eduardo Keudell

Punto de salida

Estas palabras con sabor al trigo de estas tierras son el camino de vuelta al trabajo de más de veinte años de prosas de Aniano. Son textos que tienen miga pero sobre todo tienen alma. Nos la deja ver cuando pone en palabras sus recuerdos de la niñez, sus paisajes de campos de tierra o esos titulares que dejan de ser el nombre de las noticias para ser una exigencia de verdad, de justicia o de decencia.

Tienen miga pero sobre todo tienen alma y tienen la valentía de haber llamado siempre al pan por su nombre y nunca por los tantos y tantos eufemismos que acaban convirtiendo lo candéal en una mentira para el paladar de los ricos, los poderosos o los cobardes.

Son los recuerdos en prosas de un lector voraz e incansable que bebe en las cepas de la sensatez para después empaparnos de palabras y pensamientos que forman parte de las aulas de la vida de las que nunca debemos salir.

Estas prosas nos enseñan además la poesía de lo más cercano. Entre rimas de lo cotidiano disecciona el ritmo de nuestros días y se transforman en recuerdos compartidos que, aunque no hayamos vivido, los sentimos en la retina de lo propio.

En la soledad de muchos de los kilómetros recorridos por sus palabras se nos habla de la belleza de esos pueblos en los que aunque habite el olvido a veces se abre paso la vida en busca de un guiño de futuro.

Los olores y los sabores de la niñez los encontramos encerrados en la ensoñación de la vieja torre de Toldanos entre latidos de mares de trigo y cebada. La fuerza del aire de la primavera nos habla de su firme compromiso contra la agresión a la fiesta de la vida.

La historia vivida en lúcidas minúsculas la encontramos en otra de sus miradas de papel y junto a ella las evocaciones que desembocan en el río donde se depositan otras estrofas repartidas en tantos años de profesión. Periodistas, escritores y poetas destacan en su apuesta por la autenticidad que germina en la letra impresa de este libro.

Se trata en definitiva de una recopilación al margen de la herida de muerte que a los escritos periodísticos inflige casi siempre la actualidad. Una

laboriosa selección de lo mucho sembrado estos años en las principales cabeceras de estas tierras en las que, a pesar de ser llamadas de *de pan llevar*, no siempre son las más adecuadas para el cultivo de lo que no se quiere escuchar

En estos surcos han crecido las palabras y los relatos que ahora nos ha recolectado y nos ha amontonado en gavillas de emociones. La fuerza de la amistad y el camino juntos andado han hecho posible que estas prosas de pan lleguen a nuestras manos con su olor a tierra y a verdad.

Carmen Domínguez



Detalle cuadro: Ángel Raposo.

Kilómetros de soledad

Emilio Esteban

Kilómetros de soledad

La autovía de Zaragoza a Madrid tiene más peligro que el Toro de Fuego de Medinaceli, la histórica ciudad soriana por donde pasa de largo. Es un trazado sinuoso y torpe que se ha cobrado muchas vidas. Al margen de esa cruda realidad, la cosa siempre puede complicarse si uno se pierde por el camino, cual fue mi caso. Intenté coger el desvío hacia Almazán para llegar después hasta El Burgo de Osmá, Aranda de Duero y Valladolid. Pero me equivoqué y giré a la derecha en la salida de Ariza. Erré el camino, lo que me hizo perder una hora y que se metiera la noche; por poco me comen los lobos.

Después de circular veinte kilómetros por una carretera por la que no cabía un caballo de tiro, llegué al primer núcleo con señales de vida: Embid de Ariza, población rayana con la provincia de Soria. A duras penas encontré a alguien que me orientara en aquel paraje donde la carretera se diluía entre la tierra rojiza y la tenue luz de atardecida. Di con un agricultor que traspalaba trigo en una panera. “Buenas tardes”, le dije. “Buenas tardes”, me contestó. Y añadió antes de que le preguntara: “seguro que se ha perdido”. Le dije que sí, que así era. Sonrió, me indicó la dirección hacia Deza y desde allí a Gómara. El hombre dijo lo que dijo como si tal cosa, acostumbrado, tal vez, a sacar de apuros a más de un viajero desorientado como yo. Pensé: “en el cogollo de la España geográfica hay un desierto que no viene en el mapa”. Desde Embid de Ariza hasta Deza y desde allí hasta Gómara el campo, las tierras labradas y en barbecho, todo, me hizo ver el final inexorable de la provincia de Soria, que sólo tiene en torno a los 93.000 habitantes. Un arroyo seco cruzaba la carretera; “río Henar”, decía el letrero. Ni agua, ni río, ni arroyo siquiera: juncos secos y, al fondo, a la izquierda y a la derecha, kilómetros de soledad.

Días más tarde atravesé desde Salamanca a Cáceres por la Sierra de Gata; pude comprobar que la comarca de Las Hurdes ya no es aquella insignia de la miseria de la España de Alfonso XIII y de Franco. Olivos, almendros y frutales le estaban ganando la partida a las tierras estériles. La sierra tiene vida, los pueblos han ido ganando el futuro. No es Hollywood, ni mucho menos, pero aquello tiene otro aspecto, nada que ver con la película de Buñuel, *Tierra sin pan*. Algo ha pasado para que algunas comarcas mejoren y otras empeoren, como es el caso de Aliste y Sayago en Zamora o El Campo de Gómara en Soria.

Por esas fechas, el entonces secretario general de los socialistas de Castilla y León, Jesús Quijano, tuvo la amabilidad de decirme que leía mis artículos y que

me veía “muy nacionalista”, o sea, “muy reivindicativo castellano y leonés”. Puede que tuviera razón, pero la verdad es que lo que procuro siempre es no perder el tiempo llevando el campanario a cuestras. Ni nacional nacionalista, ni regional regionalista, ni todo junto: sencillamente un simple observador de la cruda realidad de estas tierras de pan llevar, un periodista que se cree su oficio y lo ejerce desde la mejor lealtad posible. Y que ve que pasa el tiempo y la Autonomía no arregla los desequilibrios históricos; al contrario, los agrava de forma sorprendente, como lo demuestra un ejemplo descorazonador: el aumento de la despoblación, el abandono de muchos pueblos y, por tanto, el crecimiento de desiertos rurales desconocidos.

“Seguro que se ha perdido”, me dijo el paisano de Embid de Ariza. Seguro. Igual que se perdieron para la noble causa de Castilla y León José María Aznar, Juan José Laborda, Dionisio Llamazares, Rodolfo Martín Villa, Juan José Lucas, Jesús Posada y tantos otros que utilizaron esto de portaaviones, de estación de paso, para ganar el cielo de Madrid, el oropel de la política nacional y la fama que da el foro. Aunque aquí, en Castilla y León, siempre podremos levantar el ánimo por medio de la poesía, un bien sin tiempo y sin fronteras terrenales, a la que nos podemos agarrar como a un clavo ardiendo porque es lo que hay. Y siempre podremos recordar los versos de Rodrigo Caro: “Estos, Fabio, ¡ay, dolor, que ves ahora/campos de soledad, mustio collado/fueron un tiempo Itálica famosa”. Esto no es Itálica, pero la imagen vale para una tierra, esta, llena de historia y grandeza pero que ahora sólo se dedica a llorar, a esperar fondos y subvenciones de Europa y a rezar para que las avutardas no decidan emigrar.

Kilómetros de soledad para llegar a un Valladolid de niebla, triste, capital de una burocracia que aumenta el coste de vida en más de un 15%.

“¡Oh, fábula del tiempo!”



Emilio Esteban

Nada como la tierra

El gran economista John Kenneth Galbraith, que conocía bien el trabajo de los granjeros americanos, aseguró en su día que nadie puede entender a los agricultores sin saber el complejo de inferioridad que les persigue desde siempre. En su día Voltaire vino a decir algo parecido, al asegurar que era natural que los trabajadores de la tierra la abandonaran por otros menesteres en la ciudad *por pura lógica*. O sea, que los hombres del campo forman un mundo a la baja, ajeno al mejor futuro, entendiendo que la vida debe estar en la ciudad y que el campo sólo debe servir para las excursiones.

La cosa llega hasta tal punto que los meteorólogos de la televisión aseguran que cuando llueve hace mal tiempo y bueno si luce el sol. Entienden ellos, prácticamente todos, que la vida hay que verla desde el descanso, el ocio y las vacaciones de la gente de las ciudades y que los hombres del campo no cuentan. Se olvidan los hombres y mujeres de la información del tiempo que si llueve es muy posible que sea extraordinario para las personas que viven en el mundo rural. Es más, en el campo se suele decir que “nunca es mal año por mucho que llueva”. Pero para los informadores del tiempo las sequías no importan, sólo les interesa lo que afecta al turismo, a la playa y a las verbenas al aire libre. Y nada que la cosecha se pierda o sea mala. En fin, ideas del progreso.

No es nuevo. Desde mi niñez en el pueblo, en aquel niño de Cañizo de los sesenta, cuando admirábamos ver el *haiga de Don Elías* cuando pasaba veloz, a cuarenta por hora, camino de Zamora, siempre fue igual. Ya mi padre me decía que estudiara, para que algún día fuera un *hombre de provecho*, entendiendo por tal todo lo que no fuera destripar terrones. Al niño que se marchaba a estudiar a la capital le cubría un aura distinta del que se quedaba a labrar la tierra. Los había que se iban y al cabo de un tiempo regresaban, desengañados al comprobar que los libros no les hacían más felices que andar por el campo haciendo labores propias de un oficio lleno de dignidad. Otros nos quedamos aprisionados para siempre en busca un estrés traidor y una sabiduría que nunca hemos alcanzado. Pero el caso era darle la razón a Voltaire, aunque no tuviéramos el gusto de conocerlo.

Esta imagen, amasada en el propio mundo rural y después aumentada a través de portavoces como la televisión y el cine, o actores con tanto gancho como Paco Martínez Soria en *Cine de barrio*, ha sobredimensionado este absurdo. Todo un despropósito ocasionado por una realidad cruda en el campo, es

cierto, pero también por unos mensajes lanzados desde los medios de comunicación muy equivocados. Hasta el humor estúpido de payasos menores como Estesos y Pajares, haciendo de garrulos, lo único que han hecho ha sido menospreciar y hacer una caricatura imbecil de la gente de los pueblos.

El caso es que, por causa de unos y otros, es cierto y verdad ese complejo de inferioridad del que habla Galbraith, cuando nada es más real que la tierra, ni más noble, ni más agradecida. La tierra da de comer al hambriento, mientras ya me dirán que se puede esperar del cemento ciudadano. Por eso, y por muchas cosas más, yo me rebelo contra ese concepto, y más cuando la clave de la vida es la felicidad, y esta nunca tiene asegurado el lugar donde asentarse.

Por eso, también entiendo a toda esa gente mayor que un día se fue del pueblo a la ciudad en busca de trabajo y que, llegada la jubilación, vuelve al pueblo. Al tiempo siento tristeza al leer esa noticia que asegura que "uno de cada tres ancianos del medio rural vive solo." A pesar de todo, siempre estaré de acuerdo con *Lo que el viento se llevó*: "lo único real es la tierra, porque es lo único que permanece, por eso merece la pena luchar por ella".



El ángel de la guarda

Yo fui un niño de pueblo y me crié entre mulas y burros, entre cabras y gallinas, entre patas de caballos, entre higueras y brocales de pozos artesianos. Como todos los niños iba al monte, me subía a árboles imposibles, me descolgaba por las zarceras de las bodegas, buscaba nidos de pájaros entre las piedras de la poza que tenía el huerto del tío Delfín y hacía carreras de bicicleta bajando la cuesta de San Pedro, o de la Carretera, en un desenfreno propio de quien no ve el peligro, o si lo ve, se encuentra con suficiente fuerza como para vencer al destino.

En los pueblos de Tierra de Campos la niñez era sinónimo de libertad, de campo abierto, de cielo alto, o como diría Ricardo Güiraldes, ser niño en Tierra de Campos era *tener alma de horizonte*. Para todo eso, para conseguir que de mayores la patria auténtica del hombre sea la niñez, necesitamos que un ángel de la guarda nos siga a todas partes. Con once años yo estuve a punto de ahogarme en el río Valderaduey, hecho que nadie se enteró y a nadie jamás contó. Me metí a nadar en una profundidad cuyo peligro no calculé y los nervios estuvieron a punto de paralizarme. Jamás me hubiera perdonado semejante disgusto a mi familia, pues además el Valderaduey no era, ni es, precisamente el Amazonas.

Años después, ya con 14 años, cuando yo me creía una persona mayor, estuve a punto de sucederme lo mismo en el río Duero, en la zona de Fresno de la Ribera, muy cerca de Zamora capital. Allí, en el transcurso de una excursión con el colegio, cruce a nado el río. Me puse a descansar en la otra orilla pero de pronto escuché una voz a mi lado que me preguntó “¿cuántos kilómetros hay hasta la otra orilla?” Era un señor mayor con larga melena de pelo blanquísimo. Me asuté y decidí, antes de tiempo, regresar al punto de partida. Calculé mal, no me había recuperado lo suficiente y la fuerza del agua era muy intensa. Tuve que luchar contra la fiereza traidora, en forma de remolinos, de un agua inmisericorde. Llegué a la orilla de milagro, después de agarrarme a unos juntos salvadores.

Estos fueron dos grandes sustos que cuento no con el objetivo de dar a conocer una madera de héroe que no tengo, sino para volver a recordar a ese ángel, a todos los ángeles que todos tenemos, y que nos ha ido llevando hasta los días de la madurez, lejos de aquella niñez, tan recordada, tan nostálgica, tan entrañable. ¿Quién no tiene alguna historia qué contar donde estuvo a punto de per-

der la vida? ¿Quién no recuerda algún pasaje de su existencia donde una mano salvadora, un espíritu bueno impreciso, le salvó de algún mal trance? Seguro que todos.

El hombre desde que nace busca protección; recién nacido en el regazo de la madre, más tarde entre los brazos de su padre, al que ve como un gigante que todo lo puede. El niño crece, y se pega a sus hermanos: “se lo voy a decir a mi hermano”, decíamos cuando alguno de la pandilla más robusto y con peor carácter nos pegaba. Después, ya adolescentes, los amigos eran la fortaleza, esos amigos que se habían ido consolidando en nuestra alma, en nuestro corazón, esos amigos que habían crecido con nosotros y que se habían convertido en nuestra sombra y una parte concreta de nuestra propia vida. Uno de los golpes que más sufrí yo de niño fue cuando hube de abandonar Cañizo para irme a estudiar a la capital. Aún recuerdo el día que me fui en el correo, o coche de línea, que de las dos formas llamábamos al autocar que hacía la ruta de Zamora a aquellos pueblos de Tierra de Campos. Vi las caras de desconcierto de Fidel, y de Tarito, y de Venancio, y de Luciano, y de Sebito, y de Guaguache. Y yo cómo lloraba porque mi iba a un mundo desconocido, inseguro, por tanto, perdiendo otro al que quería, al que estaba pegado, y que llevaba en los adentros, al que le tenía cogidas las vueltas y me reportaba seguridad.

Aquel día fue muy triste porque a la despedida de Cañizo uní la llegada al colegio, donde me encontré desamparado, solo, incapaz, como si toda mi vida pasada se hubiera caído de repente. ¿Para qué me servía a mi aquel lugar inhóspito si no había tejados a los que subirse a buscar nidos de *gabiluchos*, ni encinas para coger pegas, ni bodegas donde meterse, ni forma de descubrir subterráneos inciertos? Los nuevos amigos vendrían después, como siempre a cada paso en la vida. Tenemos necesidad de amigos para contarles nuestras cuitas, pero también para que nos protejan, para tener la sensación de que no estamos solos. Son otros ángeles de la guarda.

Siempre buscamos la seguridad, sin darnos cuenta, inconscientemente incluso; es algo que pide de forma silenciosa nuestro cerebro. Cuando nos hacemos mayores, contrariamente a lo que pueda parecer, nos volvemos más inseguros: perdemos esa sensación que tiene la juventud de poder con todo, nos amenaza la falta de trabajo, nos agobian las letras y la salud nos avisa desde todos los rincones del cuerpo. Esa inseguridad es muy de interior. Pero hay otra, la externa, que igualmente nos doblega. Nos asfixian los impostores, nos engañan los bancos con la letra pequeña, y la grande, nos asaltan en la calle los delincuentes y nos destrozan el alma los terroristas.

PROSAS DE PAN

Ahí es cuando aparecen los policías por derecho, la gente de orden, que decían entonces, los servidores de la ley, que se dice en tiempos democráticos. A estos ángeles de la guarda, antes y ahora, siempre, los necesitamos. Son los custodios de todos nosotros en un mundo vulnerable, inseguro y peligroso. Los policías son la mano larga tendida a la gente, alma fiel de esta sociedad con cierto olor a podrido, asidero del ciudadano, el recurso, la seguridad, el apoyo, la confianza, la tranquilidad. Los policías son para la sociedad la madre inicial, el padre de los primeros pasos, el amigo de la niñez y juventud, el hermano mayor y el médico en las horas maduras.

La importancia que tiene la policía en una sociedad democrática como la nuestra debe ser motivo de orgullo de todos los profesionales que entienden su cometido, que trabajan por el común, que se arriesgan por todos. Porque haciendo su trabajo desde la entrega se ganan el respeto, e incluso algo más, el cariño, que es a lo que todos aspiramos en la vida. Ese es el mayor triunfo que puede obtener toda persona. Por eso los policías son unos privilegiados, que no por el salario, escaso, cuando no mísero. “Hay cosas más importantes que el dinero, pero cuestan tanto”, decía Groucho Marx. Sin duda. Como tampoco hay duda de que somos lo que somos gracias a tantos ángeles de la guarda.



¡Atentos los de los pueblos!

Aunque no lo parezca, Castilla y León tiene dos cosas en común con Estados Unidos: una, que tiene un Oeste lejano y abrupto -aunque sin pistolas - y dos, que posee grandes llanuras, salvando las distancias, como las de Montana o Nebraska. A pesar de estas coincidencias existen muchos aspectos distintos. En Estados Unidos el Oeste ya hace años que lo conquistó John Wayne y las grandes praderas, donde pastaba el búfalo, son algo más extensas y producen más. Pero en fin, quitados esos pequeños detalles las cosas deben ser muy parecidas entre esos estados americanos y muchas comarcas castellano y leonesas. Algo es algo.

Vienen estas absurdas y forzadas comparaciones para recordar que los problemas con que se encuentran los habitantes de esas inmensas llanuras americanas, o sea, los granjeros, no son diferentes a los que tienen nuestros agricultores y ganaderos. Estados Unidos no trata a estas personas de una manera diferente a como lo hace España o Europa. En la todopoderosa nación de los *cowboys* y de las grandes plantaciones de maíz, trigo y cebada, los hombres del campo tampoco encuentran comprensión. Antes al contrario, los granjeros de Montana o Nebraska se debaten con los mismos problemas que aquí, es decir, que están condenados a desaparecer. Primero fueron aniquilados los treinta millones de búfalos que pastaban por aquellas praderas. Y ahora, las tierras fértiles, azotadas por sequías y excesivos castigos, no producen lo suficiente para lo que exige el mercado mundial. Las extensiones de terreno que labran los agricultores son enormes, con medias cercanas a las mil hectáreas, pero los granjeros se quejan de que si no fuera por las subvenciones del Gobierno no podrían vivir. Tienen todo tipo de maquinaria, moderna, avanzada, pero las tierras no dan más de sí y no producen lo suficiente debido a la caída de precios. O sea, lo mismo que en Tierra de Campos y otras zonas de Castilla y León de similares características.

Un estudioso de la cosa, llamado Frank Popper, se ha dedicado a dar charlas y conferencias en esos estados americanos asegurándoles que lo mejor que pueden hacer es largarse de allí. Les ha dicho a los granjeros, a los que quedan, que se cometió el error de explotar excesivamente las tierras y que el número de personas que se habían instalado en esos condados también había sido en número superior al que podía soportar la zona. Y que por eso las cosas van mal.

La gente, aposentada allí desde hace varias generaciones, no le tiran tomates y huevos porque es muy tranquila, pacífica, pero sí le mandan con sus teorías a otra parte. La gente de Montana y Nebraska no se quieren marchar de sus tierras por respeto a sus antepasados, porque es su medio de vida y porque saben que en la ciudad tampoco está la solución. O si no que se lo pregunten a los habitantes del Bronx neoyorkino o a esos millones de indigentes que hay en Estados Unidos y que viven, en muchos casos, en las cloacas de las ciudades. Los granjeros prefieren seguir apostando, aunque sea en circunstancias difíciles y con una calidad de vida que a veces recuerda a las películas del viejo Oeste, por el campo, por la naturaleza, por montar a caballo y por perseguir a los coyotes.

En la pradera esa gente se siente libre, porque asegura, la tierra lo tiene todo organizado, y que de lo único que se trata es que la mano del hombre no rompa el ecosistema. Así podrán seguir viviendo muchos años, aunque para eso también es imprescindible un cambio de mentalidad en los dirigentes políticos, que deben considerar al campo como un bien social, donde a sus habitantes se les reconozca su trabajo por evitar que las grandes llanuras se conviertan en extensos desiertos. Y para eso piden una reducción del mercado libre, que no sea intervenido para apoyar a otros sectores, fundamentalmente los industriales. Los agricultores americanos están seguros de que de esa forma no necesitarían subvenciones y podrían vivir mejor.

Pero lo cierto es que Nebraska ha perdido población en los últimos veinte años en cincuenta de los cincuenta y dos condados que la componen. Y en muchos sitios la media de edad ronda los sesenta y cinco años. Los jóvenes han huido a la ciudad, aun cuando no querían hacerlo. Pero la política americana, según parece, es muy similar a la europea y española, es decir, que *al agricultor y al gorrión, perdigón*. Y por eso la población de los pueblos de Castilla y León ha disminuido y sigue disminuyendo, mientras en Valladolid, León o Burgos los parados siguen aumentando. La situación está tan despendolada, tan confusa, que nadie acaba de dar una solución.

En Castilla y León parece que sólo la gallina de corral tiene futuro, como lo demuestra que en los restaurantes de moda ahora hay que pagarla a precio de oro. ¡Será posible, la gallina de corral... ahora en plan estrella! Pero es que en este mundo todo está de patas arriba. Lo malo de la gallina de corral es que pronto no habrá ni corrales ni granjeros que la cuiden.

En fin, como decían antaño los conductores de los coches de línea. *¡Atentos los de los pueblos!*

Apuesta por los jóvenes

Sabemos que el mayor problema que tiene Castilla y León es la despoblación. Sabemos que la gente se fue a borbotones en otros tiempos y se sigue yendo ahora con una cadencia desesperante. Lo sabemos todo, menos cómo solucionarlo. Desde tiempos de los Reyes Católicos esta es una tierra de abandono, de emigración y de huida. La ilusión de muchos padres ha sido – y sigue siendo en muchos casos – trabajar para que sus hijos tengan mejor suerte y no se queden a *destripar terrones*. Dicen: “que se vayan a la ciudad a lo que sea, con tal de no quedarse aquí...en este pueblo no hay futuro...el campo cada día está peor, los pueblos se quedan sin gente, no hay con quien hablar, si te pasa algo no tienes ni a quien acudir...” Los responsables políticos lo saben, lo tienen bien estudiado, con libros blancos y con libros negros, pero sin soluciones. Todos, incluidos los periodistas, sabemos los males, conocemos el proceso histórico de este desastre, pero a la hora de plantear qué hacer nos quedamos sin palabras.

Se habla de turismo rural y de industrias agroalimentarias. Se habla de la necesidad de que los empresarios apuesten y de que el dinero que aquí se ahorra aquí se invierta. Pero llegan los recaudadores, bancos y cajas, y se lo llevan a otros sitios, allí donde les presentan proyectos de inversión. Los directivos bancarios dicen que si las propuestas y las iniciativas se las presentan en Castilla y León no habrá problema, que el dinero no mira geografías sino rentabilidades. La multiplicación del dinero es algo bien acogido siempre en cualquier lugar. Luego el problema no se debe achacar ni a los empresarios ni a los bancos y cajas; el problema es de todos. Y lo primero que tenemos que hacer es cambiar la mentalidad, pensar qué podemos hacer, qué debemos cambiar, para que el signo maldito de esta historia de emigración termine. Una emigración que ahora ya no sólo es rural, si no que afecta a las ciudades por igual, donde los jóvenes no encuentran trabajo y no se pueden quedar con los brazos cruzados. Y por eso se marchan.

Una parte de la solución la tenemos nosotros mismos. No podemos siempre pensar que sólo la tiene el gobierno de turno. De forma individual y colectiva hay que poner manos a la obra. Uno a uno y todos juntos. Los padres, por ejemplo, debemos ayudar a los hijos para que se queden aquí; hay que echarles todas las manos posibles para que encuentren aquí su futuro. Hay que convenecerles de que deben adquirir más formación y, a la vez, animarles, si es necesario, al autoempleo. Ser autónomo es una forma de llegar a ser empresario.

Primero hay de empezar, tener vocación emprendedora y después trabajar, creer en uno mismo y no cejar en el empeño. Nada es fácil, por supuesto, pero con cabeza, con sentido común y con esfuerzo todo es posible.

Pero ¿en qué emprender? En lo que sea; si acompaña la vocación, mejor, pero si no, en lo que pueda ser. La vocación es muy bonita, pero la realidad de la vida te puede llevar por otros caminos y hay que saberse adaptar. Hay que darle vueltas a la cabeza para amoldar las facultades y hacer una inversión, aunque sea pequeña, en alguna oportunidad de negocio que tenga posibilidades de éxito. Los jóvenes se deben informar y descubrir trabajos que se hacen en otros países y aquí no. Y que podrían ponerse en marcha. O crear otros nuevos. Han de pensar que muchas actividades actuales hace años no existían y alguien vio una luz.

Lo que no pueden nuestras universidades y otras instituciones de enseñanza es formar a jóvenes para que el día de mañana, ya como personas cualificadas, pasen sólo a engrosar empresas de fuera de nuestras fronteras. Por supuesto que es bueno, y necesario, que nuestros jóvenes conozcan otros países, y trabajen en ellos, pero que sea porque quieren aprender más y adquirir experiencia. Pero no porque sencillamente no les quede más remedio.

Cualquier joven si no encuentran trabajo que no espere, que cree su propio sistema de vida. El autoempleo es una realidad. Y hay muchos, muchísimos, casos de éxito. Conozco más de uno que gracias a la imaginación y al esfuerzo han conseguido su sueño. Les costó, pero ganaron la apuesta. En el desierto también hay agua.



Donde habita el olvido

Cualquier noche de invierno, si alguien quiere tener una sensación fuerte, impensada, sobrecogedora incluso, si le apetece encontrarse por curiosidad con el olvido en persona, nada más tiene que desplazarse con su coche por las carreteras comarcales que unen los pueblos de Tierra de Campos. En esos días fríos, de chimenea y televisión, de camilla y soledad, viajar despacio, tranquilos, de un pueblo a otro de esta inmensa comarca, sólo viajar, es un ejercicio de reflexión maldita. Les hago, como diría Alejandro Sanz, una invitación al olvido.

Esos pueblos mezcla de adobe y ladrillo caravista tienen detenida la vida; hibernan, duermen, están, pero no existen. Son pueblos en estado de emergencia. Casas cerradas, calles vacías y farolas para deslumbrar a las lechuzas. En estos pueblos, en estos campos de tierra, habita un abandono que avanza muy deprisa. Allá por los cincuenta y sesenta el tractor modernizó el campo de tal forma que hizo inservibles muchas manos. No hubo reconversión ni se dieron alternativas y la Unión Europea, contrariamente a lo que se pensaba, dio la puntilla: pagó con subvenciones la descapitalización. Fue una trampa.

Eso sí, la democracia y la Unión Europea asfaltaron las calles, mejoraron los servicios, cargaron las cartillas con el dinero de las pensiones, crearon residencias de ancianos, construyeron centros de salud, cambiaron cuadras de mulas por garajes de coches, arreglaron carreteras y llenaron las despensas de ricos y pobres casi por igual. Los viejos del lugar no podían creerlo: abundancia después de tanta penuria.

Pero en estos pueblos el progreso fue paralelo a la despoblación, a la soledad. Mis amigos dicen que Cañizo, mi pueblo, zamorano y terracampino, desaparecerá en tres años. Y yo les digo que en treinta. Y me preguntan, “¿cuándo consideras tú que un pueblo desaparece?” Y yo les digo: “Cuando se cierre la última casa”. Y ellos dicen: “No, cuando ya no se pueda ir al bar porque no queda nadie con quien echar una partida o un *parlao*”. Tienen razón. Cañizo tiene doscientos setenta habitantes. Mis amigos echan cuentas, calculan los que pasan de ochenta y noventa años, y suman, y restan dos veces porque no hay niños en la escuela. Y deducen, ya más lógicos, que Cañizo vivirá unos veinte años. A partir de entonces habitará allí para siempre el olvido, como diría Sabina inspirado en las rimas de Bécquer.

PROSAS DE PAN

Y como Cañizo, cientos de pueblos de Tierra de Campos y de otras tierras de Castilla y León. La Unión Europea ha sido una mala madre para el campo, porque el campo ¿qué es sin gente? Ni trigo, ni remolacha, ni secano, ni regadío, ni voz, ni palabra, ni mandangas. Nada. El progreso para estos pueblos ha sido un lento veneno apocalíptico. Las medidas antidespoblación son parches. Los agricultores tienen mil razones para enfadarse. Les han vuelto a engañar. Está escrito: la vida es burgo, burguesía, industria y ladrillo. Y cemento. Y mucha locura, claro.



El recorrido de la noria

Andamos con la despoblación a vueltas desde tiempos que no me alcanzan. En su libro *La personalidad social de Castilla*, el sociólogo zamorano Alfredo Hernández recuerda una estadística que refleja cómo desde hace quinientos años esta tierra se ha ido quedando sin gente. Los motivos y las causas han sido infinitas, y aunque nadie tiene la culpa en concreto, lo cierto y verdad es que todos somos responsables del desastre. Antes y ahora: por las condiciones de la propia tierra, que es dura, seca y mal bautizada por un cielo inmisericorde, por nuestra mentalidad arcaica y retrógrada encerrada en conventos, y por los desciertos políticos a lo largo de siglos. Todo en una coctelera. Ha sido un proceso largo y sufrido, hasta vernos en harapos y miserias que diría Machado, mal que nos duela y pese. La culpa no es del vecino, es nuestra, que nos abonamos más al lloriqueo y al lamento que a la iniciativa individual o colectiva.

¿Cómo salir del pozo? Uno, creyendo en nosotros mismos, dos, olvidándonos de que los de fuera nos van a arreglar las cosas, tres, revolucionando nuestra mentalidad ahorradora de dinero bajo la baldosa, cuatro, valorando socialmente mucho más a los emprendedores, cinco, exigiendo a los políticos sentido común, cordura y unidad de acción, seis, situarnos en una campaña permanente e inacabable en el tiempo de formación de conciencia colectiva, siete, sentirnos orgullosos de lo que somos sin caer en el orgullo pacato o de noblezas trasnochadas, ocho, abrir una puerta allí donde se haya cerrado otra, nueve, pensar en positivo y en grande, diez, olvidarse de que la culpa siempre es del político, once, mirar con detenimiento estos horizontes, que no todas las tierras lo tienen, doce, favorecer más la creación de empresas y puestos de trabajo, trece, facilitar las condiciones laborales de la mujer y apostar decididamente por el aumento del número de hijos, catorce, recibir con los brazos abiertos a los inmigrantes, quince instalar las industrias y las fábricas no sólo en los alrededores de las ciudades...en fin, todo aquello que suponga poner una pica en Castilla y León. Nosotros mismos somos la solución.

Ya se que decir todo esto es muy fácil, y que la desgana nos lleva al monótono recorrido de la noria, pero algo hay que hacer. Como abrir un debate en la sociedad; los partidos políticos, las instituciones civiles y todas las administraciones deberían llegar a un pacto, tipo los de la Moncloa, para que no se ciña la cosa a simples discusiones, que es lo que se viene haciendo desde hace años y años. Todas las ideas son buenas, todas, y hay que moverse, no sólo con libros blancos de ocasión e interés electoralista.

PROSAS DE PAN

La gente, el común y los medios de comunicación debemos azuzar, no callarnos, no esperar a que el último apague la luz, no resignarnos a que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos se las tengan que buscar por esos mundos. Siempre es buen momento para desprendernos de ese inmenso imán que nos tiene atrapados y acogotados: la desidia.

El camino es largo, pero todo menos quedarnos con los brazos cruzados echándole la culpa al otro.



Adoptar un pueblo

Ya vuelven a estar los pueblos como nos gustaría que estuvieran siempre: con gente, bullicio y animación. Los bares y las bodegas se llenan para dar cobijo a la charla, a la reunión, al calor de la conversación. Son los hijos del pueblo que vuelven por vacaciones, acompañados por su familia y los amigos de sus hijos, los nietos y los novios y novias. En las fechas veraniegas uno tiene la sensación de que el largo invierno, de fríos y soledades, no hubiese existido nunca.

Visto el panorama que se avecina en el campo, en el mundo rural, parece que la única solución de los pueblos, para que no desaparezcan, o al menos para retrasar esa desaparición, es adoptarlos como lugar de segunda residencia. ¿Y por qué no? ¿Acaso hay algo más entrañable y más cargado de emociones que un pueblo? La gente de la ciudad, esa que cuando llega el fin de semana no tiene nada más que la calle mayor para ir y volver, para pasear, haga frío o calor, debería pensárselo y arreglar una casita en algún pueblo. No tienen ni que ser de pueblo, ni haber nacido en un pueblo, ni que les obligue la llamada de los ancestros. Sencillamente tienen que pensar que en todos los pueblos de Castilla y León la gente es bien recibida; sólo les van a pedir que sean personas corrientes y dispuestas a la convivencia. Nada más. Incluso los del lugar estarán encantados con los nuevos vecinos, porque así el pueblo ganará en vida, que es de lo que se trata.

Tengo un amigo que lo ha puesto en práctica. Decidió adoptar un pueblo, se arregló poco a poco una casa que le costó cuatro duros y es un tipo feliz. No hay fin de semana o fiesta que no vaya al pueblo. Y en el pueblo ya lo tienen como un vecino más, que charla con la gente, que juega la partida, que toma el café de rigor después de comer y que se siente del pueblo. Y sus hijos, locos de contentos. Tienen amigos, participan de las peñas durante las fiestas y a lo largo del año siempre tienen actividades lúdicas que les alegra la vida.

Cuando uno comprueba los precios de los chalet o los pisos en las capitales se asusta, y más con los sueldos actuales. Por eso no se entiende por qué no se piensa en el arreglo de casas en los pueblos. A veces a cinco, diez o veinte minutos de distancia de la ciudad. ¿Qué es eso en estos tiempos en los que todos estamos motorizados? Por una cantidad moderada de euros se pueden arreglar casas extraordinarias y dejarlas a la perfección. Depende lo manitas que sea uno. ¿No es mejor eso que pagar cantidades ingentes por una casa en un barrio ciudadano que es un enjambre? ¿Tiene sentido dejar caer las casas, solariegas y

PROSAS DE PAN

blasonadas en muchos casos, en infinidad de pueblos de Castilla y León? Las cajas y bancos deberían tomar nota y abrir vías de crédito en buenas condiciones para las personas que tomen esta iniciativa. Y las Administraciones apoyar como corresponde.

Bienvenidos los hijos del pueblo, y toda su gente, estos días, y todos los días del año. Bienvenidos a su tierra, que tanto los necesita. Y bienllegadas los que adopten un pueblo. Y enhorabuena.



La cabaña de primo

Cuando las tardes se hacen largas y las noches eternas de insomnio a algunos siempre les quedará París, o Casablanca, o New York, o Roma. A otros, que no somos Humphrey Bogard, siempre tendremos el corazón mirando al pueblo que nos nació, a la tierra chica, a la casa de los abuelos. Sentiremos siempre la necesidad de recordar los olores de la niñez y revivir los sabores de la madre.

Los amigos que no tienen pueblo me envidian, de forma sana, dicen, y me piden que los lleve a Cañizo, a la bodega, a comer unos huevos con chorizo no más. La felicidad a veces se encierra en cuatro cosas hechas con amor, casi todas baratas, pero adobadas por el calor de la amistad, charlas con gentes que tienen algo que decir y enseñar o personas dispuestas a matar el estrés con puñaladas de conversación.

El pasado fin de semana estuve cortando leña en El Raso de Cañizo, un paraje de encinas y almendros, tomillares y monte bajo, carrasqueras y lindrones enormes de piedras, de grandes cantos rodados, por donde hará millones de años debió pasar algún río que al final se quedó en el Valderaduey o en el Sequillo, las dos corrientes de agua que bañan estos góticos campos de tierra.

José Luis, motosierra en mano, es el maestro de ceremonias. Le seguimos todos, y muy atentos: Miguel, Álvaro, Manolín, Carlos y servidor. Mención aparte, Tarito, que llega desde Madrid sólo para cortar leña y estar con los amigos unas horas. Todos al compás haciendo apetito, para comer más tarde como sólo se come en el campo: con fruición, con ganas, con hambre. Un trago de vino por aquí, una pasta por allá, y casi sin darnos cuenta el remolque lleno. Con la satisfacción del deber cumplido nos dirigimos a la bodega, donde descargamos. Ya tengo leña para dos o tres años más. Todo dependerá del número de meriendas.

De nuevo vuelta al Raso, a la cabaña de Primo, donde otros amigos nos obsequian con una paella excepcional. Blasito, cocinero aficionado con aires de profesional, dice que se le ha pasado algo el arroz. En absoluto: Pepe, Rubén, Alejandro, Jesús Pelayo (el hijo de Primo), Albertín, Pirulo y Bernardo, más los leñadores, comemos como descosidos, le damos a la tinta de Toro y a la tempranillo de la Ribera del Duero, y hablamos de cosas intrascendentes que son las más trascendentes y serias que se pueden hablar. Ni

PROSAS DE PAN

política ni filosofías baratas. Repasamos los sucesidos cotidianos, recordamos las cosas y hechos de antaño y agradecemos que el sol despeje la niebla. De postre, chorizo a la brasa, que termina por alimentarnos el cuerpo. Y el alma.

En la cabaña de Primo, hecha en la fragua de la amistad, siento la felicidad que sólo proporciona el pasado hecho presente.



La otra cara del progreso

Cuando yo era niño en Cañizo no había jardines, ni parques, ni toboganes, ni un montón de cosas buenas que entonces estaban reservadas sólo para los niños de la ciudad. Nosotros, a cambio, disponíamos de unas enormes eras donde jugábamos al balón con la fuerza incontenible de Di Stéfano, Puskas y Gento. Hacíamos partidos interminables los del Madrid contra los del Barcelona en un *campo de hierba* un poco desigual, dos piedras por porterías y un balón de reglamento propiedad de los hermanos Fernando y Luis, los hijos del médico, Don Exuperio.

Eran los tiempos de la leche en polvo de los americanos en la escuela, a media mañana, y de queso holandés para la merienda. Eran tiempos de calles llenas de barro, de matanza y vecindeo; tiempos de dos escuelas y dos maestras y dos maestros, cuando a los niños nos separaban de las niñas y cuando el palo y las correas funcionaban como sistema de aprendizaje; *la letra con sangre entra*, que se decía. Tiempos en los que cada día había cocido para comer y las sobras para cenar, tiempos de aceite a granel en la tienda de la señora Valentina, que qué buena era, tiempos de dos panaderías y tres bares, de Águedas y fiesta mayor, de bollos y ponche casero, de veranos de tres meses - que no de veraneo - o sea, siega, acarreo, derrame del bálago, trilla, aparve, limpia, metida del grano en la panera y la paja en el pajar, y recogida de las granzas. Y después los otoños cargados de agua y sementera, y los inviernos crudos. Vida dura, llena de carencias y sabañones, donde sólo la ingenuidad y la fuerza de la niñez era capaz de llenar de alegrías y esperanzas.

Ahora que soy mayor, en Cañizo hay un hermoso jardín, un parque con toboganes, las calles están asfaltadas, hay una fuente maravillosa tipo Montjuic, hay agua corriente, caliente y fría, las porterías para jugar al fútbol son de verdad, la leche es española y con toda la nata de la zona, el queso tiene denominación de origen zamorano, el aceite se compra en botellas, limpias, etiquetadas y controladas por Sanidad, el ponche es Caballero o Soto, y los veranos son para el veraneo. Ahora se comen filetes de solomillo, gambas y langostinos, caviar de mújol y hasta hamburguesas. Hay un pequeño centro de salud, una residencia extraordinaria para ancianos, en el descuidado cementerio se ha plantado cipreses toscanos, hay varias industrias porcinas, la iglesia está brillante, remozada y con calefacción, y las campanas tañen de felicidad por la vida llena de abundancias. Los hijos que se fueron en épocas

PROSAS DE PAN

de carestía vuelven dichosos en julio y agosto y hay abundancia de paella, cordero, pollo de corral y chorizo del bueno en las bodegas restauradas.

Todo maravilloso si no fuera porque resulta que la última noticia que tuve sobre la escuela de Cañizo, aparecida en un periódico de la provincia, hablaba de cinco niños, todos juntos, claro, un maestro y mucha soledad. Y al poco tiempo los niños debieron empezar a subirse cada mañana a un autocar que los llevaba a Villalpando, el pueblo grande de la comarca, a aprender las letras, y sumar, y a restar, y a dividir. Y ya no hay escuela, ni maestros, ni maestras. Pero hay toboganes, y columpios, y campos de juego asfaltado. ¡Qué vida esta!



La pertinaz sequía

La postguerra de la Guerra Civil española fue tremenda, dantesca, cruel. A los desastres ocasionados por la venganza y el odio, la sinrazón y la maldad innata de tantos criminales, hubo que unir el hambre. A la España deshecha del millón de muertos, hubo que unir el epílogo del cielo, que inmisericorde y no contento con el castigo de la propia Guerra, descargó fuego y calor sobre los campos de esta España siempre doliente. El agua, bien escaso, no bautizó los campos, y las cosechas, de por sí miserables, se convirtieron en una entelequia. Nuestros abuelos recuerdan aún aquellos días de rebojos y pan duro, miradas desvaídas y desconcierto. Había zonas en España en la que los ricos tenían sus propios pobres a los que les repartían las sobras de cada día. En Tierra de Campos, que es la tierra de mi niñez, los pobres iban de puerta en puerta pidiendo *una limosna por el amor de Dios*. Yo lo recuerdo, aunque ya era la postguerra de la postguerra, pero el impacto de aquellos hombres prototipos de la España hambrienta, nunca se me ha ido de la cabeza. Ni se me puede ir. Ni quiero que se me vaya.

En un año como este, el más seco que se recuerda, posiblemente, desde aquellas calendas, la situación es tan grave que en muchos lugares no habrá cosecha. Afortunadamente, la España del Bienestar podrá con todo y sabrá salir adelante, pero bueno será sacar las enseñanzas oportunas y recordar que la vida en este país depende mucho del cielo, y que el cielo nos avisa con frecuencia que está dispuesto a convertir esto en un desierto, más aún de lo que ya lo es. La conciencia ciudadana, la educación de las generaciones actuales, deben tener por norte el valor ecológico, el mimo al medio ambiente, el administrar el agua de forma cuidadosa, el saber siempre dónde estamos y no perder la perspectiva. Sesenta años es mucho y no es nada. Todo depende. Pero sí es tiempo suficiente para no relajar la memoria. La Unión Europea es ahora el paraguas que nos puede proteger de los desastres, pero aquí debemos seguir asentando el futuro sobre bases sólidas, no sobre humo de pajas e intemperie. Bastante hemos sufrido en nuestra larga y reciente historia como para apuntarnos a la frivolidad y al olvido.

La pertinaz sequía de Franco y el Nodo nos persiguen como la sombra de Caín. Tal vez porque, como decía el abuelo Palancas de Félix Grande, “los tiempos cambian, pero no las personas”. Somos hijos de la desmemoria. Y eso siempre se paga. La sequía que padecemos este año debe hacernos recordar la heroicidad de nuestros abuelos para sacarnos adelante, por lo que les debemos reconocimiento y gratitud. Ellos fueron los que pusieron los pilares de este presente tan distinto a aquel inhumano de la postguerra española. Gracias siempre.

La reconversión rural

Leí en un diario que el futuro de un pueblo de Zamora era su desaparición. En otro periódico, el mismo día, se publicaba un reportaje de otro pueblo de Valladolid que contaba con seis habitantes. Son dos ejemplos sobre la maldita realidad que vive el mundo rural de Castilla y León. Ante esto ¿qué hacer? ¿Merece la pena decir algo? ¿Acaso no se ha dicho todo lo que se tiene que decir sobre la despoblación que sufre Castilla y León ya desde los tiempos postreros a los Reyes Católicos? ¿A alguien le preocupa el asunto?

Lo que pasa aquí nadie puede entenderlo. Se ha luchado siempre para que llegue el regadío a las inmensas tierras de secano de Castilla y León, y ahora resulta que el regadío tampoco es la panacea. Hay un sector que funciona, que produce riqueza y trabajo, como es la remolacha y el azúcar, y ahora nos dicen que hay que cerrar. ¿Qué se siembra entonces? ¿Patatas fritas? ¿Quién dice algo coherente? ¿El banco de pensadores de la Junta? ¿Qué pueden aportar los sindicatos agrarios ante el problema? Todos sabíamos que las subvenciones estaban envenenadas. Sabíamos que era una trampa dulce. Lo sabíamos, pero nos deslumbró el dinero fácil.

Algo hay que hacer. No sirve sólo exponer los males; los conocemos de sobra. No se necesitan lloros; ya se ha llorado lo suficiente. No valen los parches; ya se han puesto muchos. Sólo sirve un debate social amplio, de todos los estamentos, de todas las instituciones, de todos los que saben y pueden decir algo. Se necesitan muchas horas de debate abierto, que no sólo se vive de las discusiones sobre los estatutos de Cataluña y el País Vasco. El mundo rural necesita una reconversión, como se hizo en su día con la industria; incluso reconversión mental. Se impone un congreso, aún más ambicioso que el del cambio climático, donde se saquen conclusiones que aporten luz. El mundo rural necesita ser orientado. El gran déficit de nuestra democracia es el campo. Toda España ha avanzado, pero el campo, en muchos casos, ha ido hacia atrás. El campo es el gran perdedor de la soberbia Unión Europea. ¿Para qué se quiere en muchos pueblos calles asfaltadas si no hay gente que pase por ellas o parques infantiles si no hay niños que jueguen?

Se tiene que elaborar un plan serio, coherente, una *hoja de ruta* que elimine el desconcierto actual de agricultores y ganaderos. Un plan que sitúe al hombre en el centro. La mitificación de la avutarda sólo debe ser parte de ese plan, y no un fin en si mismo, que es lo que está pasando ahora. Se necesita

un proyecto integral y no sólo políticas deslavazadas. La despoblación es sólo un síntoma de la gravedad del enfermo. Un enfermo que terminará por morir. Si no se remedia. Sería un fracaso imperdonable, cuando la tierra es la verdad más noble.



Homenaje a los pastores

La Virgen siempre se aparece a los pastores y en esta ocasión es cierto. Ha sucedido en Montealegre, pueblo vallisoletano cargado de historia, que ha tenido la originalidad de hacer un museo dedicado a los pastores. Gran idea y acto de justicia para la gente más sacrificada del campo, esa para quienes no hay ni días, ni noches, ni calores, ni fríos, ni nieves, ni aguaceros. Esa gente que ante todo tiene por vida la soledad, por compañero el perro y por testigos la tierra y el cielo.

Tengo grabado en mi memoria de niño de pueblo el sonido de los rebaños cuando temprano salían al campo, en busca de *la suerte*, que no era otra que el pago del campo donde les había correspondido en sorteo para que pastara su rebaño. Se llamaba y se llama *la suerte*, y así es, porque no es lo mismo un pedregal que un prado hermoso, no es igual una tierra hirsuta y seca que un pastizal de buena hierba. La suerte de los pastores, además, siempre se completaba dependiendo del clima, casi siempre continental, o sea, mucho frío o mucho calor, y de la salud o la enfermedad. Un pastor no tiene derecho a ponerse enfermo, ni a atemperar una mala fiebre en cama, ni a quejarse de las incomprendiones del cielo, en esta tierra siempre tan alto y tan cruel.

Pastor fue Pedrito, Carreño, que llamábamos todos, quien trabajó y vivió en mi casa mucho tiempo, y que durante varios años después llevó la *dula*, que era un rebaño comunal, dos ovejas de aquí, diez de allá, una cabra de uno, otra de otro..., hasta completar un número adecuado para pastar. Pedrito fue la persona a quien yo más quise en el pueblo porque de niño me regaló un balón de goma y una pistola de fulminantes por Reyes. Aquel gesto nos unió para siempre en un cariño especial. Labrador y pastor, Pedrito siempre fue una persona buena, sencilla, con las virtudes mejores que pueda tener un hombre de pueblo.

Los pastores, como los mineros, o como los toreros, son de otra pasta, de otro molde, en este caso fraguado en el sacrificio, la paciencia infinita y un amor intenso al aire libre que sólo da la paz del campo en soledad. A las seis de la mañana, en primavera, por ejemplo, o en verano, ya en marcha la siega, el olor a ozono del campo después de una noche de lluvia, las alondras azules de Rubén Darío jugueteando cercanas por los rastrojos, la percepción de los sonidos, cuando los ruidos aún no han empezado a distorsionar la vida, son sensaciones únicas para gente que vive emociones más allá de la ciudad que agobia. Ese si es un pago de gratitud al pastor que le da la naturaleza.

Otras alegrías les llegan a los pastores en forma de ondas, a través del transistor. Desde que se inventó todos los pastores cambiaron de suerte. El transistor es el amigo permanente, cercano, amable, la compañía. Luis del Olmo o Iñaki Gabilondo como permanentes referencias y en tiempos más actuales Carlos Herrera. El transistor les dio a los pastores algo más que noticias o música; les trajo la cultura de forma natural, les acercó la escuela que en muchos casos no tuvieron, y ha sido, por tanto, su gran maestro. Ahora el pastor une a su sabiduría natural la cultura global que les proporciona horas y horas de radio. Ahora un pastor es un hombre informado, y, por tanto, ya no es aquel mundo a oscuras que proporcionaba la ignorancia obligatoria. Ahora un pastor es un hombre de su tiempo, con iguales derechos y obligaciones. Incluso muchas veces ya no tiene que comer de pie. Que de los sinsabores es el peor de todos. Ahora, hasta les hacen museos de homenaje. La vida, que sale de la caverna.



Emilio Esteban

Las raíces del emigrante

Cuando se fueron, como dice la canción, no se querían marchar. Pero en su tierra no tenían posibilidades de futuro ni para ellos ni para sus hijos. Por eso cogieron el dos, se echaron el hato encima, y se dirigieron al País Vasco, a Asturias, a Cataluña, a Madrid, a Alemania, a Suiza, a Francia, a Bélgica. Desde entonces Castilla y León no se ha vuelto a levantar, como demuestra el hecho de que la despoblación sigue siendo su mayor problema.

Aunque esta triste realidad se fraguó, sobre todo, en los años sesenta, lo cierto es que el mal es secular; llega hasta el siglo XVIII, cuando la Inglaterra industrial y la Europa de los inventos va dejando más canija a la España del sector primario. La agricultura y la ganadería, como ejes de trabajo de los españoles, fue hacia atrás, al tiempo que la industria iba hacia delante. Los lamentos de Macías Picavea, Joaquín Costa o Lucas Mallada, los líderes regeneracionistas españoles, de poco sirvieron para levantar la agricultura y la ganadería de una nación que lo que más le gustaba eran los disturbios, los enfrentamientos, las semanas trágicas y la guerra incivil.

La España del trigo y la cebada, de la alfalfa y el centeno, que languidecía en el tercermundismo, vivió una revolución espectacular con la mecanización del campo que llevó al éxodo y al llanto a miles de emigrantes. Castilla y León, pegada siempre a sus tierras, sufrió intensamente este proceso de adioses. Los pueblos se despoblaron, las calles y las plazas se quedaron medio vacías, las escuelas se quedaron sin niños y el proceso, en diez o quince años, fue devastador. Entre el cincuenta y cinco y el setenta y cinco del siglo XX esto quedó en barbecho. Los tractores y las cosechadoras anularon de un plumazo miles de manos de obra.

Desde entonces esta España, esta Castilla y León, ha vivido una transformación sin precedentes. La democracia y nuestra unión a Europa ha supuesto un revulsivo extraordinario, aunque el campo sigue sufriendo los latidos del mal endémico, a pesar de las píldoras de la PAC. Al tiempo, hoy aquellos emigrantes, como desde hace muchos años, por estas fechas vacacionales vuelven a beber sus raíces, a disfrutar de la casa del pueblo, la casa de sus padres, de sus abuelos. Vuelven después de haber ganado el futuro en otros lugares, donde tampoco ataban los perros con longaniza. Pero lo consiguieron, y los de aquí, los que se quedaron aquí, se alegran de volver a abrazar-

los, de volver a disfrutar con ellos las fiestas y compartir el vino y el pan al fresco de la bodega.

Son días de alegría porque vuelven a su casa aquellos que nunca se quisieron marchar. Vuelven como turistas especiales, no al uso, porque el turista de los folletos visita otras tierras y estos están en la suya, entre los suyos. Son turistas atípicos, turistas de otra pasta, con otro corazón, que buscan reencontrarse con esa patria eterna y de todos que es la niñez.



Primavera en Cañizo

Todas las primaveras llevan cargada la vida y con la vida la esperanza. Por eso es contradictorio pensar que Tierra de Campos, allí donde más habita el abandono y la despoblación, y también la desazón, no tenga futuro. Cuando desde el Raso de Cañizo, desde la cabaña de Primo, oteo con Miguel, con Blas, con Idamor, con Dalmacio y con otros amigos el inacabable verdor de los trigos que se extiende hasta Villafáfila y sus lagunas, hasta Villarrín, hasta Manganeses de la Lampreana, hasta Riego del Camino, en la mirada hacia el oeste, o Villárdiga, San Martín, Tapioles, Villapando, con los ojos hacia el este, o Benavente, al fondo, al norte, veo una tierra cargada de colores, de vitalidad, de tonos, de impresiones optimistas. Los amarillos de ginesta, los rojos de amapola, los blancos margarita, el morado de los cardos, los verdes de infinitas tonalidades... se ve riqueza, se palpa una alegría desbordante en el trajín de los pájaros, sus cantos menudos, su desaforada vitalidad; hasta una liebre, de forma insólita, nos mira descaradamente antes de perderse entre las carrasqueras y las encinas.

La primavera en Cañizo, que es como decir en Castilla y León, es un tiempo de reencuentro con esta tierra a la que yo miro con amor y pasión. Cuando varias generaciones llevan apuntando que “el último apague la luz”, cuando las tapias desvencijadas de los corrales anuncian el final, cuando más de una iglesia se desploma sobre el presente, cuando las casas de adobe y barro habitadas por el vacío gimen soledad, cuando los tejados rurales se desangran entre vigas carcomidas y tejas dolientes, la primavera de cada año viene a ser un bálsamo de energía necesaria. Algunos pueblos de Tierra de Campos ya no tienen vuelta atrás; perdieron su lucha contra la desaparición. Pero quedan muchos más que luchan, que no quieren morir.

Desde la cabaña de Primo, en un altozano del Raso de Cañizo, alcanzo a ver Otero de Sariegos, junto a la Laguna Grande de Villafáfila. Otero es un ejemplo de la derrota; allí mi cuñada, la mujer de mi hermano Justo, Silvia Álvarez, fue la última maestra, cuando la escuela de Otero cerró su puerta para siempre al quedarse sin alumnos. Otero terminó sus días mientras se arrojaban sus palomares y las chovas tomaban posesión de la iglesia, olvidada de rezos. Como Otero, cada año varios pueblos de Castilla y León escriben la última página de su historia: humilde, pero gloriosa por haber vivido y resistido. Numancias batidas por la despoblación.

ANIANO GAGO

Pero cada primavera, la fuerza desbordante de la naturaleza terracampina, me hace un mirar ilusionado, me anima a poner un ladrillo allí donde se cae un adobe, me lleva a cambiar la desesperanza por la esperanza y a tornar la tristeza en alegría. Un águila, en lo alto del cielo inmenso, vuela majestuosa, imperturbable al paso del tiempo.



San Pelayo bendito

Con los calores de verano y los exámenes del curso tocando a su fin llega la fiesta del pueblo. ¿Qué más se puede pedir? Nada más entrañable, ninguna sensación tan intensa como ser de pueblo, estar ausente de él por circunstancias de vida y volver los días de la Fiesta Mayor. En Cañizo se honra a San Pelayo, bendito santo. 25, 26 y 27 de junio son tres días donde la limonada, los toros, las bodegas, el baile y la camaradería general se apodera de todos sus rincones. Igual que en infinitud de lugares. Nadie que no sea de pueblo, que no haya vivido desde niño qué supone y qué se siente el día de la Fiesta, puede entender de verdad qué es un pueblo y qué significa para los allí nacidos.

Cuando yo era niño, y estudiaba en el Verbo Divino de Coreses, volver a Cañizo por San Pelayo se convertía en una necesidad vital. Cansado de rezos de rosarios, misas y vía crucis generales, mi cuerpo, mi cabeza, necesitaba el contacto con la realidad de los amigos del pueblo, los que se habían quedado allí y disfrutaban una vida, para mi, más divertida. Tarito y Sebito eran dos pájaros de cuidado, íntimos míos, que no dejaban nada a la improvisación. Yo los admiraba. Tenían inspeccionado palmo a palmo todo el término del pueblo: los tapiales, los tejados, las ramas de todos los árboles, los huecos de las piedras de las pozas, las zarceras de las bodegas; sabían donde estaban los nidos de las pegas, de los *gabiluchos*, *de casa y de monte*, de los tordos, de los gorriones, de los pitos, de los altardones, de las palomas; tenían bula para no dormir la siesta, obligatoria entonces, y vivían entre el río Valderaduey, donde daban cuenta de cangrejos y barbos, y dos lagunas, ahora secas, que entonces estaban llenas de carpas. Conocían también al dedillo el Raso, el monte entre Cañizo y Castronuevo y Alafes, allí donde el Sequillo entrega sus aguas al Valderaduey. Otros amigos, como Poli, Fidel, Venancio, Luciano, Nazario o Gonzalo andaban también a las mismas, porque entonces las obligaciones eran pocas y el tiempo se hacía muy largo, no como ahora, que los días parecen instantes.

Todos estos amigos, y muchos más, como Isidoro, Miguel, Celes, Jandro o Teodoro, hacíamos las limonadas en las paneras y jugábamos al *Señor Bayato* y al *Un limón y medio limón son dos limones y medio limón*, que eran trabalenguas para que los torpes pagaran con otro vaso y bebieran y bebieran con el fin de que la ruleta les hiciera más torpes. Las chicas, claro, del pueblo y forasteras, eran la sal y la salsa de todo; donde no hay mujeres falta algo, no

ANIANO GAGO

es lo mismo, y a mi, y a los de Cañizo, siempre nos gustó compartir y sentir la vida de forma paralela a las mujeres. Los años sesenta del siglo XX fue una gozada imborrable, con *Los Beatles* en su apogeo y los guateques de moda. Aquel tiempo pasado sí fue mejor. Ahora otros andan en parecidas alegrías. Los hijos, que son el relevo, la continuidad, la herencia. La vida, que no para.



Un huerto, un pozo, un amigo

Cuando llega la canícula el urbanita sufre en el asfalto y busca reposo y sosiego en el campo o en el pueblo, que viene a ser lo mismo. El campo es lo natural y la ciudad es lo artificial. Una cosa está hecha por la mano de los cielos y la otra por las de la tierra. A la hora de la verdad, donde esté la naturaleza que se quite todo lo artificial. No quiero decir que las catedrales, como las de Salamanca, León, Burgos o Zamora, o una ciudad medieval, por ejemplo, o una pequeña ermita no tengan un valor incalculable. Claro. Pero no es lo mismo.

Hay gente que es de pueblo y gente que es de capital. Hay gente que tiene un pueblo y gente que tiene las calles de la capital para andar de arriba a abajo. Tener un pueblo no está al alcance de todos. El pasado cuenta mucho. Como es lógico, los nacidos en un pueblo siempre tendrán un pueblo; a los nacidos en la capital les queda el recurso de la adopción. Cada día más la gente adopta un pueblo y lo hace suyo. Gente inteligente que hay.

La cosa en principio parece baladí, pero no lo es. Y es que tener un pueblo es tener un tesoro, porque un pueblo imprime carácter. Un pueblo es un alma, un mundo, una forma determinada de vida, una historia y una vivencia comunal. En la capital hay barrios, por supuesto, y en ellos se llega a hacer vida en común cercana y próxima, pero con matices diferentes. Los de ciudad tienen su visión limitada por la altura de los pisos, que corta la vista, mientras que en el pueblo la mirada es amplia, inmensa e inacabable. También más escrutadora.

Dice Juan Eslava Galán en su libro *Una historia de la Guerra Civil que no le va a gustar a nadie* que la vida en el Madrid de la resistencia era una agonía de hambre. Las palomas habían desaparecido de los parques y plazas y en las calles no quedaba ningún gato: los resistentes se lo habían comido todo. En algunos jardines sembraban lechugas y judías, e incluso en las macetas plantaban algo que llevar a la boca en lugar de geranios. Madrid, que siempre fue un poblachón manchego a decir de Cervantes, se había hecho tan grande que ya era una gran capital en el 36. El campo ya no estaba tan cercano, la tierra se había convertido en cemento. En esos días cruciales de angustia y hambre se añoraba a los pueblos; su capacidad de supervivencia y de adaptarse a las circunstancias. La ciudad no es para tiempos de guerra, ni de crisis, ni para cuando vienen mal dadas. Es más vulnerable que el campo.

Cuando los jinetes de la Apocalipsis se ciernen sobre un país, tener un pueblo es tener un salvoconducto. Cierto es que el ejemplo de la Guerra Civil

podiera no parecer el mejor, porque en los pueblos hubo mucho odio y locura criminal, pero en la ciudad pasaba lo mismo o más; en la ciudad se mataba con la impunidad de un mayor anonimato y se torturaba en las checas o en los descampados silenciosos.

Tener un pueblo en estos tiempos de la sociedad globalizada y estresada es una suerte, aunque después la vida en el propio pueblo esté castigada por la despoblación y la siempre titubeante situación agrícola y ganadera, más llena de incertidumbres y problemas que de futuro despejado.

Pero en un pueblo siempre habrá una casa, un huerto, un pozo, un amigo y un espacio. Veo a esos ancianos de pueblo, ya retirados, que pasan unos días con sus hijos, o viven con ellos en la ciudad, y cuando pasean siempre van solos. ¿En qué piensan? ¿En que ya no les quedan amigos? ¿En el tiempo ido? ¿Hay algo más triste que la soledad?



Emilio Esteban

Soledad y vacío

Tierra de Campos es un descampado que me toca el alma. Si a la niñez, base y fundamento de todo, le añado los cariños a la casa materna y paterna, y los hermanos, y los amigos, y la bodega con las chuletillas y el vino dentro, me encuentro con el asidero que más necesita uno en estos tiempos de desasosiego y pena. Si la crisis es un mal que toca todas las esquinas de la ciudad, ya podemos imaginar qué supone para el campo, para ese mundo rural que yo reclamo desde el humanismo etnográfico y ancestral de las querencias del corazón.

Leo que ha nacido la Fundación Martín-Calero, un artista que pretende “dinamizar la vida cultural, a la vez de buscar atraer a los estudiantes para que pinten la soledad y el vacío de Tierra de Campos”. Esas dos palabras, vacío y soledad, soledad y vacío, así escritas en frío, me han llegado al fondo, me han tocado. Porque Tierra de Campos, es cierto, está despoblada, sus pueblos se van cayendo como las hojas en el otoño, lentamente, pero sin parar. Aunque también sé que vacío significa profundidad y soledad compañía.

Porque Tierra de Campos es, sobre todo, una sensación, un abrazo, una pasión que desborda las líneas de lo racional. Por eso es fuente de inspiración de poetas y pintores. Muchos de ellos han sido históricamente subyugados por Tierra de Campos, porque sus adentros encierran páginas infinitas de oteros, de ligeras curvas, de altísimos cielos; de armonía, en definitiva. Tierra de pan llevar y ajeteo de hombres y mujeres que van y vienen en pos de su vida y de sus cuitas. Campos de tierra abiertos, de líneas horizontales, de arcillas desarboladas y ríos enjutos. Zamora, León, Palencia y Valladolid tienen en estos campos góticos, un nexo de unión vertebrado por la orografía, la historia y la cultura. Tierra verdadera donde el ave rapaz vuela con solemne majestuosidad en un cielo limpio de malezas en el que los aviones a su paso dejan estelas como los surcos de la mar.

Soledad y vacío, ¡qué desastre!, cuando la vida está arrinconada en las urbes en guetos inhumanos. ¡Qué incongruencia!, cuando por los pagos del campo terracampino el amanecer supone silencio, olor a ozono y vibrantes cantos de pájaros libres y alegres que llenan de vida todos los surcos.

En medio de estas calendas heterodoxas y descreídas, la mirada al campo siempre está ahí. Pero el problema es que nuestros gobernantes, más aficionados al asfalto desde tiempos que no me alcanzan, tratan al mundo rural, con contadas excepciones, con el látigo de la indiferencia. Se olvidan que la Roma

más culta y señorial buscó acomodo a sus locuras y sobresaltos en la paz del campo. Un ejemplo fue el gran poeta Marcial, elogiado triunfador en la Roma de los césares, que regresó a su pueblo hispano a disfrutar los últimos años de su vida.

Pero se necesitan años de experiencia, y muchos desengaños, para descubrir que la vida a veces es mejor cuanto más sencilla y pegada a la naturaleza es. Lo que no quiere decir que deba moverse entre el vacío y la soledad. Eso no. Y es que eso no debe ser el campo. Otra cosa es que lo hayamos hecho así. Un error más. Que hay que solucionar.



Los frutos de la tierra

Ya era hora que los agricultores recibieran alguna alegría. Después de años y años de sufrimiento continuo, unas veces con ayuda de las políticas europeas y otras sin ellas, veo con satisfacción que están subiendo los precios del cereal, lo que no es más que un acto de justicia que les llega con retraso a los labradores. Si el pan es un bien de primera necesidad, que lo es, los ciudadanos debemos a aprender a valorar más el trabajo de los agricultores, profesionales desposeídos de sus capitales con engañifas europeas. Porque eso, y no otra cosa, ha sido, y es, subvencionar las rentas agrícolas mientras se hace una política general que quita el valor de las tierras, descapitalizando así al labrador. Porque una finca que no produce por la vía de precios en el mercado, antes o después, está abocada al barbecho. Semejante a un periódico: si no se vende, por mucha subvención que le llegue de la Administración, termina por desaparecer. Pues eso, a los agricultores les han venido *guindando* sus tierras de forma sibilina, premeditada, alevosa y con nocturnidad. Aunque haya algunos que todavía no se han dado cuenta. Por esas y otras muchas cosas ¿alguien puede valorar lo que realmente vale el pan?

Que ahora se valoren los frutos de la tierra de la forma que corresponde es, además de justo, coherente y adecuado a la realidad económica. Me alegro por el mundo rural, el de secano sobre todo, que siempre ha sido maltratado, unas veces desde el cielo, por falta de lluvia, y otras desde la tierra, por culpa de los burócratas hombres de Bruselas.

Todos los presidentes de la Junta de Castilla y León han lanzado monsergas, barrocas e insustanciales, para hacer guiños al campo, llegando a decir, más o menos, que “Castilla y León no se puede entender sin el mundo rural” y que por eso “hay que darle prioridad al desarrollo rural”. Palabras de corte electoral que no coinciden con los hechos porque el campo, cada año autonómico, ha ido a peor, hasta el punto de que ya nadie se cree que pueda tener futuro. La despoblación sigue su curso imparable y cada cierto tiempo un sector entra en crisis: el lácteo, el vacuno, el porcino, el ovino..., sobre todo cuando se cierra el grifo europeo de las subvenciones.

O sea, mucho predicar y poco dar trigo. Hasta los topillos, listos como ellos solos, huyen, desaparecen, cuando intuyen que va a haber mala cosecha. Todos los presidentes de la Junta de Castilla y León han anunciado en cada momento apoyos al campo. Y lo han hecho creyéndoselo, convencidos, pero al cabo de

poco tiempo se desfondan y abandonan las buenas intenciones. Y es que cuentan con un presupuesto raquífico que no van a emplear en el campo, donde hay tan pocos habitantes como votos.

Ahora hace falta saber cuánto tiempo les durará a los agricultores los buenos precios del cereal, si no es flor de un día, y cómo repercutirá en los ganaderos. Porque esa es otra: los piensos serán más caros, lo que incidirá en el precio de la leche, de la carne y del pollo, el culpable casi siempre de todas las subidas o bajas del IPC.

Nunca llueve a gusto de todos. Pero el caso es que llueva y los precios que nacen, crecen y se desarrollan en el campo tengan en el mercado el valor que se merecen. Y para eso las autoridades competentes deben frenar las embestidas de productos foráneos, en muchas ocasiones sin controles adecuados.

El campo siempre pagará las negociaciones por la forma y manera en que entramos en la Unión Europea. Antes o después, “no hay deuda que no se pague ni vencimiento que no llegue”. La realidad no la he inventado yo.



Yo quiero ser avutarda

Desde niño conozco las lagunas de Villafáfila, que también son las de Villarrín, y las de Tapioles, y las de Cañizo, y las de todos los pueblos que conforman su reserva. Tierras de labor, de trigo y cebada, de alfalfa, campos de Tierra de Campos, sequizos, crudos, ásperos.

Tierras por donde pasa el río Salado, que por algo las lagunas son salitrosas y por eso nunca allí pudo crecer ni la mala hierba con agua de riego. Antaño el agua sacada de las pozas por pesadas norias tenían cal y sal y modernamente ha sucedido igual con los pozos de sondeo. La cal y la sal han acabado con más de un sueño.

El gran río - que ironía - de la zona es el Valderaduey, que sólo se enfada en plan riada, como aquella del sesenta y dos que destruyó la zona. Su afluente es el Sequillo, que a pesar del nombre, es la antítesis, porque al estar regulado siempre lleva agua que sirve para regar tierras de pueblos que han prosperado, como Belver y Castronuevo, vecinos del mío, Cañizo, que va para atrás porque secano nunca fue palabra de futuro.

Macías Picavea ya escribió su gran novela *Tierra de Campos* para descubrir las miserias de esta zona cruda y sin futuro si no se apostaba por el agua. Fue a finales del siglo XIX, y así continúa la situación. El *Plan Tierra de Campos* de Franco fue una farsa, y el agua del pantano de Riaño una entelequia. Y eso sin contar con la avutardas, esas majestuosas aves que siempre dieron de comer gratis los agricultores de la zona, y que ahora son un obstáculo al regadío. La Administración las protege más que al propio agricultor.

La avutardas, que en mi pueblo llaman altardones, tienen todo el cariño que se merecen, el que ya les daba Luis Andrés Raposo, alumno que fue como yo de la escuela de Cañizo, escritor que se hizo a base de voluntad y sabiduría. Sus libros sobre las lagunas de Villafáfila fueron pioneros en la defensa de estas y otras aves terracampinas.

Hasta aquí todo perfecto. ¿Pero qué hacemos con el hombre, ese otro animal, en este caso racional, que también vive por la zona? Estoy de acuerdo con la fiebre ecologista y el cuidado del medio ambiente. Pero empezamos por el principio, o sea, por el hombre. Porque por este camino a mi que me cambien y me conviertan en avutarda. Prefiero ser avutarda. Y como yo mucha gente de esa tierra.

ANIANO GAGO

Avutardas, sí. Y lobos, y cigüeñas, y cernícalos primilla, y halcones peregrinos, y pollas de agua...pero con un defensor elemental: el agricultor y el ganadero de la zona, que son el alma de verdad y lo que da sentido a la tierra y a todo lo que existe. Que la Administración no mire para otro lado, y que sepa que este pequeño Doñana tiene un precio. Como todo en la vida. Que lo pague. Ya lo hace. Pero más.



A vueltas con el lobo

Andan los pastores zamoranos que no aguantan más el acoso del lobo. Este mítico y primigenio perro se cría a sus anchas en la Sierra de la Culebra y baja por los pagos sayagueses y terracampinos en busca de comida, igual que todo hijo vecino, que cuando no encuentra sustento en su tierra va a buscarlo allá donde pueda. El lobo no tendría ningún interés en bajar del monte al llano si no fuera por esa necesidad de comer. Es entonces cuando se vuelve agresivo, porque bien comido es un animal que puede llegar a ser cariñoso y amigo del hombre, tal y como demostró en sus reportajes televisivos aquel burgalés único que fue Félix Rodríguez de la Fuente. El lobo de cuatro patas, de hecho, es menos cruel y agresivo que el de dos, porque este no necesita tener hambre para ser brutal y despiadado con sus semejantes.

Pero las dulzuras del lobo nada les dice a los pastores, que sufren en sus rebaños auténticos desastres, por lo que piden medidas más eficaces a las Administraciones. Tienen razón en exigir respuestas claras, porque si la vida del pastor, ya de por sí es una de las más duras y abnegadas que existen, sólo les faltaba el lobo para acabarlos de arreglar. El pastor no puede ser el que asuma los costes ecológicos de tener entre nosotros lobos, de la misma manera que los agricultores no pueden ser los que se dediquen a criar avutardas para el gozo de la vista de los turistas llegados de la capital. Está muy bien esta conciencia ecológica que nos han metido en el cuerpo los oscuros hombres de Bruselas, pero todo debe tener un sentido y una lógica, y no se puede darle más cariño al lobo que al pastor ni a la avutarda que al labrador.

Por eso las Administraciones, central, autonómica y europea, más todos los que se unan y a los que corresponda, entre todos, deben arbitrar nuevas y más eficaces medidas para que se les abone a los pastores los desaguizados del lobo: de forma rápida, justa y ponderada, es decir, que no se atengan los técnicos sólo a las ovejas y corderos que se puedan llevar por delante los lobos, sino que tengan en cuenta las consecuencias posteriores como los abortos, el desaprovechamiento de las rastrojeras y los costos añadidos generados al estar más tiempo los animales estabulados.

En fin, habrá que *retener* en lo posible al lobo en su hábitat montaraz a base de alimentos o cualquier otro sistema que consideren los técnicos; todo con tal de proteger al pastor, aunque sólo sea como *bien ecológico* y evitar esas cacerías tercermundistas, solaz de lobos de dos patas, que no solucionan nada y dan una imagen patética.

Aquellas mujeres

El primer recuerdo que tengo en mi cabeza y en mis pupilas, aparte de mi madre, es el de mi abuela. He calculado que tenía tres años y medio. Mi abuela Gerarda, la madre de mi madre, me dio una peseta de aquellas de papel para que comprara golosinas en uno de los bares del pueblo. A mi madre le debió parecer mucho porque me la quiso quitar, pero mi abuela se opuso y terminé quedándome con la peseta de papel. Entonces era mucho dinero. Yo no sabía valorar aquel capital, pero tenía muy claro que el dinero servía para comprar chicles, caramelos y palos de regaliz, que era lo único que me interesaba.

La segunda imagen que tengo dentro de mi es también de mi abuela Gerarda. La vi en su cama muerta. Me llevó mi madre a verla. Yo tenía tres años y nueve meses. Junto con ese recuerdo, también tengo en mi cabeza, aunque en nebulosa, a muchas mujeres, todas vestidas de negro, en la antesala de la habitación de mi abuela muerta. Después, con el tiempo, supe que estaban de velatorio. Es curioso, recuerdo a las mujeres, pero no a los hombres, que en los pueblos también acudían a las casas de los difuntos a darles el último adiós y acompañar en el sentimiento a sus familiares. Aquellas mujeres se pasaban todo el día y toda la noche allí, hablando y rezando, sólo amortiguado el tiempo por las aceitadas y bollos que de cuando en cuando comían, además de alguna copita de anís o ponche las más atrevidas.

Y me pregunto ¿por qué las mujeres sí y los hombres no? Porque la mujer rural siempre fue el alma y la vida de los pueblos, en los momentos buenos y en los malos. Mi memoria, por eso es selectiva, sabe lo que hace. Y es que empezando por la madre y siguiendo por la abuela, las mujeres en los pueblos de aquel entonces eran vitales, determinantes, claves; el gran punto de referencia, el asidero, el calor, el cariño.

En mi casa trabajaba mi padre y mis dos hermanos en el campo, y yo de niño les acompañaba a veces a verlos acarrear, trillar, aparvar y aventar el trigo y la cebada. Lo recuerdo todo por la emoción, aquella emoción que sólo proporcionaba la infancia y la adolescencia, cuando uno creía sentirse casi inmortal. Pero de todos los recuerdos entrañables, el que tengo más metido dentro, en la cabeza y en el corazón, es el momento en que mi madre llegaba por la mañana a la era con una cesta en la que llevaba una sartén llena de pisto y unas hogazas de pan candeal, lo cual que todo lo comíamos vorazmente. Y es que en la era aquello sabía a gloria bendita. A mi madre le encantaba vernos comer con ansiedad, con hambre, no con

apetito, con hambre. El bálago ya estaba derramado en la era y las ganas por empezar la trilla embargaban el ambiente. El sabor de aquel pisto de mi madre nunca más he podido probarlo. Y es que hay sabores que son patrimonio de un tiempo concreto que no volverá.

También tengo clavada una imagen de una mujer de mi pueblo. Se llamaba Gabriela y la llamaban La Gurrupita. No sé por qué. Era una señora que me parecía muy mayor, siempre vestida de negro, que se dedicaba, como otras personas, a coger las espigas que se caían de los carros cuando volvían del campo a las eras cargadas de bálago. Es lo que llamábamos en Cañizo respigar o espigar. La Gurrupita era una señora que llevaba dentro el espíritu del sacrificio, de la entrega a su familia, del esfuerzo, porque a los pocos medios que tenía para ganarse el pan le añadía el cuidado permanente a su marido, que le había dado un mal y había quedado imposibilitado en una silla de ruedas. La señora Gurrupita lo llevaba y lo traía, con una abnegación ejemplar. Mi madre me enviaba a veces a preguntarle si necesitaba algo, y algo a veces le llevaba. Tengo muy dentro aquellos tiempos impensables hoy, cuando las mujeres no paraban de trabajar en casa y de hacer faenas en el campo, lo mismo a respigar, que a vendimiar, que a recoger garbanzos. Más de una vez recuerdo que mi madre fue con Angelita, su vecina y amiga, mujer entrañable, a cortar manzanilla al campo, una manzanilla pura, de intenso olor y mejor sabor, un seguro contra los males del estómago.

“La vida se vive hacia delante, pero sólo se entiende hacia atrás”, dijo Kierkegaard. Por eso este apunte, este recuerdo, de las mujeres. Unas mujeres que a lo largo de la historia han sido maltratadas, e insuficientemente reconocidas. Incluso hasta algunos de nuestros grandes escritores llegaron a tratarlas con desdén. Quevedo llegó a decir “más la quiero necia...” y Lope de Vega “más quiero boba a Diana que bachillera a Teodora”, en un ejercicio de ridiculizar todo intento femenino de educación. Por eso cuando ahora las mujeres rurales tienen hijas universitarias, o con brillantes carreras, debemos reconocer cómo han cambiado los tiempos a mejor, y cómo lo que hicieron por esta sociedad aquellas mujeres han tenido sus frutos. Por eso, este reconocimiento. Y todos los que sean necesarios.



La Cofradía del Silencio

Los miembros de la Cofradía del Silencio de Zamora no quieren a las mujeres, o sea, que no aceptan su incorporación a dicha hermandad semanasantera. La alcaldesa, Rosa Valdeón, que, como su nombre indica, es mujer, se ha enfadado, a pesar de su eterna sonrisa, y se plantea no acudir al juramento del silencio. Ya hace algún tiempo pasó algo semejante en Zamora, y también la alcaldesa salió al quite. Los alcaldes, hombres, hasta su llegada, se habían mordido la lengua.

Pero el problema, con todos los respetos, viene de lejos, y es muy complejo. Veamos: Dios, que sepamos, es hombre, lo que está muy claro en la representación de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Podríamos tener alguna duda con el Espíritu Santo, representado por una paloma, pero creo yo que esto es una interpretación muy libre de los hombres, que han querido darle una especial dulzura externa a esa tercera expresión del misterio.

Otra muestra sobre el poder del hombre en la religión católica, en menoscabo de la mujer, es la representación de Dios en la Tierra, o sea, el Papa, que es hombre. Y todos los cardenales, y todos los arzobispos, y todos los obispos. O sea, los que mandan son los hombres. Las mujeres son pobres monjitas, hermanitas de la caridad, que hacen un papel secundario y tienen que confesarse a los hombres. Son muy queridas y muy entrañables, pero secundarias. No hay visos de que Roma acepte a una mujer Papa. Ni veo yo en el futuro inmediato que purpurados como Cañizares y Rouco Varela sean mujeres.

Jesucristo era, o es, hombre, y su madre, la Virgen María, que es muy importante, no deja de ser mujer, o sea, segunda línea. Por mucha fidelidad que le profesen los creyentes, su papel no es el de Dios. Jesucristo quiso a algunas mujeres muy especialmente, como a Magdalena, a la que libró de una reputación poco edificante, lo que después le sirvió para ser elevada a los altares, pero nunca al nivel máximo de los hombres.

Luego, no es extraño que la Cofradía del Silencio, y otras hermandades, padezcan el mal del machismo inherente a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. A los hechos me remito. Por eso Rosa Valdeón lucha contra los elementos. La muralla de Zamora es un pan de azúcar comparado con siglos de historia y de cultura favorable a los hombres. Pero hace bien, que los tiempos

PROSAS DE PAN

cambian y con ellos las costumbres. Hace bien en querer modernizar la excepcional Semana Santa de Zamora, porque la mujer es, y por eso debe ser, protagonista. ¡Qué difícil es creer que Eva procede de una costilla de Adán! Pero eso dice el Génesis. En todo caso, como mínimo, debería haber sido al revés.

Donde no hay mujeres no hay vida ni alegría. Que no me esperen en esa Cofradía de hombres. Ni en otras, sean gastronómicas o religiosas.



Inquietudes de otoño

Viene cargado el otoño de nostalgias, como llega la primavera vestida de verde y de colores nuevos. El otoño tiene su propio ritmo, como diría García Lorca, y “deja sin hojas los álamos del río”, los plátanos de la ciudad y las acacias de la plaza. Otoño es tiempo de desazón; una fuerza interior mueve un molino a contracorriente, en una lucha permanente entre el ser y el no ser, entre la vida que se va y la realidad de crear otra. El otoño no es tiempo de muertes, sino de transformaciones, porque en otoño la tierra recibe al grano para que germine y explote en su día con los calores nuevos. La sonata de otoño no hay que hacerla en otoño, sino en primavera, como Rubén Darío, aunque tal vez debamos ser más optimistas, no caer en las nostalgias de la que hablaba al principio y no dejarse magullar por esos versos de “juventud, divino tesoro, / ¡ ya te vas para no volver...!”

En este otoño, en estos prados, no debe posarse esa especie de tristeza que genera el olvido mezclado con la distancia del tiempo y la edad, ni deben “quejarse las ramas de los chopos”, como dice Antonia Álvarez en sus “Asonantes... de otoño”, la estación que “mece inquietudes”. En este otoño, al menos, nos queda la esperanza de que la lluvia sea generosa con esta tierra sedienta, tantas veces golpeada desde el cielo ramplón. En este otoño al menos debemos confiar en que el desierto que nos amenaza, y circunda, espere algunos siglos todavía.

Este otoño, entre sol y humero, debemos pensar que la vida siempre sigue y que nunca el hombre puede entregarse a la desesperanza. Sobre todo en el campo, en ese mundo rural, tan vasto, tan castigado y que con tanta paciencia y razón pelea contra los vientos huracanados. Como diría Ricardo Güiraldes, el gran escritor argentino, todos debiéramos tener “alma de horizonte”, para seguir oteando el futuro con los ojos de la ilusión y la esperanza.

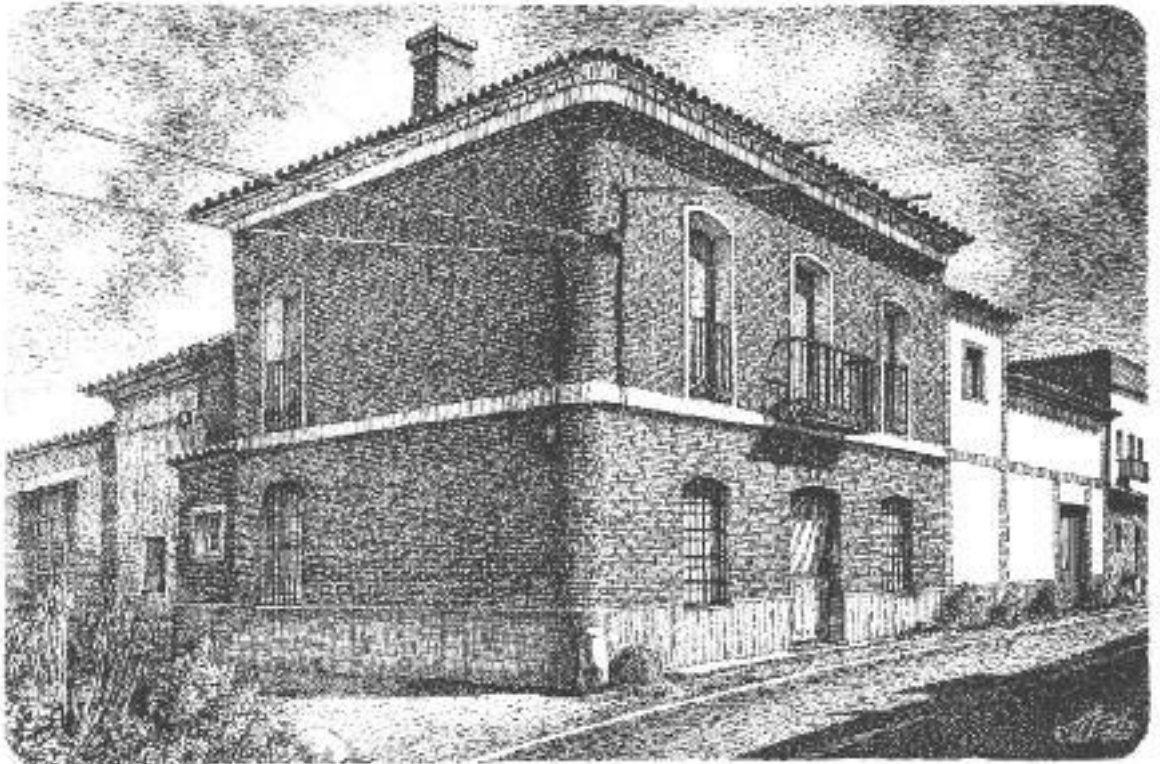
Cada año los presupuestos de Castilla y León incluyen una partida para luchar contra la despoblación. Cantidades concretas de euros, siempre insuficientes, incluidas en las distintas consejerías para evitar que el hombre del campo, esa especie amenazada, se quede en su hábitat, vamos, como las avutardas. La cosa es tan grave que sólo falta el mortecino sol de las tardes otoñales de Tierra de Campos para que decaiga más el ánimo. Pero hay que levantarse. Aunque nos engañemos a nosotros mismos, debemos seguir cre-

PROSAS DE PAN

yendo en la tierra propia, porque ahí sigue estando gran parte de nuestra razón de ser. La tierra forma parte del alma individual y del ser colectivo.

En este otoño, que se adentra en sus contrastes y que nos sorprende cada año por sus colores profundos, diferentes, de tonos pardos, verduscos, amarillentos, no nos debemos amilanar. A nostalgias y tristezas en este otoño hay que ganarles por la mano.





Dibujo: Francisco Domínguez Olías.

Latidos del pueblo

Emilio Esteban

Mi tío Aniceto

Emilio Esteban

Mi memoria histórica me lleva al Cañizo de mi niñez y juventud, a mi pueblo terracampino, en Zamora, y a mi casa, que fue la casa donde vivió mi tío Aniceto Rodríguez, hermano de mi madre. Mi tío Aniceto era el alcalde de Cañizo y cuando estalló *el Movimiento* cogió el dos y se marchó al pueblo de una de sus cuñadas, en la zona de Tábara. Todos le dieron por ido, pero mi tío, que era muy inteligente, regreso por la noche y logró, en una odisea increíble, volver a entrar en su casa. Aunque la casa estaba rodeada de falangistas, consiguió que su madre, mi abuela Gerarda, le oyera -le intuyera más bien- y le abriera la puerta. A partir de entonces mi tío empezó una larga noche de trece años.

Pues trece años estuvo escondido en la casa, mi casa. Hizo un zulo en la chimenea, y otro en entre los pesebres de las mulas, y allí se escondía cada vez que llamaba la Guardia Civil, que solía ir acompañada de algún falangista con pistola al cinto. Recorrían los largos y altos aposentos de la casa que a finales de siglo XIX construyó mi tío abuelo Aniano y, tras no encontrar nada, se iban. A los dos días volvían. Y así hasta que una amnistía de Franco, para los limpios de delitos de sangre, sacó a la luz al topo. Fue un acontecimiento entrañable en Cañizo.

Mi madre siempre me contó estas y otras historias. Mi tío Aniceto tenía seis hermanos, uno de ellos militar con Franco, y un cuñado, mi padre, Virgilio, que estuvo en el frente en las batallas de Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro... hasta concluir en Barcelona. Cuando iba a Cañizo de permiso, en alguna ocasión con heridas de guerra, sacaba a mi tío por las noches a pasear entre los trigos. En una ocasión, la más difícil, tuvo que llevar a mi tío al dentista a Benavente, y siempre creyeron que otro paciente les había reconocido. En ese sinvivir vivieron mucho tiempo.

Años después un día, estando yo con mi tío a la puerta de casa, pasó una persona que nos saludó. Igual hicimos nosotros. Después mi tío Aniceto me dijo: “Ya ves, saludo a uno que venía a buscarme a casa con la Guardia Civil para matarme...”. No expresó ni odio ni rencor.

Ese es el principio que debe imperar en toda acción que se haga a raíz de la Ley de Memoria Histórica de Zapatero, que al ser tan controvertida, siempre será polémica, y al tratar de algo tan delicado, siempre tendrá disparidad de criterios. Siempre también debe imperar el futuro, la buena memoria de los asesinados – 27 en Cañizo – y no cobrar deudas atrasadas. Yo soy amigo de gentes

de derecha, de izquierda y de centro en Cañizo y en todas partes. Por ahí camina mi espíritu. A mi tío jamás le oí una palabra de venganza.

Elegido por el partido de Azaña, lo primero que hizo como alcalde fue dar 3000 pesetas a las personas que no tenían que comer. Mi memoria es este homenaje y las palabras del propio Azaña: “paz, piedad, perdón”. Quiero también enlazar mi memoria con la esperanza de que el pueblo español del siglo XXI, más maduro, en mejores condiciones de vida, sepa ser justo, generoso, comprensivo, democrático y hermano.



Una mirada a la niñez

Lo peor de ser niño es que no eres consciente de ello hasta que dejas de serlo. No es que el niño no sepa que es niño, que lo sabe, sino que no valora la suerte de serlo hasta que ya se hace mayor. Cuando yo era niño mi mayor ilusión era llegar a ser grande, que es como lo decíamos, para, entre otras cosas, dejar de ir a la escuela, que entonces era obligatoria hasta los catorce años, y que suponía un agobio. A mis amigos de clase les pasaba lo mismo y ahora, supongo, les seguirá sucediendo igual a las nuevas generaciones. Ser mayor es el objetivo, como si alcanzar la madurez fuera la estación definitiva, la que más felicidad puede aportar. Todo eso lo entiende así el niño por la lógica falta de referencias, por la imposibilidad de contrastar su vida con otros momentos, con otras vivencias, y porque la vida misma nos conduce a hacernos mayores.

Por eso la niñez sólo se ve con los ojos de la envidia sana y se pone como paradigma de la felicidad, cuando desde lo alto del tejado vemos la vida diminuta y la elevamos a la máxima categoría de nuestros valores. ¡Quién pudiera volver a ser niño!, repetimos. Y, en cambio, no siempre las cosas son tan maravillosas. No todos los niños pueden recordar la infancia del color de rosa. No siempre la dulzura, la protección o el calor familiar presiden la vida de los niños. Son muchos los que no tienen esa suerte. Hay niños desgraciados, niños que no saben lo que es el cariño, niños olvidados, abandonados, hambrientos, harapientos, niños con ojos de tristeza, marcados por mil historias y desavenencias de los mayores.

La suerte de nacer en un lugar y con una familia que te pueda proteger y ayudar es la mayor de todas las suertes. Sólo cuando ves a esos niños pedigüeños, desarrapados, callejeando en busca de un mendrugo de pan, sólo entonces te paras a pensar que la vida es injusta y que la buena suerte le toca a quien le toca. En el último año fallecieron en el mundo veinte millones de niños por la guerra, la enfermedad y el hambre.

La infancia, en cualquier caso, siempre es el punto de referencia de todos; las imágenes que se nos graban entre los tres y los trece años nos siguen para siempre. Yo, por ejemplo, además de los recuerdos de Cañizo, tengo siempre en mi cabeza los primeros años en el colegio de los frailes de Coreses. Es más, siempre que viajo por la autovía hacia Zamora, o de vuelta a Valladolid, lanzo una mirada a mi niñez, y veo las caras de Alfonso Reguero, José Antonio Jáñez, Herminio Pérez, Alberto Martínez o Manuel Bratos, amigos de aquellos días

llenos de sueños e ilusiones. Es un momento que te conduce, de forma instantánea, a los vericuetos de una infancia que se pasó en un abrir y cerrar de ojos y sin entenderla bien, como si aquellos años hubieran sido como el agua de un río de montaña, rápidos y llenos de energía.

Los niños de pueblo siempre llevamos *el pueblo pegado en la cara*, como escribió Miguel Delibes, y es que de la cabeza no se nos van nunca esas imágenes del pastor que vuelve por la majada con el rebaño de ovejas, los trillos, la era, el acarreo, la caza, las parvas de trigo y cebada, el cambizo, las mulas, el primer tractor, las bodegas, el tío Moíche, el pozo artesiano, los galgos, aquel matacán que encontró el perdedero, las andanzas peligrosas, los baños en el río, el melonar...

Han sido muchos los escritores que han dicho que *la patria del hombre es la niñez*. Y como unos copian a otros sin citarlos, no acaba de saber uno quién fue el primero que lo dijo. Yo he llegado hasta Jean Jacques Rousseau, quien en *Las ensoñaciones del paseante solitario* escribió textualmente que “la auténtica patria real que todos tenemos es la de la niñez”. Una expresión certera y bella a la vez porque somos de donde nacimos, o de donde vivimos, o podemos adoptar nuevas patrias de conveniencia, o cambiar todas las referencias, pero jamás se nos irán los surcos que nos marcó la infancia.

Es necesario, por tanto, de cuando en cuando, mirar a aquellos días, y hacer ejercicios a favor de la infancia para que se respete a los niños; no darles sólo mensajes de televisión, tan discutibles, y no machacarles a base de obligaciones: estudiar, hacer los deberes, tocar el piano, aprender inglés, francés y chino..., vamos, como la Renata de Ramón García que la pobre andaba tan agobiada que no tenía tiempo para lo principal: jugar.

Por mucho que pase el tiempo y nos desborden los problemas urbanos, nos dediquemos al estudio y al trabajo, y a la familia, y a los nuevos amigos, ya mayores, y a la bolsa, y a hacer caja, siempre viviremos con más emoción si nos inspira el transfondo luminoso de la niñez.



Una postal nostálgica

La nostalgia es un trago de vida entre el sueño, el deseo y la realidad. Apenas dejamos atrás algunos años donde la vida nos calcó sus formas, cuando ya tenemos la necesidad de recordar. Y recordar con nostalgia, esa mezcla de amor y cariño en la que convergen las vivencias del ayer bajo el filtro de la mirada de hoy. Recuerdo que aún niño, con doce o trece años, ya me juntaba con otros amigos del pueblo y nos dedicábamos a recordar pequeñas historias de cuando teníamos sólo cuatro o cinco años menos.

Nos divertía ser mayores, nos entusiasmaba ver que realmente habíamos crecido y nos subyugaba, sobre todo, comprobar que ya habíamos labrado una historia; pequeña, pero historia al fin y al cabo. Hacíamos camino y lo notábamos. Nos encantaba recordar el primer partido de fútbol vestido con camiseta de verdad, el día de la primera comunión, cuando estrenamos los viajes a la capital en el coche de línea, el primer día que fuimos a la escuela, el baile de Águedas, los primeros síntomas de que nos gustaban las mujeres, la bajada a las bodegas por las zarcas, la caza furtiva de pájaros, las zambullidas en el río y la pesca a mano de barbos y cangrejos y el día que Pere, el hermano de Poli, nos descubrió en el salón del señor Delfín a los Beatles. Hacíamos crónicas llenas de entusiasmo, le contábamos al aire cuentos maravillosos, nos embargaba la nostalgia del mundo y la vida que acabábamos de dejar atrás.

Las fiestas navideñas centraban buena parte de estas historias nostálgicas, porque Navidad siempre fue una mezcla de abundancia y de sabores contundentes, y eso nos sobrecogía no sólo el cuerpo, sino también el alma. A lo largo del año escaseaba todo, porque nada había, pero en estas fechas siempre aparecía algún polvorón, turrón duro y otras comidas que entonces nos parecían manjares sublimes. Al calor de las enormes hogueras que encendíamos en el campo entre la escarcha y el hielo, solíamos repasar los últimos sucesos mientras nos preparábamos para el inmediato futuro, que no era otro que cazar palomas, por ejemplo, aprovechando que se desconcertaban cuando golpeábamos en las puertas de los palomares y salían alborotadas con rumbos inciertos.

Estos días de fiesta estaban cargados de emoción tras emoción, siempre a la espera de los Reyes Magos, que eran los que ponían colofón a la esperanza de nuestras ilusiones infantiles. Eran tiempos de Nocheviejas alegres, de Año Nuevo, de quintos y quintas, de cantos y bailes, y de rogar al cielo para que se portara bien y lloviera en abril y mayo, que eran los meses más cruciales para

el campo. *Ándeme abril y mayo, aunque no me ande todo el año*, decía el refrán que repetían con frecuencia los mayores.

Esos días la nostalgia siempre será una golosina inevitable, una postal para el recuerdo, una mirada a cuando éramos pobres e indocumentados, pero felices, muy felices, y llenos de esperanza ante el futuro. Éste.



Días de emoción

Somos animales de costumbres, no siempre racionales, y el calendario nos marca de antemano qué nos toca hacer en cada momento. Es una pelea inacabable contra el espíritu anárquico que nos anima a los españoles a quienes nos encanta más la improvisación y la sorpresa que las cartas marcadas. Pero como en todo hay excepciones, y una es Navidad. En estas fechas vuelve a reaparecer en nosotros el espíritu familiar, tan castigado a lo largo del año por las distancias y las obligaciones del trabajo, que cada día más en plan europeo, nos está haciendo lobos solitarios, en una línea de mentalidad propia de los países de la Unión, cartesiana, distante y fría.

Puede ser que esa sea la única solución que tengamos: estar metidos en cintura permanente, por obligación política, para no desmadrarnos y dedicarnos a jugar a pobres y a ricos, a guerras civiles o a pronunciamientos militares. Desde que entramos en la Unión Europea se nos nota más maduros, más responsables y más formales. Incluso las copas se toman sólo en días concretos, viernes y sábados, que los demás hay que trabajar el día siguiente.

En Navidad, para mantener esa línea y consolidarla, hemos decidido ser casi íntimos de toda la vida de Papá Noël, y en nuestra fiebre plagiadora imitamos tanto a los países de Europa que creemos que Santa Claus procede de La Covatilla de Béjar. Si a estos le añadimos la presión psicológica de los grandes almacenes, nos encontramos que somos carne de cañón de las añagazas publicitarias, hasta convertir estos días en *la feria del regalo*, que es, quizá, como debería llamarse. Los niños son los grandes beneficiados de este gran bazar, al contar con dos jornadas de ilusión: la europea y la española con los Reyes Magos de Oriente.

El problema, que es mi duda, es hasta qué punto la sobreabundancia de género, léase juguetes, le pueden quitar buena parte de la sorpresa que exige la ilusión de un niño. Aceptemos que la necesidad tal vez no deba ser un aliciente, pero es que los niños de ahora tienen tanto, reciben tanto, que no sé yo si llegan a valorar en toda su dimensión las vacas gordas permanentes en las que viven. No quiero decir que sea mejor mi época de niño, que con cuatro *cagadas de gato* y una pistola de fulminantes nos creíamos los amos del mundo.

Existe una energía escondida que todo lo agita estos días de polvorones y turrón, estos días de cava y burbujas, pero hay que situar las cosas en su sitio sin empinar más la cuesta de enero llevados por la fiebre compradora que a todos nos engatasa. Navidad sí, pero sin dejarse llevar por falsos profetas y vendedores de deudas.

La Biblia y los Reyes Magos

Siempre ha defendido el Premio Cervantes José Jiménez Lozano, que, querámoslo o no, nuestra cultura es judía, además, lógicamente, de griega y latina, y que ahí debemos bucear para situar el contexto de todo lo que hacemos. Tiene razón Jiménez Lozano, como lo demuestra el hecho de que si algo tenemos clavado en el alma los españoles, desde la más tierna infancia, son los Reyes Magos de Oriente, esos que llegaron a Belén con incienso, oro y mirra. Elemento cultural determinante de nuestras vidas que venía ya escrito en la Biblia, y que nos indicó el camino de todo lo demás.

Quizás por eso para mi la Biblia sea la gran enciclopedia, no sólo de la religión cristiana, sino también de la moral que enlaza con el derecho natural de todos los hombres, de cualquier raza, religión o credo. Excepto cuestiones de dudosa ejemplaridad, como el machismo que emanan muchos de sus textos, la Biblia exalta los grandes valores del ser humano, antes de que este se reencarnara en perro inglés, como diría Pérez Reverte, en americano imposable como Bush o en un loco como Sadam Hussein. Hablo del ser humano normal. La Biblia aboga por el amor, la amistad, la justicia o la generosidad, al margen de consideraciones religiosas. Ese es precisamente el gran éxito de la Biblia, que junto con otros libros sagrados, sobre todo indoasiáticos, ha dejado escritos los preceptos morales de la Humanidad. Otra asunto muy distinto es lo relativo al sexo, la vida, la muerte o el valor de la caridad, aspectos todos relativos y de opiniones dispares.

Al margen de esto, a mi entender la Biblia es la gran obra literaria de todos los tiempos. No tiene fronteras. El Quijote, El Buscón, El Criticón, toda la prosa francesa, Balzac, Proust, toda la inglesa desde Shakespeare, la rusa con todos sus grandes, como Tolstoi, la italiana, incluido casi el Decamerón, la alemana, con Goethe... todo está en la Biblia. La Biblia es la más grande novela escrita, a la que sólo se le acerca en imaginación Gabriel García Márquez. Es una sucesión de cuentos increíbles, donde el mejor de todos es el de los Reyes Magos. Maravilloso, por su fantasía, por su capacidad de crear ilusión, por su sencillez, por emanar de él la bondad, la inocencia y el dar sin esperar nada a cambio, algo imposible en estos tiempos de cólera y ansiedad.

De niño el cura de mi pueblo, Don Amado, me señalaba la Osa Mayor y la Menor, y la Estrella Polar, y me preparaba un lío tremendo en la cabeza indicándome la orientación que siguieron los Reyes para llegar hasta Cañizo, centro

PROSAS DE PAN

del mundo. Desde entonces casi no creo en nada, excepto en los Reyes Magos, que son ciertos y verdaderos, y que se merecen todo el cariño porque lo que mueve la vida es la ilusión. La vida de los niños y la de los mayores, incluidos los políticos.



Harina de otro costal

En Cañizo había dos panaderías, dos hornos de pan, el de Fifín y el de Melitón. Unas veces mi madre me mandaba a comprar el pan a un sitio y otras a otro. Con las dos panaderías nos llevábamos bien. Y digo esto porque lo peor de Cañizo, como en casi todos los pueblos, es que, por unos motivos u otros, muchas familias no tenían relaciones. Es lo malo de los pueblos, donde el resentimiento es intrínseco a la forma de vida de muchas personas. De niño yo no me enteraba de esas cosas y procuraba llevarme bien con todos. En la escuela nos enseñaban a ir por el camino de la amistad, aunque no siempre con los métodos más adecuados, sobre todo aquellos maestros que nos castigaban más de la cuenta, e incluso nos pegaban con la regla o con una vara en los dedos de la mano juntos cuando no sabíamos la lección. A veces llegaban a más y nos daban con unas correas hechas a propósito que nos producían terror. Los libros encerraban, en cambio, contenidos más dulces, aunque muy carpetovetónicos.

No siempre era fácil seguir el sendero de la bonhomía cuando ibas creciendo y, paralelamente, conocer los entresijos de las enemistades entre familias, muchas veces por cuestiones políticas, casi todas procedentes de los tiempos de la Guerra Civil, y otras por el desacuerdo en la linde de una tierra o intereses opuestos en la era, el litigio sobre un viejo pajar o el desacuerdo por un tapial.

Comprar el pan era un acto diario, obligatorio y necesario, tanto como el comer. Porque ninguna comida puede resultar sin el pan, pero menos antaño. Y es que en aquellos años de mi niñez en Cañizo se hablaba del pan candeal como una bendición del mundo rural. El pan del trigo candeal era el que mejor miga hacía, el que más consistencia daba a las hogazas, el de mejor sabor. El pan candeal era media comida. Recuerdo que había otras clases de trigo, como el San Rafael o el Pané, pero la gente prefería siempre el del candeal. Los panaderos, para mi, y creo que para todos los del pueblo, eran personas importantes, dependíamos en ellos en buena medida y se notaba. Fifín, que se llamaba realmente Onesíforo, era una persona paciente, tranquila, sufrida y discreta. Y Melitón siempre me pareció una buena persona, muy entregada a su panadería.

Las sequías en las tierras de secano solían ser frecuentes y a veces la cosecha, que allí llamábamos senara, era muy escasa. Y es que en los años cincuenta y sesenta las tierras daban peores cosechas que en años posteriores porque apenas se abonaba ante la falta de posibles, ya que el guano, o nitrato de Chile, tenía un coste a veces prohibitivo. Por si fuera poco, además entonces no se le echaba her-

bicida. Crecían más las malas hierbas, o la gatuña, o la grama, o los cardos, por lo que los trigos daban lo justo para que las familias pudieran comer y pagar los gastos. Entonces a los panaderos se le pagaba con trigo. Comprabas el pan y tanto en la panadería de Fifín como en la de Melitón te anotaban en una cartilla el gasto, que se pagaba al final de mes o bien con los acuerdos que mi padre tuviera con ellos mediante determinados kilos de trigo.

El olor de las panaderías era extraordinario, un olor a leña y harina, un olor a masa, un olor fraterno y de cariño. El pan era fundamental en la alimentación de aquellos tiempos y por eso era un rito casi religioso tanto su forma de hacerlo como su compra. En la panadería siempre se producía el intercambio de pareceres de unos clientes con otros, con los panaderos o con sus hijos. Fifín tenía dos, José Luis y Miguel, y Melitón dos chicas, Pepa y Lola, y una tercera aún niña. Lola me despertó a mi al amor, o algo así, al amor juvenil, etéreo y soñador, fantástico, y por eso a mi me entusiasmaba ir a comprar el pan a su panadería; sólo por verla. Casualidades de la vida, Miguel Caldero, el hijo pequeño de Fifín, pasó a ser mi gran amigo en la juventud, paralelo al sentimiento que siempre tuve con Tarito, un amigo entrañable y único que también lo es de Miguel. Juntos, pasados los años, con otros, como Manolín y Blasito, le damos al pan con chorizo, a los callos con patatas, al pollo en pepitoria o a las chuletillas a la brasa. Siempre con abundante pan, porque seguimos siendo paniegos, y regado con vinos de José Luis y Miguel y otros que tampoco faltan llegados de otras tierras.

A Lola el tiempo la llevó a otros lares, como a mi, lejos de Cañizo, y nunca más la volví a ver. Pero el sabor del pan que hacía su padre y su madre, y ella misma amasó, siempre lo llevo conmigo. Y es que el pan es el alimento por excelencia, una religión pegada a nuestro cuerpo. Sin duda, el pan de entonces estaba hecho con harina de otro costal. El del alma, el del cariño, el de la amistad. El del pueblo.



Mis frailes polacos

Varios cientos de personas que ahora estamos ya metidos en edad estudiamos en Coreses, en el Seminario Misionero del Verbo Divino. Fue aquel colegio el que dio a muchísimos niños del mundo rural una oportunidad para meterles las letras en la cabeza. En mi caso fue el padre Bruno el que un día llegó a la escuela de Cañizo para preguntar quién quería estudiar en el colegio de los frailes de Coreses. Yo levanté la mano porque el año anterior había ido otro chico de mi pueblo y venía hablando maravillas de lo bien que se lo pasaban jugando al fútbol. Eso fue lo que a mi me motivó para ir a Coreses, más que la vocación de fraile que no debía tener, porque *muchos son los llamados y pocos los elegidos*. Yo no estuve en esta categoría selecta, y Dios sabrá por qué, que sus designios son inescrutables.

En cualquier caso, aquello cambió mi vida y siempre estaré profundamente agradecido a aquellos frailes, ejemplo de sencillez, humanidad y bonhomía. Especial cariño le tengo a un fraile polaco, emigrado en su día a Argentina, el padre Eduardo Soldyga, que fue quien me aficionó a esto de escribir. Nos enseñaba lengua y literatura y desmenuzaba mis redacciones para que mejorara en el oficio. El me llevó a la final de Redacción de Coca-Cola en Salamanca, a mediados de los sesenta, y a él le debo lo poquito que me defiende en esto.

El padre Soldyga era una gran persona, ejemplo de dignidad y sabiduría, ponderado y tranquilo, lo que hay que valorar aún más hoy si analizamos los tiempos que corrían entonces. Soldyga era polaco, como también lo era el Padre Brezynsky, quien nos azuzaba la conciencia cuando nos acurrucábamos entre las sábanas al levantarnos de mañanica. “A mi me engañáis, pero a Dios no”, decía. Hombre estricto, correctísimo. También era polaco el Padre Ladislado, gran viajero que cada vez que regresaba al colegio de Coreses nos contaba anécdotas extraordinarias, lo mismo de las catacumbas de Roma que de la historia de los primeros cristianos en Capadocia.

Guardo un recuerdo inmejorable de estos polacos de mi niñez. Cuando fue elegido Papa Karol Wojtyla lo primero que pensé es que, al margen de aciertos o errores, seguro que sería buena persona. Como aquellos polacos de Coreses. Y creo que fue así; esa condición fue lo que más caló en la gente durante su pontificado.

PROSAS DE PAN

Hace un tiempo viajé a Varsovia con una delegación de Castilla y León. De nuevo comprobé la bondad natural de la gran mayoría de los polacos. Por eso siento de un modo especial a este pueblo. Y por eso, tras el fallecimiento del polaco más importante de la Historia, decidí escribir estas líneas: como pequeño homenaje a aquellos frailes entrañables.



Mis frailes alemanes

En el Colegio Misionero del Verbo Divino de Coreses, (Zamora), que con el tiempo pasó a ser un hotel-restaurante-balneario con el nombre del Convento II, había frailes de varias nacionalidades. El fundador de esa congregación, en la que yo estudié hasta Cuarto de Bachillerato y la correspondiente Reválida, se llamaba Arnoldo Janssen, y era alemán. Como he escrito en estas mismas páginas, algunos de aquellos frailes eran polacos, y los he recordado porque me los trajo a la memoria la muerte de Juan Pablo II, Karol Wojtyla. Con cariño he escrito de los padres Soldyga, Brezynski y Ladislao, ejemplos de humildad y bondad.

Como quiera que el sucesor de Wojtyla fue un alemán, Joseph Ratzinger, y en el Verbo Divino los frailes alemanes tenían mucho predicamento, quiero hacer aquí un elogio de unas personas llenas de virtudes, cuyas enseñanzas me han acompañado siempre. Aunque todos los frailes estaban bajo las misma regla, disciplina y creencias, las nacionalidades de cada cual imprimían sellos distintos. Si los polacos eran afables, tranquilos y cercanos, los alemanes eran, en general, enérgicos e inflexibles, rectos como los cipreses allí plantados y que, sin duda, creían en Dios.

Casi todos habían sufrido desde dentro la Segunda Guerra Mundial. El padre José, que medía dos metros, había estado en el frente de Rusia, y se salvó tras cruzar el Volga a nado cuando le perseguía el enemigo. Era muy retraído, pero correcto. Se daba poco a conocer. Al hermano Sérvulo, que era el jefe de cocina e hincha del Athlétic de Bilbao, le faltaba un tercio de la cabeza porque se la había rebanado la metralla de una granada. Era un fenómeno, simpático y alegre, que sólo quería hacernos feliz con sus postres espectaculares, lo que era un bálsamo en aquel colegio que no era precisamente un lugar de abundancia. El padre Guillermo nos daba el inglés que aprendió en las cárceles británicas. Había sido paracaidista y en una de las incursiones le cogieron prisionero. Era tan alemán que un día estaba contando un chiste y en esto que sonó el timbre que anunciaba la hora final de clase; nos dejó con el chiste a medias y terminó de contarlo al día siguiente. El horario era sagrado, como prácticamente todo. El rector, el Padre Griss, era un ser muy distante y reservado y sólo lo veíamos cuando oficiaba las misas importantes. Parecía un hombre justo. El padre Juan Frank, temido y odiado por más de uno, era profesor de todo, músico, organista y director de coro. El primer día de clase me preguntó el verbo ser y yo no lo sabía, claro. Me gritó, me llamó de todo, me dijo que a qué había ido allí, me

PROSAS DE PAN

hizo llorar y me aseguró que no tenía vocación. Al día siguiente me volvió a preguntar y lo supe todo. El verbo ser y el estar. Se quedó tan sorprendido como yo mismo. Me nombró celador, o para entendernos, delegado del curso. En lo de que no tenía vocación acertó por completo.

A todos les debo mucho. Como dice mi amigo Juan Andrés Blanco, “estudiamos en un colegio alemán y de pago” (700 pesetas al mes). Lo único que nunca les perdonaré es que me inculcaran hasta la obsesión el ser puntual y tomarme en serio las cosas en un país como este que está lleno de informales y verbenas que no respetan ni horarios ni tiempos.



Correr la miaja

Cada de cinco de febrero vuelven las *águedas*, una fiesta que para mi se sitúa allá por los años sesenta y setenta del siglo XX. En Cañizo era un día grande, donde la música y el baile ocupaban todas las almas y todos los cuerpos. La panera de mi padre, grande y ya sin trigo, hacía de salón en fecha tan señalada; nunca supe por qué. Pero el caso es que el baile de las *águedas* siempre fue algo distinto. Ni la fiesta mayor, San Pelayo, tenía tanta atracción para mí. No es extraño, tal vez, visto desde lejos, porque cualquier situación siempre será diferente cuando la protagonista sea la mujer. Y en las *águedas* la mujer toma el mando, se convierte en reina y señora únicas y el hombre mira, que ya es bastante.

Al ver las fotos de un gobernante en un periódico rodeado de mujeres en un pueblo, vestidas con las galas propias de la fecha, he recordado aquellos tiempos en los que en Cañizo se corría la miaja, que era ir de casa en casa, en grupo, chicos y chicas, venga, dándole al ponche y a los bollos y a las aceitadas, dulces caseros todos de verdad, cuando había cosas de verdad de la buena. Ahora algunos hornos modernos intentan imitar sabores pasados, pero se quedan en sucedáneos. Lo que es inimitable es la alegría, la amistad y el abrazo fraternal de entonces de los chicos y chicas del pueblo que encontraba en esta fiesta un motivo para la felicidad que da la nobleza y el cariño.

En aquellos bailes, las *águedas*, tan bien cantadas por el gran poeta zamorano Claudio Rodríguez, alcanzaban el cénit, y en el salón de baile era tal la aglomeración que no se cabía, y pedir baile se convertía casi en un imposible. “¿Bailas?”, preguntabas. “No”, te respondía la chica. O... “Sí”, pocas, pero muy importantes. Todos sudábamos, porque no se cabía, pero no importaba, tal vez porque siempre fueron distintos los calores de la juventud o porque, quizás, eran tiempos, los de hace cincuenta años, en los que había menos posibles y nos divertíamos sólo con la ilusión y cuatro pesetas en el bolsillo que mi madre me decía que no las gastara. Eran tiempos de poca abundancia, y bailar y comer bollos en pleno frío invernal, estar de fiesta, cuando el ánimo no estaba para vanidades, era una gozada.

Tiempos aquellos, tiempos de siempre, pero distintos, porque el paso de los días deja huella. Alguna terrible, como la despoblación, en tantos y tantos pueblos, un mal que anula no sólo la fiesta, sino cualquier tipo de vida. Y por si fuera poco, el envejecimiento. Son los males de estos tiempos los que se han lle-

vado por delante músicas de jotas castellanas, *Boleros de Algodre* y pasodobles que eran el alma de las *águedas*.

Los hechos y los días aquellos despejaron paneras y las vistieron de fiesta y salones para el condumio. El hombre, en general, hombres y mujeres digo, siempre supieron que nada mejor que la fiesta, que no holganza, porque a fin de cuentas la fiesta es el contrapunto al trabajo. Entonces las *águedas* venían a quitar sofoco a la terminada sementera y a poner un poco de emoción a la vida.

Estos pueblos de Castilla y de León siempre buscaron algo en lo que creer, y muchas veces lo encontraron en la fiesta. Porque en la fiesta los ánimos se hacen más flexibles, la amistad se motiva y el hermanamiento llega por sí solo. En la fiesta todos buscamos un algo más, un punto de encuentro, una excusa para llevarse bien. Las penas y sinsabores diarios, la tristeza que produce el cansancio en el trabajo, obligan a buscar otros resortes. Las *águedas* siempre representaron ese impulso, esa necesidad, un motivo en los primeros días de febrero para olvidar el invierno, que terminaba sepultado ante la alegría.

Santa Águeda sigue siendo para mi tiempo de *águedas*, de recuerdos y de nostalgias; a fin de cuentas, de vida. Porque como dijo Antonio Álvarez, el maestro creador de la enciclopedia Álvarez, aquella con la que tantos niños de entonces estudiamos las primeras lecciones, “sólo se sabe lo que se recuerda”. Y lo que se sabe y lo que se recuerda forman un todo que viene a ser la historia que empuja al hombre permanentemente hacia el futuro. Es necesario, por tanto, recordar, como una vuelta a la vida, aunque a veces el recuerdo se vuelva nostalgia y se piense que cualquier tiempo pasado fue mejor. Aunque tampoco debe tratarse de eso, porque hoy las cosas han mejorado en muchos aspectos. Y se sabe. Y se palpa. Pero debemos lamentar que los mayores del lugar no puedan disfrutar viendo a sus nietos por el pueblo porque en su día se fueron, o nacieron en la capital, y ya no quieren volver a él porque la ciudad los envolvió.

Las *águedas* siguen siendo ese punto de referencia de un tiempo, de un mundo, de una realidad, la de esta tierra, que se mueve, entre dulzainas y zanfonas, entre notas de realidad y ganas de vivir. Aunque a veces le cuesta. Por eso la fiesta siempre tiene fundamento.



Sabores y olores

Los sabores de la niñez son los sabores del alma, y por eso no se olvidan nunca. Yo tengo clavados algunos que forman parte de mí. Son sabores del pueblo, de aquellos años en los que las calles no estaban asfaltadas como ahora y los niños atochábamos el barro como una forma de diversión. La leche de cabra, las chichas de la matanza, los coscarones, el chorizo, las alubias o el cocido que hacía mi madre forman parte del patrimonio de mis gustos. Pero mi madre ya no está y desde entonces sólo vuelvo a recordar sabores pasados cuando la madre de algún amigo, que era de la misma escuela culinaria de la mía, me invita a alguno de sus guisos. La ciudad me fue llevando por otros caminos e intentó apartarme de los sabores antiguos, que igual que los olores, están metidos en el fondo de cada uno. No lo consiguió.

Esto que me pasa a mí le sucede a mucha gente, como a Gabriel García Márquez. Cuenta el gran escritor colombiano en sus memorias *Vivir para contarla* el viaje que hizo con su madre a Aracataca para vender la vieja casa familiar. Allí, después de muchos años, se funden en un abrazo con los antiguos vecinos y amigos, quienes les invitan a comer. García Márquez se reencuentra con sabores olvidados, sabores de niño, y muestra su sorpresa al sentir mayor emoción ante este hecho que al ver, por ejemplo, las calles o las casas de su Aracataca natal, como él la llama. García Márquez cuenta también que en su familia los sabores eran tan importantes que los productos eran siempre de las zonas donde habían nacido sus padres y sus abuelos porque ahí centraban la esencia de sus orígenes y sus vidas.

Con los olores pasa lo mismo. En las fechas de diciembre creo que el frío, más que sentirlo, se huele. Claro que se huele. Igual que toda la Navidad. Se genera una atmósfera que nos cala en los adentros, más allá incluso que las calles iluminadas, los belenes o los villancicos. Pero yo, por deformación o por un sentir natural, huelo la Navidad, pero la del pueblo: el carámbano, la nieve, la escarcha, la cencella, la laguna helada, el regato de las eras, el humo de las chimeneas, el bar del señor Narciso y el café del Señor Delfín... eso sigo oliendo yo. Yo huelo Cañizo.

Patrick Süsking llegó a identificar en su maravilloso libro *El perfume* cientos y cientos de olores, y por el olor el protagonista fue capaz de descubrir al autor de un asesinato. Yo no llego a tanto, pero sigo viendo en el olor una forma determinante de ser y de sentir. Algo semejante a lo que hace el catador de vino, que tiene en la memoria del olor la base de su oficio.

PROSAS DE PAN

Cada pueblo tiene sus sabores y sus olores, como tiene sus santos y sus iglesias y sus rincones. El hombre se limita a impregnarse de todo eso. Y si se mama de niño, se transforma en la esencia de la memoria y permanece para siempre en ella como un tatuaje dentro de la piel.



Eneros en el recuerdo

El aire, más que sereno, es quedo. El invierno en los pueblos de esta tierra nuestra deja a los hombres escondidos, agazapados, como si fueran liebres antes de que un galgo corredor, mejor su amo, las levante de la cama. En estos pueblos nuestros, de adobe y viejo ladrillo caravista, en estos pagos desolados, el invierno enfría tanto el aire que el hombre sólo busca el calor de la lumbre, del fuego, de la chimenea. La calle, piensa, es para los lobos.

Existe una especie de reverencia al invierno. Reverencia y miedo. Ahora que la mayoría de los habitantes de los pueblos son viejos, por las calles, desérticas, sólo revolotean los virus de la gripe. Los pájaros, los humildes gorriones, pocos y cabizbajos, lejos de lo desaforados que están en primavera, a penas si dan un vuelo corto y se posan encima de una tapia o un tejado cercano. Cuando lo hacen te miran sorprendidos, inquietos, como preguntándose ¿quién es éste, que hace este turista por aquí?

Ir al pueblo, en invierno, entre nieblas y cencellas, en los crudos días de enero, es una obligación para mi por el recuerdo de niño. Para mi los días más emocionantes eran el Primero del Año y Reyes, los dos en enero. El primer día de enero se celebraba la fiesta de los Quintos que corrían las cintas a caballo por la calle La Cruz; había después baile y siempre nevaba. La tierra parda se hacía blanca, y aquello, cada año, era un milagro. Después llegaban los regalos, la magia de los Reyes, que en mi caso siempre era muy justa. Sólo algún dulce de la Señora Crisógona, a la que mi madre siempre hacía referencia, y poco más. Sólo una vez Pedrito, que trabajaba en casa, hizo de Melchor, Gaspar y Baltasar y me trajo, cuando yo ya no era creyente, un balón de goma y una pistola de fulminantes. No sé cuantas patadas le di al balón aquel día, ni cuantos indios maté con los pequeños rodillos de pólvora, pero sí recuerdo que aquel día es uno de los pocos que jamás he olvidado. A Pedrito tampoco, claro, aunque ya está desde hace unos años en el camposanto, un lugar que en Cañizo, como en todos, se detiene el tiempo.

De niño teníamos mulas en casa, y gallinas, y patos, y galgos, y una cabra, y cerdos en las cochineras. Por esos días se hacía la matanza, los días en los que la alegría era la que propiciaba la abundancia. En todos los pueblos hace 50 años, 60, ó 20 ó 30, la matanza era siempre algo especial. Para toda la familia, pero especialmente para los niños. En esos días matanceros ni hielo, ni carámbano, ni cencella, ni nieve, ni nada. Todo se superaba al calor de la lumbre y de

las brasas bajo las grandes sartenes donde se freían los cascarrones, y dando golpes y más golpes a la vejiga de los cerdos que convertíamos en globos al inflarla después de soplar una y otra vez exprimiendo los carrillos hasta la extenuación. Enero, el mes que nació mi hermano Gilio, el uno, y mi padre, el ocho, y servidor, el nueve. Enero.

El pasado fin de semana, 25 de enero, volví a Cañizo, a la casa de mis abuelos, de mis padres, a mi casa de siempre. Ahora remozada. Desde que entré al pueblo, como siempre, miré a mi izquierda, y vi el puente sobre el Valderaduey, el río de mi niñez. Y a la derecha, donde está la vieja báscula olvidada, y donde estuvo una laguna que se llenaba de carpas, que los niños pescábamos para vender de puerta en puerta allá por los años sesenta. No vi a ninguna persona, ninguna cara, ni cerca ni lejos, en ninguna calle, ni en la puerta de la iglesia, ni en la plaza. Nadie. Ni un perro ocioso. El aire, cuando bajé del coche, era denso, frío, quedo.

Y pensé ¿qué será de todo esto dentro de treinta o cuarenta años? ¿Quién abrirá esta puerta de casa? ¿Se cerrarán todas las puertas del pueblo después de once siglos de existencia? Y me vinieron a la cabeza, sin saber por qué, aquellas rimas de Bécquer: “Hoy como ayer, mañana como hoy, ¡y siempre igual!, Un cielo gris, un horizonte eterno, y andar... andar”.

¿Por qué habré escrito de enero, y del frío, y del pueblo, de los pueblos, del campo, y de la tierra, y de los Quintos, y del baile y de la soledad?



El ‘sobrao’ de la casa

Emilio Esteban

Mi casa tiene una buhardilla y un cuarto trastero. Cada vez que subo a la buhardilla me dan ganas de abrir la ventana y empezar a tirar cosas. La tengo llena de objetos inservibles e innecesarios. En el cuarto trastero me pasa lo mismo, con la diferencia de que aquí los elementos guardados tienen menos gracia. Me pregunto con frecuencia para qué guardo yo todo eso. ¿Qué extraña hormona nos lleva a los humanos a hacer acopio de cosas que sabemos de antemano que, antes o después, terminarán en la basura? ¿Por qué esa obsesión por guardar y apilar cosas que no sirven para nada? Nuestros padres y abuelos, que tuvieron menos tiempo para estudiar que nosotros y vieron menos televisión, pero que eran más listos, a la parte de arriba de la casa la llamaban el *sobrao*, que no es que fuera la parte de la casa que sobraba, sino que allí era donde terminaba los baúles de ropa usada, las cazuelas agujereadas, las jarras abiertas, viejas sartenes de la matanza, abolladas y rancias ollas de manteca, cascos de botellas únicas, romanas de pesar, libros antiguos de origen desconocido, enciclopedias de estudiantes de escuela, láminas de dibujo de autores anónimos, carteles de corridas de toros, garrafones de vino añejo, cajitas abandonadas de colecciones de cerillas, cajas de zapatos vacías, útiles para hacer chorizos, arcas llenas de mantas, pizarras rotas de niños, balas oxidadas de pistolas desconocidas, sábanas y colchas, radios antiguas... en fin, herencias y más herencias.

Mi buhardilla está llena libros que no leeré nunca; ejemplares hermosos editados por alguna institución que ha querido dejar constancia de alguna efeméride para la posteridad y cuyo mayor valor es al peso, infinidad de recortes de periódicos, revistas antiguas, carteles variopintos, cuadros de escaso valor, objetos rarísimos traídos de viajes exóticos, centenares de folletos turísticos pasados de moda, medallas y copas de épocas deportivas, álbumes de fotografías para parar un carro, decenas de jarritas de restaurantes, colecciones numismáticas abandonadas...en fin, acopios que se han ido juntando por no tirarlos, *por si algún día sirven para algo*.

La verdad es que ya hace años que pienso *hacer limpieza*, pero siempre lo dejo para otro día, para otro mes. En verano porque es verano y prefiero estar en la playa o la piscina, en invierno porque es invierno y no tengo tiempo, y en otoño lo mismo que en primavera: porque no tengo ganas, porque no me atrevo a meter mano a tantas cosas innecesarias y que como amuletos de la suerte un día traje a casa.

PROSAS DE PAN

Antaño se llenaba el *sobrao* por la escasez que había. Nuestros antepasados estaban tocados psicológicamente y no tiraban nada. Ahora, en cambio, la acumulación procede de la sociedad consumista que nos devora, que necesita llenar nuestras casas con lo que sea, aunque sea todo a cien. Somos víctimas de la pobreza. O de la usura.



Todo por el pueblo

Habla, pueblo habla, qué gran canción. ¿Pero quién es el pueblo? ¿Dónde está el pueblo? ¿Quién decide lo que es pueblo? Amor por el pueblo, lucha por el pueblo, defender los valores del pueblo, todo por el pueblo, nada sin el pueblo. ¡Qué grande es el pueblo! Bendito pueblo, alma de pueblo, gobernar para el pueblo, sufrir por el pueblo, cerca del pueblo, el pueblo es soberano, decide el pueblo, lo que quiera el pueblo. Gobiernos del pueblo, políticos para el pueblo, procuradores para el pueblo. ¿Es pueblo el que pide limosna? ¿Es pueblo el anciano apartado como trasto viejo en retiro en una residencia? ¿Lo es el rico Epulón? Se nos llena la boca de pueblo; nos gusta el pueblo, viva el pueblo, por el camino del pueblo. ¿Es pueblo el pueblerino? ¿Lo es el urbanita de ciudad? ¿Dónde empieza y dónde termina el pueblo? ¿Manda el pueblo en nombre del pueblo? ¿Es pueblo el obispo, el cura, el médico y el alcalde? El pueblo decide, el pueblo manda. El pueblo, siempre el pueblo. En el parlamento, en las cortes, en el senado, en el consistorio, en todos los lugares sagrados de la democracia quien realmente decide es el pueblo, él es el principio y fin de todas las cosas. ¿Realmente es así? ¿Eso se lo cree el pueblo? ¿No se muestra el pueblo indiferente? ¿Sabe el pueblo que todas las miradas realmente van dirigidas a él? ¿No hay muchos que se aprovechan del pueblo? ¿No piensa eso el pueblo? El pueblo es muy listo y existe, aunque como el aire, es traslúcido, invisible a veces, sin color tal vez, lejano, apartado, olvidado. Sólo, de tarde en tarde, el pueblo respira, surge, brota como las amapolas, y se desvanece como ellas, vive el momento, la explosión de un día, y se va, como si molestara; se recoge a sus aposentos, como los grandes reyes. Por cierto ¿los reyes son pueblo también? ¿Y el presidente del Gobierno? ¿Y el magnate que preside un gran banco? ¿Y todo ese mundo desconocido de grandes fortunas es pueblo? ¿Y la jet? Podemos decir que el pueblo es una mezcla, una amalgama de sensibilidades y situaciones, un poco de todo, en conjunto, olvidándonos del individuo. El pueblo es, existe en el subconsciente de cada uno de nosotros, es un ente real, que se toca, que grita, que se levanta, que señala con el dedo al corrupto, al traidor, al falsario. Cuando el pueblo vota parece como si surgiera de pronto, a borbotones, como un volcán adormecido que de pronto ruge. Entonces el pueblo parece más pueblo, más tangible, más determinante, más sentido. Pero incluso entonces el pueblo no deja de ser como agua que se evapora, que se diluye, que se pierde en la mar oceánica. ¿Sabemos ya quién es el pueblo? ¿Existe de verdad el pueblo?

PROSAS DE PAN

¿Formamos todos por igual parte del pueblo? ¿Es pueblo el que se sirve del pueblo? ¿Es pueblo el que gobierna de espaldas al pueblo mientras vive del pueblo? Todo por el pueblo, nada sin el pueblo, viva el pueblo. ¿Qué pueblo? Lo dejo: me voy al pueblo, al mío.



Un chaval de Toro

Me ha dejado desconcertado, positivamente, un chaval toresano de dieciocho años. Le han hecho una entrevista porque estudia Bachillerato Internacional en Gales, al calor de una beca, con otros 349 alumnos de todo el mundo. Se llama José Ignacio San Miguel y ha dicho: “No me planteo sólo de qué voy a vivir, sino cómo voy a contribuir a la sociedad en el futuro”. Vamos, aquello de Kennedy: “Americanos, no se pregunten lo que su país puede hacer por ustedes. Pregúntense qué pueden hacer ustedes por su país”. La diferencia es que Kennedy era Kennedy y tenía cuarenta años, y José Ignacio es José Ignacio y tiene dieciocho. Pero si a eso le añadimos que hoy a los jóvenes sobradamente preparados se les adoctrina para que sean ricos, y pronto, a costa de lo que sea, comprenderemos por qué esa frase encierra tanto.

Mientras Irán anda tras la bomba atómica, Bush es una bomba atómica en sí mismo y gran parte de los que dirigen el planeta no son más que unos cínicos redomados, descubrimos que hay gente que estudia y trabaja pensando en arreglar este desaguisado. No se trata de un misionero (todo mi respeto), ni de una persona que trabaje en una ONG a sueldo, ni de un alma caritativa a secas. Se trata de un chaval que intelectualmente, y tras convivir con otros 349 de distintas culturas, llega a la conclusión de que hay que hacer otro mundo. Un mundo no por caridad, sino por justicia y solidaridad. Por eso el camino que muestra José Ignacio va más allá: es el de la formación de una mentalidad brillante por abierta y generosa, contraria al elitismo actual del todo vale. El grado de competitividad que existe hoy en día está llevando al paroxismo a la sociedad. A los chicos se les enseña a comerle las gorjas a los demás; eso es a lo que nos está llevando este mundo traidor y descorazonador de yuppies que tienen que comer de pie, y solos, bocadillos en la calle mientras custodian la cartera no sea que se la robe algún inmigrante.

En medio de esta crisis que nos acongoja, inmersos en este mundo globalizado de rapiñas, en el que los países ricos se reúnen y no son capaces de tomar decisiones para acabar con el hambre en el mundo, supone una inmensa alegría encontrarnos con chavales así, como este toresano lleno de matrículas que quiere poner al servicio de la sociedad. No sabemos si el tiempo a José Ignacio le hará cambiar, o las circunstancias del mercado laboral, pero lo que ahora expresa es la señal de que el cielo puede estar negro, incluso llegar la noche, pero siempre amanece.

Seguro que si José Ignacio piensa así no terminará dedicándose a la política, a esta política. Quien piensa así será un científico, un gran desconocido, que desde un laboratorio intentará trabajar por la Humanidad o algo por el estilo. No será tampoco un nacionalista, preocupado en mirarse el Rh para ver si tiene la sangre adecuada para la causa vasca, ni trabajará por un mundo reduccionista y disgregador. José Ignacio podría aconsejar a los de las ikastolas que se den un garbeo por su colegio, por el Atlantic College, uno de los Colegios del Mundo, para descubrir que el futuro pasa por ahí, por la mezcla, por la integración de razas, religiones y políticas.

A José Ignacio le enseñan matemáticas, economía y química, pero también Humanidades, que ya no se lleva. Ahí puede estar la clave de su ejemplo. La técnica es fundamental para la evolución de la humanidad, pero bajo el objetivo central de los fundamentos del hombre. Lo demás es lo que vemos: un mundo de canallas.



Las espadañas de Cañizo

A Cañizo, mi pueblo, le viene el nombre por estar situado a la orilla del río Valderaduey, en una zona llena de espadañas desde antaño. A Cañizo quieren hacerlo desaparecer esos ñoños hombres de Bruselas, que son unos cantamañanas. ¡Menudo paño! Se acaba el ordeño si nos quitan los rebaños, con lo que el futuro se empaña y el pasado se empeña. ¿Para qué inundaron de agua Riaño? No va a quedar más remedio que levantar el puño para que se enteren los del escaño, que están en las musarañas. ¡Qué coños, hay que darles caña!, que la Ñ es de España y no se puede tolerar que nos hagan leña y quemem nuestros sueños. Cañizo llegó a tener mil habitantes, y ahora sólo quedan trescientos cincuenta porque nos han domeñado esas arañas que nos engañan.

En Cañizo había tierras feraces, ventiladas cañadas y preñadas viñas que eran la ilusión de sus dueños, quienes después elaboraban vino añejo en bodegas de ensueño con muchos peldaños; templos bajo tierra que con tanto empeño hicieron nuestros abuelos. Fue una hazaña. A base de empuñar el azadón, año tras año, horadaron la tierra añil de Campos; le echaron redaños en las largas otoñadas y en inviernos de fogón y leña, mientras los niños cantaban y jugaban a la cucaña. ¡Menudos apaños están haciendo esos extraños! Enjugamos las lágrimas con el pañuelo y ni siquiera pestañeamos. Nos hacen guiños y nos clavan puñales llenos de ponzoña y nos quedamos soñolientos. Antes reñíamos y ahora callamos preñados de resignación. Nos desdeñan como muñecos de trapo y nos añusgamos cuando esos huraños nos regañan.

Hay que sacar los cañones de la palabra y lanzar una campaña de diseño a favor de la Ñ antes de que sea tarde, antes de que sólo quede la añoranza de lo que puedo haber sido y no fue. La Ñ es algo entrañable, algo más profundo que una letra, acuñada desde tiempos de Maricastaña. Por eso ni la informática ni la robótica, ni la coña en vinagre, deben engatusarnos. Sólo faltaría que nos mataran a las cigüeñas que anidan en la espadaña de la iglesia de Cañizo y nos hirieran las entrañas. Si es necesario se saca la guadaña; bien nos apañaremos con esos tiñosos que tienen el corazón como las peñas. Los convertiremos en morceñas y en buñuelos de viento. Como los cojamos en Cañizo los bañamos bajo el caño del pilón aunque se enfurruñen. Pero tendremos razón, que son peor que las gatuñas, engañapastores modernos que se dan mucha maña para hacernos daño. Si los agarro los araña y los hago añicos, que son más blandengues que el estaño.

En Cañizo hay muchos señores y señoras que se apellidan Castaño y Montaña, con los que se pierde el tiempo con añagazas o señuelos falsos, como subvenciones o apaños, limosnas con las que se añusgan las liebres en la maraña. En Cañizo hay gente cabal, españoles berroqueños que saben ceñirse el cinto y añadirle al tiempo paciencia. ¡Que no sólo es la Ñ de ñandú, que va más allá la broma! Nos están haciendo añicos y boñigas de roña; pronto sólo podremos comer castañas del Bierzo y piñones de Valladolid, mientras nos chupamos el dedo meñique. Algunos no pestañean, tan cabizbajos andan, que se las apañan como pueden para aguantar tanto desdeño. Alguno tendrá que vender un riñón para seguir adelante, para añadir días a una vida cargada de penas como peñas. En la niñez nos jorobaban los sabañones y ahora las pirañas burócratas de Europa, que nos desdeñan y nos gruñen porque se creen los dueños de la campiña. Somos el albañal de Europa, según cuentan las reseñas y confirma la realidad palpable de la central nuclear de Garoña, mientras otros viven de gañote, beben coñac y vino de Borgoña, se colocan bisoñés de Gran Bretaña y visten con paños de Cataluña.

Ahora, incluso, mandan las *espardeñas* del Barça de Nuñez, cuya madre -por cierto- era de cerca de Sanchonuño, pero ya se sabe que no hay peor cuña que la de la propia madera. Incluso está de capa caída Butragueño y todos los madrileños que no pestañean con el blanco armiño, aunque están en los alrededores de los despachos ingeniando triquiñuelas de toda calaña para salir de esta coña.

No va a quedar más remedio en Cañizo que fruncir el ceño en señal de cabreo para que nos dejen vivir entre las cañas el día de mañana. Para eso los cañiceños tenemos que ser como los puertorriqueños y no permitir que esos compañeros europeos nos cepillen con artimañas el moño de la Ñ. ¡Que no somos novillos añojos, coño, que somos *miuras* cuatroños!



Un plato de cebada

De niño oí hablar en casa de los años de la sequía, la pertinaz sequía, que vinieron justamente detrás de la Guerra Civil, como si el millón de muertos, el dolor, el llanto y el hambre, hubieran sido poco. Una desgracia para aquellos hombres del campo que en muchos casos se habían licenciado del ejército después de tres años de hambre, sangre y lágrimas, y que volvieron al pueblo llenos de esperanza y optimismo tras haber salvado el pellejo y tener toda la vida por delante. En estos campos de Castilla y León tenían corte para, grano a grano, vivir con dignidad, crear una familia, trabajar como mulos de sol a sol y de ventisca en ventisca, y disfrutar los cuatro días de fiesta al año. Con eso se conformaban. Pero estaba claro que aquella generación de españoles no había nacido en las fechas más adecuadas. Tras la Guerra, el cielo les regaló una postguerra de miseria, hambre y sed. Los campos de centeno, trigo y cebada pedían agua, pero no hubo caridad para con aquella gente que tanto se merecía. Me contaron, y cuentan todavía, las penurias que pasó más de un criado que además de dormir en las cuadras con los animales, a su calor y su olor, recibían por toda recompensa la manutención, que en muchos casos consistía en un rebojo de pan duro, una cabeza de ajo y un trozo de tocino rancio. Y ¡hala! así a destripar terrones durante doce o catorce horas al día. Un drama que llevó al cementerio a mucha gente cuando no había cumplido los cuarenta.

Me ha traído a la memoria estas estampas que sin verlas yo las tengo grabadas en la mente, y en el alma, al escuchar a un cocinero de la tele que recomendaba un plato de cebada salteada con calabacín y zanahoria. ¿Será posible? ¡Cebada! No creo que aquellos pobres hombres de la postguerra rural comieran cebada. O tal vez sí; a escondidas. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Ahora resulta que la cebada, reservada para mulos y burros, es buena para el ser humano porque tiene mucha fibra. Pasa algo semejante con el pan. Ahora el que está de moda es el integral, cuanto más negro mejor, cuando antes el que se llevaba era el pan blanco, el candeal a ser posible. Por aquellas calendas si había pan, aunque fuera de centeno, ya era un lujo. Los pobres tenían que comer muchas veces las mondas de las patatas, las sobras de las casas más pudientes y esperar la caridad cristiana de la gente buena, que siempre la hubo también. La falta de agua trajo escasez de trigo. Y sin trigo no había pan. Ni nada.

Casi nunca los tiempos pasados fueron mejores. Por eso ahora al hambre lo llamamos apetito. Y no es lo mismo. Hay una generación de españoles de

PROSAS DE PAN

los que todavía no sabemos en profundidad lo que llegaron a sufrir, y lo que contribuyeron a levantar aquella España depauperada, negra y triste. Y todo para que hoy más de uno haya terminado dando con la cabeza en el pesebre. ¡Ay!



Reunidos y estresados

Llamo a un amigo para felicitarle por su cumpleaños y me atiende diez segundos: “Gracias, te dejo, que estoy reunido”. Se me queda la cara del tonto que no sabe donde mirar. Cuando reacciono me digo: “El próximo año que te felicite otro primo”. Mi amigo es un hombre importante y, por tanto, muy ocupado, y piensa, estoy seguro, que el mundo no giraría sin él. En una jornada habitual el 60% de las llamadas que hago terminan en fiasco porque las personas con las que quiero hablar están reunidas o se han ido de viaje. Pienso, a veces, que es un fracaso mío, pero cuando se lo cuento a otros más simpáticos e inteligentes que yo, me cuentan sus penas y coinciden con las mías. Uno me decía recientemente: “No sufras, tienes que recordar que esto es España”. Llamo a otro amigo a las diez de la mañana para pedirle un favor urgente. “Espero – me dice – que sea muy importante lo que me vas a decir para molestarme a estas horas”. El favor urgente me lo pudo haber resuelto en cinco minutos. Me respondió al cabo de tres horas. Le di las gracias de forma muy educada, pero no se conformó y me dijo que el favor me costaba una comida. Hace cuatro semanas que espero una llamada vital, pero la persona en cuestión seguro que se preguntará “¿por qué tengo yo que preocuparme por este señor con la cantidad de ciudadanos que hay?” Su secretaria me miente sin sufrir. Y yo le acepto las mentiras casi con dulzura.

Esta es la vida moderna en la España hipereuropea y filoamericana, la España del estrés y el bocinazo, de la gresca y el malhumor, la España que como un río torrencial nos lleva a marchas forzadas a un cabreo general. Por eso cada vez reímos menos y esperamos con fruición relajarnos el fin de semana con la familia y los amigos. También mucha gente espera con ansia la prejubilación anticipada y la obligatoria. Como si huyera del acoso diario.

Pero esto es lo que hay, y el que no entra en esa dinámica tendrá mayores problemas, e incluso pasar hambre, que es mucho es peor. Yo mismo hace tres meses que no voy a Zamora a ver a mi amigo Miguel. No tengo tiempo. Como tampoco lo tengo para Tarito, el amigo más cariñoso que tengo, que vive en Madrid y cada dos semanas se acerca a Cañizo a comer un chorizo casero y beber unos tragos de vino en La Josa, un lugar maravilloso de encinas, carrasqueras, higueras y almendros silvestres. Hace seis meses que no acudo a Casa Félix a tomar un chato con los amigos de mi peña quinielística, incluso me perdí la comida de despedida de Toni, que tras prejubilarse se ha ido a vivir a Marbella. Siempre tengo que preocuparme de la información de un ministro

PROSAS DE PAN

que llega y otro que se va; o debo acudir a una reunión fundamental o solucionar un problema que parece que sólo puedo resolver yo. No hay mayor error que ser imprescindible.

Termino, que me esperan en una nueva reunión. Quien me llame que pruebe mañana. O pasado, que no quiero agobios ni molestias. Conmigo y contra mi ya tengo bastante. A ver si logro centrarme.



Comer de pie

Comer de pie más que una moda *gramurosa* es un castigo que se ha impuesto en todos y cada uno de los estamentos y sectores de la sociedad. Si sólo fuera una moda habría tenido su principio, su apogeo y su final, porque las modas son tan feas que tienen que cambiar cada año. Pero lo de comer de pie es mucho más preocupante, más grave, va más allá; es una tendencia que nació para ahorrar costes en el servicio -que está muy mal- y se ha ido convirtiendo en una costumbre. Y ya sabemos que las costumbres hacen leyes. Esta ley está contribuyendo a hacer un mundo más inhabitable todavía.

Hubo un tiempo en el que la servidumbre de la Duquesa de Alba le anunciaban “están ahí los periodistas”, y ella, magnánima y bienhechora, decía “que pasen y coman”. Estos tiempos ya no son aquellos. A los periodistas de ahora les cuesta más ir a una comida que madrugar. Porque la realidad es que comer con algunos políticos, empresarios y otros colectivos sociales (hay excepciones) es más duro que cavar. Incluso sigue habiendo propios que consideran que a los periodistas se les dobllega la voluntad con un entrecot, y no saben que al periodista le supone un esfuerzo mayor el ir a una comida *profesional* que cruzar veinte veces el Pisuerga a nado. Cuando acude a un almuerzo lo hace porque va incluido en el oficio y porque muchas veces le obliga el jefe o las circunstancias de Ortega y Gasset.

Pero ya de puestos, aceptado está: se come y tan amigos. Se habla, y fenomenal, a la espera de que en los postres te planteen el tema central, que casi siempre es para decirte que han decidido regalarte un jamón y que quieren saber si lo prefieres de Jabugo o de Guijuelo. Todo aceptado con cristiana resignación. Pero lo que ya no se puede aguantar es eso y de pie. Ni canapés de caviar, ni gambas de Huelva, ni espuma de zanahoria de Ferrán Adriá. Una hora o dos de pie, treinta conversaciones a medias y cincuenta saludos de compromiso. Mortal.

Mi amigo Angelín, pastor de mi pueblo, me decía en Cañizo: “Ani, aguanto los madrugones, el frío, la niebla, el hielo, la lluvia, la nieve, el ordeño a mano..., todo, menos comer de pie..., eso es lo que peor llevo en este oficio”. Pues se podía copiar de la sabiduría de Angelín y desterrar los saraos, bodas incluidas, de pie. Sentados, tranquilos, buena conversación, y comida casera si es necesario. Desde hace años, la entrega de los Premios Cossío, la fiesta anual de los periodistas de Castilla y León, que siempre tuvieron mesa

PROSAS DE PAN

y mantel, sufrieron la nueva costumbre: de pie. Si te limpias con la servilleta se te cae el canapé, si coges el canapé se te derrama el vino, si hablas con uno te corta la conversación otro... y cuando no puedes con las piernas de cansancio haces como las zancudas... y así. En fin, que no.



Pastores por un día

La vida bucólica y pastoril de Garcilaso vuelve por sus fueros. Los romanos pudientes hacían grandes mansiones en medio de la fronda para aislarse del mundanal ruido. Muchos años después Fray Luis de León escribió, invitando a la retirada, aquellos versos “qué descansada vida/la que huye del mundanal ruido...” y en tiempos posteriores a la Guerra Civil la gente, harta de pasar hambre en la ciudad, regresó los pueblos. No es que allí cayera el maná, pero al menos había tierra para sembrar lechugas y tomates, no como en Madrid, que durante la contienda fratricida tenían que utilizar de huerto a las macetas y a los gatos convertirlos en conejos, además de comer almortas que producían parálisis del sistema nervioso.

La vida en el mundo rural siempre tuvo sus vaivenes. En la postguerra de la postguerra, en cambio, la gente volvió a dejar el campo y se fue a la ciudad. El campo se empezó a despoblar porque los que no tenían ni tierras ni ganados debían buscar el sustento en la ciudad; al calor de las nuevas y modernas industrias y la creación de servicios hasta entonces desconocidos. Se produjo un éxodo bíblico, sin necesidad de separar las aguas del Mar Rojo.

A lo largo del franquismo fueron más los que se dejaron el campo que los que volvieron, y en democracia ha pasado lo mismo en Castilla y León. Porque la democracia ha sido una bendición, pero en lo tocante al mundo rural, al margen de la elección de alcaldes y concejales, y el disfrute de la libertad, no podemos decir que haya contribuido a mejorarlo en aspectos fundamentales. Todo lo contrario: mucha subvención, mucha promesa de futuro, mucha percepción de cambio, pero a la hora de la verdad, despoblación y más despoblación. Los hechos son contumaces y crueles: cada vez más el campo es silencio y soledad.

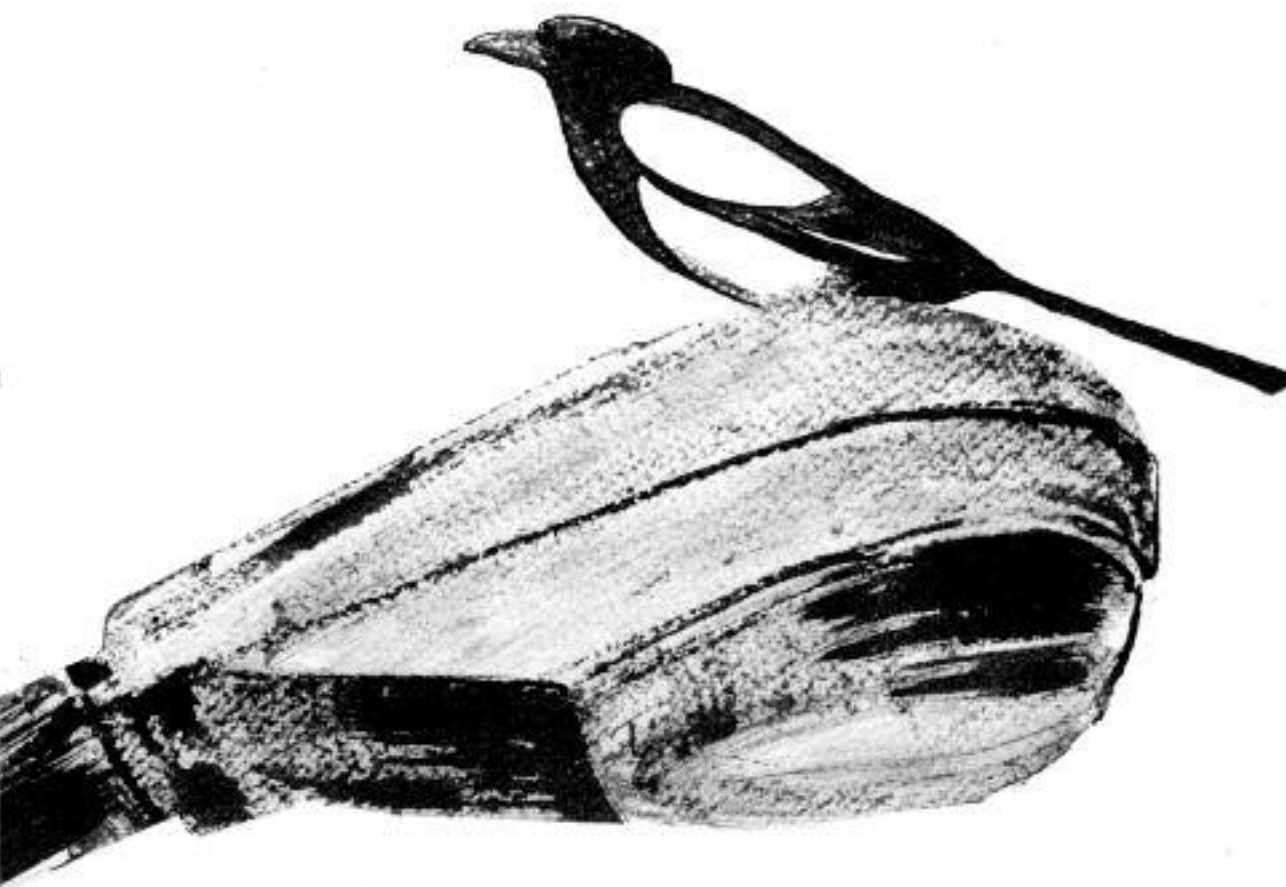
En medio de esta desgracia, una de las soluciones, dicen, está en el turismo. Parece como si el turismo fuera la última esperanza del mundo campestre. Por eso han proliferado tanto las casas rurales. Las antiguas casonas caídas en el olvido son hoy verdaderas joyas, igual que viejos molinos restaurados o cabañales convertidos en lujosas estancias. Un punto de inflexión en medio del desencanto. Tanto, que en La Armuña, en Tierra de Campos o en Sanabria a veces se piensa que sólo lo relacionado con el turismo tiene algún futuro. Las avutardas, entre Villafáfila, Cañizo o Madrigal de las Altas Torres son otro de los atractivos a los que se agarran los jóvenes del lugar. Nunca se imaginó, pero la vida moderna ha convertido a estas aves tardas en un medio seguro de vida.

Tanto, que una avutarda tiene más consideración desde Bruselas que una vida humana. Así han evolucionado las cosas en este mundo traidor, inverosímil y sospechoso. Así se mueve el cotarro de la realidad.

Por si fuera poco lo desconcertado que anda uno con la vida rural, leo que en Alemania se han puesto de moda hotelitos, o mejor, casas rurales, donde lo último que ofrecen es dormir en la paja, en el heno, en los viejos pajares, en las antiguas cuadras. Adecentado todo, eso sí. Me vuelven los recuerdos cuando yo dormía en la era con mis hermanos, sobre el bálago, al calor de una manta y a la defensa del fresco viento de la noche. Había que levantarse a las tres de la madrugada para ir a acarrear. Días aquellos de veranos implacables de tres meses sin parar. A mi me tocó de refilón, pero apelo a su dureza olvidada. Tanto, que eso ahora es un atractivo turístico. ¡Oh tiempos, oh costumbres!

En España hay gente que se mete a pastor por un día. Familias que quieren que sus hijos descubran la naturaleza. Maravilloso. Pero ser pastor por un día no tiene nada que ver con ser pastor de ovejas de verdad, de profesión. Uno de los oficios más duros de todos los tiempos. Haga frío o calor, llueva o nieve, siempre el pastor tiene que estar con sus ovejas. Pero el turismo, dicen los entendidos, es capaz de transformar la realidad. Y lo está haciendo. ¿Hasta cuándo? La vida en pastillitas actual no es más que una mentira. Una falsa moneda. Pero también un clavo ardiendo al que hay que aferrarse.





Dibujo: J. M. Nieto.



La tierra y las letras

Delibes como denuncia

Un escritor como Miguel Delibes puede ser reconocido y ensalzado, como le sucedió en vida y muy especialmente tras su muerte, por múltiples aspectos, desde su dominio del lenguaje hasta por la emoción que nos transmiten sus novelas. Pero para mi, siendo todo eso meridiano, no es lo que más he valorado siempre del que fuera autor de más de setenta obras de cual a mejor. Ni siquiera su sentido ético de la vida, ni sus premios, todos menos el Nobel de Literatura. Tampoco el éxito de sus textos llevados al cine y al teatro. Ni siquiera su carácter austero y prototípico del castellano viejo. No, lo que más me ha interesado siempre de Delibes ha sido la constante denuncia en su obra sobre la situación del mundo rural, de los desheredados, de los santos inocentes, de los parias.

Miguel Delibes llegó al periodismo por casualidad, como caricaturista. Tal vez nunca fue un periodista *estricto sensu*, como se entiende habitualmente, ni en la idea que predomina en nosotros por la influencia del cine americano ni por el estereotipo creado en las escuelas de periodismo o en las facultades de Ciencias de la Información. No era un predador de noticias, esencia principal de los grandes periodistas. No, era otra cosa, así me lo han dicho siempre periodistas que trabajaron con él. Delibes era un arma permanente contra la injusticia, un defensor continuo de los que más sufren en este mundo que agoniza, un tipo molesto para el poder. Primero para Franco y sus censores y después para los demócratas de mala conciencia.

Ese era su enfoque como periodista: el del compromiso, el de la denuncia, el hacer ejercicio de contrapoder. Del periodista y del escritor. Y esas dos facetas, más la segunda, es la que le ha llevado a Delibes a la cumbre de los hombres ilustres. Alguien de esta tierra que no necesitó marcharse de ella para ser reconocido. No tuvo que irse a Madrid como todos los literatos ni todos los políticos para triunfar. Ni siquiera aceptó irse de director al diario El País cuando se lo ofreció Ortega hijo. Su mundo eran las trochas y las veredas, los surcos y el barbecho, la perdiz roja y la escopeta de caza. Los pueblos, como Sedano, en Burgos, o las linderas, los ribanzones, los oteros, o los regatos de la Tierra del Pan o Tierra de Campos en Zamora. Los pagos del Sequillo y el Valderaduey, de Cañizo y de Belver de los Montes, de Villalube del Pan y Molacillos, en Zamora, inspiraron a Miguel Delibes la mayor parte del libro que más le gustaba: *Viejas historias de Castilla La Vieja*. Delibes pasó muchas horas en el molino Maroto, muy cerca del Valle de la Perdiz, en el Raso, zona de encinas, robles, almendros y pinos.

Esa vida de campo, al aire libre, escopeta al hombro, le llenó los pulmones para ser un escritor crítico, molesto, nada condescendiente. Y en estos tiempos, en los que los intelectuales, casi todos, son orgánicos, pegados al momio del poder y a las dádivas políticas, arrimados al sol que más calienta, se echa en falta gente como Delibes. El campo, el mundo rural, le debe mucho, aunque sus denuncias del abandono, hayan servido de poco.

Desde *El Camino*, *Las ratas*, *La hoja roja* o *El Hereje* persiguió la verdad y la justicia, denunció los atropellos y la vida de los peor tratados, pero de poco ha servido. El desastre es patente. Y seguirá, porque mientras algunos, pocos, como Delibes, han entregado su talento al común, a la sociedad, muchos más siguen escarbando para sí, desde las cajas de ahorro, desde la universidad o desde los partidos. En esta perra vida siempre ganan los malos.

Don Miguel: gracias por haber sido voz y voto del señor Cayo, y de tantos Cayos de esta tierra de dejadez, soledad y abandono.

Miguel Delibes

Delibes

Muchas gracias, querido Aniano.
Por tus "50 miradas al progreso" iniciación
de nuestro pueblo a la vida productiva y
de relaciones. Está muy bien hecho y es a-
tractivo. Te abraza

Miguel Delibes

Muchas gracias, querido Aniano, por tus '50 miradas al progreso', iniciación de nuestro pueblo a la vida productiva y de relaciones. Está muy bien hecho y es atractivo. Te abraza. Miguel Delibes

Martín Garzo y la pancarta

El escritor Gustavo Martín Garzo, Premio Nadal entre otras acreditaciones, uno de los mejores escritores de España, tiene una virtud del que carecen muchos de sus colegas dedicados a la literatura: es el compromiso directo con las causas sociales. Si es necesario participa en asambleas, reuniones o manifestaciones cuando lo considera preciso. Y esto es algo que se debe resaltar. Y agradecer, porque vivimos en una sociedad adocenada que necesita ejemplos de personas brillantes, de intelectuales, para luchar contra los desmanes del poder, contra las situaciones injustas, o para mejorar la sociedad.

En esa línea de ejemplaridad, el autor de *El lenguaje de las fuentes* no hace mucho se puso al frente de una pancarta en una marcha contra el cementerio nuclear que podría instalarse en Tierra de Campos. Dos pueblos de la zona se han ofrecido como basurero nuclear ante la situación desesperada que viven: sin futuro, sin población, sin posibilidad alguna de llegar al siglo XXII. Y ante esta realidad no se les ha ocurrido otra cosa que apostar por algo tan necrológico como un ATC, siglas que encierran el misterio de un ataúd perdido.

La energía nuclear, digan lo que digan y vendan las burras que vendan, no es de fiar, siempre hay un hilo de desconfianza, de ahí que esté siempre en el centro del debate. Hay mucha gente en contra, aunque otros piensan que es la mejor energía posible, la más rentable desde luego, y que, por tanto, es imprescindible para que funcione nuestra industria y nuestros servicios en el futuro. A pesar de la realidad eólica, solar, hidráulica y térmica el sistema exige más potencia, más capacidad. Es entonces cuando aparece la energía nuclear como remedio *salvador*, justamente cuando el Gobierno de la nación se plantea públicamente cerrar en Burgos Santa María de Garoña. O sea, más leña al fuego de la polémica social, cultural y política.

Así las cosas, el hecho es que este debate público forma parte de la vida de muchos ciudadanos, especialmente de los que tenemos querencias en los surcos terracampinos, esa tierra mal bautizada, que dijo Jesús Torbado; una supra-comarca que ahora puede terminar maldecida por vientos nucleares de mal agüero. La pelea dialéctica, por tanto, está dentro de la lógica, y a nadie debe extrañar la animadversión y la protesta.

Por eso quiero resaltar la fuerza que adquiere la cuestión tras el compromiso de una persona como Gustavo Martín Garzo, un hombre directo y claro contra el cementerio o basurero nuclear. Martín Garzo, con su iniciativa, ha dado

un ejemplo luminoso en medio de tanta oscuridad. Este gran novelista, gigante de las letras, grandísimo contador de historias, ha dado un paso adelante en un asunto de gran calado. Porque escritores hay muchos, pero buenos pocos, y comprometidos casi ninguno. Hace mucho tiempo que la inmensa mayoría de intelectuales viven instalados en la crítica ideológica interesada y en el pesebre político. Hay filósofos, escritores o sociólogos que ejercen su oficio, pero lo hacen de forma unidireccional, siempre en la misma línea prescrita, dependiendo de sus exclusivos intereses de vida. Si les protege el PP, porque les da una canonjía, emplean su talento en defensa exclusiva de ese partido. Y al revés: periodistas, escritores o intelectuales de distintos cortes tienen enfocada su vida a criticar al PP si el que les encumbra o les instala en un carguito es el PSOE. Por supuesto, los nacionalistas no tienen más objetivo que la mamandurría que les proporciona el poder nacionalista o independentista. La cuestión está tan asumida y extendida que muy pocos se salen del esquema. Todo el mundo traga, todo el mundo lo ve normal. Es más, los que actúan así suelen ser calificados de *listos*, incluso de *inteligentes*, cuando lo que sucede es que son gente floja de moral y enemigos de la ética. Y unos tramposos.

Por eso, que un escritor de la talla de Martín Garzo, tome una pancarta y defienda sus ideas desde el ejemplo, es enternecedor. Hubo un tiempo en que los intelectuales eran un martillo social, permanentemente pegados a las actividades del pueblo, formando parte del paisaje, de la protesta contra el poder obtuso, ciego o torpe. No sólo escribían, también se ponían al frente de las manifestaciones o iban a la guerra como soldados para defender sus ideas. Pero eso se acabó; hoy los intelectuales prefieren crear lobby para acaparar las jornadas o las conferencias pagadas por instituciones públicas. Hacen una peña intelectual y se dedican a entregarse premios mutuamente, participar en jurados donde se reparten el momio y cosas por el estilo. Son personas que tienen la enfermedad de la endogamia intelectual.

Por eso el ejemplo de Gustavo Martín Garzo tiene tanta importancia. Lo que hay que valorar como se merece.



Tiempo de regreso

Dice Abel Hernández en su libro *El canto del cuco* que el regreso al pueblo supone siempre una vuelta a la niñez. Y sabemos por muchos escritores, como Rosseau, que “la patria del hombre es la niñez”. O sea, se vuelve siempre a la identificación personal mayor que tenemos: nuestra etapa de niño, cuando se fraguan en nuestra cabeza, y nuestro corazón, fragmentos de nuestra vida que se quedan para siempre.

Uno puede volar, irse allende todas las fronteras, descubrir todos los mares, conocer los mundos más lejanos, relacionarse con las personas más variopintas... pero siempre, en el fondo, ama a su patria, y esa patria es la niñez. Igual da que uno sea castellano, murciano, andaluz, leonés o catalán que, al final, la bandera suprema es la niñez. Esos primeros pasos, esos primeros abrazos, esas primeras palabras. La niñez es un mundo en el mundo de cada cual, es el envoltorio imprescindible de todo ser humano. Los olores, los sabores más intensos son los de los primeros años, esos en los que uno balbucea, esos en que recuerda levemente al abuelo fallecido antes de tener consciencia plena, o cuando los padres te empiezan a decir por dónde debes caminar para no caer mientras te besan o abrazan desmedidamente.

Por eso hay muchos ciudadanos que un día se tuvieron que ir de su tierra, de su pueblo, de su ciudad, y aprovechan el verano, las vacaciones, para regresar a la niñez. Unos se fueron porque se querían marchar, a estudiar, a encontrar nuevas experiencias, y otros, que no querían irse, debieron de hacerlo porque les obligaron las circunstancias y necesitaron ganarse la vida de otra manera. Unos, emigrantes obligados, y otros, buscadores de nuevas aventuras o experiencias que nunca se han olvidado de los primeros rayos de luz, los primeros amaneceres o las primeras puestas de sol.

El verano es el tiempo del regreso, de desandar el camino, de reencontrarse con viejos amigos, de volverse a bañar en el río del pueblo o caminar por aquellos senderos abiertos hace cientos de años. El verano es tiempo de calor, de siesta, de fiesta, de limonada, de toros y de bailes. Tiempo donde el vino sabe a amistad y se comparte el pan con la convicción de ser más felices. Los hay que prefieren el mar, la mar, y navegan, y se van entre aguas limpias y cielos altos en busca de felicidad mientras piensan, o hablan, o rezan, o vaya usted a saber qué tienen en la cabeza cuando se ponen morenos, o morenas, con la brisa marina entrelazada de sol caliente. Los hay que prefie-

ren la playa, mancharse de arena, comer *pescaíto* frito o un arroz negro de sabor intenso.

Los hay para todos los gustos en esta piel de toro, esta piel que este año, de nuevo, acogerá a más de sesenta y cinco millones de turistas que quieren conocer una tierra diversa, emocionante, distinta. Pero muchos, una buena parte de esa gente que se mueve en verano, se va al pueblo, al interior, en busca de las mismas sensaciones de hace cincuenta o sesenta años. Gente que regresa, que quiere comer pan al horno de leña, con olor a pan, no engullir pan congelado sin olor ni sabor.

Es tiempo de regreso al pueblo, como Cañizo, como Cantalpino, como Paredes de Nava... tiempo de bodega, de fresco, al calor de la generosidad de quien te quiere. Tiempo de olvidar lo malo, que ha sido mucho, de obviar la crisis (hasta donde se pueda), de repartir saludos, de recordar viejos amores y compartir con los nuevos, de abrazar amigos eternos, de no olvidar a los que se fueron.

Amo profundamente este tiempo de calor, de sol, de regreso, mientras sufro pensando que una tierra tan grande como esta de Castilla y León, tan ancha, sigue sufriendo el mal de la despoblación. Cada año cientos, miles, de habitantes se siguen yendo porque aquí no tienen futuro. Y, en cambio, se quedan muchos responsables políticos que han encontrado en este caladero de votos su propio futuro al amparo de un sueldo público mientras hacen carrera privada.

Así es la vida, así seguimos: entre lo que pudo haber sido y no fue y la añoranza permanente de quererse, sin acabar nunca de poderlo hacer del todo, porque lo cotidiano de la vida es más cruel que lo que nos merecemos. En verano, al menos, rompemos la baraja de la monotonía y volvemos a la niñez, lo que nos reconforta con nuestra propia realidad. Este tiempo de regreso es una carretera, un Camino de Santiago, a nosotros mismos.

Bienvenidos, bien llegados, todos al destino elegido este verano. Y si es al pueblo mejor que mejor. La soledad y el silencio de tantos meses en tantos pueblos se romperán y eso no tiene precio. Abrazo a todos.



La cartilla de racionamiento

El hombre se debate permanentemente entre dos conceptos: el pesimismo, al que le lleva la cruda realidad, y el optimismo, energía natural que le hace vivir. Los hombres de Castilla y León son un buen ejemplo; están acostumbrados a tocar la tierra seca con las manos mientras miran al cielo con la esperanza de que el agua caiga abundante sobre los campos. Siempre ha sido así. A los años malos, a los años sin agua, les han seguido, muy de tarde en tarde, años buenos, cuando la lluvia cayó en el momento oportuno y en la cantidad necesaria. Siempre fue así, hasta que entramos en la Comunidad Europea. Desde entonces los hombres de Castilla y León, los hombres del campo, también tienen que estar pendientes de las decisiones de los oscuros hombres de Bruselas. El pesimismo y el optimismo, según esta realidad, no les brota a los castellanos y leoneses de forma natural; les vienen impuestos desde arriba. Es el pago por ser europeos.

Pero aunque la risa o el llanto les llegue a estos hombres por decreto, eso no significa que las cosas vayan a mejor. Miguel Delibes dejó dicho: “Los pueblos de Castilla no quieren vivir de las subvenciones, sino de su trabajo”. El gran periodista y escritor Manu Leguineche, por esas mismas fechas, también aseguró que “en los pueblos se advierte un temor y una desilusión; los más pesimistas pronostican el regreso a la cartilla de racionamiento”. Observaciones basadas en hechos que no dejaban abierta ninguna puerta a la esperanza.

Así las cosas ¿qué hacer? Hay dos soluciones: seguir siendo optimistas, como los tontos, que no se derrumban por su inconsciencia, o abonarse al pesimismo, como aquellos que no pueden evitar ver siempre las cosas negras y consideran mejor marcharse a repoblar El Chaco argentino, por ejemplo, que meter hierro en la ancha Castilla y la extensa León. Desérticas ambas, solas de adobes y abandonadas de gente.

En las Elecciones Generales del 89 tuve la oportunidad de almorzar con Pedro Solbes, a la sazón Ministro de Agricultura, a quien le pregunté qué haría él si fuera agricultor y tuviera la necesidad de cambiar el tractor, sabiendo cómo estaba el panorama agrario. ¿Se gastaría seis millones de pesetas, se endeudaría o cambiaría de profesión? Pedro Solbes, con esa quietud que le dio el cielo, ni supo que contestar ni se inmutó; vino a decir que si la situación estaba como estaba se debía a que los agricultores que no sabían

idiomas, ni tan siquiera el alemán. Pedro Solbes, alicantino y gran burócrata entonces de Bruselas, sabía mucho de almendras, avellanas, limones y naranjas, pero desconocía todo sobre el inmenso secano cerealista de esta tierra. A Pedro Solbes nunca le había picado el polvo de la cebada, aunque sí la mosca tsé-tsé.

Han pasado cuatro años desde aquel día en que tuve el impagable privilegio de almorzar en *El Santi* de Valladolid con el flemático Solbes, y desde entonces las cosas no han hecho más que empeorar, como bien se sabe y mejor se palpa. El desconcierto es total. Decretazos, girasolazos, remolachazos y sustos varios jalonan los últimos años, los años en que nadie sabe decir otra cosa que no sea reafirmarse en que las cosas están mal y que el último, capador.

Las soluciones para agricultores y ganaderos ya no miran al cielo, porque ese cielo, alto, ya no espera a nadie. Ni cartillas de racionamiento ni tan siquiera mano de obra en paro: desaparición lenta, programada, cruel. Se seguirán cayendo las tapias, las casas, los pajares, los palomares, las cuadras. Algunos, aunque tristes, esperamos verlo. Y nos contentaremos, ilusos, sencillamente con decir: “Ya lo dije yo”. Como si se hubiera tratado de acertar la lotería o la quiniela, cuando la cosa era mucho más sencilla.

Aquí los hechos son tozudos, palmarios, y sobramos los adivinos. Eso sí: los optimistas merecen un monumento; ellos son los que siguen manteniendo la esperanza. Se admiten optimistas. ¿Queda alguno además del gobernante de turno?

Al (nuevo anciano)
 Wimpasero Aniano, con
 la admiración, el cariño
 del (autor!) un fuerte
 abrazo
 Manu Leguineche
 Valladolid 22, 11185

(Dedicatoria de Manu Leguineche de su libro 'El precio del paraíso')

PROSAS DE PAN

La cartilla de racionamiento será poco para lo que le espera a los campos de la Castilla solitaria y grande y al León heterodoxo y desconcertado. Volverán, eso sí, las oscuras golondrinas, y los vencejos, y las urracas, y los azores, y los gorriones, y las cigüeñas... Pero estarán sin compañía. Porque la soledad de los campos de Castilla y León cada día es más patente y más patética. Ni pesimistas ni optimistas: realistas. O sea, mal, muy mal.



El caballo de cartón

Los asuntos sobre la población -o mejor, despoblación- de Castilla y León nos crea un gran desasosiego a todos los que queremos a esta tierra. Siendo de un pueblo como yo soy, con 270 habitantes, veo en sueños cada noche la espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza y sobre los cuellos de las generaciones venideras. Llevo varios años arreglando la casa de mis padres, que ya era de mis abuelos, y me pregunto ¿qué hago gastándome el dinero en algo que tiene los años contados? He calculado que unos sesenta. Más o menos. Afortunadamente yo no lo voy a ver. Eso me hace tirar para adelante. Y por los hijos, que tienen buena querencia.

La desaparición absoluta y total de Cañizo de Campos, provincia de Zamora, como la de tantos pueblos, si se sigue por esta vía, es inexorable. La imagen de esos pueblos desolados, solitarios, tristes, que vemos en las imágenes de televisión argumentan de forma nítida que quedan muy pocas puertas por cerrar. Y eso, que tiene ejemplos permanentes en múltiples sitios de Castilla y León, y de España, lo he podido vivir en mi zona, en las lagunas de Villafáfila. Allí, a escasos cuatro kilómetros de Cañizo había un pueblo, Otero de Sariegos, que ahora, desde hace veinte años, es un dramático montón de casas y tapias arrojados y corrales y huertos abandonados. Ni un triste perro solitario se atreve a visitar esta ruina.

El Banco de Pensadores, esotérica creación que impulsó como una forma de entretenimiento, o algo así, la Consejería de Presidencia de la Junta de Castilla y León, organizó una jornada sobre la población-despoblación. Un debate, no obstante, necesario. Para abordar el asunto intervino la prestigiosa geógrafa catalana Anna Cabré i Pla, además de otros entendidos en la materia como José Manuel del Barrio, Ángel de los Ríos y Juan Luis de las Rivas. Anna Cabré dijo cosas muy lógicas, como que la despoblación en Castilla y León en las zonas rurales no es un mal exclusivo, sino que se da en todo el mundo rural. Pero también argumentó cosas más que discutibles, como que debe incluirse en el cómputo de la población al turista que pernocta, que duerme, en los pueblos. Una forma muy sencilla, digo yo, de engordar el número de habitantes. Sencillamente genial meter de matute al turista en el cotidiano vivir de un pueblo. Así las estadísticas consiguen mejorar.

Este planteamiento, y otros, hicieron ver el asunto de la despoblación de forma más positiva, que es lo que se pretende con este tipo de jornadas, como

si los planteamientos virtuales cambiaran la realidad palpable. No digo yo que no deba tenerse una mirada optimista, porque el pesimismo sólo conduce al suicidio, pero los argumentos deben tener su sentido y su razón. Por eso no me apunto a hacer un revisionismo del problema, que es la sensación que tuve. Y es que considero determinante situar las cosas en la realidad, aunque sea cruda. Por mucho que se pretenda esconder un problema jamás dejará de estar ahí hasta que no se solucione.

Y esa realidad tiene dos enfoques: el de la ciudad y el del campo. Las ciudades, en general crecen en población, además de tener un sistema de vida conforme avanzan los tiempos, pero el mundo rural no encuentra soluciones, sólo constatación de los hechos, casi siempre malos. Me refiero al mundo rural de las pequeñas poblaciones, de la gran mayoría de esos más de 2248 municipios de esta gran Comunidad.

Invito a leer *El caballo de cartón*, del soriano Abel Hernández, Premio de la Crítica de Castilla y León. Un monumento al lenguaje, a la niñez del autor en su pueblo, Sarnago, ya desaparecido, y a la triste verdad de los pueblos. Una crónica brutal que es un adelanto de lo que va a seguir pasando en muchos pueblos de Castilla y León. Abel Hernández ya había hecho un avance magnífico en *Historias de la Alcarama* que continuó con una tercera entrega que es *El canto del cuco*.

Las cartas están echadas, es decir, que hay una Castilla y León, con 1.800.000 habitantes, que va por el caminito urbano, y otra, con 700.000 almas, que no alcanzan a ver el más mínimo futuro. Por eso se seguirán haciendo mil debates, pero nada puede cambiar si no se modifican las políticas estructurales a medio y largo plazo y la mentalidad. Casi nada.



Urueña

Desde la altura de Urueña se divisan los inmensos Campos Góticos, Tierra de Campos. Sus restauradas murallas, algunas de sus viejas puertas ahora convertidas en perfilados ventanales, miran hacia la autovía Madrid-La Coruña, hacia el monte de El Raso de Villalpando, hacia la Josa de Cañizo, a las Lagunas de Villafáfila, hacia Benavente; o más cerca, desde otro ángulo, hacia Villagarcía de Campos y otros pueblos y campos de tierra próximos, casi a sus pies. Urueña es un vigía quieto, tranquilo, que no se asusta ante nada. Sus murallas han visto y vivido mucho, como fortaleza de frontera entre antiguos reinos, entre castellanos y leoneses, hermanos no siempre bien avenidos.

Las campanas de Joaquín Díaz no tocan ya a rebato, porque es tiempo de paz, Constitución y Estatuto. Cada vez queda más lejos todo atisbo de peligro enemigo, porque Urueña ahora es una fortaleza de cultura, de lectura, de libros. Donde hay libros hay siempre esperanza de un mundo mejor. Y Urueña, desde su centro e-Lea, desde sus librerías, desde su título de Villa del Libro es un monumento al futuro enmarcado en el pasado. En estas tierras de abandono, en ese mundo rural que se avista desde Urueña, cunde el desasosiego, la despoblación, el olvido, el abandono. Pocas veces el campo gozó de glorias, pero ahora menos.

Por eso este oasis que es Urueña en el desierto de Campos-Torozos nos invita a la esperanza, nos anima a comprender que se pueden romper amarras con la desilusión e intentar creer en la vida. Urueña cada año recibe más visitantes merced a su apuesta lectora y a su belleza. El marco invita, ayuda, al descubrimiento. Pero se necesita el boca a boca, la predicación cercana. La Diputación de Valladolid apuesta fuerte, con su presidente Jesús Julio Carnero, en primera línea, y se merece ganar la partida.

Ya hace tiempo que personas relevantes de la cultura, tras la llamada discreta de Joaquín, se unieron a su apuesta por contribuir a sacar de la desidia a Urueña. Pero el paso de ahora debe ser definitivo. Los desiertos nacen y crecen de forma casi natural, pero los oasis hay que cuidarlos, mimarlos, para que sirvan de apoyo al caminante, al peregrino, y sean referencia de una tierra, de una población frontera de dos comarcas que no quieren morir. A los habitantes de Urueña se les ilumina el semblante cuando hablan de todo lo que allí encierran sus murallas. Murallas abiertas, aunque sea un oxímoron.

PROSAS DE PAN

Murallas para que pasen y vean y vivan los que por aquí lleguen camino de Galicia, Madrid, la ancha Castilla o el extenso León. Los de aquí somos los primeros que debemos conocernos a nosotros mismos y no mirar para otro lado como solemos hacer.

Urueña, su exposición permanente sobre el libro, sus librerías, sus remozados restaurantes, su paisaje, su ermita, extramuros, allá abajo, de un románico singular, catalán, que aquí somos universales. Como el libro, como la lectura; Urueña.



Siempre la vieja historia

Gran parte de la obra de Miguel Delibes es un lamento, amargo y crítico, de la situación de esta su tierra. Una inmensa narración de desgracias, abandonos y emigraciones. Hace unos días volví a leer *Viejas Historias de Castilla la Vieja* y descubrí que seguía vigente el fondo de su argumento: Isidoro, el protagonista, se va del pueblo y vuelve después de cuarenta años y descubre que por allí no ha pasado el progreso. Cuando se va se encuentra con Aniano el Cosario, y habla con él casi con monosílabos, como para no desgastarse ni perder mucho el tiempo, cuando el tiempo es, tal vez, lo único que sobra en estas tierras. Y cuando vuelve, Isidoro se encuentra de nuevo con Aniano el Cosario y la conversación fluye de la misma manera, es decir, parca, breve y ajena. Mi impresión fue la misma que cuando leí esta obra por primera vez allá por los setenta: la vida, las formas y las entretelas de esto siguen vigente.

Para mi que Miguel Delibes sitúa *Viejas Historias de Castilla la Vieja* en la provincia de Zamora, en una zona que está a caballo entre la Tierra del Pan y Tierra de Campos. De los pueblos que nombra en su obra unos son imaginarios y otros tan reales que siguen existiendo, aunque más despoblados, tristes y solos, como Villalube del Pan o Belver de los Montes. También dice Don Miguel que el arroyo Moradillo desemboca en el Sequillo, que a su vez entrega las aguas al Valderaduey, y este al Duero. Justamente el lugar donde yo de niño iba con mis amigos de Cañizo a pescar cangrejos y bañarme. Interpreto también que en el libro lo que él llama Fuentetoba es Fuentesecas, cerca de Malva, y que Molacegos del Trigo es Molacillos, próximo a Coreses. Nombra Delibes otras gentes y otros pueblos, imaginarios y reales, fundamentos de toda su excepcional obra, como Pozal de la Culebra, que también pudiera ser Pozoantiguo, muy cerca de la zona.

Por esos pagos he dado mil y una vueltas, de verano a invierno y de fiesta en fiesta. Al releer la obra de Delibes, me he visto envuelto en ese movimiento circular que es toda buena obra literaria, el mismo de la vida en esa Zamora, en esta Castilla y León, que se debate permanentemente en un desarrollo descompensado porque su mundo rural le agobia más allá de su capacidad de reacción. Por eso *Viejas Historias de Castilla la Vieja* me ha servido para preguntarme ¿Qué se ha hecho desde entonces? ¿Hemos progresado adecuadamente? ¿Todos los políticos que han gobernado estas tierras, antes y ahora, pueden mirarse al espejo sin entonar *mea culpa, mea culpa*? Los

PROSAS DE PAN

horizontes de esta tierra son maravillosos; lo malo es que preferimos otearlos a sol poniente más que a naciente.

Delibes consigue mantener en el tiempo un retrato doloroso, que llega al alma, como sólo puede hacerlo un escritor como él, que siempre supo denunciar la injusticia desde la plasmación cruda de la realidad social.



¡Qué silencio!

La vida es sobre todo recuerdo, y aunque no debemos cultivar la nostalgia, como Joan Manuel Serrat, porque produce mucho dolor, lo cierto es que las miradas hacia atrás con amor son algo más que inevitables: forman parte de nosotros mismos. Somos lo que fuimos y seremos siempre más pasado que futuro. “Hoy como ayer, mañana como hoy, / ¡y siempre igual! / Un cielo gris, un horizonte eterno. / Y andar..., andar”. Al llegar el día de Todos los Santos, el día de los crisantemos, el día de los recuerdos más dolorosos, no puede uno evitar el canto de las palabras y los versos más hermosos pegados al alma, como estos de Bécquer. “Despertaba el día / y a su albor primero / con sus mil ruidos / despertaba el pueblo. / Ante aquel contraste / de vida y misterios, / de luz y tinieblas, / yo pensé un momento: / ¡ Dios mío, qué solos se quedan los muertos! ”.

Recito de memoria y escribo versos que aprendí de niño y que me vienen a la mente cada uno de noviembre, una fecha que desde hace diecinueve años me lleva a mi pueblo, a Cañizo, donde tengo enterrados a mis seres más queridos: mi padre, mi madre, mis abuelos. Cada año, un centro de flores, una visita al cementerio, un poema al aire, una mirada al cielo, un sentimiento a la tierra, me llevan a pensar que la vida es una línea discontinua en un camino de esperanzas y desesperanzas, de más penas que alegrías, de más nostalgias que futuros.

Hay días en los que se necesita un poco de tristeza, como si fuera una terapia a la debilidad humana, y este es uno de ellos. Las miradas a la niñez, a la juventud, al tiempo de los años de la ilusión desmesurada, todos esos momentos tienen un punto de tristeza, una sensación del tiempo vencido. Pero nada comparable con el la pérdida de cariños irreparables. Las miradas, los palpitos de la sangre, las emociones compartidas, los ánimos y los deseos comunes de los padres con los hijos y de los hijos con los padres, hacen que cuando todo se rompe, porque la vida se va, permanezca un halo, un ser de sentimientos de imposible definición. “El trigo nace en la tierra, / y la tierra vuelve. / El trigo es el pan / y el cielo la simiente. / Sementeras de esperanza / y primaveras verdes. / Los veranos, secos de sol, padre, / pero siempre amanece”. Todos, antes o después, si la ley del ciclo vital sigue los cauces de lo lógico, que no siempre, los padres entierran a los abuelos, y los hijos a los padres, y así.

Por eso en este día media España se mueve de un lado hacia otro, en busca de la cercanía del recuerdo y el agradecimiento. “Estos campos, madre, / cam-

PROSAS DE PAN

pos de tierra/campos para espigar/olvidaron la amanecida./¡Que grandiosidad perdida! Ni trigo, ni luz, ni viento./¡Qué silencio!” José María Requena, poeta y escritor de Carmona (Sevilla), lo dejó dicho para él y para su amigo Paco Olías, abuelo de mis hijos: “Todos se van algún día/por la calle Carpinteros/a la cal sin alegría”.



Escalofrío

“...Alguien se esconde, tácito, a nuestro pasar... Sobre el vallado, un almendro inmenso, níveo de flor y de luna, revuelta la copa con una nube blanca, cobija el camino asaeteado de estrellas de marzo... Humedad y silencio...¡Platero, qué... frío!”. ¡Qué tristeza!, Juan Ramón Jiménez. Estos días todos hemos llorado, todos hemos sufrido, todos hemos sentido, en lo más profundo de nosotros, la muerte y el dolor de tantos compatriotas. Todos íbamos en los trenes ensangrentados de Madrid, con el alma y con el corazón. Pero ¿y ellos, esos a los que el sufrimiento les ha tocado de lleno la muerte? El adiós definitivo a un hijo, a un padre, a una madre, a un tío, a un primo, a un amigo, sólo lo siente, en toda su dimensión, quien lo ha padecido, quien sabe que hasta el final de su existencia llevará en su mente, en las entretelas de su alma, como una sombra perpetua, el recuerdo de la fatalidad. La muerte siempre es cruel, pero cuando llega violenta, absurda, irracional, incomprensible, masiva, alcanza dimensiones de tragedia, de un luto y un llanto especialmente tristes. ¡ Hay tantas tristezas! Tantas como sentires que sólo se perciben a través de esa emoción que sale de los adentros, espontánea, libre, como un redoble de escalofrío, agudo grito callado, herida ahogada. Silencio puro.

“¡El pozo!... Platero, ¡qué palabra tan honda, tan verdinegra, tan fresca, tan sonora! Parece que es la palabra la que taladra, girando, la tierra oscura, hasta llegar al agua fría”. En el Pozo del Tío Raimundo, Juan Ramón, en Atocha, en Santa Eugenia, han taladrado al pueblo, a la gente corriente, esa que es la inmensa mayoría, esa a la que ni los reyes, ni los poderosos, ni los gobernantes, pueden olvidar. Por eso, tal vez, lloraron en el funeral de la Almudena. “Tímido, el espanto mira, por la ventana abierta, a Dios, que se alumbraba trágicamente”. Matar en nombre de Dios, hacer sufrir en nombre de Dios, vivir en un permanente valle de lágrimas. ¿Para qué han levantado los hombres tantos templos? ¿Para rezar o para llorar? ¿Para honrar a este Dios? ¿A qué Dios? ¿Existe Dios? De momento “huele todo a rosas quemadas”, Juan Ramón, y se oyen gritos lejanos, perdidos. Tu lo has dicho: “Dios está en su palacio de cristal”. O sea “que llueve”. Pero sangre, Juan Ramón, en esta España por donde siempre corrió en exceso.

Y dentro de unos días, unas semanas, unos meses, unos años ¿alguien consolará a los vivos? ¿Qué pasará cuando cierren ya la puerta, y las ventanas, y se queden solos, y sufran solos y piensen que ya son olvido del olvido? Familiares y amigos, padres y madres, hijos, gente del pueblo, pueblo mismo ¿hasta

PROSAS DE PAN

dónde llegará la solidaridad, la hermandad, de estos días tristes? ¿Cuánto tardarán en discutir los gorriones desafortunadamente?

Abril a las puertas, volverán los campos verdes, las florecillas, las amapolas, la luz y las risas. La vida se impondrá de nuevo a la muerte. Y así un día y otro día, hacemos, sin parar, el recorrido de la noria.



El mensaje de los medios

Hace ya varias décadas que pasó a ser como el *padrenuestro* de los periodistas la frase que un día dijo el comunicólogo canadiense McLuhan: “el medio es el mensaje”, traducido en muchas ocasiones como “el mensaje es el medio”. Igual da que da lo mismo: de lo que se trata es que lo que se comunica depende del medio de comunicación. Si este contenido se publicara en *The New York Time* su importancia sería notablemente superior, aunque no se cambiara una coma. Eso lo sabemos los escritores de periódicos que, envidiosos, descalificamos a otros que pensamos que escriben peor que nosotros pero que tienen la suerte de publicar en medios de mucho más influencia. Cierto y verdad es que los medios digitales han cambiado notablemente las cosas porque el área de difusión ahora es global. *Salamanca* se puede leer lo mismo en Cantalpino que en Miami, igual en Cañizo de Campos que en Sebastopol. Las cosas han cambiado y nosotros con ellas.

Pero lo que sigue siendo igual, mejor o peor, más brillante o más zafio, es el contenido que difunden los medios. Unos son buenos, otros malos y la mayoría regulares. Dependen de las noticias y las opiniones que difundan. Por eso la responsabilidad de los medios, antes y ahora, sigue siendo semejante. Y, en general, muy importante. La sociedad siempre seguirá informándose a través de los medios, de papel o digitales, ondas hertzianas, rayos catódicos o plasma. Han cambiado los sistemas técnicos en algunos casos, no todos, pero el fondo sigue siendo el mismo. De ahí que antaño, en el siglo XIX y principios del XX los medios de comunicación, todos de papel, pertenecían a los partidos políticos de forma inequívoca. O eran liberales o eran conservadores o eran comunistas o eran anarquistas. Estaba clara la cabecera y con la cabecera el contenido y su tendencia. Ningún lector se equivocaba. Sabían qué producto compraban a los voceros. Podía gustar o no, pero era así y nadie se llevaba a engaño.

Ahora no, ahora todo está trufado, mezclado; ahora no se sabe si la carne de la hamburguesa es de ternera o de caballo, de pollo o de avestruz. Los medios se declaran todos independientes, pero casi todos, o todos, dependen en gran medida, del gobierno de turno vía publicidad. De forma y manera que las informaciones están trucadas y las opiniones dirigidas. Los periodistas, a su vez, vendidos o entregados. Muchos, pero no todos, claro. Unos porque dependen de la publicidad gubernativa, local, provincial o autonómica,

y otros porque saben que si no se entregan al poder están abocados a cambiar de trabajo. Nos encontramos así con que el oficio más maravilloso del mundo se convierte en una escoria, en un asidero para saltimbanquis y en una almoneda.

Periódicos de fuste nacional transigen y se entregan a los gobiernos de turno, igual que otros de prestigio regional o provincial a los poderes autonómicos. Muy pocos se salvan de la quema o tienen sus responsables la dignidad de intentarlo. A veces los pequeños digitales, a base de esfuerzo y de obrar milagros, consiguen la independencia necesaria para ejercer su *misión* con cierta gallardía. Es una suerte contar todavía con periodistas que quieren hacer de este oficio un referente de ética colectiva y responsabilidad social. Porque muchos ya han tirado la toalla y se avienen con el poder no sea que el poder los triture. Un día me dijo un diputado popular: “se puede estar cuatro días contra el gobierno, pero no cinco”. Tenía razón, el poder siempre sale ganando, y más cuando, como ahora, no hay poder civil porque todo es político. Hasta las asociaciones de vecinos necesitan de la ayuda económica pública para hacer su labor.

Pero esto que está pasando, este silencio general que existe en los medios, con honrosas excepciones, claro, ante el poder de turno, lo terminan pagando también los propios censores. Lo vimos en las últimas elecciones europeas. De pronto los grandes partidos han sido vapuleados por los votantes. ¿Por qué se sorprenden? Pues muy claro: como tienen amordazados a los medios estos no les dicen la verdad, sólo lo que quieren ver y escuchar, y por eso no se habían enterado del descontento general.

Se creen los grandes gurús de la comunicación política que lo mejor es silenciar las carencias y los errores del gobierno de turno, maquillar las decisiones políticas desacertadas y ocultar la corrupción. Pero eso es un bumerán. Como se ha demostrado. Si la verdad, si la crítica, se esconde, se acalla, el tiempo hace que brote con fuerza el enfado escondido incluso por medio de la violencia. El ejemplo más claro lo vimos en Burgos con el *caso Gamonal*. Los medios locales callaron y tergiversaron tanto lo que pasaba que los ciudadanos, indignados, prepararon una gorda, con violencia desmedida en las calles del barrio, para que se enteraran los medios nacionales. Y lo consiguieron. Acudieron todos los de Madrid que dieron a conocer a toda España la causa de los disturbios, generados por las cacicadas fomentadas por la connivencia de intereses de gobernantes y particulares. El ayuntamiento de Burgos se vio obligado a retirar el plan que estaba ya ejecutando en una avenida de Gamonal que favorecía intereses que no eran los de los ciudadanos.

Al poco tiempo cundió el ejemplo y sucedió algo semejante en Can Vies, Barcelona. El sistema ha quedado registrado para el futuro.

La información veraz debe tener cauces lógicos y para eso están los medios. Cada uno con su verdad, con su ideología, con sus intereses. Pero con un mínimo de profesionalidad. Porque si no es así, antes o después, se rompe la cuerda. Después de los hechos se preguntaban en el PP, partido que gobierna el Ayuntamiento burgalés, qué había pasado. Se sorprendían y argumentaban que es que no habían sabido explicarse, y le echaban la culpa a un fallo de comunicación. Pero... ¿cómo es posible que digan eso gobernantes que huyen de los medios, que no conceden entrevistas -excepto en campaña electoral- que no dan explicaciones a la gente a la que se deben de forma habitual, que prohíben incluso las preguntas en las ruedas de prensa?

El PP está lleno de censores. Pero también el PSOE, y CiU, y el PNV y casi todos los partidos. Los periodistas que tratamos con los políticos sabemos cómo se las gastan, y cómo te la guardan si les criticas, un poquito sólo, y aunque sea con toda la razón. No tienen remedio; en general son mediocres y no aceptan la dialéctica, no asumen de frente su trabajo y se suelen esconder en el cinismo y la hipocresía.

Por eso el varapalo de Gamonal y otros muchos que han tenido se los merecen. Y más que tendrán porque no van a cambiar de comportamiento; se creen los reyes del mambo y se preocupan más por sus vidas que por las ajenas a quienes representan. La democracia, hay que repetirlo, es el menos malo de los sistemas posibles, pero hay demócratas de pacotilla que lo son porque este es el tiempo que les toca. Pero ni se creen la democracia ni la ejercen en cuanto tienen una posibilidad.

El cuarto poder está medio muerto, en muchos sitios muerto del todo. Y lo han matado los poderes del Estado, los poderes autonómicos, los poderes provinciales y los poderes locales. Honor, eso sí, para quienes no forman parte de este lamentable elenco. Son los menos, pero tienen mucho mérito.



El ejemplo Kapuscinski

Tuve un compañero de carrera, esta del periodismo, que cada vez que moría un periodista brindaba con una copa de coñac. Era huraño y frío, de una amistad sospechosa, y tenía obsesión ante la dificultad de encontrar trabajo. Por eso brindaba: “un puesto más libre”, decía. Ahora que acaba de morir uno de los grandes periodistas del mundo de los últimos cincuenta años, Ryszard Kapuscinski, yo voy a brindar con uno de los mejores brandys de España, el Luis Felipe 100 años, en honor y amor por el gran polaco que fue Premio Príncipe de Asturias.

Porque un periodista con todas las letras, de los de raza, perseguidor de la verdad y de la noticia por encima de todo, bien se merece un homenaje. No importa el puesto de trabajo que quede libre porque ese tipo de trabajo periodístico ya no se lleva y, por tanto, no puede cubrirse por otro. Ahora patear África, estar en todas las guerras del mundo, vivir los conflictos a pie de calle y de trinchera, es agua pasada. Aquí tuvimos también varios ejemplos, como el inolvidado Manu Leguineche, un fenómeno en vocación y sentido periodístico, sabueso en mil guerras y conflictos, escritor de viajes y golpes de estado, viejo periodista en múltiples medios que vivió sus últimos años disfrutando del mus y soledad en su casa de Guadalajara. Yo mantuve una entrañable relación de amistad con él y con él pasé muchas horas inolvidables. Siempre lo tengo en mi memoria como ejemplo de un periodismo que casi ya no existe.

Escribió Kapuscinski que “los cínicos no sirven para éste oficio”, una guía imprescindible para todos los estudiantes de periodismo, esos quienes ahora necesitarían agotar todas las bodegas de brandy de Jerez para poder encontrar trabajo. La muerte de Kapuscinski ha sido una pésima noticia para el periodismo. Por eso es necesario traer su ejemplo, para que no quede en baldío el esfuerzo de un hombre que dignificó, desde la independencia absoluta, un oficio donde ahora pululamos mucha gente acomodaticia al albur de las empresas de turno.

Entonar el *mea culpa* es lo que nos queda a algunos, como antaño cuando te confesabas para poder comulgar, aunque sabías que ibas de nuevo al pecado en el momento que estuvieras solo o no tuvieras otra cosa que hacer. Sabías que el diablo ganaba siempre la partida a pesar de tu buena voluntad y disposición. Ahora, muchos periodistas cometemos pecados éticos sin dar la batalla y doblegados al poder.

Kapuscinski ha muerto. Viva Kapuscinski y su periodismo.

El columnismo político

El periodismo de columna política vive unos tiempos que, en general, se mueve bajo cuatro grandes bloques: unidireccionales, socorristas, tangenciales y francotiradores. Analicemos las cuatro especies. *Unidireccionales*: son aquellos columnistas que siempre apuntan al mismo lado: o la derecha, o a la izquierda. Critican con dureza al gobierno que no es el suyo, tienen excelente memoria para recordar los errores del adversario y muy poca cuando se trata de sus amigos. Suelen ser prosocialistas de convicción o propopulares por herencia. Los prosocialistas son gente pasional, dialéctica, luchadora y, a veces, brillante. Creen que sus argumentos descansan en la verdad absoluta y caen con frecuencia en el sectarismo; a los que no piensan como ellos suelen calificarlos como *fachas*. Los columnistas propopulares suelen ser gente preparada, visceral y soberbia intelectualmente; se muestran sorprendidos cuando el gobierno de turno no les hace caso. En corto, los prosocialistas son muy normales, más bien tímidos, prudentes por desconfiados y dados al compañerismo y la ayuda mutua. Los propopulares son más bien aficionados al nepotismo, mientras obligan a los suyos a tirarse al suelo con frecuencia. Unos y otros no descansan para derrotar al adversario (y enemigo) y recibir la recompensa en forma de pille democrático.

Socorristas: son los que siempre salen en socorro del vencedor; gente medrosa, creen que en lo alto alguien les está vigilando y tienen una especial cadencia por el abrazo y la palmada al hombro. Socorren a todos, a socialistas y a populares, la única condición es que sean vencedores. Suelen ser buenos cazadores de paloma torcaz, siempre a la espera, con la escopeta dispuesta. Normalmente no hace falta leerles los artículos porque ya se sabe el argumento con sólo ver la firma.

Tangenciales: siempre se salen por la tangente; quieren y no pueden, intentan ser independientes y se encuentran con la cruda realidad profesional, la que les impide ejercer su yo supremo. Apuntan pero no dan, acarician, pero se muestran esquivos, quieren ser prudentes, pero a veces se envalentonan y tienen que estar una temporada con la cabeza gacha. Se sienten frustrados, pero aguantan porque no les queda más remedio. Cuando ganan unos, les va mal, y cuando vencen los otros, les va peor. Los prosocialistas los consideran peperos y los peperos prosocialistas. Y el sabe que el centro no existe. Su último asidero es el artículo ecológico, genérico y variopinto.

PROSAS DE PAN

Francotiradores: bichos raros, odiados y respetados por igual, especie en vías de extinción. Golpean a derecha e izquierda sin piedad, y andan libres como el caballo el guarda. Odian la canonjía y no deben nada a nadie. Es a estos a los que yo les tengo envidia. Pero hay muy pocos. En general, la mayoría, somos una mezcla de los tres anteriores. Porque aquí la pureza no existe. Ni se le espera. Y tal vez sea lo mejor.



La bacteria del miedo

Estoy por la libertad, por la fraternidad, por la igualdad y por Carla Bruni. Por quien no estoy es por el miedo y por el oscurantismo. Y me resuenan los oídos de voces, decenas, que piden silencio. Se nota el miedo: en muchos periodistas y en, general, en la sociedad. Sólo faltaba una crisis tan profunda como la que se inició a finales de 2007 para que el caldo de cultivo facilite la bacteria del miedo. Ni siquiera el tiempo electoral, siempre dinámico y abierto, abre las ventanas a la claridad.

El miedo, lo sabemos, es libre. Erich Fromm escribió *Miedo a la libertad* donde estudió los mecanismos de la mente humana y de los condicionantes personales y sociológicos que impiden el desarrollo de la libertad del individuo. Algo fundamental, porque el ejercicio de la libertad es lo que hace que la persona cumpla su papel, el que tiene que hacer. Y si no lo hace se inhibe, no participa, hace dejación de sus obligaciones, de su responsabilidad. La libertad no es sólo un concepto poético, que también, ni desde luego una palabra bonita para lanzar al aire, aunque también, la libertad es un compromiso individual que repercute en lo colectivo, en la sociedad. Quien no ejercita esa libertad termina en la neurosis y contribuye a hacer una sociedad enferma.

Nadie, desde luego está obligado a ser un héroe contra el miedo insuperable, sólo castigado en otros tiempos por el Código Militar. Pero lo que supera la realidad es que hoy haya más de uno que prefiere el castigo, como los toros, antes de que se le resalten las virtudes y los méritos propios, no sea que al jefe no le parezca bien. Hasta ahí se llega, en este nivel estamos, de anulación de la libertad. Los hay que no quieren que se les nombre, que se les mencione; no quieren ni ir a coger duros con periodistas calificados de críticos, o que caminan fuera de la formación, si intuyen que algún político con poder puede enterarse.

Erich Fromm se pregunta por qué una sociedad democrática como era la alemana votó a Hitler. Y contesta: porque Hitler dio seguridad a los seres humanos que conformaban Alemania. O sea, que el hombre es capaz de abandonar su libertad por la seguridad, y ahí se encadenan situaciones que pueden terminar en dictaduras fascistas y nazis. ¡Qué tremendo! ¡Qué triste! La conformidad que existe en la sociedad democrática que vivimos no llega a esos extremos, afortunadamente, pero la calidad democrática exige mayor compromiso por parte de todos, de forma individual y colectiva.

Lo que uno ve cuando sale a la rúa es un inmenso espejo donde se refleja una película realista en la que la libertad está acomplejada. Pero no se puede ceder. Francisco de Quevedo, quien estuviera preso en San Marcos de León, lo dijo bien claro: “no he de callar por más que con el dedo silencio avises o amencas miedo.” O sea, que aquí de chitón, nada.

Servidor a la izquierda política le pide que haga cierto su lenguaje progresista, y que no invente estratagemas contra disidentes, como tantas veces ha hecho a lo largo de la historia. Y a la derecha, que es la que gobierna en la Junta, le quiero recordar una frase evangélica que suele olvidar: “la verdad os hará libres”. La verdad positiva como concepto, pero no la verdad encarrilada y encorsetada, tan de ideología partidista, aunque sea también legítima. En un acto que se celebró en una Universidad de Valladolid, un mandamás del gobierno regional, que es en quien debió reencarnarse aquel fantasma que había en el Colegio de la Asunción antes de su reforma para ser sede de la Junta y que andaba por los pasillos dando sustos a la gente, animó a los futuros periodistas a trabajar por la verdad. Algo muy loable. Pero la pregunta es ¿Qué verdad? ¿La suya partidista? ¿Existe sólo una verdad? ¿La mejor verdad es la del poder? ¿Quién tiene la facultad para decir esto es verdad o esto no es verdad? Preguntas que, precisamente, no es el poder el más apropiado para responderlas. Ni los fantasmas, claro. Porque el poder, y los fantasmas, tienen sus intereses políticos y siempre actuarán movidos por esa dinámica. Tampoco el periodista debe creerse en posesión de la verdad, porque no la tiene, pero sí debe trabajar en un abanico de verdades donde saque a la luz las mentiras y las presiones del poder.

Porque el poder es democrático muchas veces con la boca pequeña. Hay políticos que se titulan de demócratas porque nos les queda más remedio, porque les ha tocado vivir esta etapa. Pero si hubieran estado en otra, no lejana, no hubieran hecho ascos. La prueba del algodón, o la del nueve, de un demócrata, siempre es si asume, acepta y entiende la crítica y las verdades de los demás. Porque la verdad no es un compartimento estanco, fijo, inamovible y unidireccional.

En el siglo XXI, en un país democrático como España, no puede aceptarse resignadamente el miedo como conducta. Y eso está pasando. Es una verdad que confirman a diario muchas voces mediáticas, calladas porque la única libertad real sólo la proporciona la libertad económica. Y hoy no está el horno para bollos ni el ánimo para vanidades. Ni nadie está obligado a ser un héroe, claro.

Televisión patriótica

“La información es demasiado importante para dejarla en manos de los periodistas”. Esta aseveración de Pierre Bourdieu alcanza su máxima expresión en una guerra como la de Iraq. Las televisiones americanas no dan señales de sangre, no enseñan la realidad cruel a sus conciudadanos y siguen al pie de la letra las órdenes del general Franks. Suena muy bien eso de la libertad de expresión, pero cuando está en juego lo que Bush apuesta en el Edén bíblico, las cosas no pueden entenderse desde la belleza o la razón.

Los americanos basan su convivencia en un sentido de la patria que a los españoles, anárquicos todos, como dejó escrito Indro Montanelli, no nos entra en la cabeza. Aquí los periodistas jamás dan su brazo a torcer respecto al tratamiento informativo de los atentados etarras. Aquí siempre han salido en televisión las imágenes más tremendas de los muertos y los heridos por la banda terrorista, mientras que las grandes cadenas americanas evitan lo más espeluznante de la guerra en Iraq. Por patriotismo no sacaron tampoco ni un sólo muerto tras la caída de las Torres Gemelas. Por encima de la libertad de prensa, por encima de la libertad, está lo que le interesa a Estados Unidos, parecen decir los colegas americanos.

En un viaje que hice a Nueva York poco después del gran atentado, visité los estudios de la NBC. Al final del recorrido puede ver un documental espectacular que resumía en imágenes la historia de la cadena. Pues bien: según ese documento las Torres Gemelas no fueron destruidas. Ni un plano, ni un atisbo del desastre ocurrido en el corazón de la Gran Manzana. Yo me preguntaba si esa censura sería posible en España. La respuesta inmediata era que no, que aquí es imposible, que aquí tenemos un sentido más abierto, menos patriótico, que los americanos.

Lo que hoy en día puede verse por televisión es la realidad palpitante y tremenda de lo que se cuece, de lo que hay en este mundo globalizado. Si la guerra es cruel, y se puede ver, que se vea, precisamente para que se valore en toda su realidad. Las imágenes de los campos de exterminio nazis han servido para educar conciencias, para situarnos ante lo que fuimos y aprender lo que no debemos volver a ser. Las imágenes y fotografías de nuestra Guerra Civil es una descarga a nuestras conciencias de bichos peligrosos, despiadados y, por cierto, poco cristianos. Es necesario saber lo que pasó y lo que pasa, en toda su dimensión, para sentirnos, al menos, avergonzados.

PROSAS DE PAN

Los americanos deberían ver toda la realidad de la guerra de Iraq. Esconder las imágenes cruentas no es más que un signo de debilidad, de desconfianza y de inseguridad en relación con lo que hacen.



Sombras y tinieblas

Hace frío, corta el viento, el agua está helada y la mar es un inmenso campo de desolación donde las estelas no dejan huella. Marineros por un día, hombres, mujeres, niños y niñas de color negro, se adentran durante varias semanas en la inmensidad de los mares en busca de nuevas tierras donde el hambre, la enfermedad y la miseria puedan olvidarse.

Es tiempo de Navidad, tiempo de Año Nuevo, y para muchos africanos la vida no la cambia ni el nacimiento de un niño, por muy Dios que sea, ni una fecha en el calendario. Nadie cambia el día a día de los emigrantes de países africanos que llegan a nuestras costas, o a las italianas, en busca de esperanza. Huyen de una vida que a los europeos occidentales no nos cabe en la cabeza. Por más que intentemos meternos en su pellejo nuestra imaginación no da para tanto.

Por ejemplo, no es lo habitual pensar que lo más importante para sobrevivir en África sea la sombra. Y en cambio así lo es. El gran periodista polaco Ryszard Kapuscinsky llega a esta conclusión al final de *Ébano*, un libro sobrecogedor que nos descubre este continente donde nada es como nos imaginamos, porque todo es mucho peor. El que fuera Premio Príncipe de Asturias recorre de cabo a rabo África metiéndose dentro de la piel de los africanos. Desde Eritrea a Nigeria, desde el Sahara a Tanzania, desde Zanzíbar al Congo. Todas las revoluciones, todas las guerras, las hambrunas, las matazas - como las de los hutus y los tutsis - todas las brujerías y todas las supersticiones.

El calor es lo que peor lleva Kapuscinsky en África. El sol infernal, sobre todo el del mediodía, es para él una obsesión. Más que la malaria que sufrió o la tuberculosis que casi le mata. Kapuscinsky vive en los míseros barrios, habla con sus gentes y cuenta cómo el único oficio que tienen es llegar vivos al día siguiente. Allí cada minuto es un milagro.

Cada página de *Ébano* es una sorpresa, al plasmar situaciones inimaginables para nuestras mentes. Y aunque el libro fue escrito hace muchos años, y Kapuscinsky describe una época del África recién descolonizada por los buitres leonados europeos, hoy todo sigue vigente. Con este libro se entiende el por qué de los cayucos, las pateras y las miradas desconcertadas y suplicantes de los que llegan y son devueltos sin piedad, en autobús o en avión, a esos países sin esperanza.

En *El corazón de la tinieblas*, Joseph Conrad, por cierto, otro polaco, cuenta de que forma y manera el rey Leopoldo de Bélgica mató a más de siete millones de personas mientras traficaba con las riquezas de aquellas tierras. En esa novela obligatoria basó Coppola su *Apocalypse Now*. Pero lo que más impresiona de Kapuscinsky es que su relato es tan increíble que parece ficción novelada, siendo la más cruda realidad.

Encontrar una sombra donde refugiarse del sol, un poco de agua para beber y un puñado de mijo para comer son los objetivos diarios de millones y millones de africanos. Por eso se suben a los cayucos, además de huir del sida, de la malaria, del ébola y de cientos de enfermedades.

Entender África es entender el mundo en el que vivimos. Algo nada fácil. Un ejemplo: el concepto del tiempo en África no es el nuestro. Kapuscinsky lo comprobó al subir a un viejo autobús para hacer un viaje. Le preguntó al conductor: “¿a qué hora salimos?” Le contestó: “cuando se llene el bus”. Tardaron cinco horas en partir. Allí el tiempo lo decide la gente. Aquí el tiempo manda sobre la gente. Si el autobús debe salir a las doce, saldrá a esa hora. Con gente o sin gente. ¿Podemos asimilar esto? Pues así todo. Por eso no acabamos de entender lo de los cayucos. Como tantas cosas de este mundo cruel lleno de desequilibrios, injusticias y desigualdades.



Apuesta por la verdad

Andaba la profesión periodística en horas bajas. Andaba, y anda, por múltiples motivos y situaciones, fundamentalmente porque la capacidad individual del periodista, su compromiso y su libertad, están cercenadas desde los cimientos. Veteranos periodistas vienen criticando desde hace tiempo la presión, cada vez mayor, que desde ese poder -político y económico- se ejerce sobre los profesionales de la cosa. Desde todos los ángulos y desde todos los caminos, los periodistas de ahora no brillan -no brillamos- por criterios independientes: siempre se parlamenta y se escribe en función de unas coordenadas marcadas por los gobiernos, o por las señas de identidad de las empresas que nos pagan el salario, o por la tendencia ideológica, o de interés, hacia algún partido político. Posiblemente siempre ha sido así, pero los veteranos periodistas consideran que tiempos pasados fueron mejores. Aseguran que antes, hace algunos años, incluso en los últimos tiempos de Franco, había una cierta iniciativa individual, existía un compromiso personal con la palabra y las ideas al margen de los grandes grupos económicos y los dirigidos intereses de gobierno. Puede que así fuera.

Y justo, en medio de estas disquisiciones, nos conmociona la muerte de dos compañeros del oficio, víctimas de las bombas de la guerra de Iraq, y de nuevo, como ya pasara en Afganistán tras el asesinato de Julio Fuentes, la sociedad y las conciencias se remueven ante esta profesión. Me dejó sorprendido hace unos días un comerciante en su tienda cuando tras entrar a comprar me reconoció y me dio el pésame por los colegas fallecidos. Me llegó al alma. Uno no tiene conciencia de su profesión hasta esos niveles, e incluso en mi caso, tan lejos de los frentes de guerra, tengo la sensación, creo que no equivocada, de que realmente me dedico a otra cosa, aunque la profesión siempre vaya por dentro. Pero agradecí las palabras del tendero por Julio Anguita y por José Couso, y me acordé de todos los colegas, como Paco Forjas, que han estado o están en esta y otras malditas guerras. Por esos periodistas de vocación, entregados, amantes de los hechos, y que sirven como aldabonazo a las conciencias del resto de la profesión.

El ejercicio del periodismo, para que lo sea en toda su dimensión, debe ser una permanente apuesta por la verdad, desde la subjetividad individual, que siempre encuentra su sentido cuando camina pareja a la ética, el sentido moral y el trabajo hecho con buenas intenciones. Los periodistas por los que

PROSAS DE PAN

lloramos, y lloraremos, han dado un ejemplo más de lo mejor de un oficio muchas veces incomprendido, pero siempre necesario en una sociedad democrática y libre.

Pena que sólo entendamos las cosas cuando la tragedia alerta nuestras conciencias. Pena que los reconocimientos a la realidad sólo lleguen cuando alguien paga con la vida la ambición de unos o la locura de otros.



Caza y campo

Para Miguel Delibes, el escritor que de forma más original ha empleado el idioma castellano desde Quevedo, Cervantes, Góngora, Gracián y algún otro del Siglo de Oro, la caza ha supuesto una buena parte de su vida. No se puede entender a Delibes sin la escopeta al hombro tras la perdiz roja, y tampoco tendríamos una visión completa de su literatura sin los pasajes que ha escrito en torno a su gran afición. Por algo le dieron el Premio Nacional de Literatura en 1955 por su *Diario de un cazador*. Una obra donde está todo el Delibes dentro: limpieza y precisión en el lenguaje, alejamiento de todo artificio y claridad en el concepto. Un diario que encierra el mundo de Lorenzo, un bedel de instituto para quien la caza forma parte de sus entretelas, porque se siente fascinado, sobre todo, por el compañerismo y hermandad de sus camaradas de escopeta. Lorenzo, como Delibes, como los buenos cazadores, no miden su caza por el peso del morral, sino por otros valores más importantes que van parejos a la caza.

El Delibes que releo me anima siempre a pegar la hebra con cazadores y amigos del mundo rural. Gente toda para quienes la caza es la excusa para andar por el campo, para respirar el aire empapado de tomillo y romero, o de pinares y encinas, o de almendros, como en El Raso de Cañizo, mi pueblo, de donde era el padre de mi amigo Celes, el señor Usino, quien le descubrió a Delibes más de un secreto del campo y que por eso lo menta en alguna de sus obras.

El Raso de Cañizo es un fragor de olores y luces, dependiendo la estación, el día y la hora. Un campo que pide armonía, al calor de la buena voluntad y fiambreras siempre bien repletas de contenidos. La caza, como para el Lorenzo de Miguel Delibes, siempre debe ser nexo de unión con la vida, con el entorno, con la fuente, con la trocha, con el río, con el teso. En definitiva: con el pueblo, que el pueblo es el todo.

Al otro lado, en La Lomba, en Cañizo, se respira levemente el salitre de las Lagunas de Villafáfila, el poder de la avutarda, la agilidad de la liebre. En La Lomba vive el galgo y los galgueros. Gente toda pasional en la lucha y la destreza entre la liebre que busca el perdedero y el galgo que se estira, va y vuelve, en busca de la pieza. Gente que escudriña surco a surco, mano tras mano, para poder decir *ahí ha quedado*. Y entonces todos se preparan para *echar la liebre*, y

PROSAS DE PAN

todos gritan y envalentonan a los galgos y unos van a caballo a cortarla y otros miran en lontananza hasta que se pierde la mirada.

En Cañizo, y en todos los pueblos de Castilla y León, la caza forma parte del paisaje, está imbricada en él, es entraña del sentir rural, de esa gente que ama la tierra y que la cuida desde un orden ecológico propio, el que llevan dentro, como Delibes, quien ha denunciado este mundo que agoniza, desde su sombra alargada de gran naturalista.



Lobato: Periodismo de autor

Después de casi cuarenta años pegado al *canalla oficio de periodista*, que diría Arturo Pérez Reverte, Alejandro Heras Lobato, el último representante del periodismo de autor, ha dicho adiós. Con la misma facilidad con que hacía directos imposibles en Televisión Española, se ha acercado a la Administración de Prado del Rey para firmar la prejubilación. Me uno a su júbilo, al tiempo que escribo unas líneas de tristeza por la pérdida en la profesión no sólo de un maestro, sino también de una forma de hacer, de toda una escuela que en estos tiempos de ruedas de prensa y periodismo de agenda tanto se añora.

Heras Lobato comenzó su andadura periodística en *El Norte de Castilla*, vivero de ilustres y escuela de periodistas, en los tiempos de Miguel Delibes, Manu Leguineche y José Ángel Rodero, entre otros. Lobato siempre habla con profundo cariño de aquellas viejas cuitas, cuando cada día debía entrevistar a un personaje, y reconoce que se le ha ido el tiempo más deprisa en Madrid que cuando iba a acarrear a su pueblo terracampino en aquellos veranos eternos y mortales.

Alejandro Heras Lobato ha dejado un oficio que le ha dado poco dinero para su talento, mucha fama, que no quiere para nada, y grandes amigos que, sobre todo, le debemos salud, mucha salud. A su lado nunca conocimos penas, no supimos que era el estrés y la risa fue tan abundante como generosos los guisos con sabor a Villafrechós que siempre nos cocinó.

Traigo hoy aquí a Lobato, seguro que en contra de su voluntad, porque no le debo dinero, pero sí unas palabras de cariño y reconocimiento a su periodismo original, directo, sencillo, creativo, expresivo y genial. Ya no quedan ejemplares como Lobato, y es una pena que su escuela no se regenere. Ha escrito también muchas páginas y en todas dejó su impronta de periodista nacido para esto. A Lobato a menudo el bigote se le adelantó a la noticia, como de el escribió el humorista Cebrián, y con su nariz de cazador de perdices y palomas siempre supo oler alrededor de los hechos.

Contrariamente a lo que pueda pensar quien no lo conoce, a Lobato siempre le perseguirá un raro sentido de la responsabilidad, nacido de una educación espartana, mezcla de las reprimendas de su madre, de la profundidad que encierra Tierra de Campos y de las enseñanzas del colegio Lourdes de Valladolid. Pero nunca escribirá un libro para explicar su escuela por dos motivos: porque no gusta de teóricas y porque cree que hay cosas que no se pueden ni enseñar ni aprender.

PROSAS DE PAN

A Heras el periodismo le debe una caña de pescar, una tertulia en el Góngora de la calle General Pardiñas de Madrid, un cigarrillo de cuando en cuando y una visita a su tierra de tarde en tarde. Sólo.



Joaquín y Narciso

Zamorano de Valladolid, habitante de Uruña, voz limpia y entonada, voz personal, Joaquín no puede ser otro que Joaquín Díaz, quien acaba de alumbrar, en esta tierra de tanta penumbra, un nuevo disco que es esencia de una parte del alma de estos pagos que se llamaron de pan llevar. Javier Coble, Luis Delgado y Elena Casuso, entre otros, acompañan en este nuevo trabajo a este Joaquín que recupera *Cantares populares de Castilla* de Narciso Alonso-Cortés, aquel quijotesco vallisoletano, grandísimo escritor, no suficientemente leído en estos tiempos cibernéticos y digitales, calificado por su nieto Aurelio como *trovador de la bici*. Narciso Alonso-Cortés fue muchas cosas, entre ellas polifacético de la palabra y entregado investigador y recopilador de los cantares del pueblo, muchos olvidados y en los viejos baúles. Joaquín pone en valor a un Narciso Alonso-Cortés enamorado de Castilla, de su gente, de esas cosas profundas, de esa *Ay Soledad*, de esa *Prenda dorada*, de esa *Ventana de cuatro esquinas*, de esa *Calle de calzadas altas*, de ese *Dame un abrazo y no llores...* de esas letras, en definitiva, que llevan a la Castilla de querer y decires desde la sensibilidad exclusiva que sólo proporciona el verso enamorado y la música inspirada.

Joaquín, que ha empeñado su vida en demostrarnos que nuestros abuelos no han muerto y en hacernos ver que la modernidad procede de la evolución del pasado, y que ese pasado siempre puede ser hoy, ha vuelto a hacer un trabajo exquisito en contenido y en formas. Si Narciso Alonso-Cortés, que falleció -pero no murió- en 1972, levantara la cabeza y escuchara a Joaquín Díaz, se emocionaría. Daría por bien empleados sus cabalgadas de ciclista de *llantas macizas* a principios de siglo XX por las carreteras que entonces había por aquí.

Recuperar el patrimonio cultural de Castilla es hacer una apuesta por nosotros mismos. Es lo que hace de nuevo este Joaquín, universal desde su otero de Uruña, sensible a las realidades de Castilla desde lo cercano, desde lo local, porque, como diría el portugués Torga, “lo más global nace desde el quicio de la puerta de uno mismo”. Joaquín se entrega al pálpito de Castilla desde la llamada del pasado; convencido de que esa llamada se aviva siempre que se quiera, porque las brasas están encendidas. La cernada que acompaña a esas brasas y las morceñas que vuelan sobre el aire de la chimenea castellana, son signos de haber vivido y, en el fondo, de poder seguir viviendo.

PROSAS DE PAN

Nada más lúdico que un verso, que una cancioncilla, que una música que alegre el alma de las gentes. O sea, lo de Alonso-Cortés y lo de Joaquín Díaz, un dúo que nos devuelven la confianza en el hombre. E incluso en la propia tierra, esta, Castilla, que ya es decir.



Homenaje a Candeal

Como les gustaba el campo y el mundo rural, se empezaron a llamar Trigo Verde para terminar en Candeal, el mejor pan que estos pagos de Castilla y León han dado siempre. Son Toño y Félix, Félix y Toño, que estos días sí que tanto montan. Montan tanto que llegaron a escribir en un periódico un artículo semanal en primera persona. Son dos personas distintas y un sólo Candeal verdadero. Uno toresano, tinta de Toro, y el otro vallisoletano de Rueda, verdejo puro, y están unidos por el cordón umbilical de la música de aquí al ritmo propio de su originalidad y simpatía. ¿Quién dijo que las canciones de Castilla y León son tristes y aburridas? Quien escucha a Candeal descubre marcha, alegría y humor a raudales. Juntos pasado y presente.

Los conocí en el año 1984 cuando hacían un programa en Televisión Española, *La Corrobla*, que tuvo un gran éxito y que se emitió varias temporadas. Más tarde seguí sus trabajos, mezcla de ardua investigación por todos los pueblos para sacar de los baúles y *sobraos* las esencias de siempre. Músicas y *rabeladas*, “coplillas picantes, jocosas y divertidas donde predomina el doble sentido y la ironía”. Toño y Félix han recorrido Castilla y León cien veces en busca de viejos recuerdos, y se han adentrado en Portugal para componer canciones y *Coplas de la Raya*. Total, veinte volúmenes como *Campo Grande*, *Por el Camino de Santiago* o *Ancha es Castilla*, que son homenajes a lugares concretos de esta tierra.

Han recorrido España al son de unas voces matizadas, educadas y llenas de color. Rabeles, zanfonas, tejoletas... y guitarras, en las que han desgastado, y desgastan, uñas y púas al compás de instrumentos antiguos y nuevos. Se han metido también en las nostalgias habaneras y en los ritmos de la Hispania americana, y lo mismo han triunfado en la radio con Luis del Olmo que en Canal 29 TV, donde su último trabajo, una serie de programas bajo el título de *El coche de línea* fue todo un éxito en música y letras, carrera en la que los *candeaes* están más que licenciados.

Les acompañan con frecuencia Nico, un fenómeno de la acordeón, y Alfonso y Antonio, grandes músicos. Los cinco suelen montar la de Villalar cada 23 de abril. Si Carlos I de España y V de Alemania levantara la cabeza los perseguiría a todos, porque son fervientes comuneros, herederos del espíritu de Padilla, Bravo y Maldonado. Sin Candeal no se puede concebir ya la campa de Villalar.

PROSAS DE PAN

La banca, que es el oficio donde se han ganado los garbanzos, les ha robado tiempo para pagarles un dinero, cicatero y escaso, con el que sacar adelante a sus familias. La música les ha dado mucho más: emoción para vivir y para hacer felices a sus admiradores. Se merecen un homenaje, y el nombre de varias calles, por alegrarnos la vida y por hacernos querer más a nuestra propia tierra. Pero generosos que son, el homenaje se lo dieron ellos a su público cuando hicieron dos conciertos inolvidables en el Auditorio Miguel Delibes acompañados por la Orquesta Sinfónica de Castilla y León. Fue la apoteosis de un Candeal histórico que alcanzó el cénit. 1800 personas, cada concierto, que disfrutaron de *30 años de coplas* resumidas en quince canciones como *Debajo del puente*, *Corrido sanabrés*, *Nana de Soria*, *Esquilones de plata*, *Galas de Vilaseco del Pan* o *El agarrao del arberjal*. También cantaron *Levántate morenita*, que bien podría ser el himno de Castilla y León.

Candeal, Félix y Toño, Toño y Félix por siempre y para siempre.



La verdad del vino

En el vino está la verdad, o al menos parte, porque ya nada se concibe sin una buena copa de vino. Algunos, como uno mismo, aparte de alguna cata especial de brandy, Luis Felipe 100 años, por ejemplo, y algún gintonic de moda, sólo bebemos vino. Y es que hay que apoyar a este sector tan pujante, con mucho presente y más futuro, a pesar de que no siempre los gobernantes ayudan en la línea y forma que debieran.

Lo de la nueva cultura del vino, esta fiebre por el vino, es de las pocas cosas sensatas que ha hecho el hombre en las últimas décadas. Desde la más remota antigüedad el hombre plantó viñas, y ya la Biblia recoge infinidad de situaciones en las que el vino y la viña forman parte de lo sagrado. El agua se bendice y el vino se consagra, y en estos tiempos mucho más, porque además de los beneficios que reporta para la salud del cuerpo, a decir de los médicos, el vino es sobre todo, y por encima de todo, un alimento del alma. El vino es compañía, es amistad, es calor, es cercanía; el vino le da sentido a una reunión, a una charla, a un día cargado de trabajo. El vino engrandece un simple bocadillo y justifica un viaje largo, aunque como dijera Cervantes, “el vino demasiado ni guarda respeto ni cumple palabra”. Con Vega Sicilia, Pingus y Termanthia esto es más difícil. Por la calidad. Y el precio, claro.

Uno de los placeres que me tiene reservada la vida últimamente es comer en compañía de amigos que ven en el vino un dios de virtudes necesarias en estos tiempos de individualismo y soledad. Dionisos, Líber, Baco...dioses todos familiares, procedentes de la misma cepa, amantes de lo colectivo. El vino es para compartirlo, para valorarlo en comuna. Y por eso cada vez que puedo estar con Mariano García, el enólogo por antonomasia, el caballero de la señorial figura, es una lección impagable de conocimiento, de amistad, de generosidad. Su Mauro, su San Román, su Aalto, vinos todos con el poso de la sabiduría y el intangible del cariño. O con Juan Antonio Fernández, entusiasta de su Liberalía, de su Toro, de sus tierras zamoranas. O con la experiencia y vitalidad de Alejandro Fernández, con su viejo gran Pesquera, o el Haza, o La Granja, o El Vínculo. ¡Cuánto se le debe a este hombre! Igual que a Manolo Fariña, bodeguero incansable, el emprendedor del Gran Colegiata, del Campus. ¡Qué gran tipo! O con Emilio Moro, que ha hecho de su nombre un vino. ¿Qué más se puede hacer? O con Carlos Villar, director general de Protos, un vino con la marca consolidada, un Ribera del Duero con derecho propio. O con la familia

PROSAS DE PAN

de Frutos Villar, esa bodega histórica del Muruve o el Conde de Siruela. Vinos de élite. Me gustaría nombrar a todos, pero es imposible.

Estos son algunos ejemplos de otros más, de diferentes pagos y uvas, como Cigales, toda una sensación, como El Bierzo, toda una sorpresa, como Rueda, donde el verdejo, como Cuatro Rayas, es un santo y seña nacional. Blancos de renombre, casi todos, o tintos del entorno con nombre propio, cada día con más fuerza, como los de Jesús González Yllera, con su *Laberinto de Ariadna*, su entrega y su saber hacer. Y tantos y tantos más de todas las tierras de Castilla y León. ¿Agua o vino? No cometa desatinos. Con moderación, claro.



Zamora de poetas

El poeta zamorano Jesús Hilario Tundidor ha visto publicado 25 años después de su primera edición *Libro de amor para Salónica*, un monumento a la palabra, al verso, al contenido preciso y precioso de la poesía de verdad, al sentimiento profundo y enamorado de un hombre que se siente poeta y que es poeta de verdad. Porque se puede ser escritor, articulista o novelista de éxito, pero lo que es casi imposible es ser poeta en toda su dimensión, en todo el término de la palabra. El poeta se hace, pero antes nace, y después junta las dos cosas, y después crece. Y poetas hay pocos, muy pocos, porque esa es una dicha que sólo alcanzan los tocados por los dioses.

Jesús Hilario Tundidor es poeta, poeta a secas, desde que ya en su niñez pergeñara las primeras rimas, tal vez al calor de Ramos Carrión, o del romancero zamorano, de Duero y piedra, de aguas y palabras viejas, esa Zamora bien cercada de Dolfos Bellidos y otros que por allí pasaron. Jesús Hilario Tundidor es otro más de los grandes zamoranos que debe ser cuidado con mimo, con cariño, porque sus versos tienen posteridad y no es fácil en estos tiempos.

Claudio Rodríguez, aquel don de la ebriedad poética, casi una leyenda, un conjuro de sentimiento zamorano al ruido del Duero, toda una aventura, supuso un cenit poético a tantos y tantos poetas zamoranos, como antes León Felipe, aquel canto rodado, o Waldo Santos, verso de toba, clavel y viento, y grito de estopa.

Al poeta, cuando lo es de verdad, la sociedad debe heredarlo cuando muere como un legado impagable, y cuando vive debe mimarlo porque supone siempre una luz distinta en medio la vorágine y el caos que casi siempre es la vida cotidiana. Jesús Hilario Tundidor, un Adonais de lujo, un poeta con todas las letras, un tetraedro de versos, un hombre donde habita la luz, un eternizador de ternuras, un innumerable palomar abierto con palabras de amor estremecidas...

Libro de amor para Salónica. ¿Por qué nacen tantos poetas en Zamora si el cielo suele ser inmisericorde? ¿Será precisamente por eso? ¿O por lo que dejan de desear muchos de sus políticos muy pegados al espíritu caciquil? Será, tal vez, como contrapeso a los prosaicos gobernantes, metidos siempre en luchas intestinas, peleas partidistas y mentalidad cautiva.

Dice Jesús Hilario Tundidor que “la poesía nace de un corazón limpio, aunque el poeta tenga que vivir en un mundo sucio”. Zamora de poetas, como Jesús, como Claudio, como Waldo, como León Felipe, gente de corazón impoluto, de mirada hacia los horizontes de los sueños. En estos días inciertos, de zurras políticas e insultos radicales, la canción, el verso, la palabra tranquila, se hacen necesarios. Un pueblo sin poetas está condenado a la mezquindad. ¿A que sí, Jesús?



Homenaje a la vida

El otoño nos trae cada mañana un halo de tristeza. Muy especialmente entre finales de octubre y primeros de noviembre, cuando el recuerdo de los que se han ido nos introduce incluso en la melancolía, que siempre ha sido enemiga de la salud del alma. Los cementerios se llenan de flores, de rezos y de lloros ante la única realidad incontestable que conocemos: que todos nos morimos algún día. Pero nuestra condición de hombres nos obliga, desde la razón y el corazón, a seguir mirando por la vida, una obligación natural que hace que el hombre siga, después de tantos millones de años, peleando en la Tierra y buscando su razón de ser y de existir.

Las preguntas eternas de dónde venimos y a dónde vamos son las más antiguas y las que nunca tienen una respuesta definitiva. El hombre lleva dentro un filósofo, aunque sea aficionado, pero sigue sin encontrar lo que busca. Y los filósofos de oficio y profesión -tantos a lo largo de la historia- lo único que han conseguido es echar más cizaña a la complejidad de nuestros cerebros, siempre en lucha constante con el sentir del corazón. Las religiones, las creencias, suplen la incapacidad humana ante la lógica de la razón pura, aunque el ateísmo y el agnosticismo son otras forma de entender la vida y la muerte, también sin resultados concretos, tanto porque no se buscan como porque no hay manera de encontrar respuestas. Tan limitados somos.

El ir y venir estos días a los cementerios con gente cargada de coronas, centros y ramos de flores es la muestra de cariño del que vive con el que falleció. Es un día de fiesta, pero fiesta triste, porque recordar la muerte siempre deja un poso de amargura. Recuerdo a los míos que se fueron, miro hacia atrás, veo la rapidez del tiempo que pasa, oteo el futuro, y me siento un poco mermado de optimismo.

Pero a la vez me repongo, asumo que lo más importante de la vida es vivir y que los crisantemos sólo son la expresión pasajera de un viaje momentáneo al dolor. En este valle de lágrimas hay que buscar la alegría siempre, porque es el mejor combustible de la propia vida, pero tampoco viene mal de cuando en cuando recordar que somos humanos y que nos sobra con frecuencia mucha soberbia. Vamos de machotes y sobrados por la vida, pisando callos y machacando a los demás, esos que en estos tiempos vemos como enemigos y adversarios. A los que hemos añadido los competi-

PROSAS DE PAN

dores. Y es que vivimos la era de la competencia brutal, y la parte más humana que tenemos se está perdiendo ante esa hidra diabólica que nos engulle.

Polvo somos y en polvo nos convertiremos. Como las hojas en el otoño. Pero yo apuesto por la vida y me reafirmo en la ganas de vivir, para demostrarle a la muerte que las batallas que gana no son definitivas. ¿O sí? ¿Qué hay después de la muerte? Desde luego la respuesta nunca valdrá para todos. De momento mis muertos siguen vivos.



El viaje olvidado

Castilla y León es un desierto de arena y cardos borriqueros, cardos corredores, tobas y viento, secarrales, barbecho, grama y mucha mala hierba. Pero también, como los desiertos, tiene oasis. Algunos de tecnología punta, de gente científica, avanzados que desde hace tiempo contradicen a Unamuno en aquello de que inventen ellos. En Boecillo (Valladolid), por ejemplo, existe un parque tecnológico donde una empresa llamada Cidaut puede presumir de ser vanguardia española y europea en la investigación aplicada a la industria automovilística. *Rara avis* en estos pagos por dos motivos: porque es privada y porque, a la vez, hace un extraordinario servicio público. Todas las empresas del sector acuden a Cidaut en busca de investigación y desarrollo, y además lo encuentran. Los alemanes y los franceses se han mostrado sorprendidos de que esta tierra que añora la caverna, adoradora del sector primario ancestral -tan en decadencia- taurina, festiva y folklórica, haya sido capaz de tener gente que les mira desde un chip de igualdad e, incluso, de superioridad.

Don Miguel de Unamuno, que era un genio, sufría del mal de la poesía, y por eso no entendía a la gente de laboratorio. Los rectores de Cidaut, en cambio, han logrado combinar ambas cosas: amor por la ciencia y cariño por la palabra. Hasta tal punto que en estos tiempos tan prosaicos han publicado dos libros llenos de nostalgia. Uno de Nicolás García Tapia y Juan Cano, y otro, una novela, del escritor y poeta José Luis Chacel. Una doble obra que recoge la osadía de un ingeniero de Valladolid, Pedro de Ribera, que en 1860 fue el primero en España que se atrevió a recorrerla en una locomotora con movimiento propio, un locomóvil, por nombre Castilla.

Concretamente fue desde Valladolid a Madrid, atravesando con un par el Alto del León, y siendo en la capital del Reino admirado y honrado. Al calor del Canal de Castilla había una fiebre, una excitación industrial, que sorprendía incluso a los catalanes, y de aquella realidad hoy se puede presumir aquí de ser unos avanzados de los tiempos. *La aventura del Castilla*, de los profesores Nicolás García Tapia y Juan Cano, y *El viaje olvidado* de Chacel son dos monumentos: uno a la ciencia y otro a las letras. A veces uno se reconforta con esta tierra adusta, distante y cruda. Pero eso sólo cuando aparecen gentes como los de Cidaut, que creen sin ver, y personajes como los autores de estos libros, que tienen todavía agallas para demostrar al resto de los aquí

PROSAS DE PAN

nacidos y crecidos que todavía tenemos cosas que decir. Un mensaje para descreídos como yo, y para escépticos mandamases que no suelen mirar más allá de sus vidas y haciendas propias. Esta tierra, ignorante machadiana, un día fue avanzadilla industrial. Hoy, aún quedan esperanzas.



¡A mí las matemáticas!

La ciencia no es el fuerte de nosotros los españoles. Más aficionados a las Letras y las Artes llegamos a creer, como Unamuno, que era mejor que inventaran ellos, o sea, los europeos de más allá de los Pirineos. Excepto Mutis, Servet, Isaac Peral y su submarino cartagenero, De la Cierva y su autogiro, Ramón y Cajal y, más modernamente, Severo Ochoa, pocos españoles más han descollado en la investigación científica en todas sus ramas. En artistas y escritores, en cambio, somos potencia mundial con Velázquez, Picasso, Quevedo o Cervantes a la cabeza. Por eso ahora, en estos tiempos donde las Humanidades son despreciadas, nos cuesta tanto despegar.

Seguimos añorando el latín y el griego, mientras el mundo globalizado nos exige el inglés y el español sin ñ. Internet, los satélites y la Unión Europea, de todas formas, nos están poniendo las pilas hasta hacernos más fieles que un converso. José María Aznar, que aunque es español parece alemán, es el máximo exponente de este reciclaje. Lleva siete años y pico haciendo cabrear a media Europa, sobre todo a Giscard y Chirac, dando codazos por un puesto entre los grandes de la economía. Aunque siempre dijo ser amante de la poesía, Aznar considera que para que España progrese adecuadamente debe olvidarse de romances y mirar más a los números. Por eso lo de Irak y su inmensa amistad con Bush, quien seguro que no ha leído jamás un poema.

España, definitivamente, se aleja del quijotismo que Cervantes hizo encarnar en un loco de atar. Parece como si hiciera caso a Pitágoras, que dijo aquello de “cultivad asiduamente la ciencia de los números, porque nuestros crímenes no son más que errores de cálculo”. Y tanto, que dicen los catalanes. Aquí siempre hemos calculado mal y, por eso hemos cometido infinidad de crímenes.

Ahora el que quiera tener futuro debe estar preparado científicamente. Las jarchas, el romance épico y la poesía pastoril han pasado a mejor vida. Los historiadores y los literatos son gente muy ilustrada pero, excepto los que escriban un best seller, o terminan en la enseñanza o cambian de profesión si quieren comer tres veces al día. El proceso mental de adaptación a las nuevas realidades es rápido y es imparable. La producción industrial y la competitividad comercial llevan a las nuevas generaciones de españoles a los números más que a las oraciones verbales. La enseñanza camina impar-

blemente hacia la ciencia en el amplio sentido del término y con ella los hombres y mujeres españoles, los cuales todos tienen cada día más cara de europeos.

¡A mí las matemáticas!, gritarán pronto los *nasciturus*. Incluso muchos de mi generación, que en la adolescencia teníamos ínfulas de poeta, ya sólo vemos objetivos y balances. La vida, que es un asco.





Fotos: Álvaro Gago.

La fiesta y la vida

Chambo y la cigüeña

Hacía frío y viento pero le debía a Chambo su paseo diario obligatorio. Es un *border collie* y dicen los manuales que si no corre puede volverse loco. Chambo cada día lo exige y me saca a pasear por lo menos una hora. Yo ando y el corre. Va y vuelve, y se vuelve a marchar. Siempre, cuando se da cuenta que se ha ido demasiado lejos, gira la cabeza y mira dónde estoy. Es un perro pastor y necesita controlar en cada momento a todas las ovejas de su rebaño.

Estamos a finales de enero y, sin saber por qué, este año han caído al suelo antes de tiempo, desde las copas de los pinos, las orugas. Es la procesionaria del pino uno de los mayores enemigos del perro. Muchos dueños de los canes no lo saben, pero yo sí porque tuve la mala experiencia de que mi perro anterior, ya muerto, Barry, metiera en su boca una oruga en un pinar cercano a Valladolid. De pronto cayó al suelo y no podía respirar. No sabía qué le pesaba. Lo cogí en brazos, lo subí al coche y fui al veterinario. Llegué a tiempo cuando Barry ya casi no respiraba. El veterinario me preguntó dónde le había pasado el problema y rápidamente me lo dijo: “ha metido en la boca una oruga que son letales en la lengua del perro; les generan una alergia que les dilata la lengua y no pueden respirar”. El veterinario le puso una inyección a Barry y en cinco minutos estaba como nuevo. Aprendí aquella lección y desde entonces cuando veo orugas en el pinar cambio de destino con Chambo y me voy a un camino lleno de chopos, almendros, retamas y zarzamoras.

Esta mañana hacía mucho viento, cerca de cien kilómetros por hora. Me costaba caminar. Iba bien pertrechado mientras Chambo corría sin mayores problemas. De pronto vi una cigüeña volando en círculo no lejos de nuestras cabezas. Chambo también la seguía con la vista con ganas de que se posara para perseguirla. Lo había hecho muchas veces. Me sorprendió la insistencia de la cigüeña en dar vueltas y más vueltas. No era su comportamiento habitual. “Algo pasa”, pensé. Pero seguí el camino que enfocaba a la chopera alineada junto a un viejo canal de riego. Cuando llegué a un cruce de caminos donde se ampliaba el campo noté que en el fondo, a la derecha, hacia una zona de viveros y jardines industriales, faltaba algo. Me di cuenta pronto: ese algo era que no estaba en su sitio el nido de cigüeña que veía cada día al pasear con Chambo.

Chambo me miraba, y se echaba sobre mi para jugar. Yo seguía estático, mirando y aguantando el aire frío y cortante, y preguntándole al viento seco

que llegaba a ráfagas violentas que si había derrumbado el nido de mi cigüeña. El viento seguía silbando entre las ramas peladas de los chopos, que se cimbreaban una y otra vez. Fui hasta la chopera donde estaba el nido de la cigüeña. Quería ver si se había caído, o es que algún desaprensivo, algún vecino de huertas cercanas donde se levantaban toscos casetos, lo había destruido porque le molestase o algo así. Chambo me seguía; pegado a mi, tal vez porque notaba algo diferente al resto de los anteriores paseos. Lo primero que comprobé es que el árbol donde estaba el nido estaba tronchado, partido. Y me acordé de aquellos versos de Antonio Machado: “Al olmo viejo, hendidido por el rayo/ y en su mitad podrido/ con las lluvias de abril y el sol de mayo/ algunas hojas verdes le han salido”.

Me acerqué hasta el árbol. No veía el nido caído. ¿Dónde podía estar? Hasta que llegué cerca y lo pude comprobar. Sí, lo había tirado el viento, que había roto el árbol. Era un hermoso nido, de unos 200 kilos de peso, o más, una parte fuerte, compacta, con todo tipo de elementos, desde barro a trozos de ropa, desde plásticos hasta pedazos de pucheros o cazuelas de barro. Y otra parte, ligeramente separada, de sarmiento, de pequeñas y largas vides fruto de la poda. Alrededor, trozos de ramas del árbol caído. Un montículo verde, de un tramo del canal abandonado, me había impedido ver desde lejos el desastre. Pero allí estaba.

El viento había arruinado el final del invierno de la cigüeña, una cigüeña que había decidido quedarse siempre allí, no emigrar, como antaño, tal vez convencida de que el cambio climático le daría siempre ya unas temperaturas en invierno más benévolas. Tal vez, pero mi amiga la cigüeña no había contado con el viento, ni que su árbol estuviera en su mitad podrido.

Chambo se lanzó a oler el nido, a rodearlo, a observarlo todo. De pronto apareció la cigüeña, volvió a volar en círculo, nos miraba. Chambo a lo suyo. Hasta que la cigüeña empezó a bajar, y bajar, majestuosamente, y posarse a unos cien metros de nosotros, entre matorrales y cardos secos. Chambo la miró, pero se quedó, no la persiguió esta vez. Me observó a mi, volvió a mirar a la cigüeña y entendió que aquel no era el día de correr tras la pobre cigüeña que después de tanto trabajo se había quedado sin casa.

La miramos, le dijimos adiós, le deseamos suerte y nos fuimos camino adelante como quien sabe que en la vida, pase lo que pase, mientras vivamos, hay que seguir.

Los ojos de Barry

Tengo un perro que se llama Barry, al que me gustaría escribirle las *Charlas con Troilo* de Antonio Gala, pero no tengo el talento suficiente, de ahí que me limite, de tarde en tarde, a escribir algún artículo que, al tiempo de homenajearle, sirva para reivindicar la condición de los perros. Si está demostrado que son los más amigos del hombre ¿por qué tantos desalmados se empeñan en darles una vida perra? ¿Quién inventó eso de una vida perra? ¿Y por qué? Barry y otros perros de su suerte no llevan precisamente una vida perra; al contrario, tienen una vida tan digna que ya quisieran para sí muchos humanos. Pero son muchos los perros abandonados que vagan y vagan, sucios, hambrientos, llenos de miedo, desconfiados ante tanta hostilidad. ¿Qué han hecho para merecer dueños tan crueles? Ellos nunca lo harían.

Cuando comienzan las vacaciones se vislumbra el desastre que cada año se produce en esas fechas con los perros: abandonos y más abandonos. Si lo piensa uno bien ¿cómo no van a abandonarse perros cuando hay tantas personas que por una playa aglomerada de gente es capaz de dejar tirados, aparcados, a sus mayores como si fueran bultos inservibles? ¿Qué se puede esperar de la condición humana si uno lee, por ejemplo, *Los horrores de la Guerra Civil Española*, de José María Zavala? (Si no quiere que se le revuelva el estómago, no lo lea) ¿Qué se puede esperar del hombre que ha cometido tantos genocidios? ¿Por qué el perro sigue confiando en el hombre?

El domingo fui a mi quiosco habitual y allí, junto a un árbol, estaba atado un esnauzer, aturdido ante la ausencia de su dueño. Desde el quiosco le atendían y le ponían agua (hacía 38 grados a la sombra) y comida. El esnauzer miraba y miraba, preguntándose porqué le había abandonado su dueño. Sus ojos estaban tristes, su desconsuelo era enorme. El agua la tiraba y la comida ni la probaba. Llegué yo con Barry y Barry le miraba a él y a mí. La mirada de Barry era distinta, confiada, alegre y segura. De hecho, los ojos de Barry es lo que más me impresiona de él. Sus ojos encierran el misterio de decirlo todo; no tiene necesidad de hablar. Me pregunto ¿quién puede abandonar a un perro que mira como mira Barry? Pues cada año se abandonan en España cerca de cien mil. Eso da idea del país que habitamos.

¿Usted se fía de la gente que abandona a un perro? Yo no; a esos no los querría verlos de cerca si hubiera otra Guerra Civil. Lo malo es que ese tipo de individuo puede ser su vecino, ese que parece tan simpático y que cuenta chistes. No se fíe, tiene malas entrañas.

Quien abandona a un perro es un delincuente. Y peligroso.



No maten los pájaros en primavera

Antes de nada quiero pedir disculpas por haber sido de niño un empedernido depredador de pájaros. Y lo hago porque aunque han pasado muchos años aún tengo mala conciencia. Cada vez que recuerdo mi frenética lucha contra los gorriones, contra los tordos, contra las pegas, siento remordimiento.

En Cañizo de Campos los niños de los años cincuenta y sesenta del siglo XX teníamos entre otras diversiones el matar pájaros. Buscábamos con fruición sus nidos en abril y mayo y cuando los descubríamos en algún agujero, entre las tejas, escondidos en las zarzas, o camuflados en las ramas de algún árbol, corríamos emocionados a contárselo a los amigos. “Sé donde hay un nido, sé donde hay un nido, pero no os lo voy a decir”, saltábamos locos de contentos. Era un trofeo que había que disfrutar a solas, o en todo caso sólo con el amigo más íntimo.

Otras veces poníamos las pajareras donde los gorriones caían apresados en la trampa, incluso antes de que nos diera tiempo a tapar con tierra el engaño mortal y escondernos detrás de alguna esquina esperando ver cuando *picaban* los incautos. Los mejores momentos llegaban después de llover. Los inocentes gorrioncillos buscaban comida con prisa en medio de la calma que se producía después de las tormentas de verano, cuando la tierra olía a ozono. Los gorriones, pardales y pájaras, decíamos, se debían atontar por el hambre porque picaban el engaño, un trozo simple de pan, sin pensarlo dos veces y sin sospechar del metal.

Los niños que íbamos a la escuela y aprendíamos el catecismo de memoria, no hacíamos caso de las enseñanzas de Doña Aurea, la maestra, que nos quería alejar de aquellas prácticas y apostaba por “la bondad con todas las criaturas del cielo”. Éramos crueles, pero es que entonces en el pueblo el amor a los animales y a la naturaleza no era una asignatura de prestigio. Los gorriones se comían las parvas de trigo y eso no se podía admitir. Eran, por tanto, enemigos de la familia.

Tenía necesidad de contar todo esto, por ese motivo he empezado pidiendo perdón. ¿Qué pensarán de nosotros, de los niños de hace cuarenta o cincuenta años, los de ahora, las nuevas generaciones? Ahora que se protege a casi todo ser viviente, y que la sociedad cada día está más comprometida con la ecología y el medio ambiente, yo quiero entonar un *mea culpa* y lamentar mi escasa sensibilidad en esta materia cuando era niño, dispuesto siempre a callar y, por

tanto, ser cómplice, cuando los mayores ataban latas en los testículos a los perros y los azuzaban para que corrieran. Los pobres perros se volvían locos con el ruido y el dolor. Yo lo recuerdo como algo espeluznante. Era una maldad increíble, y me arrepiento de haber sido un espectador pasivo.

En aquellos tiempos sucedían cosas muy graves, siendo especial pecado matar los pájaros en primavera, coger los huevos o los pajarillos de los nidos, atrapar a los pájaros nuevos persiguiéndolos cuando todavía no sabían volar con soltura. Los apresábamos y los matábamos por simple placer o para darlos de comer al *gabilucho*. En Cañizo muchos niños criábamos desde que estaban en *pelujillo* el *cernícalo* primilla, o el *aguilucho* de monte, que llamábamos, algo semejante a la *milana bonita* de *Los Santos Inocentes* de Miguel Delibes, Paco Rabal y Alfredo Landa. Curiosamente éramos amantes de las aves rapaces, mientras no teníamos piedad con el resto, a excepción de la cigüeña, claro, que siempre gozó de protección y cuidado. Un amigo mío, Teodoro, llegó a criar en su corral más de un águila, que eso sí que era difícil, por no decir imposible para los demás niños. Pero Teodoro tenía técnica y paciencia y lo conseguía. Yo le admiraba porque aquello me parecía maravilloso.

Hace ya cuatro mil años un monje y noble del Imperio Cananeo, de nombre Rapano, dejó escritos varios pensamientos, entre ellos uno en el que pedía encarecidamente “no matar los pájaros en primavera”, sencillamente porque era matar la vida. En Ugarit, capital de ese imperio, que no era otro que el fenicio, donde ahora está ubicada la ciudad de Latakia, a orillas del Mediterráneo sirio, se puede visitar la tumba de Rapano. Allí fue, en el transcurso de un viaje que hice, donde se me removió la conciencia y recordé de forma muy especial mis prácticas crueles en la niñez.

Con el correr del tiempo, el calado de enseñanzas nuevas y la madurez de una sociedad más evolucionada y concienciada en medio ambiente, produjo en mi, como en tantas otras personas, una visión de muchas cosas totalmente diferentes. En este día en el que escribo, de primavera verde y esperanzadora, creo que es un buen momento para pedir más sensibilidad y respeto por todos los seres vivos del planeta. Y especialmente de los pájaros, esos amigos que nos acompañan a diario, como los que hay en la reserva de las Lagunas de Villafáfila, que también pertenecen al término de Cañizo.

En primavera explosiona la naturaleza y se regenera la vida. Por eso esta estación se merece un respeto y un cuidado especial.

El coloquio de los perros

Coco y Urco son dos perros muy diferentes a Cipión y Berganza, los protagonistas de *El coloquio de los perros* de Miguel de Cervantes, porque no son pensadores de alta alcurnia, pero en cambio se parecen a ellos en su mirada y en sus ladridos. Dicen lo mismo: que la vida debe ser entrega, trabajo y lealtad. Cipión y Berganza eran dos perros filósofos que cuestionaban la vida y los milagros de los hombres del momento, mientras Coco y Urco son perros más sencillos que se dedican a ponerle las perdices a tiro a Benito Tejedor y José Luis Arévalo, dos cazadores de Cozuelos, Segovia, con los que el pasado domingo tuve la dicha de practicar caza ecológica, es decir, andar y andar infinidad de horas entre trochas y veredas para al final volver de vacío. Como quiera que no soy depredador, al igual que mis dos compañeros cazadores, decidimos disfrutar pensando en el lechazo posterior que íbamos a manducar y en el vino propio para el trasiego.

Hay días en que la suerte no acompaña, y aunque Benito y José Luis llevan este año perchas de importancia, en ocasiones hasta la docena de perdices, el domingo no tuvieron suerte. Por eso le dedico este artículo a los perros y no a los cazadores, porque los perros hicieron su fiel y leal trabajo, con un ir y venir desaforado e incansable, mientras los cazadores sólo encontraron en el lamento la excusa a su desdicha. Las perdices, que ya metida la veda en días saben latín, apeonaban con la agilidad del AVE y la discreción del fraile conventual en medio de los gritos de la plebe.

Escribo hoy sobre estos menesteres del ocio y el asueto cansado como estoy de tanta crisis, tanta integración de las cajas y tanta mandanga. En estos días inciertos, en los que vivir es un arte, como dirían Celtas Cortos, Benito y José Luis, que gustan de retornar al pueblo a la más mínima, encuentran aquí los contenidos y el sentido que sólo da la propia tierra, cuando entre surco y sementera el alma se serena y se redescubren viejos entusiasmos.

José Luis y Benito son empresarios, pero no quieren hablar más que de perdices. Acostumbrados a mandar, sólo tienen órdenes para Coco y Urco que, sin pedirles horas extraordinarias, se entregan al trabajo a la velocidad del rayo. Coco y Urco me miran con esos ojos que auscultan al desconocido, pero vienen a decirme que tranquilo, que entienden mi presencia, eso sí, a cambio de que a la hora del almuerzo les de algún trozo de pan. Cumpló sus expectativas para ganarme su amistad y ellos me responden subiéndose a mi pecho como si me

conocieran de toda la vida. El pan lo tienen ganado porque si Benito anduvo treinta kilómetros, Urco doscientos, y si José Luis no desmereció, Coco no se quedó atrás. Incluso echó una liebre que, ufana y soberbia, pronto encontró el perdedero ante la bondad de la escopetas.

Fue un día luminoso, con algún atisbo de niebla meona, yendo de aquí para allá, buscando entre las pajas y los majanos cualquier indicio de la perdiz roja, esa ave explosiva capaz de utilizar las tretas más sutiles del despiste y la astucia de quien sabe que el hombre no deja de ser un lobo estepario bastante incapaz incluso con armas y bagajes. El olfateo y las posturas de equilibristas de Coco y Urco fueron señales inequívocas para los cazadores, pero también para las perdices. Por eso levantaron el vuelo a tiempo como exhalaciones, y a lo lejos, cuando el tiro no alcanza y los perdigones caen a tierra muchos metros antes. Coco y Urco miraban a la cara de los cazadores, incluida la mía, que iba sin escopeta, y se preguntaban qué pasaba hoy.

Coco y Urco, aunque no filósofos, desconfiaban de la mala suerte. Temían que no los volvieran a buscar Benito y José Luis dentro de una semana para ir de caza. Su mayor alegría es ver al amo y que el amo les abra el portón trasero del coche. Coco y Urco saltan entonces llenos de emoción y emprenden la aventura de las perdices del domingo, las del gran Delibes, quien desde la literatura hizo de la caza un canto a la naturaleza equilibrada. Coco y Urco miran a los ojos de José Luis y Benito en busca de respuestas definitivas, pero sólo encuentran ojos al viento y al cielo de Cozuelos. Hasta la próxima.



Lazarillo de mi perro

A la vuelta del trabajo todos los días saco a pasear a mi perro. Es para mí uno de los momentos más dulces del día. Barry es siempre un profesor de lo imprevisto. Sus obsesiones parecen razonadas y apela a la costumbre como las leyes que nos rigen. Tiene las ideas muy claras y jamás acepta un engaño. Si quiere ir hacia un sitio es contumaz y perseverante. El tira y tira para allí con la tozudez de un cabezudo. Sus gustos son sencillos, se conforma con muy poco: algo de hierba para correr y dar vueltas sobre sí mismo como una peonza. Lo huele todo, con ese olfato excepcional del teckel y tiene la agudeza sin igual del cazador despierto, pero tiene un pequeño problema: lo mira todo pero no ve nada. Hace cinco meses que perdió la vista. Está ciego.

Barry, sin que ningún veterinario haya sabido decirme por qué, se quedó ciego en un abrir y cerrar de ojos. Es ya mayor, once años, pero tampoco es obligatorio perder la vista a esa edad. Pero ha sido así: con el mismo desconcierto que suceden tantas cosas en este país. Pero un perro no tiene derecho a protestar por un fallo veterinario. Ni siquiera se lo ha tomado a mal. Él sigue a lo suyo como si no pasara nada. Por eso ahora yo soy su lazarillo. Lo llevo y lo traigo, le pongo de comer y le vierto agua en su recipiente. Cuando como se me pone al lado esperando que le caiga algo. Ahora levanta más la cabeza. Mira más hacia arriba, como los ciegos, porque está ciego. Antes tenía ojos luminosos, brillantes y despiertos; atentos a cualquier movimiento, ávidos ante cualquier situación, listos como los de un perro listo. Ahora no, ahora los ojos se le han cristalizado, se le han quedado como las canicas, verdes, ajenos y distantes.

El propio Barry a veces se muestra sorprendido, sabe que algo le pasa, pero no sabe decírmelo. El sigue ladrando a los extraños y corre hacia la puerta desahogado cada vez que tocan el timbre. Igual que siempre. Sale como una exhalación, pero pronto aminora el paso al percibir que no está seguro por dónde va. Con frecuencia se pega contra las paredes o contra los muebles. Pero en muy poco tiempo ha sabido situarse y dominar el espacio. Hace giros de noventa grados y encara las puertas como si las viera. Ya domina el escenario desde la oscuridad. Le admiro y me comparo: yo sería mucho más torpe.

Barry está contrariado pero no enfadado. Yo sí. Pero él es práctico, y en lugar de gastar las energías en cabreos inútiles prefiere mirar el futuro de otra manera. Bueno, mejor que mirar, olerlo y escucharlo. Le molesta que le cuide tanto y, que en ese afán, ni le de chucherías ni lo atiborre de comida, que es lo

que el quiere. Barry, como todos los de su raza, siempre ha sido un tragón. Jamás pararía de comer. Es uno de sus defectos. Otro es que siempre ha sido muy valiente; mejor dicho: temerario. Lo mismo se enfrentaría a un mastín que a un oso. No tiene sentido del peligro. Sí, en cambio, siempre ha sabido quién le cae bien o mal. Tiene un sexto sentido, o séptimo, porque Barry, al sentido común, le añade otros. Cuando viene a casa algún vecino o conocido que no es amigo suyo arma una escandalera; se vuelve loco por morderlo. Al contrario: si alguien, alguna vez, le trató bien y le dio algo de comer no lo olvida. Lo recibe con toda la alegría. Aunque hayan pasado años. Es agradecido y tiene una memoria infalible. Es también un gran psicólogo. Sabe a quién no le gustan los perros. Y a quién sí.

No soporta a los carteros y a los repartidores de publicidad porque se entrometen en su parcela. Es un auténtico azote para ellos. Y es que Barry, como todos los perros que se precien, tiene sentido de la propiedad; sabe en todo momento quién es amigo de la familia y quién es ajeno. Conoce a todos los vecinos por la voz, nunca se ha equivocado con ellos, pero cada vez menos, porque también le empieza a fallar el oído. El pobre Barry está teniendo unos últimos años complicados, consecuencia de la vejez. Pero él no pierde el humor, ni las ganas de vivir, y por eso me busca cada vez con más frecuencia para que lo acaricie. Lo que hago con fruición.

El *Lazarillo de Tormes* tuvo una vida perra. Pero no porque tuviera por amo a un ciego, sino a un hombre. Yo no quiero caer en esa vulgaridad. Por eso pienso en Barry y le ayudo lo que puedo en estos malos tiempos que le toca vivir. También me acuerdo de los miles de perros que no tienen la suerte de Barry y que van a ser abandonados este verano, por esas carreteras de Dios, por una legión de canallas y desalmados.



Animaladas por tradición

He vuelto a ver en televisión, como cada año, la imagen patética del Toro de la Vega, de Tordesillas, tras caer alanceado por un mozo que cual guerrero tribal disfrutaba de su hazaña. Y alrededor miles de personas que se sentían en el paraíso tras *disfrutar* de una fiesta donde el pobre toro se convierte, inevitablemente, en el principio y fin de todas las cosas. Yo no sé si los toros piensan, pero si fuera así ¿qué pensará el Toro de Tordesillas, el de cada año, al ver a tanta gente tras él, como si fuera un delincuente? ¿No le llamará cobarde a ese personal, ingente en número, cuando el es sólo un pobrecito solitario que en el fondo lo único que quiere es huir? ¿No pensará el toro que los animales de verdad son los que le persiguen sin motivo ni razón?

El Toro de la Vega de Tordesillas forma parte de ese ser primitivo que llevamos dentro los españoles, ser irracional, donde la pasión, el sentimiento espontáneo, es muy superior a la parte del hombre donde prima la razón. Si el hombre se distingue de los animales por esa cualidad racional ¿dónde queda el hombre ante conductas de este tipo?

Ya sé que la clave de fiestas como la del Toro de la Vega de Tordesillas, la del Toro Enmaromado de Benavente, la del Toro de Fuego de Medinaceli, y otros ejemplos *edificantes*, se enmarcan en el *sagrado* concepto de la tradición. Los partidarios de estos festejos carpetovetónicos siempre alegan a la tradición. “Es una tradición”, dicen, como si la tradición todo lo consagrara y a todo le diera patente de legalidad. Y uno se pregunta ¿por qué no se mantiene la tradición de los viejos coliseos romanos y le echamos hombres a los leones? Sería mucho más emocionante.

Yo he llegado a ser semitauro, al igual que era, de niño y joven, furibundo cazador de pájaros, destructor de nidos y tirano de animales, porque era lo común en el pueblo, en mi pueblo, y todos los pueblos de la zona. Pero he ido cambiando, a base de razonar, y ahora, sin llegar a ser Brigitte Bardot, esa gran protectora de los animales, me veo en la necesidad de clamar contra toda conducta humana que no se justifique desde la razón.

Olvidémonos ya del *salto de la cabra* de Manganeses de la Polvorosa, en Zamora, partida que se ganó para el sentido común, e incidamos en esos lugares, que todavía los hay, donde meten a los pollos de corral en la arena, les dejan fuera la cabeza, y la diversión consiste en matarlos a pedradas. O cosas por el estilo.

ANIANO GAGO

Esta es una tierra donde quedan muchos vestigios de Atapuerca, trogloditas por herencia y tradición, hombres evolucionados, pero menos, capaces de todo lo malo. Esta sigue siendo una raza de cuidado; necesitamos más tiempo bajo el manto europeo.



El toro de fuego

La televisión ha mostrado imágenes, como cada año, del Toro de Fuego de Medinaceli y, de nuevo, como siempre con este tipo de animaladas, sentí vergüenza de pertenecer a la especie humana. Y para ser más exacto diré que me dolió doblemente porque esta burrada se hace en mi tierra, en Castilla y León, en Soria, por más señas. No es suficiente con el Toro de la Vega de Tordesillas, ejemplo perfecto de por qué la teoría de la evolución de las especies de Darwin no está del todo clara, para que redoblemos el espíritu arcaico y troglodita.

Lo del toro de Medinaceli, con los pitones encendidos, volviéndose loco el pobre animal de espanto, supongo que de dolor y me imagino que también de desconcierto, es una imagen patética se mire por donde se mire. Los defensores del toro de Medinaceli argumentan que esta fiesta hay que mantenerla porque es una tradición celtíbera, como si el hecho de la tradición todo lo justifique. Para estos, como para otros muchos, la palabra salvadora es *tradición*. La tradición todo lo avala; no importa qué. ¡Como si no hubiera tradiciones negras, crueles e inhumanas! La evolución cultural lo que ha hecho, precisamente, es ir, poco a poco, eliminando costumbres y tradiciones salvajes.

Cuando los romanos se dedicaban a conquistar la Península había tradiciones tan *divertidas* como sitiar Numancia y ver morir a todos sus habitantes. No entiendo por qué no se siguen manteniendo tradiciones semejantes. ¿O sólo valen las tradiciones celtíberas y no las romanas? En esa época, y otras posteriores, era tradición la esclavitud ¿Por qué no se vuelve a ella? Barremos de un plumazo la Declaración de Derechos Universales del Hombre y las constituciones democráticas y ¡viva la tradición! Que los jóvenes de esta época se diviertan pegando palos a los toros, y que disfruten viéndolos sufrir, sólo demuestra la decadencia cultural y social que nos invade.

Los defensores de estas edificantes tradiciones suelen argumentar que hay muchas cosas más importantes en la vida que andarse preocupando de lo que le pase o le deje de pasar a un toro. Pero esa no es la cuestión, porque cierto es que hay que luchar para que haya más justicia, que la riqueza esté mejor distribuida y que no exista el paro, por ejemplo. Pero una cosa no quita la otra. No se debe simplificar la cuestión para justificar lo injustificable.

Soria es una tierra rica en historia, en patrimonio, en paisaje y en tradiciones maravillosas, como el paso de las brasas en San Pedro Manrique, por

mencionar una muy conocida. Pero esta del Toro de Fuego no. Soria, ahí en medio, abandonada y sola, necesita denuncia y apoyo. Lo hemos hecho y lo seguiremos haciendo. Soria tiene mil motivos y razones para quererla. Pero no por esta tradición.



Tradiciones bárbaras

En el año 80 D.C. se inauguró el Coliseo Romano, llamado también anfiteatro Flavio. Fue durante el mandato de Tito. La inauguración superó con creces a las de los Juegos Olímpicos de Barcelona o los de Atenas. Nada menos que cien días estuvieron de juerga los cerca de sesenta mil espectadores que cabían en el recinto. En el transcurso de esos cien días fueron sacrificadas cinco mil fieras salvajes y dos mil quinientos gladiadores. Sin duda, un espectáculo divertidísimo. Mucho más que el Toro de la Vega de Tordesillas, que cada año concentra *sólo* a unas treinta mil personas entusiasmadas para ver cómo se mata a un toro que encima a veces es manso. Los lanceros suelen superar las dos centenas, habiendo llegado en ocasiones a quinientos, lo que me parecen muy pocos si tenemos en cuenta que el toro, aunque sea sólo uno, es una fiera salvaje. El lancero, a caballo primero, y por último a pie, cuando ejecuta *la suerte* de clavar la lanza en el animal, siempre tiene miedo. Los lanceros, que se arropan entre ellos, se creen muy valientes, se las dan de valientes, cuando en el fondo son gladiadores sin enemigo. Sobre todo cuando matan al toro sin cumplir las reglas del *torneo*, a traición, que eso sí que ya es ir contra el honor mínimo exigido.

Un responsable político fue preguntado qué opinaba sobre esta fiesta tan *edificante*, tan *moderna* y tan *europea*. A lo que dijo: “no es gratificante para los ojos, pero hay que respetar la tradición”. Yo no creo que sea una cuestión de vista, ni de estómago, que también; es algo que atenta directamente a la razón, lo que precisamente distingue, o debería distinguir, a los humanos de los animales. Las imágenes de tanto desaforado siguiendo al Toro de la Vega en Tordesillas me lleva a imaginarme la euforia de aquellos probos romanos, que tanto gustaban del olor dulzón de la sangre. La lucha entre gladiadores -cuya escuela estaba al lado del Coliseo- era hasta morir. En ocasiones, si el público entendido lo reclamaba, y la máxima autoridad lo permitía, los gladiadores podían ser indultados tras un gran combate; vamos, igual que los toros cuando son muy buenos.

No entiendo por qué los romanos actuales no siguen con el espectáculo. Sólo deberían restaurar un poco el Coliseo, volver a crear una escuela de gladiadores, organizar una partida de cazadores de leones y tigres y ¡hala! a recuperar la tradición. Por cierto, sería mucho más antigua que el Toro de la Vega, que sólo tiene raíces medievales. U otras tradiciones llenas de plasticidad y

color, como la extinta cabra de Manganeses de la Polvorosa o el Toro de Fuego de Medinaceli.

Somos un pueblo de bárbaros: vándalos, alanos y hunos, *atilas* que por donde pasamos no dejamos bicho viviente. Lo que más nos importa es la juer-ga, aunque sea bruta, y aunque vaya en contra de la razón, de los ojos y del estómago. Lo que más nos preocupa es mantener las tradiciones de nuestros tatarabuelos.

Pido que se recuperen algunas tradiciones muy divertidas, como el derecho de pernada, y que se enseñe a los niños a utilizar el tirachinas y las escopetas de perdigones para abatir gorriones y tordos.

Mientras tanto, los políticos mirando al tendido. Todo por los votos.



Emilio Esteban

La realidad televisada

Alcmeón de Crotona era un médico que aseguraba que el semen se formaba en el cerebro y bajaba a través de unos vasos desde la cabeza hasta los testículos por la nuca, columna vertebral y zona lumbar. Viendo los que se ve en Gran Hermano, la Granja, y telerrealismos paralelos, Alcmeón de Crotona tenía toda la razón. Los ejemplares que vemos en estos programas tan *edificantes* son pacientes de este médico pitagórico que se adelantó a estos tiempos en más de dos mil años.

Los médicos actuales, científicos, sesudos estudiosos del cuerpo humano, deberían volver a la universidad a revisar sus estudios. Excepto los psiquiatras, que tienen faena para dar y tomar. Estos profesionales deben dar las claves a la sociedad de lo que está pasando. ¿Es real o es ficticia esa gente? ¿Qué porcentaje de los cuarenta y cuatro millones de habitantes de España se asemejan o se parecen a esos personajes? Vamos a necesitar a todos los psiquiatras argentinos para que nos devuelvan la cordura. Van a tener que venir en grandes barcos como antaño llegaba el trigo de Perú.

Y dicen los sociólogos y *teletólogos* que lo peor aún está por venir. Como siempre, imitaremos a Estados Unidos, que como todos los imperios es el que marca la pauta actual. Allí en algunos estados la telerrealidad ha dejado traspasado al nuevo periodismo de Wolf y Capote y por eso los informativos de las grandes cadenas sacan con mucha frecuencia a George W. Bush; sin duda el Gran Hermano del Orwell de 1984, pero bajo el paraguas democrático, y un ejemplar de *Rebelión en la granja*, también de Orwell, en versión capitalista. Necesitaríamos la lucidez periodística del gran Walter Cronkite, el mejor ejemplo que ha dado la televisión americana, para que nos situara ante este ejemplo de esa otra hiperrealidad.

Lo que hacen y lo que dicen algunos concursantes en esos programas de televisión merece un análisis profundo para saber si eso es un fiel reflejo de la vida actual o es una película de ficción. Sabemos que normalmente lo que sucede en la vida cotidiana supera a la imaginación, pero aquí se mezcla todo. ¿Cómo eligen a esos protagonistas? ¿Qué criterios siguen? Porque la gran mayoría son elementos fuera de lo común.

Se suele denominar como telebasura, pero si a la audiencia le gusta será por algo. ¿Qué algo? Y lo que debemos preguntarnos después es ¿cuál es la clave del éxito? Más que criticar a los protagonistas, que vienen a ser actores que se

interpretan a si mismos, debemos entender el motivo de todo, el antes, lo que tienen en la cabeza los programadores de televisión, y el después: ¿ por qué gusta tanto y a tanta gente y tan distinta? La variedad va desde el zote a la persona preparada y con estudios superiores.

¿Qué los protagonistas se denigran? ¿Y que más les da en una sociedad que pasa de todo? ¿Qué pueden dar mala imagen? ¿Qué más les da a ellos y ellas? No les importa contar sus penas, sus vicios y sus intimidades. El dinero para ellos lo justifica todo. En estos programas se escenifica una realidad cretina que cada día abunda más. Pero ellos se defienden asegurando que los informativos dan noticias y muestran imágenes más crueles y más perversas de esa otra realidad que procede de la política, la economía y la religión. También argumentan que quien no quiera ver estos programas nada más tienen que cambiar de canal. En eso tienen razón. Aunque el problema llega porque estos programas forman parte de una realidad sociológica de nuestro país y tenemos la obligación, o la necesidad, de estar al día. Lo que pasa en esos programas interesa incluso a quienes los critican.

La televisión, por tanto, es receptor y emisor a la vez. Crea ficción que imita lo real y se retroalimenta al tiempo de todas las realidades. Como ha sucedido siempre. Lo que pasa es que ahora el mal gusto y la estupidez humana se televisan. La diferencia entre estos tiempos y los pasados es que la ignorancia ahora es una profesión. Y bien pagada.



Emilio Esteban

Taurinos por vanidad

La fiesta más fiesta a lo largo del año en algunas ciudades, villas y pueblos de Castilla y León son los toros. Sin toros no hay fiesta. Pero no porque las mujeres peripuestas y los hombres encorbatados y amorenados disfruten del arte que llaman de la tauromaquia, no, sino porque los toros concentran en los cosos a todo el que pretende ser alguien en su entorno. No importa el cartel, ni la faena que los matadores de la terna puedan ejecutar. Excepto para cuatro entendidos y seis entendidillos, lo que importa es el verse, el encontrarse, el que el otro diga : “mira, en el callejón está fulanito... ¿ quién le habrá metido ahí?...allá está mengano, en barrera, presumiendo, que se le vea que tiene dinero, y encima le acompaña zutano, que se aprovecha del chollo político...” Y así; es más, muchos y muchas ansían verse reflejados al día siguiente en alguna foto del periódico local o en las imágenes de televisión. Eso ya es lo máximo, el éxito total, la culminación del sentir personal como ciudadano destacado.

La gente va a estos festejos como el que va a una boda o a la misa del día del patrón en un pueblo cualquiera, de gala; ellos muy cuidados y el puro en la mano; ellas, muy maquilladas y dispuestas al lucimiento rosa y social. El toreo al natural, los quites, o que el toro no aguante tres puyazos nos les importa; la clave está en el ambiente y en la algarabía general, todo enardecido con la música de los famosos pasodobles, todo un suspiro de España. La verdad es que si algo merece la pena siempre es la música, porque las moscas no, las moscas ya no tienen éxito en esta España descontaminada de materia orgánica. Ahora sólo el olor de las caballerizas recuerda a la España de los cincuenta, sesenta o setenta. Esta España descangallá de orquestas populares se ha convertido al glamour. Y no es lo mismo. Taurinos de las cinco de la tarde y con moscas quedan cuatro: los que viven del oficio. Lo demás es transformismo, pederreta a la tauromaquia de Goya y figuración social.

Ya Hemingway y Welles, dos americanos aficionados y sorprendidos de este mundo tan especial, se hicieron amigos de la Fiesta, de los Dominguín y los Ordóñez, transformado los cuajarones de la arena en una exposición de cine en las gradas, donde las estrellas de Hollywood se fotografiaban para la posteridad. Ahora no vienen americanos a descubrir a la pintoresca y carpetovetónica España; ahora es la gente con pretensión de caché la que se deja ver en las plazas para lucir palmito, más que por amor a toros y toreros. En esta feria de vanidades, sigo pensando que el toro es lo único enteramente noble en todo este entramado anacrónico, espejo de nuestra vodevil y asombrosa realidad. La España eterna se renueva a sí misma, ahora a las seis de la tarde.

Tinto de verano

Llegado el tiempo de los calores, la España diferente se vuelve más carpeto-vetónica. Amigos de las experiencias fuertes y contradictorias, los españoles todos - vascos, catalanes y gallegos incluidos - nos convertimos en un cajón de mil experiencias. Los extranjeros que vienen a nosotros no siempre ahora los recibimos con alegría, ni olé tu madre ni olé tu tía; ahora esto ya no es *Bienvenido Mister Marshall*, y los americanos, algunos, se nos parecen a Bush. Pero Fraga Iribarne está vigente y su *Spain is different* sigue dando qué hablar. Somos más europeos que en los sesenta, pero no tanto en verano. En este tiempo de canícula la fiesta lo marca todo, y ahí aparece el tinto de verano y el toro, tan exclusivos. Verano es fiesta y en la fiesta manda el toro. De hecho, sin toro no hay fiesta. Toro embolado, enmaromado, de fuego, de palo va palo viene, del amanecer, del agua, de calle arriba calle abajo; toro para el corte, para las corridas; toros goyescos, toros de la vieja piel de toro. Toro de España. Mucho más que el de Osborne.

Entre trago y trago, entre merienda y merienda, entre limonada y peña, entre canciones patrióticas y exaltación de la amistad, esta España sigue siendo la de Antonio Machado, de pandereta y tamboril. No lo podemos evitar. Lo llevamos en los genes. Vas por esas ciudades de la Europa común y la fiesta es cerveza, folklore autóctono y música. Allí no hay toro. En el siglo XIX los viajeros que venían a España lo hacían para descubrir un país exótico, raro, diferente. Y lo encontraban.

Siglos después, los turistas que llegan a nosotros se encuentran con un país loco, festivo, excéntrico y libérrimo. Somos Europa, pero con matices. Aquí nada es igual que en la Europa de Mozart. Aquí las emociones son más fuertes; aquí buscamos la cornada, la demostración permanente del valor y el pasodoble torero. Suspiros de España, España cañí, la morena de mi copla, el gato montés, mi jaca o campanera.

¿Qué saben en Europa de nosotros? Todavía muy poco. Recibimos más de sesenta y cinco millones de turistas cada año, seguimos siendo sol, playa y sangría, y ahora tinto de verano, pero los europeos siguen sin entender este batiburrillo. Pero ¿lo entendemos nosotros? Nosotros mismos vemos lo que se hace y participamos del follón, pero sin parar a razonar o entender en profundidad el sentido de todo. España en invierno puede llegar a comprenderse, pero en verano no. Pueblos que celebran la Nochebuena en pleno agosto, pueblos soli-

PROSAS DE PAN

tarios en invierno que en verano reviven como por arte de magia, pueblos de récord Guinness, pueblos exaltados que tiran la casa por la ventana. No habrá para pan, pero siempre habrá para la fiesta. Esto es España. Y mucho más.

De cuarenta y cuatro millones pasamos al doble en verano. Las carreteras atascadas, las playas a tope, los hoteles completos y los restaurantes llenos, aunque no se pida postre. España en verano es el exponente de la tradición bárbara, primigenia, racial y tenebrosa. La España del fuego y de las brasas, la España caliente, la España diversa y heterodoxa. La España de la sorpresa, temeraria y belicosa, absurda y desproporcionada. La España de la risa. La España del contraste, del mar y la montaña, del vino y la sidra, del pan y el chorizo, del pescado marinero, de la jota y el flamenco, de la pachanga y la rumba, de la copla. La España variopinta, la España diferente que sigue sorprendiendo a propios y extraños.

Tinto de verano, mezcla de sabores imprecisos, esto es España estos días. Y muchas cosas más, claro. Tantas como españoles, tantas como comunidades autónomas, tantas como gobiernos, como parlamentos, como coches oficiales, como reyes, reyezuelos, virreyes y demás fauna que da color glamuroso al pueblo llano de la risa y la juerga.



Nos vemos en los bares

Todos los veranos son intensos en ferias y fiestas, algo muy propio de una España verbenera que sin esa parte lúdica no sería lo mismo. Castilla y León, en este aspecto, no le va a la zaga a las comunidades autónomas de primera, como Cataluña, País Vasco, Galicia, Andalucía o Navarra. Tenemos tantos santos, santas y vírgenes que celebrar, o más, que cualquiera, y de ahí que el pueblo se lance a las iglesias primero, y a las calles y plazas después, para honrar a sus patronos o patronas.

Estas fiestas nacieron hace muchos años. Unas para conmemorar que la virgen correspondiente libró al pueblo de la peste, otras porque trajo la lluvia a los campos resecos, otras más porque apagó un incendio o, sencillamente, para dar las gracias porque la cosecha fue abundante. Siempre hay detrás de cada cristo, santo, santa o virgen un motivo de agradecimiento o ruego de protección.

Los meses más intensos en celebraciones festeras son julio y agosto, pero en el mes de septiembre la fiesta no decae. Al contrario, es tiempo en el que la cosecha ya está en el granero y hay que manifestar la alegría. Y dar las gracias al Santo Patrón. Algunos, parientes de las acémilas, demuestran la alegría haciendo todo tipo de tropelías a los toros, novillos o vaquillas, mientras otros prefieren participar en las peñas de forma civilizada, entregarse al baile o apuntarse a los festejos gastronómicos.

El pueblo unido: ricos y pobres, altos y bajos, guapos y feos. Una maravilla de integración social y política. Es más, siempre he creído que las dos claves de la unión de España desde hace quinientos años han sido la religión y la fiesta. Sobre la religión lo vieron claro Los Reyes Católicos, y por eso, y por muchas causas más, claro, expulsaron a judíos, como también hizo después Felipe III con los moriscos. Sobre la fiesta se encargó la Iglesia, para dar culto a los santos, y el pueblo, que se apuntó a lo lúdico para despertar del letargo que le producían los largos sermones medievales y la vida de penitente que padecía.

En estos días Valladolid, Medina del Campo, Palencia, Salamanca o Ponferrada son ejemplos de fiesta, vida y dulzura. La Virgen de San Lorenzo, San Antolín, la Virgen de la Vega y la Virgen de la Encina compiten en leal pugna para darle alegría y gozo a sus paisanos. Erasmo de Rotterdam, en su *Elogio de la locura* critica esa competencia cristiano-católica de querer más a los santos y a las vírgenes que al propio Dios, e incluso que en cada pueblo, comarca o ciudad haya esa profusión de nombres para denominar a la misma Virgen,

PROSAS DE PAN

pero es que Erasmo no se paró a pensar en la importancia de la fiesta exclusiva de cada lugar. Erasmo era un tipo serio y muy estudioso que no andaba para fiestas y por eso nunca entendió este carrusel y este folklore pagano religioso.

En torno a 1990 le escuché decir, al término de sus conciertos, a Imperativo Legal, grupo vallisoletano de rock inclasificable, “nos vemos en los bares”, frase a la que le dieron caché y brillo el gran Cifuentes y el resto de los magníficos Celtas Cortos, quienes publicaron un excepcional disco con ese título. Pues eso: “nos vemos en los bares”. Y en las casetas. Y en las carpas de feria. En la fiesta, en definitiva.



Emilio Esteban

De águedas y carnaval

No es frecuente, pero a veces coinciden Santa Águeda y Martes de Carnaval: dos fiestas que tienen partes en común y realidades diferentes. Son punto y contrapunto que bien podrían ser un ejemplo de las dos Españas. Algo así como una mezcla entre lo serio y lo jocoso, lo sagrado y lo banal, lo divino y lo humano. Y si se quiere, el yin y el yan, que tanto se lleva ahora que estamos tan influidos por la cultura del lejano oriente.

Santa Águeda fue una mártir que yo tengo clavada en mi alma como patrimonio heredado de la niñez. Y es que en Cañizo siempre se celebraron las *águedas* por todo lo alto. Las mujeres, como si no lo hicieran ya durante todo el año, se deciden a escenificar de manera pública el ejercicio del mando que hacen habitualmente de forma privada. Los hombres a callar, pero mientras tanto le dan al baile, a las buenas comidas y al disfrute del morapio. Las mujeres seguidoras de Santa Águeda se visten con galas antiguas, sacan de los baúles los vestidos heredados de la abuela y se deciden vivir unos días especiales a base de bollos, aceitadas, ponche casero, vinos nuevos, el mejor capón del corral, un buen lechazo y lo que caiga. Las *águedas*, en Cañizo, en Zamora, en Valladolid y en todo Castilla y León es una de las grandes fiestas de invierno, cuando se sacude el frío a base de juerga y alegría, con el compromiso de conmemorar a esta santa heroica, una mujer virtuosa y excepcional, de principios. Y una mujer valiente.

Y es curioso que la celebración de Santa Águeda lleve consigo tanto baile, porque la historia de la Santa es tremenda. Un senador llamado Quintianus quiso poseerla y ella se negó como buena cristiana. Quintianus, no conforme con el rechazo, se la entregó a una mujer malvada, llamada Afrodísia, que quiso convencerla con malas artes a favor del pecado. No lo consiguió y Quintianus, contrariado, mandó torturar a la joven virgen, hasta llegar a cortarle los pechos. Después de otras maldades fue echada sobre carbones encendidos en Catania. Impresionante la historia de Santa Águeda. No es extraño que en Catania la tengan por patrona protectora contra fuego, rayos y volcanes.

En España caló su ejemplo, y por eso aquí siempre ha habido mujeres valientes, desde las de Numancia a las de Sagunto, desde las comuneras, como María Pacheco, hasta heroínas contra los franceses como Agustina de Aragón. Estas no fueron santas, pero es que la santidad es privilegio sólo reservado a personas escogidas.

En este día mandan las mujeres. ¡Qué bien nos vendría que mandaran más y muy de verdad! Sobre todo en política. Un gobierno mundial de mujeres no hubiera sido nunca tan cruel como ha sido a lo largo de la historia el de los hombres. La reina Zenobia, Cleopatra, Margaret Tahtcher, Indira Ghandi, Benazir Butho, Angela Merkel, Dilma Rouseff, Michelle Bachelet..., y pocas más han mandado en alguna parte del mundo. Y no siempre con códigos dulces, como la Thatcher, pero es que se dedicó a imitar a los hombres. Hillary Clinton puede ser otro ejemplo, pero la clave estará en saber si imita a su marido, a Reagan o a Bush, o marca impronta de mujer.

Santa Águeda bendita, de pueblo en pueblo, de fiesta en fiesta, de ejemplo a ejemplo. Mientras otra gente, a su vez, se viste de martes de carnaval y juega al despiste con el vecino. Al hombre le gusta cambiar de chaqueta, ponerse caretas y vivir las carnestolendas con desenfreno y disfrute del mundanal ruido. Ya llegará la Cuaresma y volveremos a pensar en la hipoteca y en el resto de los problemas cotidianos. Por eso estos días de febrero en Zamora, en Valladolid, y en tantos y tantos pueblos de Castilla y León, se vive con emoción el disfrute de la libertad.

En estas fechas, el que quiera puede ejercer de general, de obispo, de presidente del gobierno o de futbolista de élite. Los sueños imposibles se hacen realidad en carnaval, y por eso esta explosión de imaginación encuentra cada vez más reflejo y participación. Mariano José de Larra decía que todo el año es carnaval. Se refería a aquella España del XIX de desmadre político y social. Hoy en el XXI las cosas no son muy diferentes. Por eso el carnaval es un teatro real todo el año donde mandan la hipocresía, la falsedad y el camuflaje.

La intrahistoria de España va y viene, da saltos, es diferente: España santa, España pagana, España tal cual.



Creyentes, ateos y otros

Para muchos, para los creyentes, Semana Santa es tiempo de oración, de vía crucis, de dolor; una rememoración del calvario que pasó Jesucristo a manos de violentos y fanáticos que disfrutaban con la sangre y la tortura. Para otros, para descreídos y otras categorías de semejante tenor, Semana Santa sólo es un tiempo de fiesta. Hay una tercera vía, que la representan los que sin ser creyentes sienten la Semana Santa tan dentro que se transforman. Es decir, que hay, por lo menos, tres formas de vivir esta semana llamada Santa o de Pasión.

Los creyentes interiorizan los sufrimientos que tuvo Jesucristo y su madre, María, como una forma de entender la vida, esta y la otra; consideran que el ejemplo de Jesucristo sirve para salvar a los hombres del pecado y están convencidos de que todo lo que pasó hace más de 2000 años en el Gólgota es una verdad irrefutable, algo trascendente para siempre en el devenir del hombre sobre la tierra. Los creyentes aman estos días el silencio, el respeto a las procesiones, a la liturgia, a todo lo que suponga recogimiento y oración. Para ellos Semana Santa es el tiempo de reafirmación de sus ideas y sus creencias, que refuerzan desde un sentimiento nacido del alma. Son los de “no estés eternamente enojado, Señor, perdona a tu pueblo, perdónale Señor”. Estos reclaman valorar el auténtico significado de la Semana Santa y detestan el carácter lúdico que la desvirtúa.

Para los otros, para los descreídos, Semana Santa es un tiempo dedicado al ocio, al turismo, al disfrute. Muy lejos de sus ánimos el seguir el ejemplo de Jesucristo en la cruz; para empezar porque no creen en esta historia como una causa/efecto del sentir o creer religioso. Aquí están ateos, agnósticos y gente que prefiere no pensar en nada, entre otras cosas porque no acaban de entender el dogma de la Asunción de María al cielo en cuerpo y alma o el misterio de la Santísima Trinidad, por ejemplo, y siguen queriendo meter en un agujero toda el agua del mar, como el niño aquel al que sacó de su error San Agustín. Aquí caben la mayoría de los turistas, amantes del arte y la gastronomía, el paisaje, el bullicio y la aglomeración, y dispuestos a ver gratis la gran representación teatral que consideran son las procesiones. Estos ven a los cofrades penitentes como una especie rara y grotesca que forma parte de la tramoya festiva.

PROSAS DE PAN

Los terceros son de estudio. Algunos no creen en Dios pero sí en la Virgen; pasan totalmente del contenido religioso, pero sienten como suyas las cofradías y se prestan a llevar a cuestras los pasos y sufrir como Cristo en la cruz. Suelen ser fanáticos de una cofradía, de su pueblo o ciudad, y lo demás no les interesa lo más mínimo.

Para todos, respeto, que esto es la Viña del Señor.



Una semana apasionante

España, ya lo sabemos, es un país de contrastes. Por eso se pasa de las carnestolendas a la cuaresma, de la fiesta y la juerga a la pasión semasantera. Primero pecamos y después nos arrepentimos. Primero bailamos, si es agarrado mejor, y después nos arrodillamos. Primero blasfemamos y después entonamos el *yo pecador*. Siempre ha sido y será así, mientras nuestros genes culturales sean judeocristianos.

En Estos días España se llena de dolor. Es tiempo de penitencia, del *perdona a tu pueblo, Señor*, de contrición, de arrepentimiento, de procesiones exteriores e interiores, de rezos, de lloros, de tristeza. Aunque recuerdo que mis frailes favoritos, donde yo estudié, los del Verbo Divino de Coreses, decían que no, que Semana Santa era tiempo de alegría, porque el Señor nos había salvado, que había muerto por nosotros y nos había librado de ese infierno de fuego y sed eternos. Reconozco que yo la alegría me llegaba el día que nos íbamos de vacaciones. Hasta entonces demasiados vía crucis, excesivos rosarios.

Misterios difíciles de comprender, pero que la filosofía cristiana y católica ha metido hasta la médula en una gran parte de españoles de toda clase, condición y lugar de nacimiento. Las procesiones, el orgullo que siente la gente de pensar que su cofradía es la mejor, que su Semana Santa es la más bonita, que su Cristo es el más emotivo, que su Virgen es la más hermosa, es algo patente, tan cierto como la realidad misma de las calles abarrotadas viendo pasar esculturas y cofrades al ritmo del silencio, de la saeta o de los tambores.

En Castilla y León la Semana Santa es un tiempo especial. Cada año más, cada año más gente visita Zamora, Valladolid, Segovia, Palencia, Salamanca... cada nueva Semana Santa todo es igual, pero todo es diferente; las procesiones se repiten, pero cada año tiene distinto sentido, aún teniendo el mismo. Algo semejante al mar, que siempre es igual pero siempre diferente. Es un misterio insondable, inalcanzable para mi, pecador que no comulga mucho con esta Iglesia, católica, apostólica y romana, cuando se ensimisma en la púrpura y se olvida del Evangelio. La Semana Santa existe por el pueblo, no por la Iglesia, a la que nunca le hizo mucha gracia. Ahora se ha apuntado porque los feligreses están más en la calle que dentro de los templos y ha decidido ir a predicar a convencidos de que Dios es alguien muy normal, que lleva pocos ropajes y al que le gusta mucho la luz del día.

PROSAS DE PAN

Semana Santa es también en Castilla y León, en Andalucía, en Extremadura o en Murcia un acontecimiento cultural, un teatro abierto a todos, una exposición de arte en la calle y, a la vez, una intensa semana gastronómica, un acontecimiento turístico y cultural y una parada en el descanso laboral; una cita contra el estrés. Una semana de vida en medio de la simbología máxima de la muerte.



Destino playa

Para los que somos de tierra adentro el mar, la mar, es un misterio grandioso que sólo vemos de cuando en cuando. Especialmente en verano, cuando acudimos a la llamada de la playa, la incómoda arena y las cañas cerveceras de los chiringuitos. El mar de verdad es para los navegantes, los pescadores y los intrépidos buceadores. También para los ladrones de tesoros. Por eso una cosa es el mar y otra la playa, que no es lo mismo. Los hay que en verano van a la costa a disfrutar las vacaciones y no meten un pie en el agua. No les gusta tampoco el tórrido calor, ni el ambiente, ni las aglomeraciones previas, ni las mil incomodidades que se producen en estas fechas. ¡Pero hay que ir a la playa!

La playa es un lugar hedonista del que gustan más mujeres que hombres ¿Por qué será? Durante un tiempo fui todas las tardes a La Manga del Mar Menor a entrevistar, para Televisión Española, a todo famoso que por allí encontrase. En cierta ocasión me tope en un bar con El Viti, con Don Santiago Martín El Viti, Su Majestad El Viti, que era, y es, una institución taurina. “¿Qué hace por aquí, maestro?” le pregunté. “¿De vacaciones?...” “Ya, ya me imagino, pero le veo muy solo...; mire soy periodista, busco personas importantes para entrevistar en estas fechas... jamás me hubiera imaginado encontrarle a usted aquí; me choca su personalidad con este lugar...” “No me extraña -me dijo-, pero qué le voy a hacer; esto le gusta a mi mujer, que está en la playa, y yo debo acompañarla”. “Yo a usted no le veo en bañador...” “Pues no -me contestó- yo tampoco me veo, por eso no voy a la playa; prefiero esperar aquí a mi mujer”.

El maestro de Vitigudino rehusó, con los mejores modales, la entrevista televisiva que le propuse, y me fui, a falta de otros bocados, a hacer un reportaje a los chicos de la Cruz Roja que allí prestaban sus servicios. Hacía 40 grados a la sombra y mis pensamientos no podían abandonar a SM, modelo de señorío, sosiego y discreción. ¿Qué iba a hacer El Viti en la playa? Se hubiera caído del cartel de la posteridad taurina. La única arena que un torero como el quiere pisar es la de la plaza, sea albero o arena corriente. La de la playa es para gente más desenfadada, no tan seria como El Viti, menos trascendente, más alejada del mito y la esencia formal.

En los días veraniegos, la playa es el objetivo de miles de españoles y europeos. La mezcla de agua, sol y bronceador ejerce una especie de alucinación rayana en lo divino para muchas personas. Unas porque los médicos lo recomiendan: que si la sal marina, que si el yodo, que si el agua del mar facilita la

circulación de la sangre; otras que si andar por la playa es un bálsamo para la salud. O, simplemente, porque a muchas personas les gusta soportar el calor y zambullirse después en el agua a practicar la natación.

La playa ejerce subyugación en infinidad de personas, pero yo creo que mucho más en las mujeres que, en su mayoría, encuentran en la playa un elixir casi espiritual. A la mujer la playa le fascina, mientras al hombre, a muchos hombres, parejas de esas mujeres, no tanto, y por eso buscan la sombra, la jarra de cerveza y el periódico en los chiringuitos, en los aledaños de la playa, pero no en la arena, que es pegajosa y molesta bajo el sol abrasador. Aunque también los hay que aguantan como valientes.

En los días de sol y vacación, de descanso y hamaca, la playa cobra un aire supremo al albur de tres elementos: agua, sol y sombra. Pero no para todos en igual proporción; a las mujeres, en general, les gusta la playa, el sol, el bronceador y el agua yodada y salitrosa que las pone morenas. Y a los hombres, no a todos, claro, pero sí muchos, prefieren más el dominó, el tute, la brisca, la cerveza y la sombra. Aunque al final de la jornada se acerquen a la playa a ayudar para recoger los bártulos. Así cumplen con el rito. Y después, todos juntos, a por la paella, el pescadito frito y el tinto de verano. Y rematar con una siesta por derecho.



El corro de los pícaros

El pabellón de Alemania en la Expo'92 de Sevilla tenía a su entrada un monumento cargado de imaginación dedicado a los pícaros y aventureros que en el mundo han sido. Desde Don Quijote a Sancho Panza hasta Pinocho y Casanova. Y los alemanes, gente seria, llamaban al grupo escultural que presidía la entrada de su pabellón *el corro de los pícaros*. Era una imagen fresca y alegre que encajaba perfectamente en los contenidos de un pabellón que se preocupó, sobre todo, por los problemas ecológicos y humanos que vivía el mundo. Las cosas, en definitiva, que nos interesan siempre a todos.

Ese corro de pícaros y aventureros era un grupo de gente en el que se mezclaba al sinvergüenza con el honrado: eran personajes de la literatura mundial, personajes reales y ficticios, que han servido y que sirven de ejemplo para las nuevas generaciones. En España la literatura picaresca es lo más sabroso que tenemos. *La vida de Lazarillo de Tormes*, *La pícara Justina* leonesa, *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, o *El Buscón*, Don Pablos, del gran Quevedo, forman parte de nuestro patrimonio. Otro patrimonio distinto es Luis Candelas, *El Pernales* o José María *El Tempranillo*. O más modernamente Mario Conde, Luis Bárcenas, Rodrigo Rato, Miguel Blesa, Iñaki Urdangarín y Jordi Pujol, entre otros.

Lo grave del asunto es que el corro de la vida contemporánea que nos toca vivir está más llena de sanchopanzas que de quijotes; vivimos rodeados de gente muy práctica, tanto que alguna no duda en utilizar sistemas antiéticos y amorales para conseguir sus objetivos. Dominan más los caraduras cortos de miras que los aventureros idealistas. Y ya es casualidad que España, que siempre presumió de lo contrario, se vea ahora en el mismo cesto. Por eso bien nos vendría un aire regenerador de *quijotes* locos, ilusionados e ilusionantes, que nos animaran a disfrutar de amores dulcineos y platónicos en vez de admirar a vividores *casanovas* y *donjuanes* rompedores de corazones sin piedad a base de tener el bolsillo repleto, de defraudar a Hacienda y abrazar la buena vida aprovechando el sudor ajeno.

El corro de vivillos, lazarillos modernos, depredadores y ansiosos que van más allá, que las ven venir, que no tienen escrúpulos, deben caer, todos, y deben ser apartados socialmente. Porque además ellos buscan, sobre todo, "ser considerados importantes".

A este tipo de gente hay que hacerle frente, no se les puede poner la otra mejilla. ¿Acaso no tiene mucho más valor social un intelectual comprometido que un nuevo rico? ¿Acaso se puede respetar a los chaqueteros? ¿Alguien soporta a los que se afilian a los partidos políticos por puro interés egoísta, para hacer carrera personal y sin tener el más mínimo principio ético? ¿Acaso ese tipo de gente, que todos conocemos, que tienen nombre y apellidos, que están manchando las siglas de esos partidos, merecen respeto? No, a esos hay que marginarlos; ya no es tiempo de que el chorizo listillo caiga hasta bien y se aplauda al defraudador de Hacienda o al que se ha hecho rico de forma oscura pero que es rico.

El problema, además, no es que haya aumentado el número de ladrones, del este al oeste, del norte al sur, geográfico y político, o que siga habiendo gente que se venda por un plato de lentejas como Esaú, que de esos siempre los ha habido y habrá, sino que al amparo del *todo vale* ha crecido una generación que está cansada de *hacer el tonto*. Ahora, como dice el tango, “el ladrón se ha hecho ya decente; no encuentra a quien robar”.

El corro de los pícaros es inmenso en la España de hoy, como lo fue siempre. Pero ahora la diferencia está en que tienen menos gracia. Son pícaros con estrés, lo que es el colmo y la antítesis del buen sinvergüenza. Los *fraygerundios de campañas* de ahora no roban gallinas, como hacía El Cordobés o El Lute. Ahora roban el corral de todos a manos llenas vestidos de chaqué o corbata mientras dan al pueblo lecciones de ética política.

Se veía venir, pero se les dejó avanzar, sabíamos quiénes podían robar y robaban, pero se fue transigente con ellos. Decíamos ¿qué más da que roben unos o que roben otros? Y así nos fue y así nos va.

Lo peor de todo, además, es que hoy ningún clásico encontraría ese personaje que mereciera pasar cariñosamente a la literatura. Hoy en ese corro de pícaros sólo hay toros broncos, ásperos, astifinos, mansos y peligrosos. Incluso después de ser cogidos con las manos en la masa.



Artistas y vividores

Un informático llamado Philipp Lenssen quiso saber, a través de Google, qué respondía la gente a la frase “a los españoles se les conoce por...”, “a los franceses se les conoce por...”, y así hasta un total de treinta y tres países. El resultado acientífico, pero curioso, no deja de ser más que un ejemplo del estereotipo. Y es que todos tenemos creados estereotipos muy lejanos a la realidad. De los españoles se piensa que tenemos reacciones excesivamente viscerales, que sabemos vivir la vida y que somos muy artísticos. Y yo pregunto ¿qué españoles? Porque arte, los andaluces, que en otros pagos, más bien poco. Y viscerales ¿quiénes? Porque los catalanes, con tanto seny, por nada pierden la compostura. ¿Y saber vivir la vida? Depende: que no se vive igual en una aldea gallega que en Las Alpujarras granadinas. Diecisiete comunidades autónomas y cuatro idiomas dan para mil combinaciones. Esa es otra, porque ¿acaso no saben vivir la vida los alemanes, los italianos o los franceses con buenos posibles? Vamos, viven mejor que los ricos de Béjar. Por cierto, en todas partes los ricos viven mejor que los pobres.

En esta piel de toro cada lugar presume de ser único y particular. No sólo sucede que los catalanes no se parecen en nada a los castellanos, o los gallegos a los valencianos, o los mallorquines a los extremeños, sino que además cada provincia tiene su marchamo; es más, cada comarca y cada pueblo. Los de Cartagena piensan que para nada son como los de Murcia, y están a cuarenta kilómetros de distancia y en la misma comunidad uniprovincial. No hace falta recordar lo que piensan los de Oviedo de los de Gijón, o los de mi pueblo -Cañizo, Zamora- de algún pueblo cercano, y viceversa.

Aquí, en Castilla y León, pensamos que todos los catalanes, por ejemplo, son como Jordi Pujol. Pues no, ni mucho menos. Los de Girona son un mundo muy diferente a los de Tarragona y a los de Barcelona. Y todos, nada que ver con los de Lleida. Y a la vez todos son semejantes. Y si vamos por barrios descubrimos que los de Pedralbes no se parecen en nada a los de Sant Andreu. Y así hasta el infinito.

Si llegamos a Madrid, que es la patria más común e indiferente a los nacionalismos trasnochados, los de Usera o los de Lavapiés no son igual, ni mucho menos, que los del barrio Salamanca. Estos, por supuesto, no lo aceptarían, también fuera... Qué va, qué va... los españoles somos todos diferentes. Y todos iguales, por sorprendente que parezca. Un ejemplo más, claro y preciso, de esa

igualdad: a todos nos gusta disfrutar la vida amargándosela a los demás. Y ejercer de cainitas. Eso casi todos.

Nos gusta ser diferentes -*Spain is different*- e incluso demostrar que los leoneses son distintos a los castellanos. Pero ¿qué leoneses, los del Viejo Reino o los de *León solo*? Y ¿qué castellanos, los del Cerrato o los de Tierra de Campos? Cada año avanzamos en la diferencia, como seña de identidad, como marca propia. Por eso hay nacionalistas autonómicos, cantonales, comarcales, provinciales, localistas, nacionalistas generales, periféricos, centralistas, independentistas y de Ceuta y Melilla. Vamos ¡que viva la diferencia! Y la igualdad, claro. Pero eso sí: todos artistas y vividores. Por supuesto.



Chapuceros e informales

El rosario de las chapuzas e informalidades de nosotros los españoles es inagotable. Me cuentan casos que les ha pasado a algunas personas de fiar que demuestran que lo que sucedía en tiempos de Mariano José de Larra sigue pasando igual, o más, en estos tiempos que consideramos avanzados. Voy a poner algunos ejemplos. Me recuerda su caso mi amigo Alberto y me dice que padece desde hace un año problemas en el sistema eléctrico de su casa y que no encuentra forma ni manera de arreglarlo. Han ido a su casa a solucionar la avería varios propios, oficiales del asunto, y todos, serios y compuestos, le dicen que la causa de que salte el chivato no corresponde a su especialidad. Quiero decir, que el de la nevera arguye que es el calentador eléctrico, que debe tener un contacto, pero el que instaló el calentador eléctrico asegura que es culpa de la mala instalación en general. Éste, a su vez, pone la mano en el fuego por su trabajo, y niega toda responsabilidad. Y así sucesivamente.

Pero el caso es que a mi amigo Alberto no puede despistarse mucho ni largarse tranquilamente los fines de semana porque se le va la luz y se le estropean todos los alimentos de la nevera. Esto, que parece una broma, es real como la vida misma. Personalmente lo pude comprobar porque pasé con mi amigo un fin de semana lejos de Valladolid y el hombre telefoneaba cada dos por tres a un vecino que le seguía por caridad cristiana los acontecimientos del sistema eléctrico de su casa.

Otro amigo me dice que lo que más le desespera es que en España hay que hacer las cosas, como mínimo, dos veces, porque a la primera siempre hay algún fallo. Y me cuenta que mandó instalar un cuarto de baño a una empresa que le aseguró, tras el presupuesto, que en dos semanas, como mucho, lo terminaría. Dos meses fue el tiempo que tardó en echarlos de casa. Unas veces porque faltaba un azulejo y otras porque no encajaba el bidet en el desagüe. Y cuando no era por una cosa era por otra; tampoco le servían la cabina-ducha supersónica que se empeñó en instalar y que no había manera de que hubiera existencias en el almacén.

Si les contara cosas que pasan en las ventanillas funcionariales, estoy seguro que el asentimiento sería general. ¿Quién no se ha tenido que armar de santa paciencia para aguantar la cara seta de más de un indiferente que se cree por encima del bien y del mal detrás de un mostrador o una ventanilla? El *Vuelva Usted mañana* de Larra lo dejó clavado, por lo que no seré yo quien insista. Larra

PROSAS DE PAN

falleció hace casi ciento ochenta años y la cosa sigue donde estaba. Sencillamente porque los españoles somos tan versátiles y creativos como desordenados, lo que demuestra que en nuestro ADN llevamos la chapuza. Es nuestra marca de calidad. Y es que cuando no es el desinterés ajeno, es la irresponsabilidad natural y cuando no la indiferencia porque sí. O porque no.



Una celebración de amigos

Nada como reunirse con los amigos a parar el tiempo en torno a una comida o una cena. En medio de tanta política, tanto bastón de mando y tanta crisis una cita en una bodega de Cañizo tiene la facultad de constituirse en el misterio escondido de la fuente de la edad. Por eso es necesario escribir de estas cosas, para recordar que la vida es mucho más que todo eso que llena día a día las páginas de los periódicos.

En torno al calor del fuego de la leña de las encinas del Raso, José Luis Caldero, que cumplía 65 años, celebró su jubilación invitándonos a una opípara comida a un grupo de amigos. José Luis quiso que no fuera un día cualquiera. No lo era. Por eso tuvo el acierto de descorchar un tinto de 1987, un *Ribera de Duero*, el vino que cedió su nombre a la actual D.O. Canela en rama. Igual que un Rioja, *Solar de Samaniego*, de 1996. Por medio, una paella y una caldereta de lechazo de la zona. Sabores concretos para unos estómagos más dados a las brasas y a la cocina de la abuela que al Bulli.

Los encuentros en las bodegas de esta tierra forman parte de la vida cotidiana, son fundamento del ocio al compás de la fiesta y una forma de distraer el ánimo en medio de los problemas que nos azotan en el día a día. Por eso es necesaria la risa, y la carcajada, como oxígeno impagable para alimentar el espíritu. En el almuerzo José Luis nos reveló que cumplía los 65 el 14 ó 15 de junio. “¿Cóoomo? O uno u otro” le dijimos. “Pues no lo sé, en el DNI figuro el día 15, pero mi madre siempre me aseguró que nací en 14”, nos dijo. Todos a la vez: “ja,ja,ja,ja,ja...”. O el escribano no lo apuntó bien o su padre, Fifín, de gran recuerdo, no se lo debió explicar correctamente.

Pero la cosa no terminó ahí. Manuel Ángel Asensio Cadierno, amigo imprescindible en el grupo, contó que él había nacido dos años antes de la realidad. “¿Qué dices? Explícate...” Y lo hizo. Resulta que tuvo un hermano con el mismo nombre que falleció a los pocos días de nacer. Sus padres, cuando el vino al mundo, y como solía ser frecuente en aquel entonces, le llamaron de igual forma. Eso le ha ocasionado numerosos hechos y circunstancias de traca. Por ejemplo, recibió la confirmación antes que la comunión. En los libros oficiales figuraba dos años antes -su hermano, claro- y por más explicaciones que dieron sus padres nadie les hizo caso. Al cabo de un tiempo el cura le dio la comunión. Cuando Manuel Ángel se fue a casar el cura le dijo que debía recibir antes el sacramento de la confirmación. Manuel Ángel le dijo que ya la había

recibido, pero el cura decía que no constaba en el libro. “Vaya Usted hacia atrás, pase las hojas hacia atrás” le dijo Manuel Ángel. Así lo hizo el cura y pudo comprobar que era cierto.

Donde también le pasó de todo fue en la mili. Como creyeron que iba dos años antes de la edad obligatoria -porque seguían prevaleciendo los datos de su hermano- los mandos le llamaban el voluntario. ¿Y a ver cómo demostraba él que ese nombre era él pero en realidad no era él? Hasta que un día logró demostrar la clave del entuerto. Craso error, porque a raíz de ahí los papeles se los fueron poniendo en orden. De no haber aclarado el asunto ahora se jubilaría dos años antes.

Pablo Vaca, otro de los amigos, también dio su apunte particular. Su hermano Manuel nació el 31 de diciembre pero le inscribieron el 1 de enero. Eso entonces pasaba mucho. Con mi hermano Virgilio mi padre hizo lo mismo: nació el 31 de diciembre y lo inscribió el primer día del año para que fuera de una quinta posterior y así ir a la mili más tarde. Miguel Caldero, mi hijo Álvaro y yo mismo, que completamos la mesa, pudimos constatar que el calendario a veces coincide con nuestra existencia. ¡Un milagro en esta España genial!



Animales como enseña

El hombre es tan consciente de sus limitaciones que no le queda más alternativa que tomar a los animales como ejemplo. Uno de ellos es el águila, rapaz poderosa de los cielos, de vuelo majestuoso, ágil, de enorme capacidad de visión, implacable en la acometida. Emblemas y banderas nacionales están llenas de águilas, como ejemplo y referente. A Franco le gustaban mucho, porque tenía en la mente el imperio español, aquel que nació muerto, que decía mi profesor de Historia. El águila gusta mucho en Alemania y en Estados Unidos, lo cual que algo significará; a mi me suena como advertencia, ¡cuidado con las bromas! Cuando desde lo alto, dominando el espacio, sin prisa, sin estridencias, dejándose llevar, otea la tierra en busca de ratones y pájaros inocentes, el águila provoca en el hombre la envidia que causa su incapacidad para volar, tal vez una de sus mayores frustraciones. Por eso inventamos los pájaros de acero, llamados aviones o helicópteros, pero no es lo mismo. Los más valientes acuden al parapente, o al paracaidismo, por ejemplo, pero la torpeza queda patente; hemos nacido para andar o para correr como mucho.

Hay pájaros de todas formas y colores, aves de rapiña a punta pala y córdidos para dar y tomar, sobre todo urracas, carroñeras que están infestando los campos porque el desequilibrio ecológico les está dando alas. También hay pájaros cantores, pájaros de mal agüero y pájaros robacarteras. En Castilla y León somos campeones del mundo en número de avutardas, el ave que vuela más pesada; llega a alcanzar los dieciocho kilogramos. Tal vez deberíamos introducirla en nuestra bandera junto con el león, otro animal de gusto banderil y enseña distintiva: el león es como el águila, pero en león; es decir: fuerte, agresivo, ágil, dominante, jefe. A mi me encanta el cernícalo primilla, que es el que criaba yo de pequeño, y que me obedecía como la *milana bonita* a Paco Rabal en la versión cinematográfica de *Los Santos Inocentes* de Miguel Delibes. También me entusiasman los pájaros de colores de picos inmensos de América, y sobre todo, el cóndor, el andino, ese que pasa, y que inmortalizó la canción.

Entre pájaros y aves este año se lleva la palma el gallo, por eso de los chinos, que están tan de moda. Este año manda en su calendario, como lo hace desde hace mucho en la bandera francesa. El gallo es orgulloso y altivo, el amo del corral y ambicioso. Los franceses se miran con gusto en ese espejo.

PROSAS DE PAN

Por eso le plantan cara a los imperios cuando no son ellos el imperio. Cuando el gallo fue uno de los doce animales que acudió a la llamada de Buda antes de iniciar su partida de la Tierra lo hizo para reclamar protagonismo. Y lo consiguió. A mi me sigue subyugando su insistencia en las madrugadas rurales.



Viejas y nuevas meretrices

Estudiaba servidor en Barcelona cuando en una de las ferias de libros antiguos de esa Ciudad Condal descubrí uno titulado *Izas, rabizas y colipoterras*. El autor, Camilo José Cela, retrata ahí el submundo de las putas, y de esas tres maneras las llama. Nunca antes había visto escritas esas tres palabras. Sí otras más comunes, como meretrices, por ejemplo, y que hacían referencia a las mujeres que se ganaban la vida en la calle Robador vendiendo el cuerpo, el alma y lo que hiciera falta. La edición de aquel libro recoge fotografías en las que se ve el estado decrepito de las prostitutas, a las que el tiempo y el oficio las había llevado a una situación de enfermedad, indigencia y abandono.

Con la maestría del Nobel que fue, Cela expone en ese libro situaciones en las que demuestra dominio no sólo del lenguaje, sino también de ese oscuro oficio, y con una perfecta descripción sitúa el trabajo de las pelijurias entre el contexto social y el placer por el placer, al *amparo* de macarras, chulos y especímenes de igual tenor.

En mi afición por la literatura picaresca releo estos días *La segunda parte del Lazarillo de Tormes*, de Juan de Luna, hombre de ideas protestantes que debió abandonar España para no caer en la hoguera de la Inquisición. Juan de Luna era un hereje de los de Miguel Delibes y escribió un libro maravilloso, casi a la altura del primero, anónimo, una de las cumbres de nuestra literatura. Pues bien, Juan de Luna hace un ejercicio de dominio del mundo *putaril* que me ha hecho enlazar con Cela y con el nuevo *ganao* que se mueve por las pantallas de televisión, esas atizacandiles que se ganan la vida pregonando sus trabajos de cama como si fueran títulos académicos.

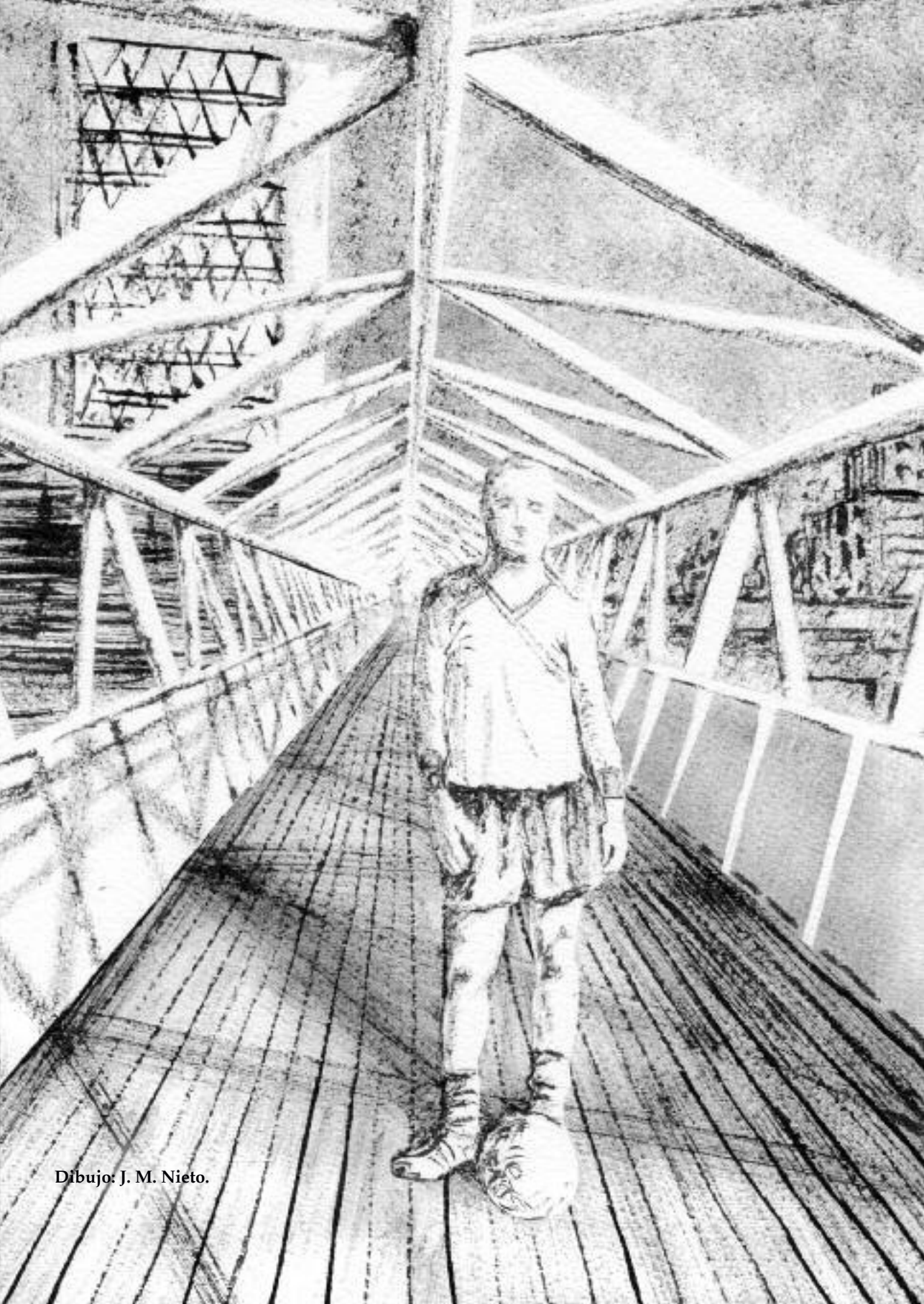
Hoy las piltrafas no tienen sentido de la profesión, porque la ejercen al contrario de las viejas ramerías, que consideraban el silencio como parte de la paga. Las nuevas matacandiles pregonan el nombre de sus amantes, prostituyéndose doblemente, al buscar la delación después de la felación y conseguir así el dinero que les proporciona la fama. Estas escalentadas, estas kuquis, estas putarazanas una vez perdida la vergüenza no tienen sentido de la orientación y van tirando de bragas con descaro en lugares públicos y televisiones privadas.

Juan de Luna las llama también cantoneras, mientras el gran Francisco de Quevedo las tilda de perendecas, cuando son callejeras, y tomajonas cuando piden dinero por sus favores, aunque estos no sean necesariamente de carácter sexual. El común las llama zorras.

PROSAS DE PAN

Y lo que diga de ellas, vale para ellos. Lo dejó dicho, como no podía ser menos Quevedo: “Puto es el hombre que de putas fía, / y puto el que sus gustos apetece; / puto es el estipendio que se ofrece / en pago de su puta compañía”. Pues eso, que ya es bastante.





Dibujo: J. M. Nieto.

La historia propia

Un fusil y un balón

La primera noticia de Valladolid me la dio mi padre. Por excedente de cupo se había librado de hacer el Servicio Militar, pero al cabo de un tiempo *estalló el Movimiento* y le incorporaron a filas en Valladolid. Había comenzado la Guerra Civil del 36. Mi padre decía que aquel Valladolid terminaba muy cerca de la plaza de toros y que lo demás eran huertas. Lo demás posteriormente pasó a ser la continuación del Paseo Zorrilla, El Corte Inglés, la Rubia, Parque Alameda y Covaresa. Mi padre hablaba de un Valladolid no muy lejano a la imagen que el mismo tenía de Zamora, la capital, a 36 kilómetros de su Cañizo natal. En aquel Valladolid le pusieron un traje caqui y le dieron un mosquetón, una cantimplora, unos correajes, unas cartucheras, dos cargadores de balas y un petate. Con ese bagaje y 23 años le enviaron desde Valladolid a un batallón de choque, a la IV Brigada Navarra, con la que recorrió media España de batalla en batalla: Santander, Bilbao, Vitoria (donde fue herido), Brunete, Belchite, Teruel y el Ebro, para terminar el 1 de abril en Barcelona.

Habrían de pasar 30 años hasta que este hijo de aquel soldado, con 16 años, conociera Valladolid. Llegué desde Zamora para jugar al fútbol, en la Selección Oeste de juveniles. Aquel gran jugador llamado Lesmes me seleccionó y me dio la oportunidad de salir por primera vez de Zamora. Algo habíamos ganado: no era lo mismo que te pusieran un balón en los pies que un fusil en las manos. Recuerdo como si fuera hoy aquel partido. Fue en un campo de tierra en lo que hoy es El Corte Inglés. Aquel día cayeron cántaros de lluvia que no pudieron con la ilusión de un chaval de pueblo que había llegado a jugar en Valladolid.

A veces, cuando paso por ahí, además de imaginarme metiendo goles imposibles, quiero hacerme una idea de aquel Valladolid de huertas, de las que me hablaba mi padre, pero sólo encuentro pisos, y un puente sobre el eterno Pisuerga, y un centro cívico, y bares, y comercios. Veo, en realidad una ciudad nueva, producto del desarrollo, más alegre y no tan gris como aquella de mi padre y la mía.

Poco tiempo después el FC Barcelona se interesó por mis servicios futbolísticos. Y allí me fui en busca de fortuna y a estudiar algo, no sabía qué, tras haber terminado COU. Zamora-Barcelona tiene a Valladolid en el paso. Y en ese paso recuerdo haber pasado muchas veces en autocar por la Avenida de Salamanca camino de Burgos o de vuelta a Zamora. Era una zona desvencijada, como si acabara de ser bombardeada. Después supe que se llamaba el Palero lo que hoy

es el Museo de la Ciencia y su entorno, donde ahora también se ha construido un gran hotel, un centro de salud y unas extraordinarias instalaciones deportivas. También allí había campos de tierra, en semiabandono, donde a veces veía jugar a chavales con la entrega que da la fuerza y la ilusión de la niñez y la juventud. Lo que veía desde las ventanillas del autocar ahora lo miro desde mi coche cada mañana camino de la Cámara de Comercio. ¡Qué diferencia! Este es otro Valladolid más claro, rescatado de las ruinas, más dinámico, preocupado hasta de la ciencia, lo que en estas tierras de pan llevar es casi un milagro. Julián Juderías, el desmitificador de nuestra *leyenda negra*, encontraría ahora apoyo visible y público a sus teorías de que España también se ha preocupado de la ciencia, y no sólo de las letras y las armas.

Pasados los años, un día recalé en Valladolid para trabajar y vivir. Fue en la década de los ochenta. Aquel Valladolid ya no era ni el de mi padre de la Guerra ni el mío de futbolista juvenil. Aquel Valladolid empezaba a tener otro aire, el que le proporcionaba la democracia y las nuevas planificaciones urbanísticas. Arreglar desastres de épocas anteriores era muy difícil, imposible incluso, pero con los años las cosas han cambiado hasta no conocerlas. Este Valladolid es más limpio, más abierto, la ciudad ha tendido hacia sí misma nuevos puentes y quiere mirar al Pisuerga no de soslayo, como lo ha hecho siempre. En ese Valladolid que va desde El Corte Inglés que ocultó mi campo de fútbol de tierra hasta El Palero, el Pisuerga pasa menos indiferente. Una modernísima pasarela de Calatrava le da otro tono, la gente siente más la corriente de agua y da la sensación de que algún día el río se integrará de verdad en la ciudad. Con cierta frecuencia paso por esa zona, la mía de mis primeros recuerdos, y me parece encontrar lo mejor de esas ciudades de la Europa avanzada.

Si mi padre pudiera ver este nuevo Valladolid no podría evitar evocar los días de la Guerra mientras sentiría el reuma que se le metió para siempre en la batalla de Teruel, aquella batalla del frío, con más de veinte grados bajo cero. Como si la vida estuviera hecha de casualidades, un mal día mi padre, Virgilio Gago Martín, que paraba en mi casa, se encontró mal. Lo llevé con la prisa y la zozobra del miedo al centro de salud Arturo Eyries, en el mismo puño de la ciudad del que hablo, y el lugar más cercano de mi casa donde había un médico. Desde allí, sentenciado de muerte por una enfermedad callada del corazón, fue trasladado al hospital Pío del Río Hortega, donde falleció; sesenta años más tarde de aquella llamada a filas. Valladolid había marcado su vida y señaló la fecha de su muerte.

Cuando a las cuatro de la mañana de un frío 3 de enero volvía en mi coche por el Paseo Zorrilla a darle la mala noticia a mi madre del fallecimiento de mi

PROSAS DE PAN

padre vi representado el drama de la vida en ese pedazo crecido de la ciudad, extendido hacia el Sur. Vi el reflejo de un maldito fusil del 36 y un balón de reglamento. La vida y la muerte, la juventud y la vejez. Y mientras tanto la ciudad, Valladolid, seguía -y sigue- su curso al amparo del tiempo y de las nuevas generaciones.



La historia vivida

Hay dos tipos de historia, la que se estudia en los libros y la que se vive, esa en la que nosotros mismos somos protagonistas. Esta es la que más me gusta. La primera fue la de Franco: infancia, adolescencia y primera juventud; lo que viene a ser la primavera. La segunda la del Rey Juan Carlos I, desde entonces hasta hace unos días; o sea primavera y verano. Y la tercera, la del Rey Felipe VI, que es la última estación, el invierno. La de Franco que recuerdo es la de una España pobre, mísera en muchos casos, donde los pueblos, como el mío, no tenían ni cuarto de baño en casa, y cuando llovía las calles se convertían en un barrizal. Era la España que procedía de la Guerra Civil y que no volvió a tener el PIB de 1936 hasta 1953. La España de las mulas y los veranos de tres meses cuando la gente trabajaba de sol a sol para poder comer el cocido, el plato de cada día.

Los que pudimos nos fuimos a estudiar a un seminario para cambiar el destino del surco, la sementera y las parvas de trigo y cebada en la era. Era la España en la que cuando llamaban a la puerta podía ser un pobre pidiendo un mendrugo de pan duro por el amor de Dios. Una España, eso sí, que para mí, con esos años, estaba llena de alegría y esperanza al tener toda la vida por delante. Pero es una España para olvidar, la España de la emigración, de los grises y policía social. La España de penurias, la España de *Bienvenido Mr. Marshall* y familias de gitanos ganándose la vida con una cabra haciendo equilibrios en cualquier calle. También fue la España en la que empezó a mecanizarse el campo con el tractor como gran redentor.

Franco murió cuando servidor estaba haciendo la mili en Toledo, el gran centro del militarismo español. Fue en 1975. Aquella noche dormimos con los correajes puestos porque ya sabían lo que iba a pasar y había miedo ante la incertidumbre. A las cuatro de la mañana nos despertaron con gran ruido y nos hicieron formar. Hasta las nueve nos tuvieron formados en posición de descanso mientras las autoridades, competentes por supuesto, nos dijeron que nos fuéramos a nuestras casas hasta la toma de posesión del Rey Juan Carlos I. Cuatro días de permiso que yo pasé en Madrid. Fue la primera alegría que me dio el Rey que acaba de abdicar. Aún recuerdo las colas alrededor de los edificios donde estaba Franco de cuerpo presente para darle el último adiós. Era el final de una España muy lenta y tullida.

En los últimos 39 años aquella España, a pesar de la crisis y el paro que ahora nos acecha, no la conoce ni la madre que la parió, como dijo en su día Alfonso Guerra. Ahora todos los pueblos tienen en sus casas agua corriente, las calles y plazas están asfaltadas y los niños pueden estudiar en los institutos de la comarca. El campo está totalmente mecanizado, incluidos sistemas informáticos para dar de comer a los animales en las granjas, todas las personas mayores tienen su pensión y en los pueblos se vive como en la ciudades, o mejor.

El progreso en estos 39 años ha sido acelerado. No lo ha hecho Juan Carlos I solo, por supuesto, pero es su icono. Ha sido el pueblo español, sus trabajadores, todos. Nadie puede atribuirle al Rey el éxito en exclusiva; ha sido un triunfo colectivo y gracias también a Europa. Ahí debemos incluir a políticos como Adolfo Suárez, Felipe González, Santiago Carrillo y otros. Sabemos que ahora la corrupción ha puesto a los que se dedican a al arte de la cosa pública en el disparadero, y que estamos padeciendo muchas de sus lamentables decisiones, pero, a pesar de todo, las cosas han mejorado de forma exponencial. Uno puede ser republicano, monárquico o mediopensionista, pero las cosas son como son. Racionalmente servidor nunca podrá ser monárquico, porque eso de heredar el poder por sangre azul no me cuadra en el cerebelo, pero en la práctica me sumo a los socialistas, que siendo republicanos se hicieron juancarlistas y ahora, vía pacto Constitución del 78, siguen apostando por el sistema de la monarquía parlamentaria.

Cuando algo va bien nunca hay que cambiarlo. Además de eso no olvidemos que los cambios que se pueden y deben de hacer, como los asuntos territoriales, hay que enfocarlos desde la ley. Sólo desde la Ley. Juan Carlos I juró lo Principios Fundamentales de Franco (del Movimiento), pero los fue desmontando uno a uno desde la Ley. Por ahí debemos seguir. No se pueden cambiar las cosas de la noche a la mañana en un país como este que siempre fue turbulento y primario. O nos respetamos todos o rompemos la baraja. Un servidor no se fía de nadie. Sólo del acuerdo, del consenso político y de la Ley. A partir de ahí campo abierto.

Juan Carlos I se ha ido. He vivido con él mi segunda etapa histórica, llena de emociones, de sentimientos, de progreso y de salud. Hasta de salud. Espero que la tercera etapa vaya por esos mismos caminos. Que Felipe VI tenga al final, que yo no veré si reina tanto tiempo como su padre, un balance tan positivo. Llega cuando más se necesita como referente ético, tal y como él ha dicho. Ojalá, se necesita.

En los últimos 39 años ejercimos de nuevos ricos y muchos ansiosos, no contentos con su ya extraordinaria suerte, se dedicaron a robar al resto. Eso debe

acabarse de una vez. No podremos soportarlo. Felipe VI puede tener un tiempo de reinado donde los escándalos no sean como los que han sido. Lógicamente en todo ejercicio humano nunca puede haber perfección. La perfección humana es un oxímoron, no es posible, no existe. Pero no es lo mismo unos desastres que otros, no es igual cien chorizos que un millón.

En este nuevo tiempo, en esta tercera etapa que ya he empezado a vivir, espero que la historia la sigamos haciendo entre todos. Que Felipe VI siga siendo un árbitro eficaz y la mejor marca de España en el extranjero, el mejor embajador. Su labor es fundamental, y hay que hacer votos para que lo del País Vasco y Cataluña tenga una solución adecuada. Nos vendrá bien a todos. Y que los seis millones de parados encuentren trabajo más pronto que tarde. Y que nuestros jóvenes, muchos muy preparados, no tengan que emigrar. La España de Franco, de la canción del Emigrante de Juanito Valderrama no puede volver.

A veces la historia se puede contar, y es mucho más agradable cuando además la hemos vivido desde la normalidad, la tranquilidad y la alegría. Suerte a Felipe VI, que será la nuestra.



El bando y los pregoneros

Se empeñan los políticos en poner pregoneros que canten sus gestas, olvidándose de que el pregonero surgió en el siglo XVI porque el pueblo era analfabeto. No sabía leer, y con dificultad lo hacían muchos caballeros e hidalgos, motivo por el cual los reyes de la España que por entonces se fraguaba decidieron dar a conocer las obligaciones de sus vasallos mediante la palabra oral.

Ahora los políticos pregonan sus andanzas y desandanzas vía mediática, tergiversando la realidad, que es lo que se lleva. Alquilan pregoneros que interpretan sus ideas a través de la televisión o la radio en las tertulias de moda y contratan escribanos y publicistas para que les fabriquen discursos de diseño. Estos políticos pagan a estos subordinados a golpe de talonario para que, en medio del tráfico general de tantos vendedores ambulantes, los presenten como dignos de la confianza del pueblo. Son pregoneros que se hacen pasar como expertos en comunicación y suelen montar chiringuitos de influencia con nombre inglés. También hay periodistas que han confundido la profesión y venden la ética y la dignidad por un cesto de euros.

Se olvidan todos de que hoy el pueblo sabe leer, incluso domina un cierto latín, y ya nadie le engaña. A lo más se deja engatusar mientras espera tiempos mejores para desenmascarar a los hipócritas y falsos que mercadean en el templo de la verdad. Ahora que los tiempos son crudos y tensos, más de uno tiene miedo al látigo y al flagelo de ser expulsados del escenario público, que para ellos significa condumio, fama y prebendas.

Llevamos tantos años en la ciénaga del dinero negro, el blanqueo y el robo que han salido a la superficie, como si fuera en las aguas del Mar Muerto, un montón de cadáveres vivientes. Gentes que han logrado andar sobre aguas cenagosas, a base de trampas impunes, hoy se esconden y tienen miedo de ser descubiertos. Y más completa sería la cosa, más cadáveres saldrían de la profundidad de las aguas turbias, si el mundo mediático fuera más limpio y dependiera de empresarios del sector y no de arribistas con intereses espurios, falsarios y enemigos directos de esta democracia débil. El mundo mediático se porta con la verdad, en general, como una madrastra. Y por eso no se sabe en el ágora toda la verdad, ni siquiera la mitad de la verdad, de lo que se cuece en las calderas del poder político y financiero.

Mi amigo el escritor Eduardo Keudell, ferviente teórico de la Gran Mentira, dice que se ha llenado la parte vieja y nueva de la ciudad de impostores, pero

yo me limito a expresar mi decepción por el contubernio político-financiero-mediático. Y aquí incluyo a cajeros/banqueros, semejantes y pareados, vividores todos del momio público. Daniel Montero en su libro *La Casta* lo deja claro: “más de dos mil consejeros de las cajas de España viven en la abundancia a base de dietas y de votar intereses de partido o particulares”. Encima nos quieren vender bondad, patriotismo casero y defensa numantina de lo propio. El resultado final ya lo sabemos: una hecatombe.

Los días, ya metidos en la primavera, ganan en luz, pero la negritud de la vida pública se ilumina demasiado lentamente. Van a tener que volver los viejos pregoneros a sacar sus cornetas para dar a conocer al pueblo un bando donde se conozcan todas las mentiras, falsedades y ocultaciones de los tramosos, auténticos *engañapastores* escondidos en la maleza.

El pueblo ya no es analfabeto, y esto lo olvidan los políticos, sus escribanos, sus publicistas y sus tertulianos. Por eso ya las cosas nunca más serán como fueron.



Emilio Esteban

Constitución del 78

Estaba servidor haciendo la mili cuando se celebró el referéndum de la actual constitución. Era el 6 de diciembre de 1978. Uno era joven, pobre e indocumentado, que diría García Márquez, pero tenía algo fundamental en la vida: ilusión. ¿Quién a los 20 años no tiene fuerza y siente bullir la sangre?, como argumentaría Joan Manuel Serrat. Pues eso. Eran tiempos llenos de esperanza, de renovación y de emoción. Y no hay que olvidar que por mucho que quiera mandar la razón, a la hora de la verdad lo que nos mueve es el corazón. Le damos vueltas y vueltas a todo, razonamos cada acción, pero la mayoría de las veces tomamos la decisión que nos mandan los sentimientos. Queremos a los padres por el cariño que nos provocan, nos hacemos amigos porque nos caen bien y amamos a la mujer por algo que no sabemos concretar con palabras.

En aquellos días, y siempre, el espíritu militar nunca me supo levantar. Pero era una obligación y los deberes hay que cumplirlos. Todo por la patria. Así fue como me tocó velar armas por la democracia aquella jornada, de la misma manera que antes había vivido desde dentro de la Academia de Infantería de Toledo, el summum del militarismo español, cetme en mano y correajes puestos, la muerte de Franco. Y es que la vida te sitúa donde quiere. Uno muchas veces no es más que un número obediente. En el cuartel Viriato de Zamora estuve cuatro meses como sargento de complemento, lo últimos que viví en la ciudad que más quiero.

Allí, aquel 6 de diciembre del 78, al mando del teniente Tejedor, fui enviado a la baja Sanabria, cerca del lago, a vigilar las enormes líneas eléctricas que desde los saltos gallegos y zamoranos llevaban, y llevan, energía a las industrias Madrid y Barcelona. Nos encargaron las autoridades militares, competentes por supuesto, vigilar aquellas líneas por miedo a ETA, que en aquellas fechas tenía una actividad terrible. De poste en poste, tuvimos que ir los pobres servidores de la patria buscando algún objeto sospechoso. El referéndum era algo muy serio en aquella España de transición y nada podía estropear aquella jornada democrática. Había que defenderla con aquel fusil de asalto de repetición, bastante hambre en el estómago y un entusiasmo desconocido en el cuerpo.

Fue una jornada extraordinaria, una inmensa mayoría dijo sí, no hubo incidentes a reseñar, y los españoles tuvimos la sensación de ser gente como los demás europeos. Habíamos pasado de la dictadura a la democracia de forma

ejemplar; sin peleas, sin sangre, (al margen del terrorismo) con mesura, desde la ley a ley. Un caso de estudio que sigue siendo de análisis en las universidades de todo el mundo. La España de Suárez era algo insospechado, un caso único. Por consenso de todas las fuerzas políticas.

Y así, desde entonces, desde 1978, los españoles nos regimos. La Carta Magna es la ley de leyes, de ahí emanan todas las demás. Para adelante y para atrás, para arriba y para abajo, para la derecha y para la izquierda, para el centro y para los laterales, para el Estado y para sus autonomías. Para todos. Y esto hay que recordarlo sin alharacas, sin estridencias, a los desmemoriados y a los que ahora consideran que esa constitución ya no vale y que se puede menospreciar y pasar por alto.

Pues no; nada puede hacerse saltándose la ley. Otra cosa es que se cuestione y que se plantee que hay que reformarla. Eso entra dentro de la lógica, dentro de lo razonable y dentro incluso de las emociones más dispares. Ahí cabe todo: aquella Ley se hizo por consenso y si algo cambia debe hacerse por otro consenso. Aquí por las bravas nunca ha salido bien nadie. La historia lo dice, la historia lo demuestra, una historia, la nuestra, muy cruel, muy convulsa, muy trágica. Lo del 78 fue una isla muy positiva en esa misma historia. ¿Cómo vamos ahora a liquidar de cualquier manera lo que hicimos bien entre todos?

Por eso, desde la razón, y desde la emoción, me apunto a otra fecha como aquel 6 de diciembre de 1978: otro referéndum, otra constitución por consenso. Tan pronto como sea posible, sin prisas y sin pausas. Lo único que sentiré, si eso se produce, es que no estaré en condiciones de patear kilómetros y kilómetros, abrazado al cetme y vestido de caqui. Entre otras cosas porque ya no hay que buscar bultos sospechosos de ETA y porque desde entonces han pasado tantas cosas que hasta *desapareció* el servicio militar.

Quien lo vivió lo sabe. Lo demás son ejercicios malabares, espejismos de ciegos e ignorancia de nuestra historia, incluida la más próxima, la vivida, la que está ahí detrás, cerca, en las hemerotecas de hace muy, muy, pocos años.



Olvidada mili

A los que nos tocó hacer la mili sabemos que los jóvenes que ahora se libran de este compromiso con la patria no saben en profundidad la suerte que han tenido. Se creen estos chavales de dieciocho años que siempre ha sido así y que lo que les decimos los padres son películas de tiempos de El Cid Campeador. Pura lógica, porque siempre tendemos a no valorar en toda su dimensión los hechos que no nos afectan directamente. El que la mili pasara a mejor vida, sin producirse ningún ruido, y que *los quintos* sean ya sólo un elemento de exposición del gran Joaquín Díaz en Urueña, es un signo evidente de que los tiempos cambian que es una barbaridad y que las hojas del calendario son cardos corredores en el marzo ventoso.

Yo no puedo olvidarme de la mili que me tocó vivir en el campamento de Zaragoza, donde llegué en pleno mes julio en un tren procedente de Barcelona, muerto de sed, oliendo a humanidad y teniendo la sensación de ser un número sospechoso, como así fue por mi condición de estudiante de Periodismo. Después de pegar tiros y tiros en San Gregorio me enfilaron a Toledo, a la Academia Militar, estandarte de Infantería, primera línea de fuego, cuna del militarismo español, donde me cogió la muerte de Franco. De Toledo siempre me quedó grabada más que el desproporcionado Alcázar del General Moscardó y la plaza Zocodover, la niebla, esa niebla del Tajo, penetrante y escarchada tanto o más que la del Duero zamorano o el Pisuerga vallisoletano. Por último, fui habitante del cuartel Viriato de Zamora, famoso por el asalto que en su día hizo Antolín Martín, y hoy reconvertido milagrosamente en Universidad. De allí recuerdo sobre todo el grabado en una placa de mármol de aquel poema de Calderón que dice: “Aquí la más principal/hazaña es obedecer,/y el modo como ha de ser/es ni pedir ni rehusar”. O sea, que me quedó claro el asunto.

Nunca se me olvidarán aquellos días, como les sucede a los que sufrieron la nieve de El Ferral del Bernesga leonés, el hielo del Montelarreina zamorano o la escarcha de la Academia de Caballería vallisoletana, por poner tres ejemplos regionales. Pero lo nuestro fue una broma comparado con lo de nuestros padres que, como el mío, hicieron la mili durante tres años en Brunete, Belchite, Teruel o el Ebro, con fuego real, y todo para que después los beneficios de la *victoria* se lo llevaran gentes agazapadas en la retaguardia.

El primer paso contra la mili lo dio Suárez, y el definitivo, aunque cuesta creerlo, Aznar. Un hecho histórico insuficientemente valorado por quienes ahora no tienen que raparse el pelo, cargar con el petate, arriesgarse al calabozo por hacer autostop, pelear contra enemigos invisibles y comer rancho. Suerte que tienen algunos.



Los poderes fácticos

Los poderes fácticos clásicos son tres: *el militar, el económico y el ideológico*, regentado éste por las doctrinas religiosas. Hay uno más, muy famoso, *el cuarto poder*, o sea, los medios de comunicación. En todos los casos los poderes fácticos vienen a ser, son, el contrapoder, otro poder, el poder oscuro, la niebla del poder, más poder, otra forma de ejercer el poder, una fuerza invisible, pero siempre poder.

Pero ¿qué es el poder? Sencillamente la capacidad que tienen algunas personas, grupos, partidos, entes, personas jurídicas y sectas varias para decidir por dónde debe ir el destino de la sociedad. Ahí están los poderes fácticos, poderes de mil signos, formas y dinámicas distintas. Pero todos con un denominador común: que inciden directamente en las instituciones o en las personas que las gobiernan. Casi siempre, o siempre, para mal. Porque las personas que dirigen las instituciones no son las instituciones mismas, aunque muchos se lo crean, dejándose arrastrar, con más a menos disposición, por la corriente del contrapoder hasta dañar los cimientos de las propias instituciones. Porque los poderes fácticos tienen siempre intereses ocultos, egoístas y bastardos. Son sombras que se transforman en seres vivos tras convertir la idea en dinero, principio y fin de todo.

Hay personas que en sí mismas son poderes fácticos, poderes de hecho, personas que encarnan todos los aviesos sistemas de la influencia sobre el poder institucional. Los tres poderes de Montesquieu, aquellos a los que mató Alfonso Guerra, son tres personas distintas y un sólo dios verdadero: el Poder con mayúsculas, pero con tantas presiones de los poderes fácticos, que pocas veces gozan de la libertad imprescindible. El legislativo, el ejecutivo y el judicial, en la España actual, están demasiado mezclados, sencillamente porque la democracia es imperfecta y en muchos casos débil.

El poder verdadero, último y primero, debería ser el pueblo. Pero desde el momento que se lo *presta* a un partido y a un líder el devenir del poder toma caminos inescrutables. Conseguido el poder, el político de turno manda hasta donde puede, hasta donde le dejan los poderes fácticos, los de dentro de su propio partido, y los otros, los externos, que se agolpan a manadas. “La posesión del poder, por inmenso que sea, no da la ciencia de poder utilizarlo” (Balzac). Ni la ciencia ni la posibilidad real a la hora de ejercerlo.

Veamos: banqueros, burguesazos, neocatecumenales, opusdeistas, legionarios de Cristo, agentes secretos, inquisitorianos, trilaterales, episcopalianos, *iluminatis*, judíos, masones, monárquicos, nuevos ricos, etcétera. Y una pregunta ¿De qué lado está la Bolsa? Un dato: el 80% es dinero de derechas. Pues eso.



Un día de diciembre

Lo que más recuerdo de aquel día es que estaba en la mili y tenía 25 años. También que llovía y que el teniente Tejedor me puso al frente de una sección de mi compañía cerca del embalse de Cernadilla, en Zamora, a vigilar las enormes torres de electricidad que cruzan por aquella zona camino del País Vasco y de Cataluña, precisamente, las comunidades que más se olvidan de que la solidaridad es una acción de ida y vuelta.

Era un día especial: los españoles votábamos la Constitución de 1978 y el ejército tenía que ser garante de la normalidad. Ni ETA, ni GRAPO, ni Terra Lliure, ni ningún loco, podía estropear aquella fiesta. Yo la viví desde el lado de la obligación que a los chicos de entonces, sin pies planos y otras zarandajas, nos regalaba la Patria con su bondad infinita: el Servicio Militar. En aquella España había que ser patriota por obligación, y si no atenerse a las consecuencias.

Por circunstancias de la vida, el notición de la muerte de Franco me cogió haciendo la mili en Toledo, nada menos que en la Academia Militar y, tal vez, para compensar, la mili de nuevo me llevó a algo muy diferente, a vivir con intensidad otro acontecimiento histórico, como fue el día que los españoles votamos la actual Constitución. Cualquiera se puede preguntar “¿tanto tiempo haciendo la mili?” Pues sí, por cuanto la cumplía en la IMEC, las antiguas milicias, con lo que el tiempo entre el campamento y las prácticas, fue largo. En medio, me fui haciendo periodista, con la esperanza de que algún día pudiera contar estas y otras batallas. La suerte me ha sido propicia.

Aquel día fue duro, el teniente Tejedor era un militar de disciplina y rigor marcial, mientras yo disfrutaba con el desorden y la música militar ni me emocionaba ni me hacía levantar. Nos envió a descubrir posibles bultos sospechosos donde pudiera esconderse una bomba. “Mi teniente. ¿Y si vemos un bulto sospechoso qué hacemos con él?” “Decídmelo a mí..., pero que sea sospechoso de verdad”. “A sus órdenes, mi teniente”. Vimos bolsas de plástico, las inevitables latas de Coca-Cola y desperdicios, pero ningún bulto sospechoso, excepto nosotros, que con aquellas pintas dejábamos bastante que desear.

Después de cuatro horas de danza, entre la lluvia y el barro, el teniente Tejedor mandó parar. “Sin novedad, mi Teniente”. “De acuerdo”, nos dijo, “ahora al camión, que volvemos a Zamora”. Al viejo cuartel Viriato DCC

ANIANO GAGO

(Defensa Contra Carros) Toledo 35 ¡Cómo ha cambiado todo! Ese cuartel ahora es sede universitaria, signo de progreso evidente, producto de aquella Constitución que yo defendí con el Cetme en prevengan por las tierras de Zamora. Las imágenes de aquel día las tengo grabadas a fuego de juventud. O sea, para siempre.



Tiempo de cínicos

En *El jardín de los frailes* Manuel Azaña arremete contra Baltasar Gracián, aquel jesuita que tanto influyó en los pensadores alemanes del XVII y, sin duda, uno de los grandes de la literatura española. Azaña, un olvidado de nuestras letras, dejado en un segundo o tercer plano en este aspecto por su condición de político y gobernante, considera que la forma de entender la vida de Gracián se basa en el engaño, la argucia y la triquiñuela, lo que por otra parte, y esto lo digo yo, tan bien se nos da a los españoles. Azaña cuando hace esta crítica a Gracián está pensando en *El arte de la prudencia*, que viene a ser un manual para andar por la vida desde la desconfianza. Azaña argumenta que esas no son formas de entender el paso por este mundo, y se muestra partidario de actuar siempre desde la razón, la ética y la buena fe.

Más de una enseñanza de *El criticón*, y sobre todo de *El arte de la prudencia*, desgranar muchos principios que se alejan de las ideas azañistas, pues la bonhomía, la conducta natural y la inocencia no son consejos que precisamente recomiende Gracián. Bien es cierto que Gracián no predica la maldad, sino la forma y manera de evitarla, con lo que queda claro que Gracián parte del principio de que el hombre es una pieza de cuidado de la que hay que librarse mediante una serie de recetas. Desde esa óptica, Gracián es una medicina mágica, mientras Azaña es un analista del realismo desde principios idealistas.

Ahora que proliferan tanto los cínicos, ahora que Maquiavelo se frota las manos desde la tumba, ahora que es tiempo de trapicheo intelectual y otras bondades propias de los tiempos que corren, hay que recordar a Antístenes y a Diógenes, los padres del cinismo. Estos filósofos querían cambiar las normas de la vida de aquella época desde la libertad, y desde la austeridad, para librarse así de los caprichos de la fortuna. Pero el cinismo ha degenerado en su esencia hasta convertirse en una mezcla de hipocresía, falsedad y oscurantismo. Los cínicos de ahora lo que buscan, precisamente, es fortuna, sin importar el sistema de engaño que tengan que utilizar para conseguirla.

Ya Azaña sufrió en sus carnes los efectos del cinismo político de Francia e Inglaterra, al tiempo del propio, del de España, que estuvo adobado por un cainismo depredador. Azaña debió hacer más caso a un cínico como Gracián y, posiblemente, le hubiera ido mejor. Porque antes, ahora y siempre, no se

puede ir por la vida a pecho descubierto. Antes, como ahora y siempre, valdrá la respuesta de Diógenes a alguien que le preguntó a qué hora se debía comer. “Los ricos cuando quieran, los pobres cuando puedan”, contestó. Pues eso, que es tiempo de cínicos, de maquiavelos y de hipócritas.



Amistad y política

La política hace extraños compañeros de cama pero pocos amigos. En realidad esta sociedad tan sobrecargada de enanos con zancos suele abusar del término amigo, cuando es una de las palabras más serias y profundas que existen. Por eso desde la antigüedad se dice que “quien encuentra un amigo encuentra un tesoro”. Eso me lo dejó claro un tipo con el que viví en un piso en mi época de estudiante en Barcelona. En cierta ocasión se lo presenté a otro diciéndole “aquí mi amigo Pepito”. Y él, ni corto ni perezoso, espetó: “conocido y basta”. El tiempo me demostró que tenía razón, que era sincero, y que en las relaciones de amistad hay tres categorías: amigos, conocidos y saludados.

En general, suele pasar que los amigos no son ni tantos ni tan de verdad, lo cual no significa que uno, particularmente, no haya tenido suerte, que la he tenido. A base de confiar han sido muchos los conocidos que han terminado siendo amigos. El clásico Menandro consideraba un ser feliz “a quien sólo había alcanzado a ver la sombra de un amigo”, y tenía razón porque a quienes llamamos habitualmente amigos no son más que relaciones ocasionales, generadas por intereses comunes. Los hay que conocen a alguien y a los dos días los califican de amigos, muy en contra de lo que pensaba Cicerón, quien decía que no era posible juzgar las amistades más que cuando las edades y los caracteres han sido “formados y confirmados con los años”.

En estos días políticos, en los que se crean alianzas y se marchitan otras, los amigos andan de un lado para otro. Entre políticos la amistad es un término de más largo análisis, porque compañeros, y de cama, pueden serlo en muchas ocasiones, pero el término amigo, como lo entendían Montaigne y La Boétie, los filósofos franceses que han pasado a la historia por su amistad modélica, no. Dice el ensayista Rodríguez Genovés, en un libro precioso en torno a esos dos genios franceses, que “la dimensión de la política es necesariamente pública, mientras que el amor y la amistad componen ámbitos privados”. Sin duda, una afirmación clave de la cuestión.

En este tiempo de desasosiego, trasiego y zozobra los políticos pueden atisbar su futuro, de altos o bajos cometidos, en función de cómo reaccionan los amigos, los indiferentes y los compañeros de partido. Los amigos, si ven peligrar su puesto, se vuelven fríos, los indiferentes se hacen los simpáticos, por si acaso, y los compañeros de partido se vuelven más dañinos, por lo que si son listos lo más práctico, ya deben saberlo, es tirarse al suelo.

La política esconde tantos demonios dentro que propicia la conspiración de forma innata. Su ejercicio genera egoísmo, que lleva consigo la deslealtad, uno de los mayores males que se producen en este oficio. La Boétie decía que “cuando los malvados se reúnen, existe un complot, no una compañía; no conversan, sino que recelan unos de otros; no son amigos, sino cómplices”. De eso hay mucho estos días inciertos.



El gobierno de los ancianos

Resulta que los bancos y más de una empresa prejubilan a sus trabajadores a partir de los cincuenta años de edad y la Iglesia Católica, Apostólica y Romana elige un Papa de 78 años. A los directivos de las empresas se les despide por viejos con 60, o menos, y la Iglesia, que tiene más de mil millones de católicos decide ser gobernada por casi un octogenario. El mundo es muy raro y la disparidad de criterios, culturas y mentalidades hace que todo sea tan distinto de unos lugares a otros o de unas personas a otras. Sin ir más lejos, en España tenemos un ejemplo clarísimo de esa disparidad: el gobierno de los ancianos, la gerontocracia, estuvo representada por Don Manuel, Fraga Iribarne, que con ochenta y dos años optó a un nuevo mandato al frente de la Xunta de Galicia, mientras Aznar se retiró con cincuenta.

En China, tierra que venera a sus mayores, a los líderes de más de setenta años los llaman irónicamente *elefantes blancos*, y buenos ejemplos fueron Mao, Xiaoping y Zemin. Recordemos también la gerontocracia soviética con Breznev o Chernienko. O la española, con Franco, la americana, con Reagan, la dominicana, con Balaguer (que gobernó con ochenta y siete años, y ciego), o la cubana, con el eterno Castro a dúo con su hermano Raúl, también anciano.

Etimológicamente la palabra gerontocracia proviene del griego *geron*, viejo, y de *cratos*, fuerza. Los espartanos eran partidarios de la experiencia de los ancianos y los *Gerontes* era un consejo de veintiocho hombres que pasaban de los sesenta años – que entonces es como ahora casi noventa – y controlaban el gobierno de la ciudad-estado. La Roma antigua consideraba a la familia como algo sagrado y el padre tenía toda la autoridad, incluida la vida y la muerte de sus hijos. En el Senado había una clasificación según la edad y el magistrado de rango más antiguo era el primero en opinar. Los judíos siempre confiaron en sus mayores, y así el Sanedrín era un Consejo formado por setenta personas llenas de experiencia. Y, por supuesto, numerosas tribus a lo largo de la historia en todas partes del mundo, han confiado y confían su gobierno a los mayores, en los que se considera reposa la mayor sabiduría.

Los ciento quince cardenales que eligieron Papa a Ratzinger tenían una media de setenta y cinco años de edad. ¿Por qué la Iglesia, institución sabia, se gobierna por los mayores? ¿Qué moda hay en España para que un presentador de televisión, por ejemplo, si pasa de los cuarenta años se le considere

viejo e inservible? En EE.UU. piensan al revés: Cronkite y Rather presentaron los principales noticiarios siendo septuagenarios. ¿Es un grado la experiencia en España o una rémora? ¿Jóvenes o mayores? Tal vez, de nuevo, la virtud en medio: el empuje de la juventud y la sabiduría y la experiencia de los mayores.



Carnaza a los piratas

Durante siglos naciones como Inglaterra -la Pérfida Albion- Francia, Holanda o Bélgica han denigrado a España mediante embustes y mentiras tales como que somos indolentes, violentos, crueles, criminales, miserables, ladrones, ineptos para la literatura y lerdos para las artes mecánicas, entre otras sutilezas. Les escocía que España descubriera América, tuviera un imperio donde no se ponía el sol, dominara parte de Europa con los tercios de Flandes y mantuviera su imperio tres siglos, cuatro incluyendo Cuba y Puerto Rico.

No digo yo que los españoles no pequemos de muchas de esas cosas y que cometiéramos muchos atropellos en América, Flandes, Italia, Grecia o el Norte de África. Tampoco podemos negar la Inquisición, pero como ha escrito Philip W. Powell, un gran hispanista americano “no existe nada en toda la historia española que pruebe que los españoles de entonces o de ahora puedan calificarse como más crueles, más ambiciosos o más corrompidos que otros pueblos”. Ahí está la Alemania de Hitler con el genocidio de 6 millones de judíos y gitanos (55 millones de muertos en total), la Rusia de Stalin con su gulag de 15 millones de asesinados, la Bélgica del Rey Leopoldo, que liquidó a más de 7 millones en el *corazón de las tinieblas*, el Congo, y la Francia de Napoleón que, por vías guerreras, arrasó Europa matando miles y miles de civiles indefensos.

¿Por qué, sin embargo, sólo España sigue teniendo una Leyenda Negra? Muy sencillo: por culpa de nosotros, los españoles, que según Powel somos el único pueblo del mundo que ha hecho suyas las mentiras, las exageraciones y los insultos que han dicho de nosotros nuestros enemigos. Es más, españoles como Fray Bartolomé de las Casas, se encargaron de darle carnaza a los piratas y a los envidiosos. Julián Juderías, nuestro mayor estudioso y refutador de la Leyenda Negra, debería ser en España de lectura obligada para no tirar más piedras contra nuestro propio tejado. Pero ¿quién lo conoce?

El exministro Eduardo Serra se refirió a este tema, de gran trascendencia, en un foro en Valladolid, donde se abordó la gran crisis de España en el primer cuarto del siglo XXI. Serra aseguró que “es fundamental ante esta crisis que ganemos autoestima, que creamos en nosotros mismos, que pensemos que somos un gran pueblo y que podemos salir adelante”. Serra llegó a decir que The Financial Times criticaba las inversiones españolas en Inglaterra en una actitud de autodefensa de sus propios intereses.

También se mostró convencido de que tenemos resortes para salir del atolladero si vamos juntos y creemos en nuestras capacidades. Que hemos sido admiración del mundo en nuestra última historia, transición y años posteriores, pero que es lamentable que nos lo tengan que decir estudiosos americanos o ingleses para creérselo. Que eso es el colmo. Y que está muy bien ser sinceros, pero jamás catastrofistas. Pues eso.



Leyendas negras

Un libro y muchas informaciones en diferentes medios aseguran que Mao mató a setenta millones de chinos. La cuestión estaba callada, olvidada, escondida. Se sabía que Mao no era un santo budista, pero setenta millones son muchos millones aunque los chinos lleguen a los mil quinientos. Mao viene así a engordar la lista de los grandes genocidas, perturbados a los que la sangre humana les gustaba más que a Drácula y a Ceaucescu.

La edición en la que yo leí *El corazón de la tinieblas*, de Conrad, tiene un extenso prólogo que explica la vida del autor y sitúa la novela geográfica e históricamente. Y ahí se dice que se calcula que el Rey Leopoldo de Bélgica mató en torno a siete millones de congoleños de forma fría y calculada para hacer negocios con más impunidad.

De Hitler ya se ha dicho casi todo, y sabemos que fue responsable de la muerte de más de cincuenta y cinco millones de personas. Mussolini no llegó a tanto, pero entre sus conquistas abisinias y corresponsabilidad europea la cifra pudo alcanzar los quince millones. Franco generó un millón de muertos y Stalin superó cifras superiores a los quince millones en el gulag siberiano y en las checas de tortura.

Pol Pot en Camboya asesinó a más de dieciocho millones y Napoleón, ese héroe genocida francés que tanto dolor causó en España, fue responsable de la muerte de más de cinco millones en Europa. No hace mucho todavía se ha descubierto una enorme fosa común en Rusia de soldados franceses que murieron de frío y hambre. El corso se cobró muchas vidas por su deseo de más *grandeur*.

Si cruzamos el charco nos encontramos, entre otros, con Pinochet en Chile y con los generales argentinos responsables de miles de muertos y desaparecidos tras el golpe de Videla y compañía, ejemplos perfectos para otra Historia Universal de la Infamia de Jorge Luis Borges.

Por supuesto, El Duque de Alba hizo estragos en los Países Bajos, y nuestros conquistadores hicieron auténticos desastres en las tierras descubiertas por Colón. Nuestro Felipe II es el centro de nuestra historia negra, esa a la que la Santa Inquisición puso infinidad de muertes en nombre de Dios, un nombre muy socorrido a lo largo de la historia de la humanidad por cruzados cristianos o imperios turcos.

La *leyenda negra* de España es justa y es injusta. Justa porque hemos tenido elementos que mataron sin piedad en masa, pero injusta porque la leyenda negra de Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Holanda, Alemania o Italia es muy superior, aunque más olvidada y escondida.

Julián Juderías, que tanto luchó contra la leyenda negra de España, con lo de Mao encontraría un filón con esta nueva vergüenza de la Humanidad. Desde luego los simios, grandes y pequeños, no han hecho esto. Es más: nunca lo harían. Claro, no han *evolucionado*.



Enemigos y adversarios

Al suelo, que vienen los nuestros, es una histórica frase que se atribuye a Pío Cabanillas Gallas, que fuera ministro con UCD, gallego ejerciente y, por lo visto, gran conocedor del género humano, tan débil ante los fuertes y tan fuerte ante los débiles. Un viejo amigo mío venía a decir algo parecido cuando se preguntaba: “¿Qué favor le habré yo hecho a este para que hable mal de mí?” Es la condición humana, que ante el ejercicio diario de la supervivencia, es capaz de todo. Si tiene hambre o sed y tiene que matar al prójimo para quitarle la comida o el agua, lo hará, y de hecho la gran parte de las guerras se han generado así: para robar al otro.

Hay momentos que el hombre no es capaz de pensar en otra cosa que en sí mismo. Encerrado en su yo, atosigado por la difícil realidad de vivir, olvida su condición de ser razonable y sólo se preocupa de su nido y de cuidar de los suyos, de los muy próximos; vamos, como los animales. Por eso, el hombre siempre se ha organizado en torno a sociedades semejantes: para protegerse, para no estar a la intemperie ante el frío que hace fuera. En Atapuerca se escondía de las alimañas y actualmente de los buitres estresados, de los brokers, de los bancos y de los gobernantes malos, que son legión; de esos gobernantes que piensan más en la foto que en el bien común, de esos gobernantes que han hecho de la política un oficio y no un servicio, de esos gobernantes que consideran que la política es sólo un sueldo y un coche oficial.

Esas tendencias malditas adquieren mayor complejidad cuando el propio hombre mata al de su misma especie o lo abandona. Caso frecuente en los políticos, que cuando algunos de sus compañeros se caen del carro, son dejados en el camino con más frialdad que lo hubieran hecho los de otro partido. Ni palabras de aliento, ni recuerdos, ni llamadas de teléfono. Eso es lo primero que siente un político cuando ya no manda: que ya no suena el teléfono.

Desde la ingenuidad que todavía tiene, y que ojalá conserve, un consejero muy normal del gobierno regional, me dijo: “yo soy como antes y voy a seguir siendo igual, no podría ser distante por el hecho de tener una responsabilidad mayor”. Le argumenté que hay mutaciones de genes más raras que la de Copito de Nieve, que yo las he visto por docenas y que eso me había convertido en un escéptico irrecuperable. ¿Cómo no va a ser uno un descreído? ¿Acaso no se ve cómo sufren el mal de la soledad algunos antiguos car-

gos de la Administración regional? ¿Qué pecado cometieron para merecer el olvido? Muchos de ellos ya lo dicen a las claras: “nos están dando un trato inmerecido, injusto e incomprensible”. Ingenuos que son; se han olvidado que en la propia casa es donde están los enemigos, que en la del vecino sólo son adversarios. ¡Al suelo, al suelo, que disparan!



Inteligentes y listos

La inteligencia siempre ha sido una cualidad tan admirada como escasa a lo largo de la Historia. En unos periodos se la he tenido como faro y guía, Siglo de las Luces, y en otros se le ha castigado con el palo de la ignorancia. Este primer tercio del XXI no es precisamente una de las apuestas mayores por la inteligencia. Al contrario, se admira más al listo que al inteligente, dos formas de entender la vida. Inteligentes y listos son personajes contrapuestos. El inteligente tiene gran capacidad de razonamiento y analiza y actúa en función de unas coordenadas pegadas a la lógica, la justicia y la ética del común. El listo, por el contrario, es un tipo que va a lo suyo, carece de ética, es amoral, desprecia la justicia, se salta la honradez y considera que el fin justifica siempre los medios. Este personaje está muy bien retratado en nuestra literatura, especialmente la del Siglo de Oro.

El inteligente siempre tiene una mirada para la sociedad en su conjunto, un cierto compromiso, y es incapaz del medro a través de la jugarreta, el enredo o la maldad. El listo, no, el listo, que suele ser también un listillo, atropella a quien se le ponga por delante. No le preocupa el prójimo y es un ejemplar prototípico del egoísmo más perverso. El inteligente va por derecho y por los caminos, mientras el listo prefiere el recoveco y las veredas sinuosas.

No pretendo ser moralista, que no lo soy, ni es mi función, que para eso doctores hay, pero sí quiero denunciar la admiración casi generalizada que existe por los listos, listillos, sinvergüenzas y otros elementos semejantes que pululan en este mar del todo vale. No puedo evitar la decepción cuando hasta personas inteligentes se sienten confundidas y llegan a admirar a listos y listillos por tener hacienda y fortunas personales, lo que les convierte en triunfadores, con aplauso incluido de una gran parte de la sociedad. Hoy en día, a más de un ignorante se le hace la venia sólo porque tiene dinero, o poder, sin que se analice la realidad de cómo y de qué forma esa persona está en el machito.

No vale todo, no debe valer todo, y los impostores, aunque vivan como emperadores romanos, no pueden andar por la vida de sobrados sin que, al menos, la sociedad los sitúe en su justo término. No puede ser que médicos, o investigadores, o maestros honestos e inteligentes, sean mirados con indiferencia, mientras se alaba y se envidia al vividor y al embaucador, cuyo mayor esfuerzo consiste diariamente en sortear la ley y las buenas formas. Ya está bien de que esta sociedad acepte al chorizo como un mal inevitable, mientras desprecia y olvida a ciudadanos ejemplares.

ANIANO GAGO

Reconozco que me descorazona la genuflexión ante ceporros cuyo éxito parte de la mentira, la pisada social, la estafa o la triquiñuela. Me irritan los “*hijosdeputa*”, que diría Pérez Reverte, los indocumentados a los que no se les pone nada por delante y desairan la opinión ajena, y los nuevos ricos, esos hechos a base de ladroncio, componenda, blanqueo de dinero y tráfico de influencias al calor del poder corrompido. Cada día admiro más a los inteligentes, a la gente de bien, a los éticos, mientras desprecio con más intensidad a esos triunfadores de pacotilla. En fin, “cambalache, siglo XX, problemático y febril”, que dice el tango, que dice Santos Discépolo.



La soledad del juez

Sólo una vez en mi vida me he visto delante de un juez. Y falló en mi contra. El hecho no viene a cuento, pero debo decir que tenía razón. Si Adriano, a decir de Margarita Yourcenar, decía que quién se atrevía a ser emperador ante un médico, yo digo que quién se atreve a nada delante de un juez. Yo no. Pero en esta España de ladrones y ganapanes son pocas cosas a las que se respeta. Los calificativos a los jueces, con el desconocimiento por bandera, empiezan a sobrepasar las reglas del juego. Creo que los jueces se merecen todo el apoyo, porque son figuras clave en el sistema democrático y no pueden defenderse como el resto de los humanos. Son jueces que cada día son juzgados por políticos, periodistas o ciudadanos de forma inmisericorde.

Yo sigo creyendo en los jueces, a pesar de algún garbanzo negro, como Estivill, el juez catalán prevaricador, o la notoriedad, buscada o no, de los llamados jueces estrella, como Garzón, que unas veces es un héroe y otras un villano. Se metió en política y generó un desconcierto mayúsculo. Eso sí, los jueces, todos, tienen mucho poder. Lo que les genera, profesional y personalmente, una gran carga de responsabilidad. Hay muchos casos más enrevesados, pero la gran mayoría, la inmensa mayoría de jueces, son personas a las que hay que hacerles un monumento. Cada vez que leo los miles de folios que forman el sumario del 11-M me apiado del juez Del Olmo. ¿Cómo se le puede criticar? ¿Hay algún humano capaz de acertar en la instrucción al ciento por ciento en un caso de esas características?

El exalcalde de Jerez, Pedro Pacheco, dijo en su día que la Justicia era un cachondeo, y se preparó la de San Quintín. Fue una frase celebrada y controvertida, pero yo creo que de forma equivocada. Porque claro que la Justicia era y es un cachondeo, pero no los jueces, que son cosas distintas. La Justicia empieza en el ministro del ramo, algunos muy obtusos, y sigue por la falta de medios, la escasez de sueldos y el aumento exponencial de los casos. Y termina en la lentitud, que hace de la Justicia una injusticia. Pero los jueces bastante profesionalidad y paciencia tienen que no se rebelan. Y encima, por si les faltara poco, les han metido la mancha política en los más altos organismos, como el CGPJ y el Tribunal Constitucional, para acabarlos de crucificar como a Montesquieu.

Los jueces, aunque llevan dentro el alma de la toga, están sometidos a todas las presiones, políticas, sociales y mediáticas, y en cambio son hombres y mujeres normales, a quienes acosa el estrés y la presión intelectual de sus veredictos. Son personas a quienes persigue la soledad del corredor de fondo. Por eso necesitan apoyo. Y porque son el penúltimo baluarte de esta sociedad soberbia y decadente.

Propósitos de libertad

Dentro del cúmulo de promesas que le hacemos al cuerpo al comienzo de cada año, como es la desintoxicación de turroneos, vinos espumosos y comilonas, personalmente, además de todo eso, renuevo mis votos por algo más espiritual, y que se centra en el concepto de la libertad. Siempre en las fechas de inicio del año renuevo mis votos por “uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos”: la libertad. Si la libertad es un democrático derecho ciudadano, el oficio que me ocupa, el de periodista, me exige el deber ético de pelear siempre por la libertad. Lo mismo que los religiosos católicos tienen votos de pobreza, castidad y obediencia, los periodistas tenemos un compromiso ineludible y permanente con la libertad. “Por la libertad sangro, lucho, pervivo”, que canta de Serrat, versos de Miguel Hernández.

En estos tiempos de sociedad europea y avanzada (es un decir), la libertad, en contra de lo que pueda pensarse, es un bien escaso. No vivimos en una dictadura, lo sabemos, ni existe la Santa Inquisición que metió en prisión a Fray Luis de León, ni está en vigor la Ley de Prensa e Imprenta de 1966 de Fraga...y sé que la Constitución protege y ampara la libertad en todas sus variantes. Pero la experiencia diaria nos dice que la libertad nunca vive sus mejores momentos. La libertad es tan eficaz, tiene tanta fuerza, que los poderes políticos, y los fácticos, la tienen miedo, incluso pánico. Y por eso llenan los caminos, las veredas y los cordeles de todo tipo de obstáculos. Podríamos decir que el poder prefiere las trochas y los atajos para asaltar todo intento de libertad.

El poder siempre es enemigo de la libertad, aunque predica lo contrario, la exalta públicamente y la vende como mercancía. Pero por debajo siega la hierba, la cercena, la coarta, la denigra, la maltrata y la adocena. Incluso la aborrece. Es más, la compra con dinero público.

Jugador de la palabra, me veo en la obligación de renovar los votos por la libertad, aunque sólo sea para convencerme de que se puede luchar contra el Gran Hermano orweliano y que la conciencia la voy a tener un poco más limpia. La contradicción me persigue, lo reconozco, y por eso unas veces apuesto por Cervantes cuando dice que “por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida...” y por Miguel Hernández, cuando versifica “para la libertad mis ojos y mis manos...” y otras por Francisco de Quevedo, cuando asegura que “a nadie por no hablar/ hicieron proceso”.

Valentía y cobardía, en pelea constante. Pero a primeros de año hay que renovar los votos por la libertad. Y después cada día, cada semana, cada mes, cada año.

Sencillamente ladrones

“Toda la vida es hurtar,
no es el ser ladrón afrenta,
que como este mundo es venta,
en él es propio el robar.”

Antes y ahora, en los siglos XVI y XVII y en el XXI. Francisco de Quevedo ya se lamentaba de la vida podrida de su época, vida que ha seguido entre españoles por los mismos derroteros. Hace no mucho acudí a ver *El Buscón* de Quevedo, convertida en obra de teatro de forma brillante, y pude comprobar, una vez más, lo actual que es el gran autor del Siglo de Oro. Robar y robar. Siempre robar.

Doy un salto en el tiempo y llego hasta la novela *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea, quien denuncia en esa obra los desmanes de Romanones y toda su tropa, una pandilla de sinvergüenzas que aprovecharon la Guerra de Marruecos, el desastre de Annual y demás chapuzas para hacerse más ricos de lo mucho que ya eran. Estos pájaros montaron una fábrica de camiones en Alcalá de Henares que, con las artimañas propias de los tramposos, después de comprar voluntades y corromper políticos, sirvió para proveer al *glorioso ejército español* de entonces en aquellas tierras donde morían soldados del pueblo como conejos en un descaste.

Estos elementos de aquella España maltrecha azuzaban la guerra porque así podían seguir fabricando vehículos con materiales ínfimos que vendían a precios desorbitados. Mientras tanto, miles de familias lloraban la pérdida de sus hijos.

Años posteriores, durante la Guerra Civil muchos mataron por males que-
reres y otros por eso y para robar herencias. Más de un militar, lleno de medallas de honor, se hizo rico y multitud de civiles sacaron un gran provecho monetario de tanto dolor. Siempre hubo desalmados y buitres en medio de la catástrofe.

En estos tiempos democráticos los casos de corrupción son infinitos, una ristra interminable, desde Filesa, Naseiro, Salanueva, Mariano Rubio, Caso Malaya, Gescartera, todas las trampas de la Comunidad Valenciana y los *eres* de Andalucía, Bárcenas, Gürtel, Púnica... las tarjetas *black* de Bankia, Rodrigo

Rato, Jordi Pujol y alguno de sus hijos... ejemplos todos de la España ladrona. Porque así hay que decirlo: los corruptos sencillamente son ladrones. ¿Por qué no decir las palabras exactas y precisas?

“Nadie verás castigar
porque hurta plata y cobre:
que al que azotan es por pobre,
de suerte, favor y trazas.
Este mundo es juego de bazas,
que sólo el que roba triunfa y manda”.



Mi crisis particular

Los efectos de la crisis son múltiples y heterogéneos, y a cada cual le ha tocado de una manera. A un servidor le ha herido en el costado del corazón. Mi amigo el escritor hispano-argentino Eduardo Keudell, después de treinta y cinco años de trabajo y vida en España, las circunstancias le obligaron a regresar a la Argentina. Establecido en El Bierzo desde hace quince años, lo conocí en Barcelona a finales de los años setenta. Acababa de salir por piernas del régimen genocida del país hermano y llegó a Cataluña con lo puesto.

Por circunstancias afortunadas, Eduardo Keudell Villacampa se encontró un buen día en el grupo de mis amigos: Carlos Martín, Carlos Galindo, Dagoberto Escorcía, Rafa Seguí y Daniel Ríos. Pronto descubrimos en él a una persona ejemplar, una rara mezcla entre filósofo alemán, por el primer apellido, y un hidalgo maño, tozudez incluida, por el segundo, pues su abuelo fue un aragonés que recaló en el Paraná huyendo de aquella España de miserias y fue su gran mentor a orillas del gran río.

Era un tiempo en el que vivían en Barcelona Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, cuando la Ciudad Condal se vanagloriaba de tener un ejemplar espíritu universal, y no el nacionalista y rampón que llegó después. Fueron unos días en los que triunfaban los *pubs* llenos de humo y canción sudamericana; eran años maravillosos, entre otras cosas, porque servidor tenía veintitantos eneros y un cuerpo con una capacidad asombrosa para aprovechar la intensidad de las noches, la armonía de los boleros y las rumbas enérgicas de Peret. Tiempo en el que pude escuchar, en vivo y en directo, a iconos musicales como Atahualpa Yupanqui en compañía de Eduardo. Un tiempo también en el que nos hicimos amigos de otras personas entrañables, como Manuel Matellán, periodista y abogado que a Eduardo y a mi nos ayudó a saber caminar por una ciudad abierta pero muy compleja.

Eduardo Keudell era entonces un periodista profundo, con la capacidad dialéctica y el dominio verbal de los argentinos y una contundencia en las argumentaciones que te imposibilitaban ganarle un debate y menos una discusión. Hombre prudente, humilde y tranquilo en muy pocas ocasiones se le salió la cadena. Sólo la injusticia y la mentira le sacaban de quicio. Contrariamente a la idea general que existe en estos pagos, Eduardo Keudell ha sido la persona más rigurosa, más seria y más cumplidora que yo he conocido. Y lo digo esto porque en aquellas calendas cuando había algún problema, un robo, o un atraco,

como el asalto al Banco Central de la plaza Cataluña, siempre las primeras noticias apuntaban a *presuntos sudamericanos*, cosa que después se demostraba que no, que eran carpetovetónicos de aquí amigos de lo ajeno. Como quiera que en nuestro grupo había también un colombiano, Dagoberto Escorcia, yo les esperaba un chiste de El Perich que decía que “era tan gilipollas que hasta tenía amigos sudamericanos”. Nos reíamos de nosotros mismos. En cierta ocasión, como Eduardo vivía de cuatro artículos al mes en un periódico, le dije que hiciera como yo, que lo retocara un poco y se lo enviara a una revista por el que también le pagarían. “Aniano -me dijo- cómo voy a hacer yo eso”. Y no lo hizo, claro, lo cual que desde entonces ando mal con la conciencia.

Eduardo Keudell ha escrito varios libros, entre ellos *El faro de Cabo Bravo*, *El sino* y *Ese extraño cansancio*, obras todas de una literatura exquisita y un mensaje general: la lucha contra la Gran Mentira. Eduardo Keudell siempre fue un policía contra la corrupción, un boxeador contra los impostores y un beligerante incansable contra la estulticia. También un alma entregada a la amistad y al sentido epicúreo de la vida.

Escribo en pasado, pero es presente, raro, porque la crisis lo ha devuelto a la Argentina, a Buenos Aires y a San Pedro, su pueblo natal, junto al inmenso Paraná, donde se ha reencontrado con los cariños eternos de la niñez y la juventud. Allí ahora tengo una casa. Pero aquí pago su ausencia por culpa de la crisis, de la que el dice que es otra Gran Mentira. Maldita crisis. Maldita mentira, Eduardo.



El corazón de los bancos

Hace unos días me encontré a las doce de la mañana en un bar con un viejo amigo mío, trabajador de un banco desde hace más de treinta años. Después del saludo de rigor le pregunté: ¿Qué hace un banquero como tu a estas horas con pinta de no trabajar? “Es que me han prejubilado”, me dijo. “Pero si eres muy joven...” “Cincuenta y dos”, apuntó. “Pero si eres un chaval... ¿por qué los bancos os licencian cuando más preparados estáis?” “Muy sencillo, porque con lo que yo les cuesto meten a tres licenciados en Económicas o Empresariales, que además tienen que trabajar de 8 a 15...; no de 8 de la mañana a 15 de la tarde, no, de 8 a 15 horas diarias. Y si no lo hacen así no les renuevan el contrato porque tienen muchos más donde elegir. Los bancos son insaciables, como sacar arena de la playa, que nunca se termina. Está montado así y no hay nada que hacer”.

El mismo día me leí en un periódico que antiguos trabajadores de los bancos Santander, Central e Hispano habían creado una asociación que organizaba actividades sociales y culturales, además de procurar ayuda a los antiguos compañeros que, por circunstancias, lo necesitaran. Cara y cruz de la misma moneda bancaria: lo inhumano y lo humano, como la vida misma. Mientras la asociación trabaja desde los sentimientos más nobles y te reconcilia con la especie, las entidades bancarias son la punta de lanza en esta selva cruel que nos toca transitar y donde sólo salen beneficiados los que menos escrúpulos tienen. ¿Qué le importa al accionista de turno del banco, que estará jugando al golf en algún club exclusivo, que mi amigo haya gastado su vida en una entidad que presta dinero a quien demuestra que no lo necesita? Sólo querrá que se consigan los objetivos, sea como sea, y a costa de quien sea. Nada más.

Así estamos en la primera década del siglo XXI, enfangados en una vorágine que eleva todas las cotas de estrés y aumenta el número de los que necesitan siquiatra o psicólogo. Y aunque no lo creamos esto nos afecta a todos, no sólo a los banqueros, que sólo son un ejemplo más de la triste realidad. Lo que pasa es que no nos damos cuenta, o no queremos darnos cuenta, olvidándonos de la gran enseñanza de Bertol Brech, de forma que cuando vengan a por nosotros ya será tarde.

El mayor capital que teníamos los españoles -el tiempo, la tranquilidad y el ocio- se nos está diluyendo. Es el pago por un bienestar europeo y ameri-

cano que nos engatusa con señuelos de gloria y oropel. Lo malo es que para conseguir ese paraíso se nos obliga a ser fríos, distantes y cabrones, como los talones sin fondos. Sólo nos queda esperar que en la jubilación alguna asociación de colegas nos devuelva el alma y las entrañas, las buenas formas y la alegría de vivir.



Dinero o dignidad

Con motivo del famoso traslado de los papeles de Salamanca a Barcelona, es decir, archivos de la Guerra Civil, he oído decir a más de un político, de derechas por supuesto, que la cuestión atañe sobre todo a la dignidad, que no se trata de que los papeles den trigo o no lo den, o sea, que supongan o no supongan dinero para Castilla y León, porque hay cosas más importantes, como la dignidad, y eso no se mide en términos monetarios. Calderonianos que son los políticos: “el honor es patrimonio del alma /y el alma sólo es de Dios”. A los españoles siempre nos han gustado las palabras altisonantes, cargadas de sublime contenido, palabras como valor, dignidad, honor, alma, patria... y hemos tenido escritores extraordinarios que han sabido plasmar ese sentir colectivo en verso y en prosa, porque en España, eso es bien cierto, nunca hemos andado mal de novelistas, poetas y contadores de ficciones y realidades. Calderón, Cervantes, Lope de Vega, Zorrilla, Quevedo, Tirso de Molina, Gracián, Unamuno, Valle Inclán, Delibes... todos, y muchos más, de una forma u otra, han llenado páginas y páginas donde han dejado patente que la dignidad tiene un precio, y que este pueblo indómito ha matado, y ha muerto, más por dignidad que por dinero.

Pero la dignidad, creo yo, no es un concepto tan poético y tan abstracto que anule los valores del dinero, aunque éste sea tan concreto y tan prosaico. Ya sabemos que hablar de dinero es una falta de educación, y por eso, tal vez, los políticos del *asunto Salamanca* se han desgañado por la dignidad. La verdad es que es más provechoso hablar de dignidad que de financiación, porque no conozco a ningún financiero que haya pasado a la posteridad, ni siquiera en las placas de las calles, y sí, en cambio, los poetas, que son los auténticos transformadores del mundo y de la historia. Eso sí, siempre más a la larga, que a la corta se lo llevan los guerreros. Por eso España es tierra de poetas, de grandes poetas, trascendentes, amantes de la gloria, que han cantado siempre los valores eternos del ser humano.

Pero los catalanes, que tienen poetas brillantes, como Verdaguer, como Maragall, como Serrat, por poner tres ejemplos, no se despegan del dinero, de la financiación, y mientras ponen la mano por la *pela* (ellos fueron los *inventores* de la peseta) reclaman, por dignidad, los papeles de su historia y de sus paisanos. Dignidad más dinero contra dignidad a secas.

A Salamanca, la blanca ¿quién la defiende?, cuatro políticos populares que van y vienen. En busca sólo de dignidad... Pues así le va a la histórica ciudad y a la vieja provincia, que cada día van más hacia atrás, situándose en el furgón de cola de una realidad que se toca, de una realidad que es muy clara: la que junta la entelequia con el dinero, caballero que siempre manda.



El rubio Juan

Tenía que vivir en esta España decadente el Rubio Juan, un ejemplar de navaja afilada del siglo XVII, la que utilizó para matar el hambre en la Cádiz marinera y que terminó siendo pirata en la Mar Caribe, donde hizo una pequeña fortuna. De vuelta a España siguió haciendo todo tipo de tropelías, especialmente por las noches en timbas donde se juntaba la peor calaña de la época. Vivió mucho tiempo de las cartas, robando a pobres, ricos y medianos, haciéndoles trampas y reinventándose los trucos para no caer nunca en manos de sus desplumados o de la Justicia, con la que tenía deudas pendientes por dos delitos de sangre. En su libro, finalista del Planeta de 1983, *La canción del pirata*, Fernando Quiñones, gran escritor que fue, describe, entre la fábula y la crónica, la vida y milagros de entonces, la de aquella España con asaltadores de caminos, bravucones, pordioseros pícaros y todo tipo de gente de malvivir. Las circunstancias llevaban a muchos a escoger caminos impensados, todos derechos al robo en sus mil formas. De algo tenían que vivir los desheredados.

Estamos ahora lejos del XVII, pero la crisis de la primera década del siglo XXI ha generado un sistema paralelo de buscavidas. Unos a través de vericuetos inverosímiles como el juego por Internet, otros por la vía de hacer un concurso de acreedores que justifica y evita pagar las deudas sin más complicaciones y unos terceros que han escogido la vía de la economía sumergida. Ahí hay legión. Las noticias ya lo van señalando: el dinero negro crece tanto como la bolsa del Rubio Juan, al que no le cabían los doblones. Ya alcanza el 19,8% del PIB en España. Como nos hemos acostumbrado a un nivel de vida alto queremos mantenerlo y el mejor sistema es defraudando a Hacienda y realizando economía sumergida. La cifra global en nuestro país alcanza, según un estudio internacional de economía opaca, el Informe Schneider, 209.000 millones de euros. Sólo Grecia nos supera en esta conducta que agrava nuestro sistema económico al perderse cotizaciones, recaudaciones y todo tipo de controles del dinero público.

Siempre ha habido formas de robar. Como el Rubio Juan se cambia de juego, de baraja y de compañeros paganos. De alguna forma, dirá alguno, habrá que vivir. Si hay un millón de familias donde nadie trabaja y donde nadie cobra un duro ¿de qué comen? Esa es la gran pregunta. Porque esos no tienen ni qué defraudar. Les quedan dos posibilidades: los comedores populares y la economía sumergida, la de las chapuzas a domicilio, de lo que tanto entendemos aquí.

Por eso cuando alguien presume de que las crisis no le afectan, que los hay, y mira para otro lado, ajeno e indiferente, me gustaría que se encontrara con el Rubio Juan, para que le dejara sin blanca. Y así se enterara que este mundo traidor no entiende de soberbios e indiferentes. Lo más grave es que ese tipo de ejemplares los hay y, curiosamente, son parte activa de ese 19,8% que mueve el dinero negro. Que el Rubio Juan los encuentre en su camino.



El qué dirán

Los grandes gurús de la comunicación, esa gente que mezcla el inglés con un español que chisporrotea en los oídos, y que tienen la habilidad sorprendente de convertir lo obvio en ciencia, han puesto de moda el concepto reputación como un intangible clave en el capital empresarial y humano. Y de eso se habló en unas jornadas sobre comunicación y empresa organizadas por José Luis Chacel, poeta y escritor que siempre enfoca la comunicación desde la técnica y la pasión.

Para mi la reputación es una mezcla de fama, honra, honor, ética, imagen y el qué dirán; o sea, sombras que acompañan al hombre más allá de sus propios pasos. Eso vino a decir, más o menos, Thomas Fuller, al asegurar que “la reputación es un espejo de aumento”. En la escuela se nos castigaba más por no cumplir las reglas de urbanidad que por no saber los ríos, los cabos o los golfos. Esas reglas iban encaminaban directamente a nuestra reputación de niños buenos y obedientes. Ya en la adolescencia estaba mal visto beber más limonada de la cuenta en las fiestas del pueblo, pero no por cometer un atentado a la salud, sino porque lesionaba nuestra reputación.

En estos tiempos hipermodernos hay otra palabrita que camina paralela a la reputación: *imagen*. Por la imagen hoy se vive y se lucha con denuedo, porque la imagen es el envoltorio de la reputación. Y junto a la imagen, la televisión; hoy en día nada, o casi nada, se puede escapar a la televisión, que es el gran predicador mediático. Nadie gana unas elecciones si no sale en televisión, que es donde se da a conocer la imagen. “Una onza de fama vale más que una libra de perlas”, dijo Cervantes. Claro que Cervantes no pensó en *Crónicas Marcianas*, *Gran Hermano* o *Supervivientes*, donde la fama no coincide con la reputación; es más, son contrarias. Declararse puto o puta sin vergüenza es predicar contra la reputación, pero a favor del bolsillo.

Y es que el dinero sigue siendo igual de poderoso que desde Quevedo, y lo puede todo. Contrariamente a lo que dijo Plauto: “Seré rico si puedo guardar mi buen nombre”. Hoy en día sucede todo lo contrario: hay una hez social que vende fama, honor, honra, ética y el qué dirán por dinero. Para este ganado la buena reputación les hace reír. García Márquez también se equivocó cuando dijo que “lo único peor que la mala salud es la mala fama”. Claro que García Márquez pensaba en Macondo y aquella sociedad de sus abuelos donde la reputación era algo inherente a la vida de las personas.

Hoy la sociedad mediática destroza conceptos clásicos, al tiempo que otros, los comunicólogos, se esfuerzan en recuperarlos; eso sí, con fines mercantiles. “Ser bueno es rentable”, me decía mi padre. Tener buena reputación mejora las cuentas, dicen los comunicólogos. Dos rentabilidades distintas. A elegir.



Lecciones de prudencia

Los diplomáticos, los políticos en campaña y los charlatanes son las personas más discretas y prudentes: hablan, hablan y no dicen nada. Gran mérito es porque la prudencia exige *el paso de buey, ojo de águila, diente de lobo y hacerse el bobo*. O también aquello de *paciencia, prudencia, verbal continencia, no demostrar mucha ciencia y presencia o ausencia, según conveniencia*. Las máximas, los dichos, las frases en torno a la discreción son innumerables, siendo muchas las lecciones breves que nos da Gracián en su *Ingenio y arte de la prudencia* o Cervantes, en las mil consejas que le hace decir a Don Quijote para que aprenda Sancho. Bien es cierto que no siempre la prudencia va sola. Horacio, por ejemplo, pensaba que la prudencia había que mezclarla con un grano de locura, y así el hombre adquiriría más fuerza y personalidad. Tal vez lo que necesita el hombre para ser valiente, una cualidad -el valor- que a decir de Calderón de la Barca es hijo de la prudencia y no de la temeridad, lo que también dijo con palabras semejantes Miguel de Cervantes.

Pero la cosa se complica si llevamos el asunto al terreno político. El estadista inglés Gladstone decía que el liberalismo es la confianza del pueblo templada por la prudencia y el conservadurismo es su desconfianza templada por el miedo. Tanto a liberales como a conservadores les conviene recordar que la prudencia no previene todos los males, pero su falta nunca deja de atraerlos. Es lo que les pasa a los políticos que se olvidan de pronunciar palabras más allá del charlatán, lo mismo jóvenes que mayores, y es que a decir de Menandro “no es la blancura de los cabellos la que comunica la prudencia”. Algo similar había dicho años antes Platón: “las canas son argumento de edad, no de prudencia”.

La prudencia siempre ha estado muy ligada al dinero, por cuanto este siempre ha sido centro de dichas y desgracias del hombre. Un filósofo como Schopenhauer llegó a decir, yo creo que con cierto cachondeo, que “ningún dinero mejor empleado que aquel que nos hemos dejado robar, porque nos ha servido para comprar prudencia”. Cachondeo o no, es cierto y verdad: un robo nos hace extremar la vigilancia y la prudencia, aunque como humanos tropezamos dos veces, como mínimo, en la misma piedra.



Siempre la guerra

La guerra, individual o colectiva, forma parte del hombre como algo inherente a él, como realidad y como maldición. La necesidad de ganar el sustento para vivir siempre le llevó a sostener todo tipo de peleas. Y cuando no tenía necesidad para comer lo hacía -y lo hace- para someter al vecino, para robarle o para dar rienda suelta a un egoísmo innato. El hombre de Atapuerca, el *Homo Antecessor*, hace más de 800.000 años ya dejó claro su canibalismo y sus resortes para sobrevivir en aquella época. No sabemos qué guerras emprendieron, pero cuando los tiempos se acercaron a los actuales todo empezó a tener su lugar, sus generales y sus referencias. Empieza la Historia de hechos, fechas y datos.

Podemos decir que la historia de la Humanidad se cuenta por guerras. Así lo aseguró el gran historiador E.H. Carr, quien demostró en *¿Qué es la historia?* la clave de los acontecimientos bélicos como elementos explicativos de la Historia. No es la guerra, por tanto, una maldición bíblica, ni debe sorprender el crimen de Caín contra Abel. Unas veces en bloque y otras individualmente, el hombre siempre se las ha apañado para enfrentarse. Ciertamente, de todas formas, que ese núcleo en torno a Palestina e Israel lleva de cabeza al mundo desde hace más de dos mil años, pero ¿qué es eso si miramos desde Atapuerca y analizamos al hombre a lo largo de toda su vida y en todo el mundo?

Las cosas, básicamente, siempre han sido igual. Un imperio todopoderoso y los demás a sufrir y a aguantar. Antigüamente el imperio se ceñía a una zona geográfica limitada, pero con la evolución de las ciencias y las tecnologías el mundo se hizo un pañuelo, más vulnerable, más poroso. Hasta llegar los satélites, esos ojos hipersensibles, águilas que miran desde lo alto, y que sirven para poner con precisión la bomba allí donde se requiera. Ahora toca Irak, pero antes le tocó a otros lugares y en el futuro habrá nuevos destinatarios.

No se concibe la vida en el planeta Tierra sin guerras, no porque el hombre individualmente las quiera, sino porque los intereses de las naciones o los colectivos van por otros caminos. Chirac, haciendo gala de la *grandeur* de Francia ha hecho del gallo su bandera, y ha mostrado su orgullo, con sentido retador, y le ha dicho a Estados Unidos que no a la guerra contra Irak. Ahora los franceses son los buenos. Se han olvidado de Napoleón, al que siguen recordando de continuo en las piedras de su Arco del Triunfo de París.

La ahora pacífica Francia, que durante cuarenta años fue santuario de los terroristas vascos que sembraban de muerte España, la misma que desde Vichy se alineó con Hitler, parece ahora un modelo a seguir, como si volviera a hacer la Declaración de los Derechos del Hombre. Detrás siempre tendrá una Historia de guerras de mucho calado mundial.

La guerra es cíclica, como sus protagonistas. Desde hace mucho son los americanos los que están en todas las guerras, algunas injustas y otras más que justificadas. El derrumbe de las Torres Gemelas les dejó tocados, a ellos y al mundo, incluida Francia, porque ese hecho marcó un antes y un después en el sistema de la guerra. Los americanos son el último gran imperio, y como tal se mueve por un área geográfica que abarca a todo el planeta. No son distintos al resto de los imperios que han sido, pero llevan dentro el sistema democrático que les hace diferentes respecto a otras épocas de la Historia y a otros países que, ahora, como China, pudieran guerrear.

El hombre, de todas formas, seguirá siendo un diablo envuelto en religiones, ideas y patriotismos y expuesto a tener que comer todos los días. Eso siempre será un motivo para otra guerra, y otra, y otra. Y eso sin contar que el hombre es el único animal que mata a los de su misma especie sin necesidad de tener hambre.



Sueños y pesadillas

Los americanos siguen insistiendo que tienen un sueño mientras en España nos acongojan las pesadillas. Eso es lo que tenemos nosotros de verdad: pesadillas, como las del escrito *Siete noches* de Jorge Luis Borges. El gran argentino decía que pesadilla en español no suena como lo que realmente significa la palabra, y asegura que en alemán o en inglés es más real, más contundente. El *illa* en castellano le hace parecer algo menor, menos relevante. Puede ser, pero lo que está claro es que nosotros en lugar de poder decir “*I have a dream*” tenemos que asegurar que nos persiguen las pesadillas.

Nuestros señores políticos suelen ser la causa primera y fuente inagotable de ese desasosiego, porque estoy seguro que son ellos los que mientras dormimos nos siguen mandando al cerebro esos mensajes maravillosos de que tenemos capacidad para volar, y lo hacemos, pero nos caemos al vacío en el lugar y el momento más inoportunos. Y cuando el cerebro nos envía a coger un tesoro, en realidad lo que está haciendo es obedecer un mandato de algún político, que ha hecho unas declaraciones sobre la abundancia en el paraíso terrenal que él ha creado. Nos ciega la avaricia y recogemos monedas de oro a ambuestas, pero cegados por el miedo porque detrás nos persigue un enemigo que nos quiere matar. Y dudamos entre seguir acumulando monedas de oro o huir, pero sólo al despertarnos bruscamente descubrimos la realidad. Y ni volamos y ni hay tesoro, pero sí políticos.

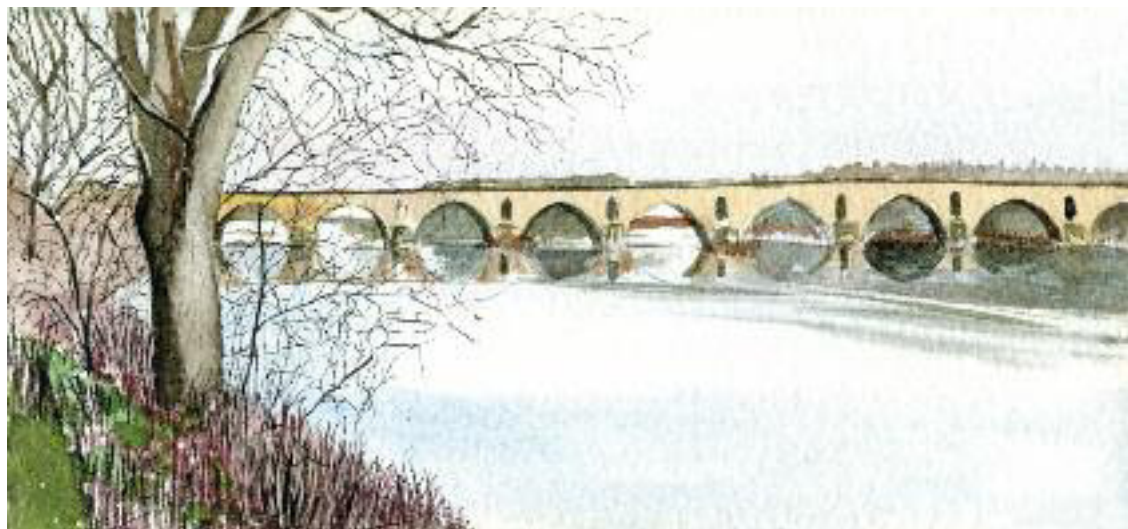
Shakespeare dijo que estamos hechos de la misma materia de nuestros sueños, pero yo creo que debían ser los sueños de los americanos como Kennedy, Luther King y Obama, soñadores de una América excelsa, porque los sueños de nosotros los españoles siempre dan en pesadilla. Tal vez porque nuestra larga historia nos lleva a las vacas flacas, más que a las gordas, del sueño de José.

Lo del sueño americano me resulta cansino, tanto sueño, tanto sueño, cuando en Estados Unidos hay millones de pobres de solemnidad, una multitud que vive literalmente en las cloacas de las grandes ciudades, sobre todo en Nueva York. Y por si fuera poco, en muchos estados sigue vigente la pena de muerte. El sueño de la conquista del Oeste ya pasó, y me da a mi que el tiempo juega en contra del país más poderoso de la tierra, tal y como ya pasó con otros imperios desde que el mundo es mundo.

PROSAS DE PAN

Me consuela de las pesadillas españolas George W. Bush, que es una pesadilla en sí mismo, igual que su amigo Aznar, los educados caballeros de los pies en la mesa que siguen soñando, sonámbulos, en encontrar las armas de destrucción masiva de Saddam. Por culpa de estos, para más de uno el sueño americano es un insomnio de por vida.





Acuarelas: Paco Somoza.

El Duero y otras estrofas

Duero, eterna estrofa

“El río Duero nace en los Picos de Urbión, provincia de Soria, pasa por Tordesillas, Toro y Zamora y desemboca en Oporto, Portugal”. Más o menos esta era la letanía que aprendíamos de niños en la escuela. La geografía, como todo, se basaba exclusivamente en la memoria, y a los de mi generación, los que tenemos algún año menos que el Duero, no se nos ha olvidado. Lo agradecemos, porque aún recuerdo a una presentadora de televisión de nueva hornada que había estudiado Geografía e Historia en la Universidad de Valladolid y un día, charlando con ella, descubrí que no sabía que el río Duero pasaba por Zamora.

El río Duero, en realidad, no pasa, se queda, siempre está, forma parte fundamental de ese trozo neurálgico de Castilla y León. Se mueve con discreción, con dulzura, acariciando los paisajes que el mismo construye. Es un río que va dejando su agua para que, entre otras cosas, brote el vino. Su agua la bendicen todos los conventos que a su vera están, y su vino consagra a esta tierra, histórica y monumental, literaria y evocadora de paisajes permanentes de la vida.

Donde hay agua está asegurado el presente y el porvenir. Donde hay agua hay fuentes de riqueza, de todo tipo de riquezas, las materiales del cuerpo y las espirituales del alma. El río Duero ha sido, y sigue siendo, elemento de inspiración de grandes escritores y poetas. El gran Antonio Machado dejó versos memorables. En su *A orillas del Duero* dice “el Duero cruza el corazón de roble/ de Iberia y de Castilla...”. Y en *Campos de Soria* canta “álamos de las márgenes del Duero/ conmigo vais, mi corazón os lleva...” Antonio Machado es una referencia clave de Castilla, de Soria y del Duero: “Acaso como tu y por siempre Duero/ irá corriendo hacia la mar Castilla...” Y cómo no recordar “¡Colinas plateadas/ grises alcores, cárdenas roquedas/ por donde traza el Duero su curva de ballesta...” Y si Machado es grande, grande, grandísimo ¿qué decir de Gerardo Diego? ¿Quién no ha escuchado o leído alguna vez su *Romance del Duero*. Lo sé también de memoria, de aquella memoria que me queda de niño: “Río Duero, río Duero/ nadie a acompañarte baja/ nadie se detiene a oír/ tu eterna estrofa de agua./ Indiferente o cobarde/ la ciudad vuelve la espalda/ no quiere ver en tu espejo/ su muralla desdentada...” Gerardo Diego escribió un romance sencillo, pero profundo, perfecto, emocionante. Y dejó claro por donde pasa el Duero: “... “Tú, viejo Duero, sonrías/ entre tus barbas de plata/ moliendo con tus romances/ las cosechas malogradas...” Al Duero le han cantado infinidad de poetas y escritores, como Luis Rosales, Dionisio

Ridruejo, José Miguel Ullán, Antonio Pereira o Antonio Casares, poeta este que consigue versos bellísimos: “El Duero recita a veces/los versos de su romance/ y lo repiten los chopos,/ y los álamos lo saben...” Gustavo Adolfo Bécquer se inspiró en el río Duero para sus leyendas *El rayo de la luna* y *El monte de las ánimas*, al igual que tantos otros para escribir sus obras. Porque el Duero tiene algo, tal vez lo que también dejó dicho Gerardo Diego. “Y entre los santos de piedra/ y los álamos de magia/ pasas llevando en tus ondas/ palabras de amor palabras...”.

Antonio Machado, Gerardo Diego... pero quedan más, muchos más, algunos a la altura de los farallones del Duero entre Zamora, Salamanca y Portugal. Miguel de Unamuno y Claudio Rodríguez. No llegamos aún a Zamora, donde el Duero es tan o más cantado que en Soria, porque antes debemos recordar el largo Duero que bebe otras aguas, las de sus afluentes, todos castellanos viejos. Lo escribió Juan de Mena: “Arlança, Pisuerga e aun Carrión/ gozan de nombres de ríos, empero/ después de juntados llamámoslos Duero,/ fazemos de muchos una relación...” Unamuno va por esa vía: “Arlanzón, Carrión, Pisuerga/ Tormes, Águeda, mi Duero/. Lígrimos, lánguidos, íntimos,/ espejando claros cielos/ abrevando pardos campos/ susurrando romanceros...” Miguel de Unamuno era un enamorado del Duero. Tras leer su *Viaje por Portugal y España* descubrí que el filósofo no lo era tanto por el estudio quieto de su biblioteca como de tanto viajar, de tanto ver, de tanto observar. Su pasión por el Duero queda reflejado en su poema *Durium-Duero-Douro*, una emoción completa sobre el río, sin olvidar su Tormes y sus Arribes. De esa zona también versifica José Ledesma Criado, quien en su *Canción de febrero* dice “Líneas de nieve y almendros/junto a la orilla del Duero/hay un río por frontera,/ naranjos y limoneros...”.

Pero desandemos los pasos y centrémonos en Zamora, la bien cercada y mejor cantada. El grandísimo poeta Jesús Hilario Tundidor canta “Adiós a los ríos que se van,/ las aguas que en canción de madre alzada/ llevan hacia otra luz, hacia otros aires/ las vísperas antiguas de las zudas...” En *Al ruido del Duero*, el excelso Claudio Rodríguez dice: “Oh, río,/ fundador de ciudades/ sonando en todo menos en tu lecho,/ haz que tu ruido sea nuestro canto... ,tú, río de mi tierra, tú río Duradero...”. Cuando Claudio homenajea a Eugenio de Luermo recuerda que “nació y vivió junto al Duero”. Siempre el Duero. También Unamuno: “Zamora dormida en brazos/ corrientes del padre Duero.” Claudio llega a la cima muchas veces: “Y pasa el agua/nunca tardía para amar del Duero,/ emocionada y lenta,/ quemando infancia”... “Y eres/ tu música del río, aliento mío hondo, llaneza y voz y pulso de mis hombres...”. Agustín García Calvo hace una petición: “Te lo pido por tus barbas/ padre Duero, ¡sálvanos de

las riadas!...” Porque cuando el Duero se enfada lo hace en gigante, y sobrecoge a los puentes. Puentes muy cantados por Blas de Otero: “Por los puentes de Zamora/sola y lenta, iba mi alma./No por el puente de hierro,/el de piedra es el que amaba./A ratos miraba al cielo,/a ratos miraba al agua./Por los puentes de Zamora,/lenta y sola, iba mi alma.” También recuerda a los puentes Antonio Casares: “Todos los puentes de Soria/son ojos para llorarle/porque se va para siempre,/pero el Duero no lo sabe...”.

En Portugal el Duero también tiene una legión de seguidores. Miguel Torga *sublima* al río: “sudor, río, dulzura/...de cocción en cocción,/el mosto va corriendo/en su lecho de piedra...” ¡Qué gran imagen la del mosto, porque el Duero y su cuenca no sólo es agua, es vino, de la Ribera, de Cigales, de Rueda, de Toro, de los Arribes, de Oporto... Gerardo Diego se acuerda de Portugal: “Portugal te abre su abismo./Ay, el mar, el mar, me muero./Desde Urbión, cantando, a Oporto,/¿cuántas horas dura el Duero? José Bento, Eugenio de Andrade, José Saramago, Fernando Pessoa... todos con el Duero muy dentro, como también la prosa de Juan Manuel de Prada, y tantos otros, como el poeta burgalés Manuel Arandilla, quien dice que “el Duero es un río de palabra... el Duero me mimaba en su corriente,/me habla./Sus aguas son todo un diccionario/de palabras caídas del cielo...”.

En fin, Jorge Manrique: “Nuestras vidas son los ríos/que van a dar en la mar/que es el morir...”. Pero siempre alguien nace en el Duero, siempre la esperanza. Gerardo Diego: “Quién pudiera como tú,/a la vez quieto y en marcha,/cantar siempre el mismo verso/pero con distinta agua./Río Duero, río Duero,/nadie a estar contigo baja,/ya nadie quiere atender/tu eterna estrofa olvidada,/sino los enamorados/que preguntan por sus almas/y siembran en tus espumas/palabras de amor, palabras”.

El Duero, España y Portugal, el río de Castilla, (y de León; Esla, Órbigo, grandes afluentes) la columna vertebral de un paisaje, de unas gentes, el alma de una cultura, de una historia, de una lengua. Riqueza indefinida y eterna.



El Duero que nos une

De cuando en cuando, la Europa del Norte demuestra indiferencia hacia los países del Sur, entre ellos, lógicamente, España y Portugal. Eso nos debe obligar a mirar con más fuerza a nosotros mismos, especialmente, en nuestro caso, al país vecino, esa tierra de sentimiento y fado, de gente cariñosa que tiene nuestras mismas cuitas. En esa línea hay que valorar como se merece la visita del presidente de Portugal, Jorge Sampaio, a Castilla y León. Su estancia en Simancas, donde está archivada gran parte de la historia en común de España y Portugal, y en Alcañices, acompañado por el Rey Don Juan Carlos, debe ser motivo de reflexión para concienciarnos de que Portugal es una gran nación que está ahí, al lado, y que los lusitanos son hermanos nuestros a los que cada día debemos mirar con más naturalidad. Tantos años viviendo de espaldas sólo ha servido para demostrar que ser fraticidas sólo conduce al vacío.

El caminar juntos en proyectos comunes, como la propia Unión Europea, debe servirnos para afianzar los lazos para siempre. El río que une a Castilla y León con Portugal, el Duero, el Douro, debe ser cada vez más un punto determinante, una arteria vital, un enlace natural. El agua que nos lleva es el agua que nos une y atrás deben quedar aquellos días en los que el Duque de Alba invadió Portugal y aquella decisión de Felipe II de vivir dos años en Lisboa. Eso fue en 1580.

La línea de relación debe ir más bien por el Tratado de Lisboa de 1668 por el que se reconoció la independencia de Portugal. O mirar más atrás, 1297, para recordar la firma del Tratado de Alcañices, un pacto que sirvió para afianzar la política de amistad y concordia entre España y Portugal. Hubo otro acuerdo famoso, el Pacto Ibérico, suscrito entre Franco y Salazar en tiempos de sendas dictaduras, pero me temo que este no sirvió para mucho porque en esos tiempos se afianzaron los recelos y las distancias entre ambos países.

La visita de Sampaio fue, por tanto, una gran idea, y su reunión con el presidente de la Junta de Castilla y León, Juan José Lucas, albergó esperanzas con vistas al futuro. Además de los trabajos en marcha para la mejora de las comunicaciones se volvieron a hacer votos por plasmar a la realidad una política que ya está dando sus frutos. Me refiero a la idea de mirar al Atlántico. Hace algunos años, no muchos, cuando se hablaba que el Duero podía ser navegable hasta Oporto, muchos se reían. Después se dijo que desde el Muelle de Vega Terrón en Salamanca podrían cargarse 300.000 toneladas de mercancías. Y se

han planteado muchas más cuestiones, especialmente proyectos turísticos. No se ha realizado todo lo previsto, pero nada se ha descartado para el futuro. Ese es el camino, al menos la buena voluntad.

A principios de mayo de 1990 entrevisté al entonces presidente de Portugal, Mario Soares, quien visitó Zamora. Recuerdo que al ver el río Duero a su paso por la ciudad se admiró y dijo: “¡Qué ancho es el Douro por aquí!” Pues eso: ancho y largo, que debe traducirse en amplitud de miras, que es lo que debe primar en esta relación. Porque no hay que olvidar que fue precisamente en Zamora donde Portugal se constituyó como nación. Lo hizo mediante el Tratado de 1143, cuando Alfonso Enríques renunció definitivamente a Zamora, Toro, Salamanca, Tuy y Vigo y fue reconocido por Alfonso VII como Rey de Portugal.

Así fue como quedamos nosotros definitivamente a este lado de Los Arribes del Duero. Sin duda, los farallones han supuesto en muchas ocasiones auténticos muros de separación, pero también se han producido realidades distintas, como la que siempre ha acontecido en el Rihonor de Castilla y el Rionor portugués, dos pueblos de Zamora, uno español y el otro lusitano, separados simbólicamente por una cadena. Ahora ya ni esa cadena tiene sentido.

Siempre se dijo “menos mal que nos queda Portugal”. Ahora hay que redoblar esa idea, porque los tiempos hablan de entendimiento, colaboración y respeto. Por ese camino a lo mejor llega un tiempo en que España y Portugal vuelvan a repartirse la Tierra...de aquí para allá para ti, y de allá para acá para mí... como en el Tratado de Tordesillas, y entonces Francia, sin salir de su asombro, diga como entonces: ¿Pero quiénes son estos para repartirse el mundo? Pues sencillamente dos países con mucha historia en común y, por tanto, mucho por hacer de forma conjunta.



Cariño amistoso

Llega un escritor español a un hotel en Portugal y se encuentra con un cartel escrito en francés, italiano, inglés y alemán. Como chapurrea estos idiomas se acerca al recepcionista y le dice: *Vous parlez français, n'est-ce-pas?* A lo cual contestó: *Não, não falo francês*. Entonces: *Lei parla italiano?*, y el otro: *Não, não falo italiano*. Veamos: *Do you speak English?* *Não, não falo inglês*. Por último: *Sprechen Sie Deutsch?*, a lo que contestó: *Não, não falo alemão*". Al fin le dice: *¿Habla usted español?* Y el portugués dice: *Sí, senhor, entiendo el español*. Perdona -argumenta el español- *no comprendo que pongan el cartel en cuatro lenguas y la única que conoce usted es el español*. El recepcionista le contesta: *Dígame, senhor, ¿en qué hotel de España ha visto usted recomendaciones o advertencias en portugués?* Ante lo cual se calla. Y llega a la conclusión que ni en Portugal hace falta el español ni aquí el portugués; nos entendemos hablando cada cual su idioma.

Esta anécdota la transcribe Unamuno en su libro *Por tierras de Portugal y España*, una serie de viajes que hizo en la primera década del siglo XX. Miguel de Unamuno, con la maestría propia de uno de nuestros grandes literatos, además de filósofo, se mete en el alma de Portugal y España desde los poetas y la poesía, desde la sociología, desde las costumbres y desde la historia de ambos países.

Retratos geniales de un escritor majestuoso, sorprendente por su capacidad para captar el espíritu y el ser de dos pueblos cercanos y lejanos, iguales y distintos, amigos y adversarios. El tema sigue siendo hoy en día un tema de debate, por cuanto Portugal y España están más cerca que en aquellas calendas en las que Unamuno escribió sus textos, pero no lo suficiente. La Unión Europea nos ha unido, pero sigue habiendo reticencias por ambas partes que se deben eliminar. Un trabajo que debe hacer el tiempo, el cambio de mentalidades y la nueva realidad, siempre pegada a la cultura, a la economía y a la política.

Para definir los problemas actuales, las diferencias que nos siguen alejando, voy a ser muy práctico y le voy a robar a Unamuno lo que dice al respecto en el libro de marras que, por cierto, recomiendo fervientemente. Se pregunta Unamuno: *¿A qué se debe el alejamiento espiritual y la tan escasa comunicación de culturas?* Y responde: *a la petulante soberbia española, de una parte, y a la quisquillosa suspicacia portuguesa, de la otra. El español, el castellano, sobre todo, es arrogante, y el portugués, lo mismo que el gallego, es receloso y susceptible*.

PROSAS DE PAN

En mi último viaje a Portugal, con motivo del certamen Vinus Durii, certamen organizado por Zamora y la su región vecina por donde se adentra el Duero, pude comprobar que todo sigue tal cual. Craso error que debemos corregir: nosotros deshinchando el pecho y ellos siendo más alegres y confiados. Así llegará, como dicen por allí, el *carino amistoso*, es decir, amigos y hermanos. Aunque el burro por la linde, claro.



El espíritu de Viriato

“Viriato fue un pastor lusitano que se levantó contra los malos tratos de los romanos y los venció en numerosas batallas. Al final fue muerto por sus capitanes Ditalco, Audax y Minuro”. Tal cual aprendí yo esta lección de historia en la escuela de mis primeros pasos, igual que todas las generaciones nacidas en torno al medio siglo pasado. Hoy la sigo recitando después de tanto tiempo porque hay cosas que se nos han quedado en la memoria como parte intrínseca de nosotros mismos. La lección continuaba diciendo que cuando los capitanes fueron a cobrar por matar al gran guerrero, al *terror romanorum*, recibieron por respuesta la histórica frase “Roma no paga traidores”. Como tantas otras historias de la Historia supongo que esta habría que ponerla en duda, pero yo quiero creerla porque está llena de épica, porque engrandece la figura de Viriato hasta la sublimación y porque deja a los villanos retratados para siempre.

El caso es que Viriato trajo de cabeza a los romanos cuando la Península Ibérica se dividía en tres provincias romanas, la Tarraconense, la Bética y la Lusitania, de ahí lo de *pastor lusitano*, cosa que dejó aclarado no sea que alguno quiera quitarnos a este ejemplo zamorano que el gran escultor Barrón dejó sellado para siempre en la estatua colocada en la plaza que lleva el nombre del guerrero y que hay que mirar, para verla en todo su significado, desde un ángulo muy concreto para descubrir algunos rasgos sorprendentes del indómito pastor que alcanzó la categoría de héroe.

Pues bien, algunos zamoranos siguen invocando con cierta frecuencia el espíritu de Viriato. En esa línea entiendo yo la actitud que algunos colectivos suelen tener para dirimir sus desacuerdos con las autoridades de turno, como ha sido el reciente caso de los peticionarios de un nuevo puente en Manzanal. No es la primera vez que un colectivo se manifiesta dentro de la Diputación, en alguna ocasión con ovejas incluidas. El caso es que los zamoranos van por derecho, al grano, para que se les entienda bien; sin violencia, pero contundentes, cansados, tal vez, de tanta pamplina y tanta mentira sufrida a lo largo de la historia.

En esa dinámica hay que valorar, tal vez, aquel asalto al Cuartel Viriato del entonces presidente de la Diputación, Antolín Martín, cuando los gobiernos socialistas empezaron a reordenar el sistema militar y dejaban a Zamora sin soldados por sus rincones y a los bares de la calle Los Herreros sin poder vender bocadillos de calamares. Aquel *asalto* sirvió para que la protesta zamorana

PROSAS DE PAN

alcanzara sus objetivos de propaganda nacional y Felipe González se enterara del asunto. Entonces la protesta fue de una autoridad contra otra; ahora es la propia autoridad la cuestionada por el pueblo.

Sin duda, Viriato empuja desde todos los lados con tal de que Zamora salga del letargo. Es el espíritu indomable de una gente que no soporta traidores.



Ilustres convidados

La segunda edición de Vinus Durii celebrado en las ciudades portuguesas de Vila Real, Regua, Lamego y Oporto, es decir, en Tras-Os-Montes y Alto Douro, fue, por encima de todo, un encuentro de dos pueblos que cada día tienen más cosas en común. Los veinte años de Unión Europea está dando sus frutos y los viejos prejuicios históricos se están cayendo por su propio peso. Es mucho más lo que nos une a Portugal que lo que nos separa. Y si además conseguimos que ríos como el nuestro, el Duero, o el de ellos, el Douro, lleven la misma agua, que a su vez riegue las mismas ilusiones, habremos conseguido un paso de gigante en el trabajo y la amistad vecinal.

Aquí siempre hemos dicho, cuando nos va mal, “menos mal que nos queda Portugal”, hecho o anécdota que desconocen los portugueses, igual que, en general, tampoco saben que nos gusta cantar *Ay Portugal ¿por qué te quiero tanto?*, o *María la Portuguesa*, el fado de Carlos Cano. Estos días en Vinus Durii hemos comprobado, una vez más, que Portugal merece la pena, y que el esfuerzo de la Junta de Castilla y León por apoyar este congreso, este festival del vino, es algo que más pronto que tarde dará sus frutos si se hacen las cosas bien.

La globalización, la realidad económica y política, no sólo de Europa, sino mundial, nos debe llevar a ser prácticos, a asumir realidades mayores, a ver enfoques más universales y menos de campanario. El Duero/Douro une, los Arribes son españoles y portugueses y el vino sólo puede ser la verdad. *In vino veritas*, y eso es lo que pretende Vinus Durii, un certamen que sólo tendrá futuro si sus responsables logran pasar del discurso más o menos brillante al trabajo eficaz y a la realidad diversa de los mercados.

El presidente de la Junta de Castilla y León, Juan Vicente Herrera, habló en Vila Real de aprovechar el certamen para promocionar el turismo, conseguir mejores vías de comunicación y potenciar el patrimonio común. ¡Qué mejor que abrir el campo y la oferta a los visitantes! El Doctor Lage, presidente de la Región Norte de Portugal dijo que “nada de lo que pasa en España nos es indiferente, que todo nos interesa”. Luego, por ese camino, se puede llegar mucho más lejos. Las *quintas* portuguesas, sus bodegas y su vino exquisito, debe animar a los visitantes, a quienes allí llaman *ilustres convidados*. Si a eso le añadimos los caramelos de Regua, los rebuçados, dulces,

PROSAS DE PAN

sabrosones, símbolo de afecto y cariño, entenderemos por qué debemos tener más en cuenta a Portugal y por qué Castilla y León debe abrirse al oeste.

La raya fronteriza tiene que seguir el camino de lo virtual, porque lo real, lo evidente, lo práctico, es el intercambio de un lado a otro con la normalidad de entrar en la propia casa. La de los hermanos.



Vientos y casamientos

Las caravanas de la conquista del Oeste americano hay que reinventarlas en el Oeste español, especialmente Salamanca y Zamora. La zona de la raya, tanto de España como de Portugal, está en las últimas. La despoblación alcanza cifras de desierto. Por eso hace unos días hubo una reunión en Miranda do Douro donde 174 municipios, de un lado y otro, plantearon la situación y reclamaron alternativas a la Unión Europea, a España y a Portugal. Las comarcas de Sayago, de Zamora, y la de Vitigudino, de Salamanca, fueron voces de primera en este desastre de la despoblación, una auténtica lacra que viene machacando hace muchas décadas, siglos incluso, unas tierras hermosas, de fuerte personalidad, pero abandonadas a su suerte.

Tantos tiempos de espaldas España y Portugal tenía que tener un pagano, y ese ha sido el pueblo llano y corriente de un lado y otro del Duero. El Duero/Douro es una vía de agua donde se intuye la riqueza, porque el agua siempre supone vida, pero las circunstancias históricas han hecho que el agua se haya perdido en la mar sin ser utilizada de forma conveniente. Tan sólo los vinos, en algunos casos espectaculares, como los de Los Arribes, en Zamora, y todos los de Portugal, han sido embajadores de lo que podía dar de sí este río de aguas dulces y profundas.

Ahora España y Portugal empiezan a mirarse la cara sin soberbias españolas ni desconfianzas portuguesas. Los tiempos han cambiado que es una barbaridad, y las políticas comunes y vecinales se están produciendo cada vez más. Tanto los gobernantes portugueses como los castellanos y leoneses han dado muestras de colaboración, abiertas y sinceras, en los últimos tiempos. Tanto en Castilla y León como en Portugal se sabe que es necesario avanzar en el mundo globalizado, y que todo lo que sea quedarse intramuros es hacer una oposición al fracaso. Las cumbres políticas de Zamora, Salamanca y Portugal han contribuido a mirar extramuros.

Ha habido muchas reuniones donde han participado numerosos municipios de los dos lados de la frontera. Y es que la historia está cambiando. Los viejos recelos que nos han mantenido alejados, o enfrentados, con Portugal, se está disipando a marchas forzadas. Ahora tenemos la oportunidad de romper para siempre los malentendidos, las malas formas y los egoísmos de pobre que sólo conducen a una mayor pobreza. La actual crisis debe servirnos para unirnos más, para darnos cuenta de una vez por todas que la unión hace la fuerza y que

las posibilidades de estas comarcas salmantinas, zamoranas y portuguesas siempre tendrán más recorrido unidas que por separado. Una tierra sin gente está abocada al desierto, y en el desierto no hay futuro.

La situación actual, lo sabemos, es lamentable, y se necesita mucha fuerza para creer que se pueden cambiar las tornas. Pero es posible si la Unión Europea y las autoridades de ambos países deciden crear industrias que asienten población. Las ayudas sin más, para tapar bocas y para que algunos aprovechados consigan su particular lotería, no sirven de nada si no se emplean en proyectos bien elaborados, con el marchamo de la realidad. Las gentes de esta tierra son laboriosas, austeras y sufridas, pero tienen también sobre su vida experiencias que no invitan a la esperanza. De ahí que se entienda la actitud de indiferencia ante las nuevas prédicas, porque son ya muchas veces las que los políticos de turno les han prometido un mundo maravilloso que nunca llegó, mientras sus hijos fueron marchándose a otras tierras en busca de mejor fortuna.

Pero ahora deben darle una oportunidad a la esperanza porque Europa está modificando las relaciones. Eso que dicen en Portugal que “de España ni buen viento ni buen casamiento” debe cambiar. O sea, que se tienen que aumentar -y ya- las bodas transfronterizas. Sería una forma eficaz para disminuir la despoblación. Por lo menos eso.



Memoria de 1808

La mayoría de autoridades competentes, más bien incompetentes, han decidido no celebrar actos conmemorativos con motivo del 200 aniversario de la Guerra de la Independencia. Tal vez porque con los franceses debemos ser muy diplomáticos. ETA sigue ahí y necesitamos su ayuda. Que Sarkozy no sea nunca como Girard d'Estaing, aquel nefando personaje que acosaba más a menos a los terroristas en función de los trenes que le comprábamos. Respecto a los ingleses y portugueses, que pelearon con nosotros contra los gabachos, mejor pasar página también, porque fue una amistad, especialmente la de los ingleses, tan interesada que en muchas ocasiones se comportaron como enemigos. Ciudad Rodrigo, Badajoz y San Sebastián fueron algunos lugares donde cometieron todo tipo de tropelías, torturas, violencias y violaciones. Las poblaciones a veces preferían a los enemigos franceses que a los amigos ingleses. Auténticas bestias pardas.

La Guerra de la Independencia fue un hecho crucial en la Historia de España. La cambió para siempre. Nada hubiera ocurrido igual en estos pagos si no hubiera sucedido lo que sucedió, si Napoleón, que era nuestro amigo, no se hubiera vuelto loco tornando las bayonetas, los cañones y los trabucos, contra nosotros. Tenía tanta ansia de dominar Europa que quiso engullir también a España. Fue su mayor equivocación, porque aquí empezó a cavar su tumba hasta llegar al definitivo Waterloo. En España Napoleón paseó su soberbia ganando muchas batallas, pero perdiendo otras que, junto con el desastre en Rusia, le llevaron a la derrota final de la guerra.

En estas tierras no podemos olvidar enfrentamientos victoriosos como Tamames, el segundo sitio de Ciudad Rodrigo y, especialmente, Los Arapiles. Tres puntos cruciales a lo largo de los seis años de enfrentamiento. De hecho Salamanca fue tierra de ajeteo guerrero al tener Wellington sus bases en Portugal. Fuentes de Oñoro y Alba de Tormes también fueron centro de grandes refriegas.

Es necesario en esta efeméride tirar del recuerdo, aunque sólo sea por la memoria de los que tanto lucharon y sufrieron. Compatriotas que no querían ser apéndices de nadie y que, con más o menos acierto, se entregaron a una causa. En su novela *La batalla de los Arapiles* (1812) Benito Pérez Galdós hace un recorrido sentimental por toda la provincia de Salamanca y convierte aquellos días de hambre, sangre, sudor, piojos y lágrimas en una historia de amor

entre un español y una inglesa que, leída en la distancia, supone ser el triunfo de un deseo amable ante la cruel verdad. Malos tiempos aquéllos.

Salamanca fue cita obligada de la también llamada *Guerra Peninsular*, y hoy debemos mirar atrás sin ira, pero convencidos de que la Historia es una gran maestra que debemos escuchar siempre mirando al futuro. Julián Sánchez, el salmantino con más nombre de aquellos días, debe ser rescatado por el recuerdo, así como otros más de estas tierras, muy olvidados, como Pablo Morillo, natural de Fuentesecas, Zamora, que fue mariscal de campo y estuvo en Bailén, Vigo, Los Arapiles y Vitoria, o sea, una carrera de éxitos dentro de aquella guerra con tantas batallas perdidas.

Y también merece un sitio en estas líneas Juan Martín, El Empecinado, de Castrillo de Duero, Valladolid, que trajo de cabeza a los franceses en mil correrías y entró en Madrid con Wellington al tiempo de la huida de José Napoleón, *El Intruso*. Y hubo otro, de El Burgo de Osma, Álvarez de Castro, que fue el héroe del primer sitio de Gerona. Honor y gloria a todos.



Napoleón en Rioseco

En Medina de Rioseco, capital antigua y señorial de Tierra de Campos, ha vuelto a recordarse la batalla del Moclín, aquella que libraron los riosecanos y las gentes de la comarca contra las invasoras tropas napoleónicas. Una batalla que perdimos los españoles y que ganaron los franceses, lo que ha vuelto a suscitar la controversia de por qué celebrar una derrota. Si ya la conmemoración de Villalar, y la derrota de los comuneros ante el ejército de Carlos I, produce controversia como celebración de la fiesta mayor de Castilla y León, el acontecimiento que se lleva a cabo en la Ciudad de los Almirantes de Castilla, también genera dudas en mucha gente.

Le escuché un comentario en radio al maestro periodista y brillante pintor Ansúrez, o sea, Félix Antonio González -quien siempre llevó a Rioseco en el corazón- justificando esta celebración porque esa batalla fue la primera de la Guerra de la Independencia, lo que sirvió para concienciar al resto de los españoles, y decirles a los franceses que ganarían esa batalla, pero que perderían la guerra. También Félix Antonio dijo que “hay derrotas que terminan por ser victorias”, y esa era un ejemplo.

Bien, todo muy bien, y muy justificado. Y muy folklórico. Y muy bonito. Pero estoy seguro que los franceses jamás harían lo mismo, nunca celebrarían una derrota, y con los españoles mucho menos. Como será la cosa que en el Arco del Triunfo de París, donde tienen grabados los nombres de las victorias de Napoleón, tienen también la de Bailén, que si a mi no me falla la memoria fue una victoria española como un piano de grande. Pues no: los franceses, no se han enterado todavía.

La iniciativa del alcalde Artemio Domínguez está bien enfocada, y sirve para dar color y ambiente turístico a la población. Debe resaltarse el espíritu noble, de gente tan noble, que arrinconan el odio eterno y prefiere ir con los tiempos del abrazo y la amistad. Loable espíritu, muy por encima de mis adentros, que siguen recordando que Napoleón fue un personaje que llenó Europa de horror y dolor, que su ejército se dedicó a saquear bienes, incendiar edificios, asesinar a inocentes y a violar a mujeres indefensas, y que tal cosa pasó y sucedió en Medina de Rioseco. Es más, España aún se está recuperando de los males que nos causó Napoleón. Las secuelas económicas y sociales permanecen porque las cicatrices nunca cierran del todo las heridas.

PROSAS DE PAN

Que quede claro que una cosa es una cosa y otra es otra y que, por tanto, bienvenido sea el espíritu deportivo que anima a las autoridades riosecanas, pero sin olvidar nunca la historia en su dimensión real. Como es el hecho cierto de que la batalla del Moclín no sólo sirvió para animar a levantarse al resto de los españoles contra los invasores, sino que además fue un primer paso en la tumba posterior de Napoleón, porque se vio obligado aquí, en España, a emplear más tropas de las previstas, teniéndolas que reducir en otros frentes, como el de Rusia.

O sea, que ganó una batalla pero perdió por adelantado la guerra. Afortunadamente.



Villalar: la batalla inacabada

La derrota en una batalla, cuando se lucha por la libertad, nunca es realmente una derrota. El mismo ejercicio de esa lucha ya supone una victoria. Porque la pelea por la libertad, aunque sólo sea por un resquicio, siempre será un éxito. Esas batallas tendrán principio, pero nunca fin, serán interminables, se convertirán en una larga guerra. Cuando los comuneros Padilla, Bravo, Maldonado, el obispo Acuña y otros nobles y del pueblo pelearon en las eras de Villalar contra las tropas de Carlos I de España y V de Alemania, sufrieron una derrota a decir de los libros, en un ejercicio de simplismo, pero la cuestión es mucho más compleja. Lo que de verdad sucedió en Villalar fue un parón enorme en la evolución histórica de estas tierras, pero los siglos terminaron por poner las cosas en su sitio, muy lejos del hecho militar que llevó a los comuneros a la muerte. Los siglos les han dado la razón y la victoria.

Por supuesto que la revolución comunera hay que entenderla en el contexto de aquella época y de aquella sociedad, y que los señores cabecillas no eran ni unos hambrientos ni buscaban la salvación del pueblo, tal y como puede entenderse hoy. Pero sin duda aquella batalla contra los *aflamencados* fue un paso importante a favor de las libertades de entonces. Y de las de siempre. Un paso que no se dio al completo porque ganó el emperador Carlos, que las reprimió. Curiosamente, hay que reconocer que a lo largo de su reinado Carlos I impulsó la modernización de la Europa de su época.

Pero estas tierras, castellanas y leonesas, sufrieron mucho tras aquel acontecimiento, aunque guardando siempre un halo de esperanza, como se deduce de los versos del poeta comunero Luis López Álvarez: “si los pinares ardieron/ aún nos queda el encinar”. La encina como ejemplo de dureza, de constancia, e incluso de contumacia en el ánimo. Eso es Villalar: una apuesta permanente por la libertad en una batalla inacabada, que además, nunca tiene, ni tendrá, punto final. Y es que la libertad jamás es absoluta porque tiene muchos enemigos que la consideran algo etéreo, impreciso, innecesario y molesto. Cuando la realidad es que es la base fundamental para organizar toda sociedad.

Carlos V, con su fuerza imperial, ganó una revuelta a sus propios súbditos, es decir, que ni siquiera venció a un enemigo extranjero. Puede asemejarse y compararse el hecho a lo que hizo con un numeroso grupo de personas de su tierra natal, Gante, a quienes por no estar de acuerdo con su política, y criticarle, les infligió un castigo *ejemplar*, haciéndoles desfilar con una soga al cuello

delante de su figura, humillándoles de mala manera y advirtiéndoles de sus intenciones, que en muchos casos ejecutó.

En Gante nunca le han perdonado aquella canallada, y aquí tampoco. Por eso Villalar tiene sentido: el de recordar no una derrota militar, una guerra civil, entre hermanos, sino mantener viva la idea de pelear por una libertad que los tiranos, de toda laya y condición, de antes y de ahora, siempre pretenden cercenar.

Jamás existe una victoria definitiva contra la libertad. Antes, o después, el final no es el sometimiento. Antes, o después, ganará la libertad. Los comuneros perdieron aquella batalla el 23 de abril de 1521, pero han ganado la guerra. La Historia está llena de ejemplos en los que la libertad siempre gana. Es cuestión de tiempo. Es el caso.



Emilio Esteban

Ilustrísima Salamanca

Salamanca enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado. Lo dijo Cervantes como nadie podría decirlo. Cervantes, que recuerda en su genial Quijote varias veces a Salamanca, la ciudad donde, por ejemplo, se hizo bachiller Sansón Carrasco. Salamanca unamuniana, Salamanca llena de escritores, filósofos, poetas, profesores. Salamanca del Lazarillo, un poco pícara, un mucho culta, una apuesta por la juventud. Emocionante sensación la de pasear por sus calles, por sus plazas, por sus rincones. Gente alegre y confiada, que diría Benavente. Extranjeros que aquí no lo son; universalidad, unión de todos los pueblos. A veces voy a Salamanca sólo por pasear un rato por su plaza mayor, churrigueresca plaza que está de cumpleaños: 250 desde su terminación. Se comenzó a construir en 1729 y se terminó en 1755. Una plaza que irradia paz, tranquilidad, belleza, armonía. La plaza de las plazas que yo conozco.

La Mayor de Valladolid fue la pionera que rompió los moldes de la época, del XVI, después llegó la de Madrid, del XVII, maravillosa, y después vino Salamanca a poner colofón al arte barroco, en el XVIII. Pegada al ciudadano, sus 88 arcos de medio punto están adornados en sus enjutas por medallones de personas ilustres. Ahí están desde Alfonso IX a Carlos III, desde Santa Teresa de Jesús a Francisco de Vitoria. O los conquistadores. O los descubridores. Y muchos sabios.

La Plaza Mayor de Salamanca es tan especial, se queda tanto en la retina, en el corazón y en la emoción, que nos llega a hacer olvidar la grandiosidad del resto de Salamanca. Y eso no puede ser. Ahí están sus dos catedrales, San Esteban, la Universidad, su fachada plateresca, con la rana más famosa del mundo, su patio de Escuelas Menores, sus colegios mayores, su río Tormes, sus puentes, sus iglesias, sus palacios, el color de su piedra de Villamayor.

En Salamanca, como diría Cervantes, siempre hay sol tras las bardas. O una luz. La luz del día, y del atardecer, y de la noche. De mesón en mesón, de chato en chato, de chacinas y patatas revolconas. De perdices escabechadas, de tencas, de maruja, de cuchifrito. Salamanca de balcones y jardines, de Calixto y Melibea, de amores y pasiones abiertas y escondidas. De genios como Torres Villarroel.

Salamanca, para hacer de la vida un milagro duradero, como sus encinas del campo charro. Salamanca de chirimías, de archivos, de museos del arte de siempre, y *art decó*, muy exclusivo. Salamanca de arte, saber y toros. De Farina, de toreros: El Viti, Los Capea, padre e hijo, Robles, Valverde, Gallo, Juan Diego y tantos. Muchos tópicos, sí, pero me quedo corto, Salamanca, la blanca.

El descubrimiento de Colombia

El 12 de octubre de 1492 es la gran fecha en la que Cristóbal Colón llegó a un nuevo continente, desconocido, a un Nuevo Mundo, que con el tiempo pasó a llamarse América. Por una serie de rocambolescas historias y circunstancias, Américo Vespuccio fue el nombre elegido para las nuevas tierras. Pero creo, siempre he creído, que ese continente debería haberse llamado Colombia y no América. Américo Vespuccio, el florentino que acabó sus días en Sevilla, donde murió, le quitó el honor injustamente a su paisano el genovés, si es que era genovés, que también los catalanes dicen que era catalán y los portugueses portugués. En realidad, no sabemos donde nació, pero sí sabemos donde murió, que fue en Valladolid. Este hecho documentado, fiel y claro, quedó reflejado maravillosamente en la película *El último viaje del Almirante*, producida por Roberto Lozano e interpretada por Juan Antonio Quintana.

Siempre es necesario recordar la historia de Valladolid y las gentes que lo habitaron, y más cada 12 de octubre. Valladolid debe celebrarlo con ganas, con entusiasmo, por ser el hecho histórico más relevante de la Humanidad en los últimos mil años. Si valoramos lo nuestro no debemos escatimar elogios, pues ya con frecuencia vamos por la vida de pordioseros y mendigantes. Debemos resaltar que en nuestro pasado también tenemos hechos brillantes, aunque con los nativos de aquellas tierras no siempre nos portamos como debiéramos. Ya sabemos que se cometieron tropelías, y que como el Papa de Roma con los errores históricos, a lo mejor alguien, alguna vez, debería pedir el perdón que corresponda. Perdón por los abusos y los crímenes cometidos, pero al mismo tiempo resaltar lo bueno que se hizo en aquellas tierras, como fue el mestizaje o el reconocimiento de los derechos de los indios por Fray Bartolomé de las Casas, Fray Toribio de Mogrovejo (el de Mayorga de Campos), Fray Luis de Villalpando, Fray Toribio de Benavente (o Motolinía) y tantos otros. Incluso la considerada tantas veces maligna, Isabel La Católica, dio muchas y buenas órdenes escritas en este sentido.

Controversias al margen, lo que está claro es que esa parte de nuestra leyenda negra debe desbrozarse, sobre todo para demostrar que, en un análisis comparativo, fuimos siempre infinitamente mejores que holandeses, belgas, ingleses o franceses, que esos sí que arrasaron, mataron y fueron implacables con los nativos de las tierras a las que llegaron. Esos pueblos, que ahora se consideran tan civilizados, en aquellos tiempos no dejaron piedra sobre piedra por donde pasaron.

Un 12 de octubre siempre debe servir para que los catalanes, por ejemplo, recuerden su participación en los acontecimientos de aquellas tierras, y traigan a la memoria como se beneficiaron del oro y la plata americana merced a la gran empresa castellana. Fue a través de su comercio masivo, intenso e incansable, que se tradujo hasta nuestros días en los llamados coloniales y ultramarinos. Beneficios que contribuyeron a hacer la Cataluña de hoy en día. El comercio y la burguesía catalana, su florecimiento, encontró en América gran parte de su asidero. ¿Por qué se olvidan de eso los catalanistas independentistas? ¿Por qué tienen la estatua más alta, más labrada y más costosa de toda España, situada cerca del mar al final de las famosas Ramblas? Colón fue una empresa de España, y muy en especial de Castilla y León, que fue donde se fragó la gesta y donde se recaudó el dinero para el viaje, para los cuatro viajes colombinos.

Nosotros nos avergonzamos de lo nuestro por lo que oímos de fuera. Pero olvidamos los intereses bastardos de las voces foráneas. Ya es hora de levantar la autoestima y poner las cosas en su sitio.



Sólo la puntita

México es una gran nación, con cerca de dos millones de kilómetros cuadrados y más de ciento veinte millones de habitantes. Si Hernán Cortés levantara la cabeza se quedaría como las piedras de las pirámides de Teotihuacán. Hernán Cortés se daría cuenta que esto nada tiene que ver con el México que el conquistó *a sangre y fuego*, como está escrito en la historia y en el impresionante museo antropológico de México, y que, lógicamente, recorre todas las etapas vividas por este riquísimo y colorista país.

Pero España, en contra de la leyenda negra, hizo allí también muchas cosas buenas, entre ellas la difusión de esa lengua común, el castellano, del que los mejicanos están orgullosos, lo que también deberíamos sentir nosotros. Nuestros antepasados cometieron errores, tropelías y crímenes, pero también hicieron otras provechosas, como erradicar el canibalismo y las prácticas pagano-religiosas en las que se sacrificaba a seres humanos para ofrecérselo a los dioses. También dejaron un legado común del que ahora debemos sacar unión y provecho. En México se hablan más de sesenta lenguas, algunas de gran importancia, como el maya y el nahuatl, -que hablan 16 millones de personas-, pero conviven todas con el castellano de forma abierta y tranquila, lo que no deja de ser un ejemplo para los cerriles nacionalismos irredentos de España.

A este México enorme y variopinto, viajó una delegación de Castilla y León en busca de nuevos mercados. Veinticinco empresarios pudieron iniciar o ampliar contactos con sus homólogos mexicanos. Los resultados nunca llegan de inmediato, y puede ser que nunca, pero hay que intentarlo porque ahora es cierto que esta no es la España de Franco, cuando los trenes ponían aquello de *prohibido asomarse al exterior*. Ahora debemos hacer todo lo contrario: mirar hacia fuera, vender y exportar nuestros productos en cualquier parte del mundo. El Plan de Internacionalización del gobierno regional es lo que pretende, y por eso ha hecho parada en un México que no todo es lindo y querido, ni mariachis ni pájaros de colores, pero donde tampoco es cierto el tópico de que sea el país de las cuatro mentiras: “ahorita mismo”, “mañana le pago”, “sólo la puntita” y “la última y nos vamos”.

México es un extraordinario país, con fuerza y futuro, un país que valora el respeto, como todos los pueblos. Ya hace mucho que terminó la *conquista*, o el *descubrimiento*, y ahora son otras formas, otras maneras de enfocar el trato y la relación. Ese es el camino para que España vaya a México y al resto de los paí-

ses de Hispanoamérica. Donde hay mucho por hacer y donde debemos intensificar las relaciones, con profesionalidad, con sentido, aprovechando más lo que nos une que lo que nos pueda separar, que en muchos casos es *leyenda negra*. La tuvimos, claro, pero no siempre como se dice. Lo mal hecho jamás puede justificarse, pero tampoco aceptar lecciones interesadas de otros países, algunos amigos europeos, que tienen mucho más que callar que nosotros y que ejercen de justicieros y puritanos. O sea, la verdad siempre, pero también defensa de lo bueno. Que fue mucho.

Arreglar desaguizados pasados, e incomprensiones no muy lejanas, no se puede hacer en dos días. Pero como un negocio, que nunca se puede hacer de golpe. Se necesita paciencia y tiempo. Al principio sólo la puntita. *¿Qué les parece?*



Emilio Esteban

El río Amarillo

China está de moda y no es por el pato cantonés, el arroz tres delicias o el sake al lagarto. Esa moda ya se instaló hace tiempo. La de ahora es porque China se ha convertido en un gigante de verdad, un tiranosaurio que nos puede engullir en cualquier momento. De hecho ya lo está haciendo. Unos mil trescientos millones de personas puestas a trabajar a tres euros al día es un ejército popular que no hay economía occidental que lo resista. Y mucho menos esta España que ya no puede engañar más como a chinos a los centroeuropeos y se prepara para vivir sin subvenciones.

China, por muchas circunstancias, hay que tenerla muy en cuenta. Nada más hay que pasearse por nuestras calles y ver cómo las familias chinas se están quedando con gran parte de los mejores locales. Allí venden de todo a uno, dos, tres o cuatro euros. Todo más barato que en los viejos zocos árabes o nuestros divertidos mercadillos. Nadie puede con los chinos, capaces de trabajar catorce horas diarias, siete días a la semana y dormir hacinados en barracones insalubres. Son campeones del sufrimiento. Si a eso le añadimos que una infinidad de productos que se venden en nuestras tiendas están fabricados en China, colegiremos que este país nos ha invadido de una forma absoluta.

El asunto va muy en serio. No hay político, institución o asociación de empresarios que no esté empeñado en abrir nuevos mercados allí y meterse en ellos como en el caballo de Troya si fuera necesario. Y es que o nos movemos o nos zampan. China es mucho presente y más futuro. Mejor estar pegados a la realidad y trabajar con ella que dar la espalda a los hechos insalvables. Todos los gobernantes del mundo dicen lo mismo, y por eso en España se recibe a los mandatarios chinos de forma solemne. Y no es porque en su día fuéramos consumidores del flan chino Mandarín, ni que hayamos tenido -y tengamos- políticos procomunistas chinos o admiradores de Mao. No, ni siquiera porque en la enciclopedia Álvarez aprendiéramos que el río Amarillo se llamaba realmente Yang Tse Quiang. No. Es porque nos va en ello el éxito o el fracaso de nuestra economía.

Los españoles, como somos tan listos, sabemos incluso que China tiene una Gran Muralla, que Pekín ahora se llama Beijín y que allí se celebraron unos Juegos Olímpicos de mucho nivel. Tanto, que en aquel evento China despertó al medallero demostrando que ya está por encima de Estados Unidos y todos los grandes países occidentales donde el deporte marca los niveles del progreso. Atención al hecho.

La cosa es más que una posibilidad. El elefante amarillo ya se ha levantado. Por eso tiembla el mundo, incluidos los Estados Unidos de América, que saben que está en juego la supremacía mundial. El miedo al gigantón se nota, se masca, por la incertidumbre que genera. Y es que China está comprando el mañana en todo el planeta en forma de empresas petrolíferas y minas de vital importancia para la industria, además de concesión de préstamos multimillonarios a un sinfín de países que están quedando apresados en sus redes. Entre ellos, nada más y nada menos, que Rusia. Otro gigante, pero que ahora está en horas bajas.

La fuerza que tiene China viene a ser la demostración de la ley de vida que explica que la Historia es una sucesión de imperios que cada cierto periodo de tiempo dominan todo el mundo o un área geográfica fundamental. Siempre hubo imperios y el próximo es chino. Los americanos tienen el tiempo contado para sacar pecho y andar perdonando vidas, con buenas razones democráticas a veces, y otras con arrogancia y prepotencia innecesarias.

Hay que tomarse a China muy en serio y con urgencia. Los primeros los empresarios, para que produzcan aquí y sepan vender allí, que esto de la economía de mercado tiene mil caminos y veredas. Tienen que abrirse al mundo amarillo, adiestrarse de una vez por todas en el manejo de los palillos para comer arroz y a aprender al menos el chino mandarín. La cuestión es más seria de lo que parece.



Gente nómada

Unos dicen que la vida es una tómbola, otros que si una ruleta y todos que siempre es un frenesí. La vida para cada cual es una idea, una imagen; para mi la vida en concreto es un viaje. Porque hoy en día lo sedentario es relativo, se lleva sólo a medias; prima más lo nómada, la búsqueda de otros mundos, otras culturas, otros olores y otros sabores. El mundo en realidad es una mezcla de todo eso, como lo es la propia vida. Por eso la palabra extranjero cada día tiene menos sentido y está desapareciendo de nuestro vocabulario. Como leí hace poco en una sentencia: “si la pizza que comes es italiana, la cerveza que bebes es alemana, las vacaciones que compras son marroquíes, el restaurante al que vas es mejicano y el coche que llevas es sueco, cómo se te ocurre decir que tu vecino es extranjero”. Es cierto: cada día somos más un poco de todo, más mestizos, más universales, más abiertos. Sólo los nacionalistas retrógrados, esos esperpentos del XIX y principios del XX son la excepción en el XXI. También las religiones, que venden a sus acólitos cielos maravillosos y salvaciones eternas y únicas para sus hijos exclusivos.

Desde siempre el hombre fue nómada, porque raras veces el progreso y la paz le acompañó en sus ansias sedentarias. Los valles feraces fueron siempre patrimonio de los poderosos guerreros, y por eso el hombre hubo de emigrar a otras tierras, a otros mundos. Cuando el sistema social se hace insostenible, por lo político o por lo económico, al hombre no le queda más remedio que coger el hato en busca de otras oportunidades. El pueblo errante judío es un ejemplo bíblico, como ahora lo es el pueblo palestino, o el turco, o el marroquí, el senegalés o el sudanés. También lo ha sido el español en varias ocasiones. Antaño se fue a hacer las Américas porque esto era patrimonio de los señores feudales y en tiempos de Franco porque aquí no había comida para todos. Francia, Alemania, Suiza, Bélgica fueron algunos de los puntos elegidos para el viaje en busca de mejor fortuna de nuestros compatriotas. La normalización política desde la democracia y Europa ha hecho que esto no lo conozca ni la madre que lo sufrió hace cuarenta años. Somos felices por ello. Pero a medias, porque en 2007 se inició esta crisis devastadora que ha vuelto a llenar trenes y aviones de jóvenes en busca de trabajo en otros países.

Hay dos tipos de hombres dice Lee Marvin en *La leyenda de la ciudad sin nombre*: “los que van a alguna parte y los que no saben a dónde van”. Es cier-

to. ¿Pero a dónde van los que emigran, los que abandonan España? ¿O los que llegan a aquí engañados por las mafias? ¿Qué esperan? ¿Quién les ha dicho que esto es el paraíso? Habrá que procurar que por lo menos no les sea un infierno.

El éxito de la sociedad futura está en el mestizaje, en la integración, en el cambio de mentalidad. El vecino es otro más. Que así sea.



Turismo: distancia, tiempo

Las claves del viaje se resumen en dos mandamientos: la distancia y el tiempo. En *La montaña mágica* de Thomas Mann, el gran escritor alemán que se enamoró de Suiza, dice que dos días fuera del lugar de donde se vive supone un cambio de esquema fundamental para la mente. Es ahí donde se produce la anulación del estrés cotidiano. Por eso viajamos. Por eso necesitamos poner tierra por medio. Por eso ansiamos un tiempo para la vacación. Y mucho más cuando vivimos una situación de crisis que llega a cuestionar nuestra propia dinámica de vida.

Ante esta realidad nos tenemos que preguntar más que nunca a qué lugar viajamos. En ese mismo momento tenemos claro que necesitamos irnos algunos días fuera de casa. El estrés que genera el problema económico diario incide tanto en nuestro sistema nervioso que nos ayuda a meternos más en el pozo. Entendemos, por tanto, que en medio de la crisis económica España se convierta en un destino preferido de otros ciudadanos que sufren lo mismo. Es lo que dicen los datos: que llevamos un año tras otro aumentando la recepción de turistas, hasta alcanzar los sesenta y cinco millones al año. Una inyección económica fundamental para el país.

Pero tenemos que preguntarnos el por qué, cuál es la causa, el motivo, de que con la que está cayendo nos visiten más turistas. Por muchas razones. Todas ligadas a los dos conceptos claves que decíamos al comienzo: la distancia y el tiempo. España es un país atractivo porque está en otras coordenadas geográficas y al mismo tiempo facilita la integración de los turistas desde el punto de vista emocional. Nuestros principales clientes son ingleses, franceses y alemanes. Todos interesados en esta España abierta a lo lúdico, a la relajación que genera el sol, la playa y la paella, a esta España que para la vieja Europa sigue siendo totalmente exótica. La Europa trabajadora y centrada exclusivamente en la seriedad que genera la razón pura. Y es que España es el lugar ideal no sólo por el sol, si no también por la fiesta, por la juerga, por lo imprevisible y por las sensaciones que genera.

En este sentido entra de lleno Castilla y León que, lejos de ser tierra de seriedades cerriles, es siempre un espectáculo de toros, limonadas, peñas, romerías, bailes, jornadas gastronómicas y mil diversiones que rompen los esquemas de las gentes que llegan del frío, del trabajo obtuso y el pensamiento filosófico. En Castilla y León, al patrimonio de incalculable valor, propio para gentes que

aman la cultura, le añadimos los ingredientes de la costa, como son la alegría, la sensación del vivir el momento de forma especial y la búsqueda de la felicidad a través de situaciones imprevisibles y únicas.

Castilla y León, como toda España, no está para juergas. Pero se ha aferrado a eso de que “a mal tiempo, buena cara”. Nada adelantamos con los golpes medievales del flagelo, ni la creencia de que debemos echarnos a las espaldas propias los pecados del mundo. Debemos otear la realidad del mundanal ruido porque ahora no es el tiempo de Fray Luis de León. Lo que no quita que quien quiera se retire a un cenobio y encuentre en la paz de los claustros su sentido de la vida. Allá cada cuál con sus creencias. Esta es una tierra respetuosa con todas las creencias y asume con normalidad lo que pasa por la rúa.

Lo que sí debe Castilla y León es seguir la estela turística de España, porque es aquí donde está la auténtica marca que atrae al turista. Los conflictos del norte de África y cercano Oriente están contribuyendo al aumento del turismo en nuestra tierra. Pero no sólo eso. Hay que entender que es en España donde se han hecho bien durante mucho tiempo las cosas del sector turístico. Hay que reconocer que esto lo hacemos bien. Por eso recogemos el fruto del desastre turístico en otros destinos, al margen de guerras e incertidumbres políticas. Eso no significa que no debamos mejorar y que necesitemos levantar la voz para arreglar muchos aspectos que tenemos abandonados.

Distancia y tiempo. Y emoción. Mucha emoción. Esto es España. Esto es Castilla y León. Tierras y gentes para luchar contra el estrés de la vida cotidiana. Tierra perfecta para que el tiempo ponga distancia. Tierra donde la distancia hace que el tiempo tenga mucho más contenido. Aquí Thomas Mann también hubiera sido feliz.



Hospitaleros de nosotros mismos

Hay deudas que uno siempre debe pagar. Y yo la tengo con el Camino de Santiago. Sólo he hecho dos etapas y en distinto día de diferente año. La que más se me quedó en el ánimo fue la primera. La hice, eso sí, sin convicción, arrastrado por la curiosidad. Simplemente me apunté porque lo habían hecho otros colegas periodistas de Castilla y León que querían acompañar al presidente de la Junta.

Recuerdo aquella mañana temprana en los Montes de Oca burgaleses, apenas saliendo el sol, fresca e incierta, como una apuesta por la experiencia. Siempre me impresionaron los comentarios, las palabras y los escritos de los devotos del Camino de Santiago. Y por eso yo aquel día especial tenía curiosidad por saber de qué iba aquello, qué encerraba, qué atracción única arrastraba a tantos hombres y mujeres desde siglos a hacer ese Camino. Aquel día, en los prolegómenos, en los momentos anteriores a dar el primer paso, sentí una lucha interior: la que me generaba el no creer que el Señor Santiago estuviera enterrado en Compostela y las ganas por comprobar las sensaciones de otros, de tantos, durante tanto tiempo.

Con frío, con sol, con lluvia, con nieve, con hielo, nunca ha faltado un caminante, un peregrino, a Santiago. Y ese solo hecho bien merecía un pensamiento, una cavilación, incluso un trozo de la razón contestataria. Santiago Matamoros, el de la batalla de Clavijo, nuestra espada salvadora contra los sarracenos, nunca cupo en mi humilde cerebro. Por más que lo haya intentado. Aquel día por tanto, pensé, sólo debía calibrarlo desde la emoción, desde la camaradería, desde la mirada de los otros caminantes. Para mi debía hablarme el paisaje, las tobas altas, los pinos redondos, las brañas, las piedras de San Juan de Ortega, el infinito e inmisericorde cielo de esos pagos históricos de la vieja Castilla. Debía descubrir un mundo inexplicable, pero muy cierto para muchos. Debía bucear en el mundo de la fe, ese mundo en el que la religión católica basa su apostolado, su verdad y su existencia. La fe: un asidero imbatible, un castillo inexpugnable, una roca irrompible. Un muro para mi.

Con esas premisas empecé andar y andar. En busca del objetivo: llegar. Pero mientras tanto quería ver y sentir ese pulso desconocido. Necesitaba que se me despertaran sensaciones imprevistas que me caldearan el alma y sublimaran las entretelas de mis sentimientos. Era una apuesta por asumir la experiencia de los otros, de esos peregrinos que han llenado el firmamento estrellado del

Camino de plegarias, de versos, de risas y de llantos, de palabras rotas y que-
rencias encendidas.

Los pasos inexpertos, pero decididos, terminaron por traerme cansancio. Pero descubrí que cuanto más me cansaba más fuerza interior acumulaba. Era como atropar leña para hacer brasas, o eran las brasas mismas. Fui descubriendo que el Camino tenía algo. No sabía qué. Pero lo tenía. Era algo desconocido, como penetrar en una ciudad de cuentos y leyendas en un túnel del tiempo. Maravilloso. Entonces entendí para siempre el por qué creyentes y no creyentes, y una interminable lista de derivados religiosos y contumaces descreídos, acudieran a hacer el Camino. Vi también ese día cómo se fundía lo medieval con lo contemporáneo, cómo la Historia misma se ahormaba en un trozo de tierra.

El Camino de Santiago, el camino francés, lo descubrí aquel día, era un hervidero de humanidad donde el peregrino, el que va buscando Santiago a golpe de andar y andar, no se si lo encontrará, ni siquiera si las piernas y los pies deshechos le dejan llegar a Campus Stellae, pero de lo que estoy seguro es que el peregrino se va a encontrar a sí mismo mientras se enfrenta a sus cuitas, a sus miedos, a su propia desnudez. Por eso está muy bien hacer el Camino acompañado, apoyado por la charla del amigo, a caballo, o en burro, o en camello o en bicicleta. Pero los que entienden de la auténtica vivencia peregrina aseguran, y no paran de decir, que el Camino de verdad hay que hacerlo a pie y en solitario. Esa es una deuda añadida que no se si algún día pagaré.

El Camino es una fuente permanente de sorpresas. Es una ruta que por más transitada que esté, siempre desprende paz y sosiego. Es una escuela abierta de lenguas distintas que confluyen en el entendimiento. Un Babel al revés, a lo ancho y a lo largo, sobre todo a lo largo. La mirada del Señor Santiago que hoy tengo, ya no es la que me enseñó la enciclopedia Álvarez, bajo la caridad de la leche en polvo de los americanos y palios españoles de religioso y florido pensil. Tampoco veo la intransigencia de siglos pasados, de cerrazones religiosas. Ahora veo un camino abierto, universal, bajo una Vía Láctea fraternal, donde lo cercano y lo local se hacen inmensos y propios de un mundo globalizado, ese mismo mundo que siempre ha sido un pañuelo.

En el Camino de Santiago el corazón, el sentimiento, se hace parada y fonda. Todos, al final, somos hospitaleros de nosotros mismos.

La teoría del bache

Zamora, excepto en el cariño que le tenemos sus propios hijos y en su capacidad de ahorro, suele estar en los puestos más bajos de los estudios estadísticos. Malas carreteras, comarcas enteras sin futuro, pueblos abandonados, sectores de producción en decadencia, incendios en sus bosques, carestías sanitarias y un sinfín de deficiencias hacen que Zamora siempre se cite desde la óptica negativa. Y en cambio hay dos datos, fundamentales en toda economía y en el desarrollo de cualquier pueblo, que dicen que Zamora no está donde debiera y que su futuro debería revisarse al alza. Me refiero a que Zamora es una gran productora de energía y que es una provincia abundante en agua, ese oro incoloro que va camino de ser tan importante como el negro. Zamora apenas consume una cuarta parte de la energía que se produce en sus tierras. O sea, que en Zamora está el petróleo y los beneficios se van hacia otros lugares, véase País Vasco, por ejemplo, donde tanto protestan olvidándose que carecen de materias primas claves en la industria. Un despropósito y una injusticia.

Respecto al agua pasa tres cuartas partes de lo mismo. Zamora está cruzada por ríos caudalosos, como Duero y Esla, más otra infinidad de cauces muy importantes, como Órbigo o Tera, o embalses de gran capacidad, o lagos. La cuestión es tan inconcebible que hasta en Benavente, donde confluyen tres ríos, ha habido veranos que los vecinos han tenido que surtirse de agua en garrafas. Desconcertante.

Tenemos agua, pero Zamora tiene sed en muchas de sus tierras, como la de Campos, donde los planes político-agrícolas, ya desde tiempos de Sagasta, que fue diputado por Zamora por cierto, ha sido un fraude continuo. ¿Qué los zamoranos sólo lloran y se quejan y que viven del lamento? José Luis González Vallvé, zamorano y consejero que fue de la Junta, gustaba hablar de la *teoría del bache*. ¿Saben en que consiste esa teoría? Más o menos: la gente no circula por una carretera porque está llena de baches, pero un día se arregla y la gente sigue sin circular por esa carretera porque al no crearse riqueza no hay que transportarla de un lugar a otro; la gente prefiere quejarse y echarle la culpa al maestro armero. Esta teoría de González Vallvé es real y muy cierta. Pero hay que desterrarla, porque hay que conseguir que la mentalidad cambie con hechos. Zamora, teniendo, como tiene, recursos, debe exigir más; su sociedad civil debe pedirle más empuje a sus gobernantes, esos que históricamente han sacrificado los recursos comunes por los intereses individuales o de partido.

Zamora y los zamoranos debemos pensar que nunca es tarde. El tren veloz, que ya llega a la ciudad, el desdoblamiento con Valladolid y la autovía de la Plata, funcionando a plena satisfacción, y la constancia pueden contribuir a cambiar el futuro de esta tierra situada en un córner áspero y olvidado. La energía y el agua son recursos económicos que hay que poner en valor. Y deshacer la teoría del bache.



Cuando el agua se desmadra

“Después de los años miles vuelven las aguas por sus carriles”. Ya de niño escuché a mi padre este refrán tan verdadero. Y es que el hombre, que se cree tan listo, acostumbra a saltarse las señales que marca la naturaleza; y la naturaleza, tranquila y paciente, cuando lo considera oportuno le pone al hombre en su sitio. Como lo está haciendo estos días, que de nuevo, ríos grandes y pequeños, arroyos y regatos, han vuelto a salirse de madre inundando tierras de cultivo, viviendas y carreteras y derrumbando puentes, lo que ha generado en los humanos la impotencia de su propia estupidez.

Una de esas estupideces las vemos con cierta frecuencia en el Levante español, donde se suele edificar en cauces secos. ¿Cómo es posible? Si hay una evidencia clara de que por esas torrenteras, desde tiempo inmemorial, ha pasado agua ¿por qué no se toma en cuenta? Y claro, cuando el año viene cargado de agua, o hay una gota fría, el mar se llena de muebles, coches y todo tipo de enseres que se ha llevado por delante el agua torrencial.

En invierno el Tormes, el Duero, el Pisuerga, el Valderaduey, el Sequillo, el Cega, el Eresma, el Adaja, el Carrión, el Arlanza, el Esla..., todos los ríos de Castilla y León, y el resto de buena parte de España, se enfadan ocasionando destrozos, graves daños económicos y desastres de todo tipo. Cosa que también ha pasado, en mayor proporción, en Inglaterra y en otros países europeos. Con cierta frecuencia el Támesis, el Ródano, el Garona, el Danubio, el Elba, el Rin o el Tíber la preparan parda. Las imágenes que vemos en televisión suelen ser dantescas. Y uno siempre se pregunta: ¿por qué esas casas a las que les llega el agua hasta el tejado se han construido ahí?

Muchos piensan que hace mil años el tiempo no daba tantas sorpresas, que era más igual, que no sufría cambios bruscos. Y eso no está claro. Desde que existen las estadísticas se sabe que hace sesenta años, o treinta, o quince “ya pasó lo mismo”. La aseveración de que está cambiando el clima sigue siendo discutible. Es cierto de que muchos científicos aseguran que sí, y son apologistas del fin del mundo. Pero otros, también hombres de ciencia, dicen que eso es una milonga. ¿Alguien sabe lo que supondría en la época romana, o en la medieval, los incendios generados por las guerras, o la corta de los bosques para construir barcos? Entonces no había vehículos ni lluvia ácida, pero había otras causas destructoras de la atmósfera. O sea, que siempre el

hombre ha contribuido al cambio climático, lo que vendría a demostrar que lo que pasa ahora no es nuevo.

Lo que sí tiene culpa total el hombre de nuestros días, especialmente las autoridades competentes -e incompetentes- es que huyen de la medicina preventiva. En Inglaterra los miles de afectados por las inundaciones, como el año pasado en Alemania o Francia, se quejan de que ya hace mucho tiempo habían pedido que se limpiaran los cauces, cosa que Blair no hizo ni tampoco Cameron. Ni Angela Merkel, tan previsora en todo. Después el gasto es muy superior para reconstruir lo destruido y ayudar a las familias afectadas.

Cuando yo tenía nueve años el río Valderaduey, que pasa por Cañizo, se desbordó derribando numerosas casas y más de una docena de palomares. Vi con ojos de niño lo que era una desgracia. Mi casa fue rodeada por el agua, pero se salvó porque mi hermano Gilio puso alrededor una pequeño dique de estiércol, lo que impidió que el agua penetrara y llegara directamente a las paredes. Nunca he olvidado aquella angustia, ni el dolor de los que perdieron su vivienda. Una imagen cruel que siempre llevo en mi memoria. A raíz de aquella desgracia, que también padecieron otros pueblos de las riberas del Valderaduey y del Sequillo, se drenaron sus cauces, y en algún caso, se hizo un trazado nuevo. Gracias a eso, otras posteriores avenidas desmaдрadas no han ocasionado mayores problemas.

Pero desde hace décadas no se limpian las espadañas y cañizos que invaden el cauce y esa es la causa de que en algunos pueblos de la zona sigan teniendo graves perjuicios cuando el agua vuelve. Ahora bien, hay técnicos que dicen que es mejor no limpiar esos cauces porque en caso contrario las avenidas de agua no serían contenidas por la maleza. Doctores tiene la Santa Madre Iglesia, pero eso no les convence nada de nada a los que las inundaciones dañan sus intereses.

Para lo único positivo que han servido las inundaciones en España, bien por crecidas desmesuradas de sus ríos, o por rotura de alguna presa (Tous, Valencia, 1982), ha sido la solidaridad generada. Recuerdo ver en la entonces incipiente Televisión Española las terribles inundaciones de Cataluña del año 1962. Sabadell, Tarrasa y Rubí se vieron desbordadas por el agua de sus ríos, pequeños pero matones, como el Llobregat y el Besós. Murieron más de 800 personas y los daños materiales fueron incalculables. Sucedió un 25 de septiembre y la catástrofe generó la solidaridad de toda España; gentes de todas partes aportaron dinero para aquellos a los que la naturaleza les había arrebatado a sus familiares y amigos o les había dejado en la calle. España solidaria, España con los catalanes. ¡Cómo no! Al igual que ocurrió en

PROSAS DE PAN

Zamora en el año 1959 cuando se rompió la Presa de Vega de Tera y se llevó por delante el pueblo de Ribadelago, muriendo en torno a 250 personas. Toda España estuvo con Zamora.

Mucho mejor prevenir que curar. Mucho mejor hacerle caso a la naturaleza que chulearla. Mucho mejor evitar los desastres que arreglarlos. O sea, cuidado con el agua que cada cierto tiempo reclama lo que le pertenece.



La vida automática

El gran mal de nuestro tiempo es el estrés. No hay nadie que no lo padezca; los pobres porque la búsqueda del pan diario les produce tal desasosiego que da en esta enfermedad moderna, los ricos porque no saben cómo gastarse el dinero y descubren que la vida de fiesta y fasto no les llena el alma y la clase media porque les trae a mal traer el no ser ricos de verdad y el esfuerzo que hacen para conseguirlo les produce una ansiedad insoportable que concluye en estrés puro y duro. Todos tenemos estrés: los taxistas, los albañiles, los empresarios, los periodistas, los maestros y las amas de casa. Todos por unas circunstancias u otras vivimos sin vivir en nosotros.

Lo cierto y verdad es que el bien mayor que existe hoy en día es el tiempo. Nadie tiene tiempo para nada, ni siquiera para comer con los amigos. La demostración es muy sencilla: basta con intentar organizar una comida con seis amigos, por ejemplo; es casi imposible juntarlos a todos el mismo día y a la misma hora. Todos y cada uno individualmente son tan imprescindibles en sus quehaceres que, aunque quieran, no pueden desatender sus obligaciones. La cosa llega a tal punto que los amigos, más que amigos, parecen fantasmas de la obligación, el deber y el trabajo. Me incluyo, por supuesto.

El gran escritor gallego Julio Camba, corresponsal que fue en Nueva York en el primer tercio del siglo XX, escribía, y no paraba, en describir los prodigios que sucedían en lo que llamó *la ciudad automática*. Se sorprendía de cómo se sucedían los hechos, de cómo se levantaba un día y habían construido el Empire State Building o cómo al día siguiente se encontraba con una calle nueva, un puente distinto o un edificio sorprendente que el día anterior no estaba allí. El progreso de Estados Unidos por aquella época era tal que engullía a la gente como si fueran hamburguesas.

Entonces ya había estrés, pero tal vez nadie se daba cuenta. Es ahora, en la sociedad del bienestar, cuando de pronto todos descubrimos que andamos volados, que somos números de rifa y que hemos progresado hacia atrás en muchos aspectos. “¡Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido!”, que dijo Fray Luis de León.

El problema es que ahora cuando huimos del mundanal ruido para descansar nos tropezamos con millones de coches que desplazan el agobio a otros lugares. Se cambia el lugar del follón, pero nada más, porque por si fuera poco

PROSAS DE PAN

la masa desplazada, está el teléfono móvil para recordar que los problemas de la oficina no han sido resueltos.

Vivimos de forma automática, sin tiempo casi para pensar. Por eso, más que nunca, el tiempo es oro en estos días de agobio. La ciudad automática de Julio Camba se ha metido en nuestras vidas. Para mal.



Contra la estupidez humana

Los humanos hemos demostrado a lo largo de la historia que somos seres muy estúpidos. Y este es un calificativo muy generoso, porque el ser humano va mucho más allá: es cruel, es criminal, es malvado y es imbécil. Eso como mínimo. Para demostrarlo no hace falta mucho, sólo recordar que el hombre es el único ser vivo capaz de matar a un congénere sólo por maldad, sin necesidad, sin motivo. Porque los animales matan para quitarle la comida a los demás de su especie o de otras semejantes, pero no como nosotros, que lo hacemos sin hambre y sin sed; al contrario: saturados de comida y hartos de bebida somos capaces de ser mucho peores, hasta llegar a la crueldad. Por ideología, por religión, por criterios políticos o por cualquier otra razón irrazonable.

Porque esa es otra: el hombre es el ser razonable, el *homo sapiens* que ha llegado al *homo kantiano*. Precisamente Kant era del mismo país del genocida Hitler, quien ostenta, y detenta, ser uno los mayores genocidas de la historia, junto con Pol Pot o el rey Leopoldo, olvidado y desconocido genocida, recordado en algunas ediciones de ese libro imprescindible que es *El Corazón de las tinieblas* de Josep Conrad. El belga mató en torno a siete millones de personas en el África negra.

Y digo todo esto para situar la nueva estupidez humana (eso sí, en otro contexto, más liviano, nada que ver con esas maldades) que puede ponerse de moda. Lo he visto y escuchado en una noticia de televisión: se trata de un restaurante en New York, situado en Brookling, donde está prohibido hablar. Se llama *Eat* y pretende que los comensales valoren “el profundo valor de comer”. Sólo se oye en el restaurante el tintineo de los tenedores y las cucharas con el plato, o las copas de vino, supongo que de cristal de Bohemia, de la Granja de San Ildefonso de Segovia o de Murano. La cosa llega a tal grado de estupidez que si alguien habla se le expulsa del comedor por impertinente y por no haber descubierto el valor de sólo comer en una ciudad llena de ruidos.

Hace algunos años yo mismo tuve una experiencia estúpida, que fue cenar a oscuras, sin saber que contenía el plato. Fue algo que recuerdo con angustia porque encima fui cómplice del encuentro culinario al patrocinarlo desde una televisión de la que yo era director. Me engatusó una comercial absolutamente estúpida con ideas estúpidas y yo mismo fui un estúpido. La experiencia me sirvió para intentar no volver a caer en otras estupideces semejantes. Años después, cuando escucho, y veo, eso de comer sin hablar, no he podido por menos

que escribir estas líneas para reafirmarme que el hombre no tiene remedio, que tropieza de piedra en piedra, al cabo de años y siglos, sencillamente porque es estúpido, sin posibilidad de solución.

Eso que hacen en New York me recuerda también cuando los frailes donde estudié el Bachillerato me sometían cada año a una semana, o dos, de ejercicios espirituales, durante los cuales en el desayuno, comida y cena no se podía hablar. Los niños nos mirábamos como desconocidos, sorprendidos de una situación tan estúpida. Aún padezco de aquel trauma. Menos mal que con el tiempo, ya ido del seminario, superé la relación con las mujeres, que allí, lógicamente estaba vedado. Eso ya hubiera sido el desastre absoluto.

Termino: para un servidor lo más importante de una comida es como sigue: 1) la compañía (o sea, la conversación), 2) el ambiente del lugar (restaurante, bodega o taberna, y si tiene ruido, moderado, mejor), 3) la bebida, o sea, el vino, que aunque me encanta y sublimo en su medida el Vega Sicilia, y considero el San Román de una emoción especial, admito sin problemas el vino de cosechero y en porrón, y 4) la comida, toda, preferiblemente los guisos de la abuela, valorando como se merecen David Muñoz, Ferrán Adriá o mi maestro Martín Berasategui.

Me voy a gritar contra la estupidez humana.



Ejecutivos rurales

Los fines de semana los ejecutivos bajan la guardia, guardan en el armario el traje, la corbata y la camisa de cuello italiano y se visten de personas corrientes, o sea, pantalón vaquero o de pana, dependiendo si es tiempo de calor o de frío, camisa desenfadada, a cuadros o rayas, jersey de lana, zapatos náuticos en verano, o deportivas, y bota campestre en invierno. Gustan también los ejecutivos llevar gorra si andan escasos de cabello y suelen utilizar chupas de cuero raído y sobado o abrigo contundente, siempre con una bufanda a semejanza de Umbral. El ejecutivo, cansado del estrés y la tensión diaria, que es cuando va guapo y bien vestido, reivindica en el fin de semana otra forma de vida. Y como quiera que Virgilio Dolfes tenía razón cuando aseguraba que el hábito sí hace al monje, los ejecutivos pasan a ser labradores o pastores como si tal cosa.

Cuando uno descubre a un ejecutivo en fin de semana haciendo turismo rural lo primero que se lleva es una sorpresa: “Juanito, coño, tu por aquí, y además de una guisa impropia, desconocida, en un hombre tan elegante como tu”. “Ya ves -te contesta- así es como me siento a gusto; sólo descanso cuando me quito el traje y la corbata”. El ejecutivo se va al campo a perderse, a comer de cuchara el puchero de la abuela. Quiere olvidarse de las cocinas de autor, de los menús largos y estrechos y de todas esas moderneces a que le obligan las comidas de empresa con gentes de otras empresas con políticos de postín. Comidas de trabajo que, encima, como decía Calviño, aquel director general de la televisión pública de Felipe González “ni se come ni se trabaja”. Y tenía razón. Por eso el ejecutivo, que deja la piel entre el asfalto, el coche, las reuniones y las comidas de trabajo en restaurantes con muchas estrellas, busca estirar el cuello los fines de semana en la fronda campestre de lo cotidiano, la sencillez y lo popular del pueblo. “¡Cuánto marisco hay que comer, dicen los ejecutivos (y los periodistas), para llevar un poco de pan a casa!”.

Y cierto es que muchas comidas de esas que desde afuera pueden producir envidia, desde dentro no son más que cargas pesadas, siempre en función de lo amigo que se te hace el *maitre* en el restaurante y lo plúmbeo que sea el colega comensal. Porque hay ejecutivos muy pillos, con un ojo siempre auscultándote para ver por donde te la mete y con el otro sonriéndote para darte confianza como los cocodrilos en la Ciénaga Zapata. Y claro, al ejecutivo tramposo le sienta mal la comida porque le castiga la conciencia y al otro por tonto e insustancial. Total, que ninguno es feliz.

PROSAS DE PAN

Y esas frustraciones, ese desastre personal, lo debe resolver cada cual en el fin de semana, en Gredos, en Sanabria, en las Médulas o en la sierra de la Alcarama. En cualquiera de los lugares sorprendentes de Castilla y León, entre caminos que se pierden a lo lejos mientras se piensa en el duro oficio de vivir y lo difícil que es esperar la felicidad en la jubilación, que tanto tarda en llegar.



Mendigos y pedigüños

En muchas ciudades, a unos tres metros de altura, en las esquinas de los edificios, junto a la placa del nombre de las calles, ha rezado hasta no hace mucho una frase grabada en cerámica que bien podría servir para estos tiempos modernos: *Prohibida la mendicidad*. Un vestigio del pasado que, dada la situación, se hace presente. Los años pasan, pero las faenas económicas son cíclicas, y las circunstancias negativas han vuelto. Hay cosas que no cambian nunca, y entre ellas está la pobreza. Pobres los ha habido siempre y, lamentablemente, siempre los habrá. Los datos de Cáritas Española sobre la situación actual son descorazonadores. Los hombres y mujeres por debajo del umbral de pobreza son legión. Los comedores populares no dan abasto. El paro en España ha tenido un curso demoledor, hasta llegar a alcanzar casi el 28%, o sea, seis millones de personas, de los cuales un millón no tiene a nadie que le ayude en la familia porque toda está en paro.

Por eso cada día es mayor la mendicidad. Cada vez vemos a más personas por las calles de Salamanca, Zamora, Valladolid, Segovia o el resto de todas las capitales y pueblos de Castilla y León solicitando ayuda. La mendicidad empieza a no distinguir nacionalidades. Aunque la ejercen sobre todo inmigrantes llegados de Rumanía, hay muchos compatriotas que han unido al desastre. Mujeres con niños en brazos que vienen a *molestarnos* cuando estamos tranquilamente sentados en una terraza tomando una caña o un vino. Y es de estudio analizar por qué nos incomoda la pobreza. Nos sentimos en esas circunstancias como agredidos por los pobres, cuando los pobres, precisamente, son mucho más inofensivos que los ricos. Es como un látigo a nuestra conciencia de seres generalmente insolidarios, convencidos de que la desgracia sólo le llega a los demás. Enorme error; muchos de esos seis millones de parados hace apenas unos años jamás pensaron que su situación iba a cambiar de la noche a la mañana.

A los españoles, no hace tanto, cuarenta años más o menos, cuando éramos emigrantes en París, Bruselas o Ginebra, era frecuente recordarnos a la entrada de restaurantes y bares una inscripción que decía: *Prohibida la entrada a los pedigüños y a los españoles*. Esto, que muchos compatriotas no lo saben, porque nunca han vivido el desprecio de cerca, no es tan lejano en el tiempo, y bueno es no olvidar que las cosas ya nos fueron bastante mal.

En época de vacas gordas es humana condición olvidarse de los días de penuria. La desmemoria, un mal generalizado, hace que las sociedades engordadas se olviden de las tragedias y se ejerza una conducta ruin, despreciativa y soberbia ante los demás. Los rumanos pobres, y todos los pobres, deben tener un especial tratamiento por parte de las instituciones, no vayamos, como se está haciendo, a *importar* sacerdotes porque aquí no hay vocaciones y nos olvidemos de lo principal, que son las personas que más necesidades tienen, y eso sí que es seguir los mandatos del Evangelio. Debe quedar claro, también, que los principios cristianos de ayuda a la pobreza por la vía de la caridad no son suficientes, y que lo que debe prevalecer es la justicia y la solidaridad que emana del derecho natural y de nuestra Constitución. Europa, también, debe prever un sistema de ayudas adecuadas para paliar la vergüenza de ver arrastrarse por las calles a tanta gente que pasa hambre.

El tiempo parece detenido. Sigo viendo a aquellos pobres que en niñez pedían por los pueblos, de puerta en puerta, “*una limosna por el amor de Dios*”. Llenaban el morral de pan duro y tocino rancio y emprendían un camino que nunca supe a dónde les llevaba. Se conoce que ahora ese camino lo han desandado los mismos pobres con otros nombres y otro acento. Pero los mismos.



Como los tratantes

Tengo un amigo que cumplidos los sesenta y uno nunca ha utilizado tarjetas de crédito. Supongo que por desconfiado y, tal vez, porque no está seguro de que los bancos y cajas le den ese crédito que se supone que todos tenemos. Tampoco le gusta llevar cartera para meter el dinero y, sobre todo, la calderilla. Prefiere demostrar su poderío económico con pequeños fardos de billetes, “como los tratantes”, dice, y los lleva en el bolsillo derecho del pantalón. Asegura que nunca ha perdido un billete, nunca nadie le ha robado y está convencido de que es el mejor sistema posible. Que las modernidades no van con él en este sentido, y que prefiere no adaptarse a los nuevos tiempos.

Le digo que es un troglodita, que no debía haber salido de Atapuerca, y que ahora entiendo el por qué a este país, a España, le cuesta tanto progresar. Lo de la aldea global le suena a palabras huecas y prefiere decir que el mundo es un pañuelo, que es una expresión más castellana y con más antigüedad. Le pregunto qué pasaría si las transacciones económicas entre países hubiera que hacerlas con su sistema, y me mira escéptico, diciendo “¿me ves cara a mi de transacción económica?”

Curiosamente este ejemplar amigo mío cree mucho en Internet, lo considera un milagro, menos para comprar y vender. Ahí no se fía. No escribe en su ordenador el número de su cuenta corriente ni aunque lo maten. Sólo compra en las tiendas lo que ve y puede tocar. Por más que le de datos, cifras y estadísticas de lo que crece el negocio vía Internet no me hace ni caso. Aunque le insulte llamándole atrasado y cerril, ni se inmuta. “Tú a lo tuyo y yo a lo mío”, me dice. Le digo que Dinamarca, Suecia y otros países europeos se preparan para acabar con el dinero en efectivo, y me dice que él es “español y muy español”.

He tirado la toalla porque no puedo hacer carrera de él. Le amenazo con escribir un artículo y *denunciarlo*, que es lo que estoy haciendo. Lo único que no me atrevo a dar su nombre, no sea que se enfade más de la cuenta y deje de pagarme lo que me debe en billetes de tratante. Quiero destacar su ejemplo por lo poco edificante que es para el avance del siglo XXI y las generaciones futuras, así como su poca contribución al desarrollo de la Humanidad. Desvelaré su nombre si no cumple la palabra y no me paga lo que me debe.

A los amigos se les quiere y se les perdonan los defectos. No hay otro camino. Es lo que me pasa a mi con este *pitecantropus* muy corriente en el solar ibé-

PROSAS DE PAN

rico en generaciones anteriores, pero escaso ahora, en esta España que es *envidia* de Alemania, Francia e Inglaterra por su progreso, por su crecimiento y por su saber vivir.

Los tratantes eran, y supongo que son, gente de palabra. Tal vez por eso mi amigo se justifique, porque lo tocante a la palabra, hablada y escrita, es un fenómeno: locuaz, simpático y genial. Está perdonado.



Hola, buenos días

Los árabes, que tienen dichos y sentencias para todo, dicen que “no debe poner negocio al público quien no sabe sonreír”. Eso han debido pensar los hosteleros vallisoletanos, porque para las fiestas de la Virgen de San Lorenzo han dado un cursillo acelerado a muchos novatos que se han puesto detrás de una barra en la Feria de Día. Nadie nace sabiendo, y lógico es que el oficio de camarero, aunque sea de forma eventual, sea respetado y valorado. Fernando Pérez, presidente que fue de la Asociación Vallisoletana de Empresarios de Hostelería lo dijo bien claro: “que aprendan, al menos, a decirle al cliente hola, buenos días... que falta nos hace”. Textual ¡Qué razón tenía este hombre! ¡Cuánta falta nos hace ser más agradables!

Porque no siempre es así. Ana Botella, mujer que vivió en Valladolid cuando su marido, José María Aznar, fue presidente de la Junta de Castilla y León, cuenta lo dura que es a veces en esta ciudad. A un grupo de personas que comimos con ella nos contó dos anécdotas. Una, que vio en un escaparate una chaqueta y entró con la intención de comprarla. “Hola, buenos días”, dijo. “Buenos días ¿qué desea?” le respondió la dependienta. “Querría probarme una chaqueta como esa del escaparate”. “¿La va a comprar? porque es la única que queda” le conminó la propia. “Depende cómo me siente, si me queda bien sí”, le dijo Ana Botella. “Pues si no me asegura que la va a comprar no la saco del escaparate”, le contestó la susodicha. “No se lo puedo asegurar mientras no me la pruebe”, arguyó Ana Botella. “Pues lo siento -dijo la simpática, que a la sazón debía ser la dueña de la tienda-, pero no voy a sacar de la chaqueta”. Ana Botella se fue desconcertada.

Y dos, que en otra ocasión fue a un kiosco a comprar una revista que, casualmente, vio empaquetada junto con otros bultos en el exterior del kiosco. “Hola, quiero comprar tal revista”. “Lo siento -dijo el *kiosquero*- pero no la tenemos”. “Sí, mire, la he visto ahí”, le argumentó Ana Botella. “Ya, pero no he registrado el paquete y, por tanto, no puedo dársela”, le dijo el fenómeno. Y se quedó tan ancho.

Eso mismo, calcado, me ha pasado a mi, que he tenido varios tropiezos con gente que no le hace caso al proverbio árabe. Ni ha hecho cursillos como los que dan los hosteleros vallisoletanos. Un buen día entré a una tienda a comprar unos zapatos que vi en el escaparate, con tan mala suerte que no tenían mi número. La dependienta me trajo varios modelos más, pero no me gustaban, no

PROSAS DE PAN

era lo que buscaba. Al final, no compré, lo que me supuso muy mala cara de la dependienta -que a la sazón también era la dueña- abroncándome casi por “haberme empeñado” -me dijo- en comprar un tipo de zapatos que no disponía”. Tuve que hacer un esmerado ejercicio de paciencia.

Loable la actitud de los hosteleros vallisoletanos. Las Ferias y Fiestas de Valladolid ahora estarán cargadas de más amabilidad. Se agradece.



A sangre fría

La familia Clutter era una de tantas en el estado americano de Kansas cuando dos asesinos decidieron acabar con el padre, la madre y los dos hijos. La policía los encontró a los cuatro maniatados y con varios disparos. Habían sido asesinados a sangre fría. La policía no halló ningún móvil en aquella masacre que se convirtió en un acontecimiento noticioso en todo Estados Unidos. De hecho, centenares de periodistas de todos los medios acudieron al lugar del drama para seguir el acontecimiento. *The New Yorker* desplazó a un enviado muy especial llamado Truman Persons, más conocido como Truman Capote, quien escribió aquella gran novela titulada *A sangre fría*. Un relato que trabajó durante seis años y que supuso un acontecimiento literario de primera magnitud mundial. Capote consiguió con esta obra convertir una noticia periodística en una novela tan realista que parece más una ficción desmesurada. Por esa, y otras cosas, Capote se convirtió en uno de los padres inventores del nuevo periodismo. Capote investigó a fondo el antes y el después de los despiadados crímenes cometidos en Holcomb, entabló relación con los asesinos, Perry Smith y Dick Hitcock, los visitó en la cárcel y acabó convirtiéndose con *A sangre fría* en una parte de toda la trama, real y novelística.

Hace años que leí esta novela impactante, y ahora me la ha devuelto al recuerdo la película que en España acaba de hacerse y que toca un hecho real ocurrido en Valladolid en 1987 protagonizado por los hermanos Garfia, dos chicos que un día, frío y aciago, mataron a tres personas a sangre fría. Aquellos hechos produjeron un impacto y una conmoción social tan grande que movió hasta la ciudad del Pisuerga a todos los medios nacionales. Como anécdota contaré que aquella información fue cubierta para los *Telediarios* por Arturo Pérez Reverte, a quien aquel día la realidad le superó su inmensa capacidad de ficción.

Diecisiete años después, Manuel Matji ha realizado una película, *Horas de luz*, que basa su argumento en Juan José Garfia, quien ha dicho que ya no se siente un criminal, un asesino, que aquello pasó. “Ahora me siento pintor”, dice. Los familiares de los asesinados se han indignado con la película, porque además de recordarles aquel día triste que cambió sus vidas para mal, la cinta convierte a Juan José Garfia en un héroe.

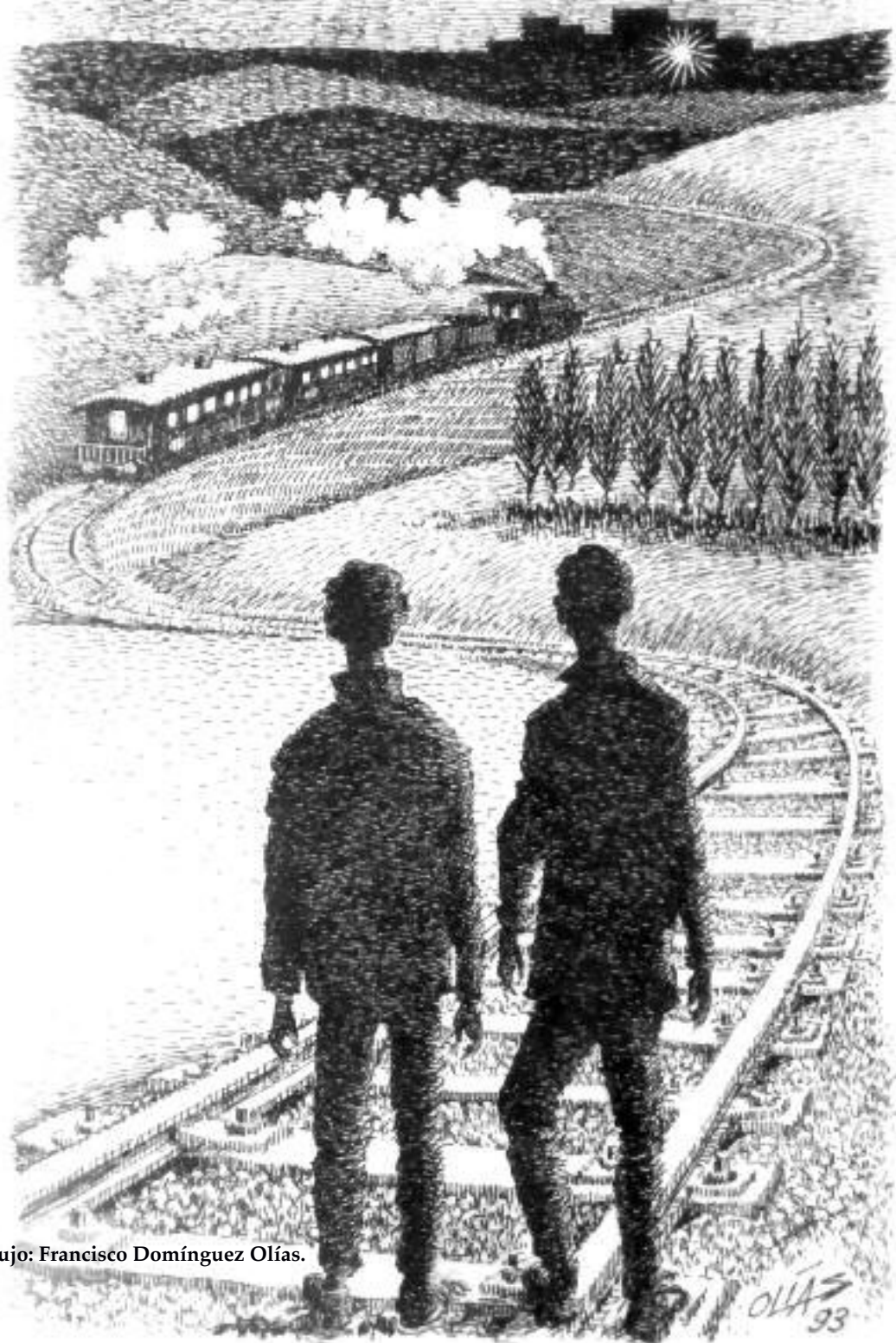
El argumento pretende centrarse en la reinserción de los presos, pero la clave objetiva viene propiciada por el morbo general de la historia, toda vez

PROSAS DE PAN

que a esos ingredientes hay que añadir el hecho de que una enfermera, Dolores Vázquez, se enamoró de Juan José Garfía y se ha casado con él.

Sin duda, un guión de película y de novela que hubiera bordado Capote. El dolor de la familia no ha contado. Y la re inserción es una excusa intrascendente. Lo que importa es la taquilla, claro.





Dibujo: Francisco Domínguez Olías.

Relatos

El tren del destino

Antes de nada tengo que reconocer que soy bastante vago. Siempre me ha costado levantarme de la cama con decisión. Incluso junto a mi mesilla de noche tengo colocada una inscripción significativa sobre mis permanentes intenciones: “¿Qué se puede esperar de un día en que hay que levantarse temprano?” Digo todo esto para que quede claro que soy un sujeto del que no se puede esperar demasiado. Es más, si este país donde vivo no progresa como debiera es, entre otras cosas, porque cobija a gente poco recomendable como yo. Me gusta la siesta larga, paso por alto con frecuencia la puntualidad y procuro que no me entre eso que llaman estrés y que creo que es una enfermedad de la prisa.

Así se puede comprender por qué pierdo el tren con frecuencia, sobre todo ahora que son más ligeros y puntuales. Antes yo era más feliz, porque los trenes llegaban más tarde a la estación que yo, jamás eran puntuales; también corrían a menos velocidad, lo que yo aprovechaba para disfrutar intensamente del paisaje.

Pero no siempre fue así. En una ocasión, hace ya mucho tiempo, perdí un tren definitivo para mi vida. Fue cuando tenía catorce años. Recuerdo que los rectores del colegio donde yo estudiaba el bachillerato nos llevaron al cine de la capital en un tren de aquellos que echaban humo y pitaban como pitan los trenes en las películas del Oeste. Ya digo que han pasado muchos años y si lo recuerdo, a pesar de mi mala memoria, es por las circunstancias que rodearon aquel viaje cargado de emociones y, sobre todo, penurias.

La ida a Zamora fue gozosa, a pesar del frío. Era invierno. Diciembre. El tren llegó a la estación de Coreses -situada a 740 metros sobre el nivel del mar, según constaba en una placa oval- con ligero retraso, como correspondía a aquella época en la que los españoles andábamos más descansados. A mi se me quedaron los pies helados y me picaban los sabañones que tenía en las orejas más que de costumbre. Pero eso no tuvo mucha importancia. Ya dentro, en uno de los vagones de tercera, me reanimó aquel aire caliente, sofocante, que olía a tren y que salía a través de una ventanilla enrejada.

Hice el viaje cargado con la energía del pájaro que se escapa de entre las manos de un niño, despierto y atolondrado a la vez, mientras miraba el paisaje llano, con los plantíos de chopos al fondo, en las orillas de aquel Duero lento y envolvente. Había cencella, y ese blanco, entre hielo y nieve en las plantas sil-

vestres, le daba un color especial a la tierra parda. Sentí entonces la felicidad del joven que empieza a tocar la vida de cerca y a encender la rebeldía interior del que huye de una prisión; me estaba haciendo hombre como se hacen los hombres: con el paso del tiempo y el poso que dejan inconscientemente los días.

La suerte no me fue fiel y decidió abandonarme a la caída de la tarde. La sesión de cine terminó a las seis y el tren no regresaba hasta las ocho, por lo que decidí prolongar mi curiosidad por Zamora acompañado por Alfonso Reguero, el amigo con el que compartía las penas y las alegrías en el colegio, que en aquellos días se amontonaban. La adolescencia es un cajón de sorpresas y emociones permanentes. Por eso, supongo, decidí ensimismarme viendo chicas y más chicas por la calle. Era una gran pantalla de libertad, sorprendente e inimaginable hasta aquel día. Tal vez esto que digo pueda parecer una tontería, pero no es así, porque yo entonces estudiaba en un seminario de frailes, y los frailes, ya ven qué mala idea, no nos dejaban ver chicas, incluso pretendían que ni siquiera pensáramos en ellas. Yo creo que era un error, porque, tarde o temprano, la fuerza del corazón, y de la sangre, todo lo arrastra.

Claro que también hay que reconocer que, posiblemente, no era el lugar más adecuado para que yo me hiciera hombre. También tengo que decir en mi descargo que yo, cuando fui a estudiar allí, lo hice por dar satisfacción a mis padres, a los que les hacía ilusión que yo me dedicara a convertir infieles, aunque no sabían bien de qué se trataba. Por eso, no es de extrañar que aprovechara aquella oportunidad para hacer una primera incursión en el mundo del pecado, que así se consideró la historia que cuento.

En la capital, en Zamora, el tiempo corrió demasiado deprisa, en contra de nuestra buena voluntad. Tal vez por la emotividad que nos transmitió *el mundanal ruido*. Paseamos por la calle Santa Clara, por Santorcuato, la plaza Mayor, Santa Ana, barrio antiguo, la muralla... arriba y abajo, una y otra vez, con prisa, ávidos de ver y de mirar, sorprendidos del espectáculo caliente que ofrecía la vida lejos de aquel penal de rosarios donde yo estaba interno. Desde luego no nos preocupó para nada el románico de las iglesias zamoranas, único y especial, en medio de la propia ciudad. El arte era lo de menos.

Nos entusiasmamos con la calle, con el ajetreo, con la dinámica de la vida de una ciudad de provincias que a nosotros nos parecía lo máximo. Perdida la cabeza, cuando quisimos darnos cuenta eran las ocho de la tarde y nos encontrábamos en el centro de la ciudad, entre luces navideñas y chicas con faldas de colores, lejos de la estación de tren, a unos dos kilómetros.

Se nos había echado la noche.

Corrimos y corrimos sin parar para ganar pronto la avenida de Las Tres Cruces, mientras Alfonso Reguero me decía que no me preocupara, que el tren siempre salía con retraso. Yo, en cambio, tuve un mal presentimiento. La gente nos miraba sorprendida al vernos correr de forma desaforada. Veía que sus caras percibían lo que nos pasaba a nosotros dentro, en el alma. Al menos eso pensaba yo, aunque tal vez no fuera así, claro. ¿Por qué iba a saber aquella gente que iba a lo suyo el motivo de nuestra desazón? El corazón me latió con más rapidez que nunca. Es más: creo que se me salió el corazón de la caja, o poco le debió faltar.

Llegamos a la estación en una demostración de fuerza exclusiva de los atletas extraordinarios. Lo que éramos nosotros con catorce años. Entramos en la estación como poseídos, acezando con vehemencia, echando el bofe. Nos dirigimos con rapidez al andén con la esperanza de encontrar el tren de regreso.

Cha, cha, cha, cha, cha, cha, cha...

El tren estaba tomando velocidad, al fondo, a unos trescientos metros, próximo a doblar una ligera curva para perderse en el túnel de la noche y una distancia inalcanzable que le separaba de nosotros irremediamente.

Alfonso Reguero se quedó mudo, con las manos en la cabeza, roto.

Yo lo mismo.

Era más de noche.

Nos quedamos solos, no teníamos dinero y el único medio para regresar al colegio era andar y andar. Le dije a Alfonso Reguero que ya era tarde para lamentaciones, que estuviera tranquilo, que llegaríamos a tiempo si aligerábamos el paso por la propia vía del tren. Le convencí de que por la vía el recorrido sería menor que si buscábamos la carretera. Y nos pusimos a caminar, corriendo a veces, para ganar los trece kilómetros que había de distancia hasta el colegio.

La noche era negra, sin luna y sin estrellas, una de esas noches crudas, cerrada, de los inviernos de Castilla.

Uno, dos, tres, cuatro... “Tranquilo, Alfonso, ¿No ves allí aquella luz?”

“¡Sí!”

“Pues es la casa del pinar, estamos llegando”.

Teníamos hambre, nos ladraban los perros y comenzó a la llover. Llovió y llovió hasta calarnos los huesos y la luz del pinar seguía allá, al fondo, donde la habíamos visto al principio. Era como si una mano invisible la fuera alejando

poco a poco, como un castigo. Alfonso Reguero me dijo : “Nos expulsarán del colegio”. Y yo le dije : “Mi padre me matará”.

Y Alfonso me dijo, maldiciendo: “¡Por culpa de las chicas!”. Y yo le dije resignado: “¡Por culpa nuestra!”.

Cinco, seis, siete... Por fin la casa del pinar. “Mira, Alfonso, está ya a cien metros”. Cien, doscientos, trescientos... por lo menos un kilómetro más. “Alfonso ¿por qué engaña tanto la noche?”, le pregunté.

“No lo sé”, me contestó.

“Pues engaña...! ¡Malditos perros! Todavía nos muerde alguno”.

“No hables”, me dijo Alfonso Reguero. Y me callé. Y tropezamos con los raíles y las traviesas y con las piedras de los senderos contiguos. Caminábamos a tientas. Yo quise llorar, pero no lloré. Quise gritar, pero no grité. Quise maldecir aquel tren puntual. Y no tuve fuerzas.

Ocho, nueve, diez...

“Mira, Alfonso, allí se ve la luz del colegio...” Y Alfonso Reguero me dijo: “Sí, sí... esta vez sí, está vez la luz se ve cerca... Pero no estaba cerca. Tiempo tuvimos para quejarnos de nuevo de la distancia, de la lluvia, de los perros”. “¡Malditos perros...! Todavía nos muerden... ¿Por qué perderíamos el tren, Alfonso?”, le dije. Y él me respondió: “Por culpa de las chicas”. Y yo le recalqué: “Por culpa nuestra”.

Pensé en la injusticia de la vida: nuestros compañeros dormían a aquella hora tan tranquilos, mientras nosotros nos debatíamos entre el cansancio, el hambre, el frío y el miedo. Andábamos y andábamos, héroes sin causa, anónimos, sabedores que nadie podría comprendernos, acongojados por un futuro señalado por el dedo acusador de un pecado estúpido.

Once, doce, trece kilómetros... ¡Por fin!

Todas las puertas del colegio estaban cerradas. Logramos entrar por una ventana que daba al escenario en el que se representaban obras de teatro, un anexo al comedor del seminario. Nosotros mismos habíamos sido actores allí dentro y por eso conocíamos la ventana salvadora que estaba escondida en una esquina del colegio cubierta de cipreses y acacias.

Manteníamos la esperanza de que no se hubieran dado cuenta de nuestra ausencia. Ilusos que éramos. Logramos entrar, despacio, en silencio, al tacto de puertas y paredes. Logramos llegar a una alacena del comedor donde sabíamos que había provisiones. Necesitábamos comer, estábamos hambrientos. Lo con-

seguimos. Matamos el hambre a boca llena. Y desde allí, sigilosamente, como los ladrones, alcanzamos la barandilla para subir las escaleras y llegar al dormitorio. Creíamos haber vencido todas las dificultades. Pero allí nos estaba esperando, tranquilo y serio, con la mano en la boca y la cabeza inclinada, el padre Soldyga que dejó de leer el Breviario para decirnos:

“¡Mañana hacéis las maletas!”

“Sí, Padre”, contestamos al tiempo Alfonso Reguero y yo. Cabizbajos, apagados, hundidos. Nadie valoraría jamás nuestra odisea. Éramos unos derrotados.

Aquel tren puntual me obligó después a subir a otros, camino de Madrid, de Barcelona, de Murcia, de París, de Roma, de Santiago, de Sevilla... pero nunca más a Coreses.

De aquel tren no me he bajado nunca.



Emilio Esteban

La guerra de mi padre

Nunca supe por qué pero para mi la noche en Toldanos siempre llegaba de repente. Tal vez tuviera metido en la cabeza cuando en invierno el pueblo se quedaba totalmente a oscuras. La luz eléctrica se iba con mucha frecuencia sin saber la causa y no sabíamos cuando podía volver.

Cuando eso pasaba en invierno, el pueblo, a las cinco de la tarde, era como la boca de un lobo. Eso lo decía mi madre, y tampoco nunca supe por qué. Porque mi madre, que yo supiera, nunca había visto a un lobo. Pero debía acordarse de los cuentos que le habían contado de niña, como a todos los niños. Porque en los pueblos los niños, los lobos y la noche siempre fueron buenos amigos, aunque no lo parezca. Los niños porque dormían sueños inconcretos, los lobos porque ponían emoción a la vida y la noche porque envolvía de misterio todas las historias.

A veces, mi padre se quedaba absorto mirando a la lumbre, perdido el pensamiento, mientras algún puchero cocía lentamente o se calentaba agua en el pote. Y me miraba. De cuando en cuando nos miraba a todos. Fijamente. Yo no sabía porque nos miraba, ni qué encerraban aquellos ojos limpios y tristes. Mi padre, entonces, tenía aspecto de un hombre oscuro, aunque era traslúcido, tal vez porque le gustaba acariciar las sombras de la noche. Con la gorra entre las cejas, la mirada inconcreta, las manos grandes y reseca y pocas palabras. Y las pocas para recordar la Guerra. Yo creo que mi padre siempre estaba pensando en la Guerra Civil.

Se quejaba constantemente del reuma y de Teruel. “Allí, entre aquellas nieves, a veintitantos bajo cero, donde un número enorme de españoles murieron en el olvido después de mucho sufrir y penar, después de tantos piojos y pasar tanta hambre, allí también morí yo en buena parte. Volví de la Guerra, pero a medias, sólo a medias”. Yo no le entendía, me parecía un cuento, a pesar de que con frecuencia lo repetía. Y es que ser niño, a veces, es una desventaja. No entiendes las cosas y nadie te las explica. Los mayores creen que es mejor que los niños andemos de continuo entre misterios de lobos y de noches.

Mi padre aseguraba que seguía escuchando los bombardeos de Santander, de Bilbao, de Vitoria, de Brunete, de Belchite, del Ebro, de Gandesa... “Por ser huérfano quedé excedente de cupo y no fui a la mili, pero estalló el Movimiento y me llamaron de Valladolid, del Regimiento San Quintín, y desde allí, sin saber ni coger el fusil, me enviaron a un batallón de choque, a la IV Brigada

Navarra, y aunque he vuelto a casa de milagro, para mi la Guerra no terminará nunca”. Mi madre le mandaba callar mientras mis hermanos y yo ni siquiera le escuchábamos. Aquello de la Guerra, a pesar de que sólo habían pasado veinte años, nos parecía un cuento de lobos y de miedos, de un mundo que nunca existió.

Una noche nos contó que “estaba en el frente, en un día de mucho calor, cuando se preparó una gran tormenta eléctrica. Iba andando con otro soldado y de repente rompió un relámpago el cielo, sonó un trueno descomunal y un rayo dejó a mi compañero Antonio Bermúdez Morán con las punteras para arriba”. Mi padre, que siempre decía el nombre y los dos apellidos de sus compañeros de Guerra, nos explicó también que desde entonces cuando ve que se acerca una tormenta, aunque esté en las faenas del campo, debe coger el hato y volverse a casa inmediatamente a meterse en la cama en una habitación a oscuras. Nunca pudo superar aquel rayo que quiso que su destino fuera otro.

Y así muchas noches, sobre todo en invierno, cuando las horas se hacían más largas. Entonces la noche se acariciaba a si misma y se envolvía hasta perderse en el manto del sueño que inevitablemente llegaba todos los días.

La lumbre se había consumido y la cernada, gris y blanca, quedaba como muestra de que habíamos vivido.



El luto

Tendría ya setenta años la *señá* Leocadia y desde hacía cincuenta que no conocía otro color que el negro. Su marido, el señor Agustín, se murió de repente, como entonces se moría la gente, cuando el hombre no había hecho más que comenzar la vida. Desde ese fatídico día la *señá* Leocadia sólo vistió falda negra, medias negras, jersey negro, abrigo negro y pañuelo negro sobre la cabeza.

A veces mi madre le decía que por qué no se quitaba el luto, y la *señá* Leocadia decía que para qué, que así es como ya estaba acostumbrada a verse, que no le gustaban otros colores y además que qué pensaría la gente de Toldanos.

Ella, en el fondo, quería demostrar así su dolor y su tristeza a todos; un dolor y una tristeza eterna, permanente. Tristeza y dolor por el ser querido que se fue para siempre. Y tristeza y dolor por ella misma que se quedó desvalida, sola, perdida, mientras el resto del mundo seguía persiguiendo la alegría, porque para eso se nace y se vive. Pero esta ley no estaba escrita para Toldanos, decían, y por eso allí preferían seguir guardando ausencias y mirando atrás.

De esta forma, en Toldanos había muchas mujeres como la *señá* Leocadia, siempre vestidas de negro, como esos pájaros negros de Toldanos, hijos menores de esos campos de tierra de Tierra de Campos: cuervos, grajos, grajetas, tor-dos, estorninos, urracas, chovas, vencejos... pájaros negros, vestidos de negro, de luto, tal vez, por una tierra mal bautizada, sequiza, extrema y adusta.

A mi siempre me sorprendió que en el pago de Toldanos y en los pueblos de al lado, como Cañaverál, Valvonío, Castroviejo, Tapias de Lomba o Villafavila hubiera tantos pájaros negros, pájaros esquivos, pájaros serios, córvidos distantes, de mirada desconfiada, pero cercanos a la vez. En los árboles, en el campanario de la iglesia, en las encinas del monte, en la arboleda a la entrada del pueblo, junto al río Valderaduey. Siempre pájaros negros. Siempre el luto.

La tierra y su gente estaban unidas por un algo, como la *señá* Leocadia al señor Agustín, con la vida y con la muerte, siempre de forma intensa, sutil a veces, descarnada otras. Y es que cuando se paraba a mirar alrededor veía las propias entrañas extendidas a la nada, al igual que el rigor de los días y el hueco que separan los años y las cosechas. Y es que en Toldanos el aire siempre tuvo vocación de distancia.

Por eso, allí el luto era riguroso, como un castigo a los tiempos de ausencia, un adiós a la vida, un respeto también, un miedo y una queja, un silencio y un grito en la noche permanente. A mi a veces Toldanos me parecía una noche constante, como un velatorio, en el que a los familiares íntimos del fallecido les duele el alma sin poder remediarlo. Sólo un llanto, una queja, un dolor callado. Y mucha resignación.

En la iglesia de Toldanos, a la izquierda según se miraba al altar, se situaban las mujeres, muchas de luto, llevando en la cara escrito el nombre de la tristeza, como prueba de que estaban en la vida a medias, porque se les terminó el compartir.

Se arrodillaban en reclinatorios con la mirada perdida hacia el altar, o hacia la hornacina de algún santo, mientras movían levemente los labios para rezar. El silencio se convertía entonces en un ligero murmullo de plegarias contenidas, como las de la *señá* Leocadia, la pobre, que siempre me acariciaba de niño y me decía que era muy listo y me animaba a que estudiara mucho para fuera alguien. Me hablaba con su voz templada y me decía que no me quedase allí, en Toldanos, donde el porvenir era negro, como el de los pájaros negros.

La *señá* Leocadia, después de cincuenta años, seguía en Toldanos vestida de negro, llamando a la tristeza, o ahuyentándola. Que nunca supe bien hacia donde miraba su dolor y sus ojos grises y cansados, indefinidos de tanto buscar los de su marido Agustín que nunca pudo volver a ver.



El cura

Don Leonardo, el cura de Toldanos, era muy bueno, aunque a veces me tiraba de las orejas sin venir a cuento. Le gustaba pescar en el río Valderaduey a pleno sol, en las tardes de julio y agosto, con la sotana puesta, buscando siempre los remansos entre las espadañas. Con sus cañas, y su cesta para meter los barbos, pasaba horas y horas de un lado para otro, protegido sólo con una gorrilla gastada que utilizaba para estos menesteres. La sotana era la de los diarios, mugrienta y llena de lamparones. Las mujeres de Toldanos, que siempre le llamaban Señor Cura, le recriminaban por andar como andaba, hecho más que un pobre, un pordiosero, como si no fuera nadie, que vamos, que hasta estaba descuidado en su aliño de forma impropia para ser quien era. Las mujeres de Toldanos, no obstante, siempre encontraban un motivo para disculparle. Tal vez porque Don Leonardo era generoso, y cuando se confesaban con él y le contaban los pecados cometidos, les imponía una penitencia muy liviana. Las mujeres de Toldanos se lo agradecían disculpándole mientras argumentaban que “un hombre solo, sin nadie que le cuide, que le lave y que le planche, que le haga la comida y las camas, poco puede lucir”.

Terciaban entonces los hombres, menos amigos de letanías, misas y rosarios, y criticaban abiertamente al Señor Cura. Tal vez quejosos porque les ganara al dominó, juego al que era muy aficionado; de hecho no había día que no fuera al bar del Señor Conciso a echar la partida. Allí Don Leonardo disfrutaba de un cigarro tras otro, del *caldo*, que así llamaban al tabaco que más gustaba en aquella época en Toldanos. El caso, como digo, es que los hombres de Toldanos no eran muy condescendientes con Don Leonardo y decían que “para lavarse la ropa no valdrá, pero para acudir a bodas y bautizos se las pinta solo; le gusta comer y ahí no pone reparos. Cierto, aseguran, que primero hace su trabajo, o sea, los oficios propios de su ministerio, pero es que después, a la hora de la fiesta, es que no perdona una..., en el bautizo del hijo de Segismundo, aseguran, se quedó con ganas de meterse con el grupo de niños a coger la rebatía...”.

A Don Leonardo le hacían este tipo de críticas en Toldanos, pero a la hora de la verdad la feligresía le quería mucho. Y es que la gente de Toldanos lo que más valoraba era a las buenas personas, y Don Leonardo lo era. Su indumentaria descuidada, era producto de aquel tiempo, cuando no había ni para pastillas de jabón. Y, por si fuera poco, el cepillo de la iglesia y los emolumentos

que percibía Don Leonardo del Estado, eran muy escasos. Por eso sólo tenía dos sotas: la de diario, la del trote, y la de los domingos y fiestas de guardar.

Para mi Don Leonardo era una persona entrañable. Y es que a los niños de Toldanos nos dejaba ver la televisión desde la ventana de la calle. *Rintintín*, *El Llanero Solitario* y *Bonanza*, o los partidos de fútbol del Real Madrid en la Copa de Europa, fueron imágenes que gracias a Don Leonardo pasaron a formar parte de una generación entera. En la cantina de Toldanos no había aparato de televisión, y en los dos bares, el del señor Conciso y el del señor Fermín, no nos dejaban entrar a los niños porque no hacíamos gasto, además de que el maestro nos lo tenía prohibido. Nuestra salvación era Don Leonardo, que encima nos daba caramelos y nos enseñaba la colección de sellos y los libros en latín del seminario donde estudió.

Don Leonardo un día de verano me llevó a lo alto de las Fuentes, un pago de Toldanos, y me enseñó lo que era la Vía Láctea, que también se llamaba Camino de Santiago. Don Leonardo me hizo distinguir el carro de la Osa Mayor y la Osa Menor y pude ver cómo relucía Venus. Mientras me enseñaba los fundamentos claves de la astronomía me hablaba de la grandiosidad de Dios y el trabajo que tenía que hacer a cada segundo ante un mundo tan inmenso. Don Leonardo decía que la Tierra era sólo una parte muy pequeña del firmamento, y que Dios lo dominaba todo.

A Don Leonardo le asistía a veces como monaguillo en la misa y le colocaba la casulla, la estola y el cingulo en la sacristía para que se vistiera para oficiar la misa. Le llenaba las vinajeras y era el encargado de cortar las formas con un molde que siempre tenía encima de una mesa grande y vieja, no fuera que por un descuido, a la hora de la comunión, le faltara el cuerpo de Cristo una vez que consagrara aquella masa blanquecina de pan sin levadura que se deshacía dentro de la boca. Don Leonardo era muy despistado, y en más de una ocasión quiso consagrar las formas para que comulgaran los feligreses, sobre todo feligresas, y no tenía nada dentro del cáliz. Entonces debía dejar la misa momentáneamente y acudir a la sacristía en busca de las formas.

En aquellos tiempos, en Toldanos era obligatorio confesarse todos los meses. Los toldaneses acudíamos puntualmente a un confesonario tristón y oscuro, en un lateral de la iglesia, debajo de Santa Filomena, una bendita con muchas devotas porque aseguraban que le crecía el pelo, cosa que yo nunca pude comprobar por más que me interesó el milagro.

“Ave María Purísima... sin pecado concebida”, era el saludo de rigor. Después los niños nos acusábamos a Don Leonardo de no querer al maestro,

de insultar a los amigos, de pegarnos con los hermanos y de no ayudar a las personas mayores. “Reza, hijo, cuatro Padrenuestros y cinco Avemarías, un Credo y el Yo Pecador. Y haz bien el propósito de enmienda”, terminaba diciendo el cura, Don Leonardo.

Cuando ahora levanto la mirada y veo el cielo estrellado de Toldanos siempre me acuerdo de Don Leonardo, de su sotana raída y de su gorra de pescador, pero sobre todo de su bonhomía, de su paciencia y de su sencillez. En Toldanos siempre tendrá un recuerdo mientras Toldanos exista. Él lo comprobará porque seguro que está en el cielo, justo detrás de la Osa Mayor y la Osa Menor.



Emilio Esteban

El corral

El corral de mi casa no era muy grande, tampoco pequeño. Y tenía una higuera en medio y un pozo artesiano, de agua un poco sosa eso sí, y mucha vida. ¡Cuánta vida! Había gallinas por todas partes, gallinas marrones, negras, y blancas, y gallos, tan estirados siempre, tan orgullosos, de aquí para allá, con sus kikirikís altaneros, todos picoteando las sobras, sacando de entre la tierra y las piedras no sé qué alimentos. No era posible, pensaba yo, escarbar todos los días, a todas las horas, en los mismos sitios, y seguir sacando algo que llevarse al pico. Yo creo que las gallinas se engañaban y jugaban a comer, mientras esperaban la ración diaria: trozos de pan duro ablandados en agua, hojas de lechuga, garbanzos sobrantes del cocido, o trigo, o cebada, o centeno, lo que hubiera en la panera.

Los gatos, los galgos corredores, el *gabilucho*, siempre metido en una pequeña caseta de adobes, los gorriones entrometidos, las palomas blancas y mansas del cobertizo, los cerdos gruñendo en la cochinería, ansiosos, hambrientos siempre, una yegua, un caballo, un potro, dos mulas, un macho y una cabra. Mi madre andaba de un lado para otro; de la chimenea al *sobrao* y de la cocina al corral, donde echaba de comer a las gallinas y a los parros, que en el corral también teníamos patos, pero nosotros los llamábamos parros. Por la mañana les abríamos la puerta y se iban raudos, bamboleándose con gracia de payasos, con una armonía característica, hacia la laguna del Herradero, junto a la Ribera. Allí pasaban el día nadando de un lado para el otro, zambulléndose cada poco y picoteando en las orillas. Al atardecer, cuando el sol ya empezaba a meterse, volvían otra vez a casa, sin que nadie les hubiera dicho nada, solos, tranquilos, sin equivocarse nunca de puerta.

El corral tenía vida propia. De cuando en cuando algún gato ajeno paseaba huidizo por el tejado del pajar, extrañado, desconfiado, a la espera de algún tordo descuidado, o la posibilidad de encontrar alguna pieza sorpresa con la que matar el hambre. Los gatos siempre tienen hambre, y cuando no, se tumban al sol, a dormir plácidamente, como si estuvieran en una siesta de agosto permanente. En casa había tres gatos y otros vecinos que se acercaban hasta allí en busca de algo que pudieran encontrar. Los ratones en casa no levantaban cabeza.

Mi padre, que a veces se enfadaba y criticaba cómo se hacían las cosas, limpiaba la cuadra, mezclaba el grano con la paja para echarlo en los pesebres,

sacaba agua del pozo, en un caldero de latón, viejo y abollado, de tanto bajar hasta el fondo y golpearse con las piedras y las sombras. A mi me gustaba lanzar el caldero al pozo y tumbarlo con destreza sobre el agua hasta que esta iba entrando, al principio lentamente y después, ya lleno, de golpe, de forma seca. Entonces el caldero bajaba al fondo como succionado por una fuerza interior. Con el caldero a rebosar tiraba de la cuerda, que se deslizaba sobre la polea, y lo posaba en el brocal para de inmediato verter el agua en la pila de piedra para que los animales siempre tuvieran qué beber.

A veces alguien golpeaba en la trasera, “hola, soy Pedrito... ¿qué haces Virgilio?” “Ya ves dándole de comer a los animales, pasa”. Y abría la puerta trasera, chirriaban los goznes, entraba y echaba un parlao con mi padre. Que si la de la Segunda Senda está muy buena, que tiene corros que no han nacido, que no llueve, que si la de Las Perchas dará un cosechón, que cómo anda Pascuala que me enterado que la han llevado al médico, que si las piernas no le aguantan, que si un cigarro de petaca... un caldo... “saca el librito...”.

Mi madre salía a tirar el agua de fregar al corral, o colocar la ropa recién lavada en el tendedero y decía “¿qué haces Pedrito?...”; “ya ves Dionisia”, y otras se llegaba hasta el horno viejo de adobes, donde se cocía el pan, los bollos y las pastas, que mi madre era muy golosa, y claro, así le fue que terminó atacándole la diabetes, que la dejó casi ciega y fue la que terminó por golpearle directamente al corazón.

Los aperos del campo descansaban en el portalón, que también llamábamos cobertizo, así como otros enseres ya inservibles que decoraban las paredes. Yugos usados, cabezadas, candiles de carburo, tenazas, bujes y pinzas de ruedas que recorrieron mil caminos, puntas y clavos, alambres, cables de plomo, todo un baratillo de viejos cachivaches.

El corral de casa era un discurso permanente de la vida de Toldanos, de antes y de siempre, un arca de Noé entrañable de nosotros mismos.



La cabra

En mi casa, como en casi todas las casas de Toldanos, había una cabra. La nuestra era una cabra negra, con una raya blanca en la cabeza, unos cuernos muy fuertes y retorcidos y ojos pavisosos.

La cabra de mi casa además tenía grandes tetas, que mi padre llamaba ubres, y le gustaba entrometerse en todo. Era una cabra sin nombre porque nadie se lo puso y eso que a mi hermano Gilio le gustaba poner nombres a todos los animales. La cabra era simplemente la cabra; muy comilona, insaciable. Siempre te buscaba y te perseguía para que le dieras algo de comer. Si tenías un bocadillo en las manos se te acercaba, te miraba con descaro y te pedía su parte. Lo que hacíamos era darle pienso que le poníamos en una lata grande que había contenido sardinas en conserva y que entonces eran frecuentes en la zona. Todo podía tener utilidad y para eso la imaginación en aquella época no tenía límites. Era muy habitual aprovecharlo todo.

Aquella era una cabra muy domesticada, lo que no era fácil, porque las cabras, ya se sabe, siempre tiran al monte, están un poco locas, y obedecen con dificultad. A la nuestra no la llevábamos a pastar con *la dula*, el rebaño comunal de Toldanos, donde se juntaban ovejas y cabras de diferentes dueños al cuidado de un único pastor. La nuestra hacía vida en el corral, siempre de un lado para otro, inquieta y alegre, danza que te danza, maltratando a la higuera, royendo zapatos viejos, alforjas en desuso o el cuero de las albardas. Nunca tenía un momento de sosiego.

Por eso no se le podía dejar sola en el corral, única forma de que no preparara alguna avería. A veces había que encerrarla, meterla en un pequeño cabañal, ajustado para ella, a cubierto, para que estuviera tranquila, en invierno protegida del frío y en verano del calor sofocante. Pero casi toda su vida la hacía en el corral, al aire libre, porque en el corral siempre había algo que hacer y el trajín de personas era constante, por lo que no había problema para tenerla vigilada.

La cabra era querida por todos. Su leche, bravía y dulce a la vez, hacía una nata fuerte, que a mi no me gustaba, pero que mi madre me obligaba a engullir. Decía que era el mejor alimento para un niño e imprescindible que la bebiera si quería hacerme grande. A mi eso me traía sin cuidado, incluso prefería ser bajito, como mi primo Amador, del que decía mi padre que era medio metro mal medido, todo con tal de no beber la leche con la nata.

Pero aunque no quería, cada día la leche con la nata de la cabra me la tenía que beber, más bien tragar. A veces me daban arcadas, pero no me quedaba más remedio que hacerlo. Hasta que no bebiera la leche no podía salir de casa a jugar, y eso era mucho peor. Mi madre me vigilaba hasta que el tazón de porcelana blanca quedaba sin gota.

La leche la hervía mi madre dos veces hasta que salía vapor fuerte, que nosotros decíamos humo, “para que los bichos quedaran todos muertos”. Era la forma de evitar una enfermedad de curación larga, que llamaban *fiebres de Malta*, y que la producía la leche y el queso por falta de higiene y no sé qué otras cosas mal hechas. En Toldanos un año contrajeron una enfermedad muchas personas, con fiebres altísimas, y se decía que habían sido las fiebres de Malta. Pero nunca se llegó a saber del todo la causa. A mi hermano Gilio le atacó aquel mal; le dolía mucho la cabeza y sólo los paños de agua fría le consolaban. Se retorció de dolor en la cama, pero como era muy fuerte logró superarlo.

A la leche, por la noche, mi madre le echaba unas rebanadas finas de pan migado, migas de pan, habitualmente de pan duro, rebojos, pan del día anterior, y entonces salía lo que llamábamos leche migada, que con mucho azúcar sabía a gloria. Por la mañana desayunaba la leche con nata de la cabra, y por la noche también, porque, según decía mi madre, era “muy bueno para los huesos”. Mi madre se empeñaba que era lo mejor para los niños que estábamos en el tiempo de crecer.

Yo a veces no quería la leche y le *rezungaba* a mi madre, y mi madre me decía que estaba mal acostumbrado por vivir con tanta abundancia, que tenía que pasar hambre como los pobres que andaban de pueblo en pueblo y puerta en puerta, o como los gitanos, o como los húngaros, que venían a Toldanos a representar comedias o a hacer bailar a una cabra titiritera para que la gente les diera algunas perras gordas, pocas, porque pocas tenían. Que si viviera como esa gente ya vería como entonces valoraría más lo que me daban en casa. Pero yo estaba harto de tanta leche y a veces, sin que nadie me viera, le agarraba las tetas a la cabra y la ordeñaba y le tiraba la leche al suelo para así reducir la ración.

La cabra se quedaba quieta, rumiaba, me miraba indiferente, pero cuando tenía menos leche en la ubre se sentía aliviada. Sólo se enfadaba un poco cuando por mi inexperiencia le *mancaba* y entonces me daba con una pata en el brazo y se marchaba, sorprendida y enfadada, a otra parte del corral. Después ya no había manera de volver a retenerla para seguir la faena.

PROSAS DE PAN

Fue una cabra que vivió en Toldanos como una duquesa, que no sabía hablar pero casi, que me llenó de salud, que me alimentó y que endureció mis huesos hasta el punto que nunca se me rompió una pierna, o un brazo o un dedo. Fue una cabra que me ayudó a crecer; mi agradecimiento es mantenerla en esa memoria selectiva que todos tenemos sin saber ni cómo ni por qué.

La cabra, un día de invierno, se murió sin avisar, para no molestar. Cuando una mañana nos levantamos la encontramos muerta. Aquel día llovió mucho, sin parar, como si el cielo llorara por la cabra. Y es que había muerto alguien de la casa, porque en la casa, en el pueblo, los animales forman parte de la familia y contribuyen a la felicidad de todos. A la mía mucho, y por eso me ha salido este recuerdo.



La merienda

A las cinco y media de la tarde terminaba la escuela, bueno, las clases en la escuela, que en Toldanos siempre lo decíamos mal. A esa hora los más pequeños salíamos dando voces y gritos y llamándonos por el mote, que si tu eres un tonto, que cuando te pille te enteras, que si tu hermana anda con Genaro, que se lo voy a decir a mi hermano mayor y ya verás, que si... Yo atrocaba el barro de la plaza, que era perenne, como los mocos de Nicasio, el hermano de Antolín, dos niños que vivían en una casucha en la cuesta de Valvonío.

Siempre que podía echaba una mirada a la cantina del tío Casildo, pegaba bien la nariz a los cristales y me fijaba quiénes estaban dentro jugando a las cartas, al gilé o a la negra, que eran los juegos donde se ganaba o se perdía mucho dinero. Cuando me paraba más tiempo de la cuenta salía a reñirme Jeromín, el hijo del señor Casildo, que era grande como un año malo y no era como los demás. Por eso cuando no estaba enfado conmigo, que era casi siempre, me preguntaba si quería ser amigo suyo. Jeromín tenía la mirada perdida y le giraban de forma muy rápida los ojos cuando se enfada. El hacía siempre lo que le mandaba su hermano Saturio, que no quería que los niños nos enteráramos de quiénes eran los que se dedicaban al juego en Toldanos.

En mi casa mi madre me estaba esperando, que cómo tardaba tanto, que a qué te dedicas, que seguro que andas con los más tontos, que qué zapatos eran aquellos llenos de barro... Mi madre siempre me reñía, pero a mi me entraba por un oído y me salía por otro. Me untaba pan con manteca de cerdo colorada, le ponía un poco de azúcar por encima, no mucha, que se gastaba, y me decía que ahora sí que se vivía bien y no antes que no había para comer.

Otras veces mi madre, pocas, sin saber cuál era el motivo de la fiesta, me daba pan y una pastilla de chocolate de Vezdemarbán, que era muy bueno para hacer, y pingarlo después con pan o churros, pero que decíamos que era de tierra de tan áspero como estaba para comerlo en pastillas. A mi no me gustaba, sobre todo después de haber probado en más de una ocasión el chocolate de Suiza que traía mi tío Demetrio cuando venía de vacaciones en verano; mi tío trabajaba en Basilea desde que un día tarifó con mi abuelo Servando y se largó a buscarse la vida, que en Toldanos, decía mi madre, no tenía ningún porvenir. Gracias a mi tío Demetrio yo entendía de chocolate.

Pero aunque no me gustara el chocolate de Vezdemarbán no tenía más remedio que comerlo; mi madre se enfadaba y me gritaba y me decía que ham-

bre era lo que me faltaba, que era lo mejor para hacerse listo. A mi madre no le preocupaba mucho si estudiaba o no, si entendía los problemas de convertir los kilos en arrobas que me mandaba como deberes Don Romualdo, o si sabía los nombres de los ríos y las montañas de memoria; a mi madre le preocupaba sólo que tuviera hambre. Para ella el estómago vacío era el mejor método para aprender. “Hambre de cuatro días es lo que necesitas”, me repetía una y otra vez. Nunca supe por qué tenían que ser cuatro días, ni uno más ni uno menos, pero eso decía mi madre.

Otras veces la merienda era un queso que a los niños nos daban en la escuela y que se decía que venía de Holanda, color anaranjado, dulce y sabroso a la vez, y que según Don Romualdo era parte de la ayuda extranjera al Caudillo. Venía en botes de latón grandes y nos lo repartían en trozos muy medidos. En casa poníamos el pan.

Era un queso que devorábamos, por la novedad y por el ansia de la tarde; era muy distinto al que yo alguna vez había probado y que estaba hecho por Teodoro, un pastor de Toldanos. El caso es que el queso holandés, junto con la leche en polvo de los americanos, que tomábamos por la mañana, alimentó a muchos niños de entonces que estábamos hartos de comer manteca y chocolate de tierra.

Un queso que mató mucha hambre, aunque está por ver si gracias a él aprendimos mejor las letras y nos hicimos más listos. O lo contrario.

Tendría que preguntárselo a mi madre.



Tarito

Venía Tarito envuelto en la capa de pastor que le había regalado su tío Plácido; asomaba por la calle La Cruz, adelante un perro mil leches, atrás un mastín y las ovejas con la cabeza gacha dejando un interminable reguero de cagalitas. Daba la vuelta por detrás del juegopelota y metía el ganado en el cabañal de la Tía Leoncia. Después ordeñaba, retiraba los cañadones llenos de leche, reponía los comederos y trancaba la puerta. Hasta el día siguiente, a las seis de la mañana, que el oficio de pastor obligaba a aprovechar la luz.

Tarito no quería ser otra cosa que pastor, y un poco también labrador, y por eso no le gustaba ir a la escuela, que era obligatoria. Para él, la mejor escuela eran sus padres, sus hermanos mayores, sus tíos y el campo.

Tarito fue mi primer jefe. Yo de niño siempre quería hacer lo que Tarito, ir donde Tarito, saber las cosas que sabía Tarito. Pero Tarito no aceptaba a todos. A Casto por falso, a Jerónimo por cobarde y a Néstor porque decía que era demasiado canijo. Su pandilla la formaban Isidoro, Venancio, Gonzalo, Luciano, Camilo y Teodoro. Con el tiempo nos dejó incorporar a Poli, a Nazario, a Fidel, a Celes y a mi. A veces también venían Felipe y Marcelo, pero cuando las cosas eran complicadas, porque había que hacer alguna misión más seria, no convocaba a todos, sólo a los más fieles y expertos, a los veteranos, a los que sabía que mantendrían la boca cerrada en caso de complicaciones.

Con Tarito nos metíamos en las bodegas, bajábamos descolgados con una cuerda por las zarcas y rompíamos las cubas viejas para quitarles el hierro y venderlo a los mercheros que andaban comprándolo de pueblo en pueblo. Con Tarito descendíamos a las pozas a por nidos, nos escurríamos entre los cangilones y los buscábamos entre las piedras. También subíamos a los árboles a cazar gorriones dormidos en el primer sueño y nidos de pegas en el monte, asaltábamos los melonares en verano en noches sin luna, cazábamos conejos furtivamente en la Cavén de la Peña, que estaba en el pago de La Lomba, le bebíamos al cura, Don Leonardo, el vino de la sacristía y le robábamos las moras al tío Zenón y los mejores pollos de corral a la tía Casilda.

Tarito era de estatura media, de cuerpo fibroso y ojos verdes; no lo parecía, pero tenía una fuerza enorme. Hablaba poco y sentenciaba. A veces se metía conmigo “por estudioso; si sabes tanto qué haces aquí con nosotros”, me reprochaba. “Tu vas pa carrera, y con nosotros de eso nada... así que fuera, largo de aquí...”, me decía. Pero después me dejaba seguirlo con el resto. Yo procuraba

hacer todo lo que me mandaba para que estuviera contento conmigo y porque al más mínimo desliz te sacudía un coscorrón en la cabeza. Había que andar muy finos, nada de descuidos.

A mi con Tarito el corazón, cada poco, me daba como golpes; todo exigía riesgo, destreza y valor. Yo tenía miedo a que se enterara mi madre y me zurrra, o mi padre, aunque mi padre no me pegó nunca. Y es que Tarito era un líder natural, inteligente, discreto, amigo de los amigos, entregado a las causas de todos, noble y cariñoso. Siempre nos emocionaba y nos hacía felices.

Tarito en realidad se llamaba Eduardo Raposo Montaña. Nunca supe por qué le llamábamos así. Ya he dicho que no le gustaba la escuela; pero es que consideraba que las letras eran una pérdida de tiempo, igual que hacer sumas y restas, que eran complicadísimas. Cuando veía al maestro, Don Servando, doblar una calle, o a lo lejos, huía como alma que llevaba el diablo, porque le tenía miedo. No era de extrañar porque Don Servando le pegaba con unas correas dañinas en las piernas por no saber los cabos y los golfos, igual que a todos los demás cuando no sabíamos la lección o nos equivocábamos al leer *Mis camaradas y yo*, el libro más importante en la escuela de Toldanos. Pero es que Tarito prefería aprender en las majadas y en las veredas, observar a los pájaros, ser más diestro que las liebres, a las que cogía en la cama con sus propias manos y criar *gabiluchos*, que así llamábamos al cernícalo primilla.

Un día Tarito, cuando vio que las ovejas no tenían mucho futuro y que su tío se valía solo con ellas, dejó Toldanos y se fue a Madrid, donde se hizo conductor de los autobuses urbanos. Allí vivió siempre su vida con la única obsesión de poder volver a Toldanos los fines de semana y durante las vacaciones. Conduciendo su Renault, Tarito enfilaba la carretera de Madrid a La Coruña hasta Villalpando, y desde allí a Toldanos, justo a trece kilómetros en dirección a Zamora capital. Y es que Tarito siempre siguió necesitando respirar tomillo y romero, espliego y manzanilla silvestre en El Raso, sobre todo en La Josa, un paraje donde se juntaban almendros amargos y dulces, encinas cargadas de bellotas, higueras y espárragos verdes. Entre las retamas, entre las zarzas, junto a las carrasqueras Tarito siempre tenía algo que encontrar.

Hiciera frío o calor, lloviera o zaraceara, Tarito nunca dejó de pensar que su sitio estaba bajo el inmenso cielo de Tierra de Campos, a pesar de los embates de la soledad. Y es que el regreso al pueblo es siempre un encuentro con la infancia, que es lo mismo que decir la ilusión y la vida.

Por eso, en realidad, Tarito es, sigue siendo, Eduardo Raposo Montaña, aquel niño fuerte lleno de amor a un mundo, a un tiempo y a un paisaje que nunca podrá olvidar.

Las mulas

La Cebra y la Catalana eran las dos mulas de mi padre. La Cebra era pequeña, renegrida, con los ojos saltones y aire de avispa; parecía débil, pero era puro nervio. A la Catalana le pusieron ese nombre porque era muy trabajadora. Era rubia, chata, muy valiente. Mi padre estaba orgulloso de ellas. No eran muy grandes, pero no fallaban nunca, poniendo un entusiasmo en las faenas del campo que las acreditaba como unas mulas elegantes, de garantía total. Puede parecer algo intrascendente, pero entonces en Toldanos no era lo mismo tener mulas vagas y cansinas que entregadas, vigorosas y con amor propio.

Mi padre, cuando araba con ellas, les decía “¡venga, valientes, que valéis un potosí!” Y las mulas lo entendían sin necesidad de escuchar la tralla. Vaya si lo entendían: levantaban las orejas, encorvaban el cuerpo, después lo estiraban y el arado romano surcaba la tierra como si se deslizara por el agua. Y eso no era fácil, porque en el término de mi pueblo llovía muy poco y el terreno era duro y pedregoso, como un desierto olvidado. De esos desiertos que no aparecen en el mapa, pero que existen.

Cuando la tierra era especialmente escabrosa, áspera y sequiza, mi padre llevaba al Campero, un macho grande y hermoso, viril y chulesco, que se reía de la Cebra y la Catalana, a las que pretendía dejar siempre en mal lugar. No siempre lo conseguía, a pesar de su fuerza poderosa y soberbia.

Mi padre y mis hermanos, Justo y Gilio, se dirigían a ellas hablándolas y acariciándolas, las tranquilizaban, que los días estaban ahí y nadie los iba a robar, como tampoco el cielo, tan inmenso que cabían todos. Pero ese mismo cielo podía ser traicionero y mandar lluvia a destiempo y en exceso; por eso siempre había prisa y se ordenaban las faenas antes de que el agua repasara la tierras y no pudieran pisarlas al atollarse los animales y el arado. El campo nunca espera, sobre todo en sementera, pero se sabía que, antes o después, la labor se haría con oficio y diligencia. Eso era muy importante; la gente del pueblo apreciaba y sublimaba al buen labrador por la forma de cortar la tierra, por las veces que obedecía los cantos de los gallos de la madrugada y por la hora que volvía a casa tras una jornada intensa de trabajo.

Cuando llegaba la primavera la Cebra, la Catalana y el Campero iban, en lenta procesión, de la mano de mi padre, de mi hermano Justo o de mi hermano Gilio, también a veces de mi, al prado. Se llamaba así a los pastos comunales, donde se juntaban vacas y mulas, burros y machos. Eran los animales de todo

el pueblo que comían juntos la hierba fresca mientras cada día, por turno, le tocaba a un propietario cuidarlos. Era una forma de hacer las cosas de todos por todos.

La Cebra y la Catalana iban a *Praonuevo*, a la Ribera, a Fuentemiro con alegría. Allí comían despacio, buscaban los corros verdes, despreciaban las margaritas y, a veces, se quedaban quietas mientras miraban al sol lejano que las acariciaba.

A la tardecica, mientras el sol se confundía entre cárdenos y rojos, entre violetas y azulones, mientras se fundían las últimas luces de la atardecida, la Cebra y la Catalana volvían a casa contentas, con energías renovadas, a paso ágil. También El Campero retornaba a la cuadra, con tranquilidad, a paso lento, con el aire sobrado de saber que sus fuerzas estaban restauradas.

Las mulas y el macho siempre estaban dispuestas al sacrificio, al esfuerzo, a la colaboración. Animales a los que hay que agradecerles siempre lo que tanto dieron a mi casa, la casa de mis padres, para ir tirando por los años y las dificultades de una vida que entonces se centraba en esfuerzos intensos, mucha paciencia y desconcertadas miradas a un futuro imprevisible.

Al fondo, siempre, como una ruleta insalvable, esperaba el verano, y después la sementera. Y después otras mil faenas campestres. La Cebra, la Catalana y el Campero jamás tuvieron vacaciones. Pero sí este reconocimiento después de tantos años y tanto olvido.



Los juegos

Para mi la calle era la vida. Me gustaba jugar en La Ribera, o en la Plazoleta de Arriba, o en Cantarranas, o en las Bodegas. El mayor gozo era el *indoveo*, que consistía en que alguien, el que pagaba, al inicio según la suerte, buscaba al resto de la pandilla por todo el pueblo, de calle en calle, para descubrir a uno. No valía meterse en las casas, ni emplear malas artes; por lo demás, todo. “Al *indoveo*, que bien te veo, para echar a correr”, decíamos. Con estas palabras, el que perdía, el que pagaba, emprendía una larga y paciente marcha para encontrar a los que no pagaban. Al primero que viera, pagaría. No era fácil dar con alguien que se descuidara y fuera visto de cuerpo entero, entre tantos recovecos, entre tantas puertas traseras y entre los tractores y los remolques aparcados en las calles. Era vital la ayuda de algún vecino soplón, pero no todos estaban dispuestos a colaborar.

Mi madre no me dejaba andar por todo el pueblo, y menos en las bodegas abandonadas, con las zarceras abiertas y peligrosas, porque “te puede pasar algo”, me decía, y refunfuñaba, y se enfurecía conmigo si se enteraba. Pero yo no le hacía casi nunca caso.

Otras veces jugábamos a *tocar hierro* o *al bote* o *al pico*, *zorro*, *zaina*. Juegos de niños, juegos de pueblo, alegría barata, tiempo de vivir, días de imaginación donde la base era correr y saltar y reír. Y ocupar el tiempo, que entonces nos sobraba.

También jugábamos a *las pitas* y a *la peona*, o sea, a la peonza. A la pitas en otros lugares se llamaba canicas, pero en mi pueblo no, en mi pueblo preferíamos decir pitas. Nos jugábamos los santos, la parte dibujada de las cajas de cerillas. Los santos eran una moneda de cambio de valor inmenso, un billete gordo. Cada diez santos una perra gorda, que era un potosí.

Los niños de mi pueblo, que eran mis amigos, algunas veces no querían jugar conmigo porque ganaba casi siempre, les *arduchaba* como se decía en Toldanos. Tenía una habilidad especial para lanzar la pita, darle a algún adversario y meterla después en el *guá*, que era un agujero hecho en la tierra. Así se completaba la jugada. Cierto es que *sacaba mucho morro* y movía la mano, y eso estaba prohibido. Pero rozaba la legalidad y mi destreza y rapidez les desconcertaba a todos.

PROSAS DE PAN

A la peona era un jugador más del montón, aunque procuraba ser ágil y preciso para darle *quecos* a mis contrincantes mientras mi *peona* seguía libre de los bochornosos agujeros, evidencia de torpes y perdedores. Buscaba jugar con los más débiles, pero no siempre me dejaban. “Venga, hombres -les decía- que me dejaré ganar”. Pero después el amor propio podía conmigo y no cumplía la palabra. Rejonazo va y rejonazo viene; a más de uno le dejé la *peona* medio partida. Y a llorar tocaban.

Los niños de pueblo nos divertíamos así, con la sencillez que da la escasez, mientras esperábamos ansiosos que pasara el tiempo, que llegara el jueves por la tarde, que era vacación, para perdernos en el monte, entre las encinas, mientras nos contábamos cuentos a nosotros mismos y nos sentíamos amigos y felices.

El sueño supremo de todos era cumplir catorce años para olvidarnos del maestro y la escuela y poder cazar palomas en *El Raso* sin que nadie nos llamara la atención. Ya no tendríamos que recibir al Señor Obispo ni ir a la iglesia por obligación ni confesarnos ni a comulgar.

La vida, entonces, era una permanente y constante lucha por vivir para vivir.



Diccionario

(algunas aclaraciones)

Almortas: Plural de almorta, una planta que produce unas semillas llamadas también almortas, de forma redondeada, las cuales se utilizan como pienso y harina. Durante la Guerra Civil, ante la escasez de alimentos, la comían en exceso las personas, lo que les generaba problemas de salud. Su ingestión produce una parálisis grave en las piernas denominada latirismo. En algunas zonas a las almortas se les llamaba muelas.

Altardones: Plural de altardón. Es el nombre que siempre se le dio en Cañizo a la avutarda, especie muy abundante en las Lagunas de Villafáfila. Tiene mucha lógica: avutarda es un ave tarda, lenta para conseguir volar por su gran peso. Llega a alcanzar los dieciocho kilogramos. Altardón encaja perfectamente en esa característica de *ave tarda*.

Ambuestas: Plural de ambuesta, que es *la cantidad de grano que cabe en el hueco de las dos manos*. Según el Diccionario de la RAE es *porción de cosa suelta que cabe en ambas manos juntas y puestas en forma cóncava*.

Añusgarse: Según el Diccionario del Castellano Tradicional es *atragantarse*. Quedar la garganta de una persona obstruida por algo. Según el Diccionario de Uso del Español de María Moliner *añusgarse es contraerse la garganta impidiendo tragar; por ejemplo, a consecuencia de una fuerte impresión*. En Cañizo el término es semejante a esta definición; no es un atragantamiento fuerte, sino ligero, molesto y repetitivo.

Aparve: de aparvar. Amontonar la trilla en forma de parva o montón alargado.

Apeonaban: del verbo apeonar. Se dice generalmente de un ave, pero especial-

mente de la perdiz: andar a pie aceleradamente. La perdiz se mueve con enorme agilidad y viveza entre los surcos, las pajas y hierbas de las tierras, confundiendo habitualmente al cazador por ser muy escurridiza y cambiar de dirección y sentido con enorme facilidad y sin ser vista.

Arduchar: Término muy empleado en Cañizo por los niños entre los años cincuenta a setenta. No consta en los diccionarios habituales. Significaba ganarle todo el dinero a otro en un juego o una apuesta, o sea, dejarle sin blanca. Podría tener connotaciones relativas a hucha, por el significado de las dos palabras y la similitud en la expresión.

Arroñado: De arroñarse, *desmoronarse la tierra a causa de la humedad*. Cuando se caen los tápiales, las casas o los palomares construidos con adobe o barro por causa del tiempo, el abandono y la lluvia. En Cañizo es la palabra habitual para expresar que un edificio se ha derrumbado, caído o derruido.

Atrochábamos: del verbo atrochar, andar por trochas o sendas. Ir por trochas o sendas campo traviesa para llegar más pronto que por el camino al sitio adonde se dirige. En Cañizo los niños *atrochábamos el barro*, que era meternos por él, pisotearlo en las calles y plazas antes de que se asfaltaran. Cruzábamos por medio del barro para ir a casa, a la escuela o a cualquier sitio.

Atropar: Según el diccionario de la RAE *juntar, reunir*. Juntar o reunir en rastrojo las gavillas o haces de mies. Especialmente se utilizaba este verbo en Cañizo en la recogida de las matas de garbanzos una vez arrancadas.

Bálago: Según el Diccionario de la RAE es *paja larga de los cereales después de quitarle el grano*. En Cañizo el concepto está más en consonancia con el Diccionario del Castellano Tradicional: *montón de mies dispuesta en la era para la trilla*. El trigo y la cebada en Cañizo se *convertía* en bálago cuando se cortaba de la tierra con la máquina gavilladora; después se amontonaban las gavillas en lo que se llamaban morenas, montones grandes de bálago que facilitaban el llenar el carro o el remolque al estar concentrados en espacios concretos de la finca. El carro y el remolque se adaptaban con redes para que entrara la mayor cantidad de bálago posible. Después se acarrea, se llevaba, a la era, un espacio de forma circular. El bálago se extendía de manera armónica y hasta una altura adecuada para proceder a trillar, dando vueltas y vueltas con los trillos tirados por mulas y, en tiempos posteriores, por el tractor, hasta separar completamente el grano de la paja.

Bardas: Coinciden en líneas generales en el concepto los tres diccionarios aquí citados: *Cubierta de sarmientos, ramaje, paja o broza, asegurada con piedras o tierra sobre las tapias de los corrales y huertas para su resguardo*. “Aún queda sol en las bardas” es el título de un libro que escribió el soriano Avelino Hernández.

Bocicares: Expresión que se utilizaba en Cañizo para referirse a los berretes, es decir, *bocera o churrete que queda alrededor de la boca después de haber comido o bebido algo.*

Bujes: plural de buje, *pieza cilíndrica que protege el interior del cubo de la rueda del carro para evitar el roce del eje.* Según el Diccionario de la RAE *pieza cilíndrica de hierro o cobre que guarnece interiormente el cubo de las ruedas de los carruajes para disminuir el rozamiento con los ejes.*

Cabañales: Plural. Procede de cabaña, que es *el lugar donde pasa el verano el ganado vacuno que no se precisa para el trabajo y las vacas y ovejas que no se ordeñan.* Cabañal es un término semejante, pero diferente: de hecho el cabañal en algunas zonas de Tierra de Campos se utiliza durante todo el año para guardar las ovejas. Suele ser un anexo del corral, habitualmente de techo cubierto y cerrado por dos lados, dejando uno abierto. Suele estar dentro del corral de la casa de los pastores y tiene una puerta de grandes dimensiones para facilitar la entrada a los animales.

Cambizo: El diccionario de la RAE dice que es el *timón del trillo.* Y el del Castellano Tradicional *trozo de cuero que une el barzón al ubio o yugo y que es utilizado para enganchar los tiros.* En Cañizo muchas personas utilizaban indistintamente la palabra cambizo y aparvador, o sea, una tabla de gran grosor de unos tres metros de largo y medio de alto que se tiraba por mulas o por el tractor y servía para amontonar la trilla. Se hacía en montones, en forma de cono, y en parvas, que eran alargadas. El diccionario de la RAE lo denomina también *allegador.*

Cañadones: De cañadón. En el Diccionario de la RAE es *un espacio de tierra entre dos alturas,* es decir, proviene de cañada. Pero no es esta la acepción a la que se refiere aquí cañadones; en este caso hace referencia a cañado, que es medida para líquidos y que equivale a unos 37 litros aproximadamente, dependiendo de la zona geográfica. En Cañizo lo utilizaban los pastores para meter la leche tras el ordeño.

Carámbano: Según el Diccionario de la RAE es *pedazo de hielo más o menos largo y puntiagudo.* También se puede decir que es *trozo de hielo alargado suspendido de los aleros de los tejados y pedazo de hielo que queda colgando al helarse el agua que cae o gotea de algún sitio.* En Cañizo se llamaba carámbano a toda el agua que se helaba, lo mismo de un charco, de una laguna o de un río.

Carburo: Según el Diccionario de la RAE, *combinación de carbono con un radical libre.* El candil de carburo fue un sistema de iluminación habitual en los hogares de la España de los cincuenta y sesenta del siglo XX. En una especie de candil se introducía el carburo, que tras encenderse generaba una luz fuerte, al tiempo de producir un ruido y un olor muy característicos.

Cencella: El Diccionario del Castellano Tradicional dice que es *rocío, escarcha*. Y también niebla helada. La cencella es un elemento atmosférico que se produce cuando una intensa helada se fusiona con la niebla, dejando las ramas de los árboles y de las plantas completamente blancas, muy semejante a como si hubiera nevado. La cencella produce imágenes de gran belleza en el campo.

Cernada: Es la ceniza, los restos que quedan tras quemarse algo. La cernada es un polvo de color gris que queda tras el rescoldo. En Cañizo se utiliza indistintamente ceniza y cernada.

Chirimías: Plural de chirimía, instrumento musical de viento, hecho de madera, a modo de clarinete, de unos siete decímetros de largo, con diez agujeros y boquilla y lengüeta de caña. Instrumento muy utilizado en determinados actos en la Universidad.

Chovas: Plural de chova que, según el diccionario de la RAE es *especie de cuervo, con algún color diferente en el plumaje, pico o patas. Habita en las entradas de las cuevas*. El Diccionario de Uso del Español dice que *es un pájaro córvido de plumaje negro con reflejos verdes*. En Cañizo las chovas estaban volando de forma permanente en la espadaña de la iglesia produciendo un sonido muy característico. La chova es de un tamaño menor al cuervo común en los sembrados.

Cordeles: Plural de cordel, vía de paso para las ovejas trashumantes.

Coscarones: Plural de *coscarón*. Llamado también en otras zonas *chicharrón*. Es el residuo de la piel del cerdo después de derretida la manteca. En Cañizo se hacían los coscarones en la matanza, y también se derretían en grandes sartenes otras partes del cerdo, además de la piel, para quitar el grueso de la manteca y dejar masas de carne y tocino de magnífico sabor.

Derrame: de *derramar, acción de armar y desarmar las cañizas del carro*, según el Diccionario del Castellano Tradicional. También, en otra acepción más común en Tierra de Campos, *la acción de extender de forma armónica el bálago sobre la era antes de proceder a la trilla*.

Fulminantes: Plural de fulminante, una pequeña masa capaz de hacer estallar cargas explosivas. En los años sesenta y setenta del siglo XX los niños jugaban con pistolas de juguetes que hacían estallar un rodillo de *fulminantes*, lo que generaba ruidos que se asemejaban a los disparos de una pistola.

Gabilucho: en Cañizo habitualmente se le denominaba *gabilucho* al aguilucho, aunque realmente era el cernícalo primilla, ave de rapiña muy común, de cabeza grande y azulada, pico negro y fuerte y plumaje entre pardusco y rojizo, más claro en el pecho y más negro en las alas.

Gatuñas: Plural de *gatuña*. Todos los diccionarios coinciden en la definición: *Planta herbácea leguminosa de tallos ramosos, duros y espinosos, muy común en los sembrados*.

Grajeta: Ave de la familia de los córvidos, de plumaje negro con reflejos metálicos. Se distingue del cuervo común por su menor tamaño, su pico menos grueso y por el graznido. También se le llama corneja o grajilla.

Gramas: Planta muy común de hojas cortas, planas y agudas que nace en praderas y cultivos. Es muy difícil de erradicar; aunque tiene propiedades medicinales se combate como mala hierba.

Granzas: Plural de granza, residuo grueso que quedaba tras la limpia de los cereales. Impurezas que quedaban tras proceder a la limpia para separar el trigo o la cebada de la paja. Se solía utilizar después como pienso para los animales porque tenía pequeños trozos de espigas o malezas que no podían pasar por los cribos y cribas de la máquina, por lo que salían por un conducto específico de la máquina aventadora. Las granzas, cuando las había en gran cantidad, se procedía a trillarlas en una segunda vuelta para que la cebada y el trigo salieran limpios en otra pasada por la limpiadora.

Guano: Abono orgánico; estiércol, según el Diccionario de la RAE. En Cañizo el guano llegaba en vagones a una estación de ferrocarril próxima, llamada La Tabla, cercana a Villafáfila. Allí acudían con sus tractores y remolques a cargarlo los agricultores, que lo valoraban mucho porque de él dependía en buena parte la cosecha del año. El guano procede de excrementos de pájaros, como murciélagos, aves marinas y focas en ambientes áridos, en las costas de Chile y Perú, aunque también hay guano artificial de procedencia mineral.

Guindando: De guindar. Según el Diccionario del Castellano Tradicional es robar algo de poco valor, aprovechando un descuido.

Hornacina: Hueco en forma de arco que se suele dejar en los muros de los templos para poner un altar o colocar una estatua.

Librito: también denominado librito, cuadernillo de papel de fumar. Según el Diccionario de Uso del Español de María Moliner conjunto de hojas de papel de fumar.

Linderones: Plural que procede de lindero, que linda con algo, o también *linde* o *lindes de dos terrenos*. Existe también la palabra *lindón*, *caballete en que los hortelanos suelen poner las esparragueras y otras plantas*. El Diccionario del Castellano Tradicional dice que es *límite de una finca u orilla de un camino carretero*.

Majada: El diccionario de la RAE dice que es *el lugar donde se recoge de noche el ganado y se albergan los pastores*. *Aprisco*, según el Diccionario de Uso del Español de María Moliner, que también dice que un *prado*. Y en otra acepción una *braña*, que es pasto de verano.

Majano: Montón de piedras que sirve de lindero entre los pagos de dos términos. El Diccionario de la RAE dice que es *montón de cantos sueltos que se forma en*

tierras de labor o en las encrucijadas y división de términos. También el majano separa y sirve de división entre fincas.

Mancaba: verbo, de mancarse, hacerse daño, lastimar, lisiar o estropear cualquier miembro.

Mandangas: Plural de mandanga. Tonterías, cuentos, pejugueras. Algo sin sustancia. En Cañizo también tenía una acepción especial: pegar una mandanga, que era una forma de amenazar a otro con pegarle un tortazo o un puñetazo. El Diccionario del Castellano Tradicional dice que es *bofetada dada con la mano abierta en el carrillo.*

Maruja: Planta de aspecto semejante al berro, pero con hojas de menor tamaño y un verdor más claro. Es comestible y suele encontrarse en corrientes o charcas de agua muy limpia, especialmente en la dehesa de Salamanca. Se utiliza como ensalada y su sabor es muy apreciado.

Matacán: liebre ya resabiada por haberla corrido antes los perros. Liebre, por tanto, grande, fuerte y de carne dura. Muy difícil de coger por los galgos porque el matacán sabe el perdedero y esquiva a sus perseguidores.

Mercheros: Grupo social de España tradicionalmente nómada y de costumbres similares a los gitanos, aunque no comparten su grupo étnico. Se les llamaba también caldereros y quinquis, de quincalleros o vendedores de quincalla, es decir, objetos de metal barato. En Cañizo eran familias que se instalaban en el pueblo de forma eventual y se dedicaban a arreglar con estaño utensilios de la casa. Iban en carros de pueblo en pueblo.

Morceñas: Plural de morceña, *partícula encendida que se eleva con el humo.* En Cañizo esa partícula era habitualmente un trozo de paja o hierba seca en la lumbrera que ascendía con el humo, al principio al rojo vivo; después, en unos segundos, perdía la brasa y podía caer dentro el puchero donde se estaba cocinando algún alimento.

Parro: Pato de corral.

Pelujillo: Se le denominaba así en Cañizo a las incipientes plumas del cernícalo primilla, de color totalmente blanco, como un manto protector muy suave. Bien pudiera proceder esta expresión de *pelusilla*, los primeros pelos de un niño o adolescente. O bien de *pelujo* que es *la semilla de plantas que está cubierta de pelillos suaves que les permiten volar lentamente.*

Perchas: Plural de percha, especie de bandolera que usan los cazadores para colgar en ella las piezas que matan.

Pinazas: Plural de pinaza, cada uno de los arcos de madera de encina, en forma de trapecio, que forman la circunferencia de la rueda del carro.

Pote: Vasija grande de hierro, con barriga y boca ancha y con tres patas y dos asas pequeñas. Sirve para guisar. En Cañizo se utilizaba sobre todo para calentar agua. Estaba siempre al lado de la lumbre de la chimenea.

Pozaleta: proviene de pozal, cubo con el que se saca el agua del pozo. Suele ser de latón. En Cañizo se utilizaba también para otros menesteres, como ir a vender por las casas barbos y carpas en este tipo de utensilio. Semejante al caldero pero de tamaño más ancho.

Quecos: Plural de *queco*. Palabra que se utilizaba en Cañizo entre los niños que jugaban con la peonza, llamada allí *peona*. El queco era la hendidura que se hacía con el rejo, la punta de metal, de una peonza de madera a otra. Se le podía hacer el queco al tirar a bailar la peonza lanzándola contra otra o después, en frío, por derecho adquirido tras haber ganado a otros la partida. Se acordaba previamente el número de quecos a clavarle al resto de las peonzas de los compañeros de partida. Había niños que cuando ganaban se ensañaban con las peonzas perdedoras. Otros eran más benévulos y hacían quecos poco profundos.

Rastrojos: Plural de rastrojo, que es el residuo de las cañas de la mies que queda en la tierra después de segar. También según el diccionario de la RAE *el campo después de segada la mies, y antes de recibir nueva labor*.

Reclinatorio: Un mueble parecido a una silla para arrodillarse, generalmente tapizado para evitar molestias en las rodillas. El reclinatorio se utilizaba en las casas y en las iglesias para orar.

Repasara: Del verbo repasar. Relativo a la tierra. Cuando llueve mucho se rezuma el terreno, se encharca, a veces de forma poco perceptible externamente, de tal forma que no se puede entrar en ella a hacer labores agrícolas.

Respigar: *coger las espigas de un terreno después de segado*. Según el Diccionario de la RAE es *coger las espigas que los segadores han dejado en la tierra después de haber cargado el bálago*. Este es el concepto que se entendía en Cañizo. También se recogían las espigas que se caían de los carros o los remolques en el camino desde la tierra hasta la era. El *oficio* era habitualmente realizado por mujeres, respigadoras o espigadoras, que también se decía espigar.

Revolconas: Plural de revolcona. Hace referencia a las patatas revolconas, un plato típico de la cocina de Salamanca y Ávila, aunque también se sirve en otras ciudades y pueblos de Castilla y León. Son patatas cocidas y machacadas con pimentón, a las que se añaden pequeños torreznos. Tienen un sabor intenso y se suelen servir en las barras de los bares con vino o cerveza.

Rezungaba: Procede del verbo rezongar, que significa *gruñir o refunfuñar a lo que se manda*. Pero en Cañizo se cambiaba la *o* por la *u*.

Ribanzones: De ribazo, que según el diccionario de la RAE, es *talud entre dos fincas que están a distinto nivel*. El Diccionario del Castellano Tradicional, coordinado por César Hernández Alonso, dice que es *desnivel del terreno que marca el límite entre tierras*. En Cañizo se dice *ribanzón*, es decir, se le añade una *n* después de la *a*. Lo lógico sería ribazón. Aquí está en plural: ribanzones.

Sabañones: Plural de sabañón, hinchazón y enrojecimiento causado por el frío excesivo; aparece sobre todo en los dedos de las manos, de los pies o de las orejas. Produce un picor y ardor intensos. Muy habituales en los niños en los años cincuenta y sesenta del siglo XX.

Senara: cosecha, es decir, lo que produce una tierra de labor. En Cañizo se utilizaba de forma habitual la palabra senara para referirse a la cosecha de trigo y de cebada de un año.

Trancaba: de trancar, cerrar una puerta con una tranca o un cerrojo. También se dice atrancar, asegurar una puerta.

Traspalaba: del verbo *traspalar*, mover o pasar algo de un lado a otro, especialmente los granos. En Cañizo se traspalaba el trigo o la cebada con una pala maciza y ligeramente curvada, hecha expresamente para ese cometido.

Trochas: Plural de trocha; vereda o camino angosto que sirve de atajo. También camino más corto que el principal abierto en la maleza.

Zaraceara: de zaracear, neviscar, nevar ligeramente, y lloviznar con viento.

Zarceras: plural de zarcera, respiradero que comunica la bodega con el exterior para su ventilación y para que salga el tufo en la época de fermentación del vino. También es un hueco abierto en lo alto de la bodega para arrojar por él la uva tras la vendimia. Se le denomina zarcera porque solía estar cubierta con una zarza para que ni las abejas ni las avispas bajasen a la uva. En otras zonas de Tierra de Campos se le denomina lucera.

Índice

Prólogo	3
Eduardo Keudell	
Punto de salida	5
Carmen Domínguez	
Kilómetros de soledad	9
Kilómetros de soledad	11
Nada como la tierra	13
El ángel de la guarda	15
Atentos los de los pueblos	18
Apuesta por los jóvenes	20
Donde habita el olvido	22
El recorrido de la noria	24
Adoptar un pueblo	26
La cabaña de primo	28
La otra cara del progreso	30
La pertinaz sequía	32
La reconversión rural	33

Homenaje a los pastores	35
Las raíces del emigrante	37
Primavera en Cañizo	39
San Pelayo bendito	41
Un huerto, un pozo, un amigo	43
Soledad y vacío	45
Los frutos de la tierra	47
Yo quiero ser avutarda	49
A vueltas con el lobo	51
Aquellas mujeres	52
La Cofradía del Silencio	54
Inquietudes de otoño	56
Latidos del pueblo	59
Mi tío Aniceto	61
Una mirada a la niñez	63
Una postal nostálgica	65
Días de emoción	67
La Biblia y los Reyes Magos	68
Harina de otro costal	70
Mis frailes polacos	72
Mis frailes alemanes	74
Correr la miaja	76
Sabores y olores	78
Eneros en el recuerdo	80
El 'sobrao' de la casa	82
Todo por el pueblo	84
Un chaval de Toro	86
Las espadañas de Cañizo	88
Un plato de cebada	90
Reunidos y estresados	92
Comer de pie	94
Pastores por un día	96

La tierra y las letras	99
Delibes como denuncia	101
Martín Garzo y la pancarta	103
Tiempo de regreso	105
La cartilla de racionamiento	107
El caballo de cartón	110
Urueña	112
Siempre la vieja historia	114
¡Qué silencio!	116
Escalofrío	118
El mensaje de los medios	120
El ejemplo de Kapuscinski	123
El columnismo político	124
La bacteria del miedo	126
Televisión patriótica	128
Sombras y tiniebras	130
Apuesta por la verdad	132
Caza y campo	134
Lobato: periodismo de autor	136
Joaquín y Narciso	138
Homenaje a Candéal	140
La verdad del vino	142
Zamora de poetas	144
Homenaje a la vida	146
El viaje olvidado	148
¡A mí las matemáticas!	150
La fiesta y la vida	153
Chambo y la cigüeña	155
Los ojos de Barry	157
No maten los pájaros en primavera	159
El coloquio de los perros	161
Lazarillo de mi perro	163

Animaladas por tradición	165
El Toro de Fuego	167
Tradiciones bárbaras	169
La realidad televisada	171
Taurinos por vanidad	173
Tinto de verano	174
Nos vemos en los bares	176
De águedas y Carnaval	178
Creyentes, ateos y otros	180
Una semana apasionante	182
Destino playa	184
El corro de los pícaros	186
Artistas y vividores	188
Chapuceros e informales	190
Una celebración de amigos	192
Animales como enseña	194
Viejas y nuevas meretrices	196
La historia propia	199
Un fusil y un balón	201
La historia vivida	204
El bando y los pregoneros	207
Constitución del 78	209
Olvidada mili	211
Los poderes fácticos	213
Un día de diciembre	215
Tiempo de cínicos	217
Amistad y política	219
El gobierno de los ancianos	221
Carnaza a los piratas	223
Leyendas negras	225
Enemigos y adversarios	227
Inteligentes y listos	229

La soledad del juez	231
Propósitos de libertad	232
Secillamente ladrones	233
Mi crisis particular	235
El corazón de los bancos	237
Dinero o dignidad	239
El rubio Juan	241
El qué dirán	243
Lecciones de prudencia	245
Siempre la guerra	246
Sueños y pesadillas	248
El Duero y otras estrofas	251
Duero, eterna estrofa	253
El Duero que nos une	256
Cariño amistoso	258
El espíritu de Viriato	260
Ilustres convidados	262
Vientos y casamientos	264
Memoria de 1808	266
Napoleón en Rioseco	268
Villalar: la batalla inacabada	270
Ilustrísima Salamanca	272
El descubrimiento de Colombia	273
Sólo la puntita	275
El río Amarillo	277
Gente nómada	279
Turismo: distancia y tiempo	281
Hospitaleros de nosotros mismos	283
La teoría del bache	285
Cuando el agua se desmadra	287
La vida automática	290
Contra la estupidez humana	292

Ejecutivos rurales	294
Mendigos y pedigüños	296
Como los tratantes	298
Hola, buenos días	300
A sangre fría	302
Relatos	305
El tren del destino	307
La guerra de mi padre	312
El luto	314
El cura	316
El corral	319
La cabra	321
La merienda	324
Tarito	326
Las mulas	328
Los juegos	330
Diccionario (algunas aclaraciones)	333
Índice	341



Foto: Aniano Martín construyendo la casa del Cañizo.



“el trigo es el pan,
y el cielo la simiente.”

Aniano Gago

